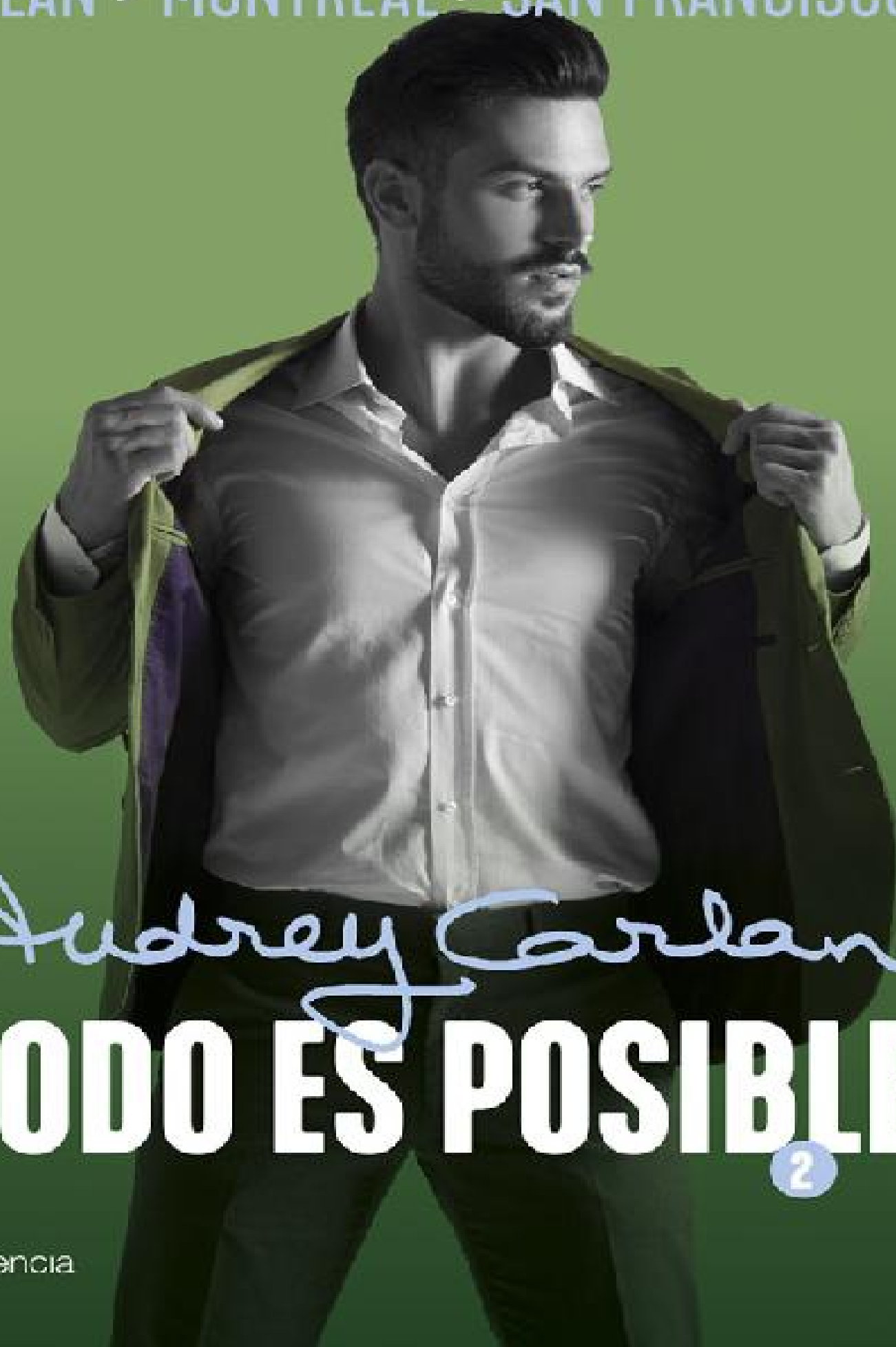


MILÁN > MONTREAL > SAN FRANCISCO



Audrey Cardan

TODOS ES POSIBLE

2

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Milán

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Skyler

San Francisco

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Skyler
Montreal

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Skyler
Biografía
Créditos

Sinopsis

Amo a las mujeres. A todas las mujeres. Me he preparado para saber qué es lo que cada mujer necesita. ¿Quieres algo y tienes el dinero para perseguir ese sueño? Hablemos. Por el precio adecuado, todo es posible. Parker Ellis es el CEO de International Guy Inc., y su trabajo consiste en asesorar a la gente más rica del mundo sobre la vida y sobre el amor, aunque a veces no pueda evitar que salte la chispa entre él y su cliente... Sabe que hay todo un mundo allí fuera esperándole, pero lo que no sabe es que quizás también se cruce con alguien que le acabe robando el corazón...

TODO ES POSIBLE 2

Milán
San Francisco
Montreal

Audrey Carlan

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

MILÁN

Para el equipo editorial de Libri Mondadori.

Os doy las gracias por creer en mis historias,

por comprometeros conmigo

y por compartir mi trabajo en vuestro precioso idioma.

Me siento orgullosa de mi herencia italiana

*y me muero de ganas de recorrer las calles de Milán algún
día.*

Avec tout mon amour.

SAN FRANCISCO

Para mi exigente lectora cero, Tracey Wilson Vuolo.

El libro de San Francisco es para ti.

*Siento que es el lugar donde nos convertimos en hermanas
del alma.*

Aunque estemos en distintas costas,

el amor por los libros nos unió.

*Es un honor haber sido testigo del nacimiento de esta
amistad.*

Avec tout mon amour.

MONTREAL

Para Pierre Bourdon.

Compartiste tu amor por Canadá

y las costumbres francocanadienses

con mi hermana del alma y conmigo.

Estas dos chicas californianas nunca olvidarán

ese día en la nieve, en primavera...,

la rueda pinchada en el casco antiguo de Quebec,

las vistas cegadoras, las reliquias cubiertas de nieve...

y el espectáculo de luces en la iglesia,

que vivirá por siempre en nuestros corazones.

Merci, alma gemela.

Milán

—Tío, contesta al teléfono. Es Wendy, está histérica. Está muy asustada por algo, pero dice que tiene que hablarlo primero contigo. Ella sabrá de qué va —me avisa Bo mientras recoge su maleta de la cinta de equipajes. Como siempre, la suya sale antes que la mía.

Acabamos de aterrizar en Boston después de un vuelo de nueve horas desde Copenhague. Debería sentirme aliviado de estar al fin en casa, pero no lo estoy. No puedo evitar revivir mentalmente la conversación de esta mañana con Skyler. Durante la visita sorpresa de Sophie, se metió en la ducha y luego salió escopeteada diciendo que tenía prisa, que se le escapaba el avión. Sabía que su vuelo salía temprano, pero no tanto. Y querría haberla acompañado al aeropuerto, pero se negó, poniéndome una excusa absurda.

—¿Dónde está el fuego? —le digo riendo, tratando de agarrarla cuando pasa por mi lado.

—¡Tengo que coger el avión! Hoy vuelvo a Nueva York —me dice como si no lo supiera. Ya sé que tiene billete en el primer vuelo, pero aún son las cinco y media y su avión no sale hasta las nueve. Tiene un poco de tiempo, no necesita correr tanto.

—Tranquila, Melocotones. —La agarro por detrás y pego su espalda a mi pecho—. No llegarás tarde. No permitiría que perdieras el avión. —Le planto una hilera de besos que empieza detrás de la oreja y desciende por su cuello hasta llegar al delicioso punto donde éste se une con el hombro.

Ella se pone rígida y, un instante después, se sacude para librarse de mi abrazo y sigue haciendo la maleta a toda prisa, lanzando las cosas dentro de

cualquier manera.

—No. Tengo que estar allí temprano y repasar el texto, ya sabes cómo es esto. —Mueve los brazos en el aire frenética.

Enderezo la espalda, me cruzo de brazos y me apoyo en la cómoda.

—¿Pasa algo? Te noto rara.

Ella se aparta un mechón de pelo de la cara.

—No, claro que no. Es que tengo muchas cosas en la cabeza. Se acabó la diversión, toca volver a la realidad.

La observo mientras mete las últimas cosas en la bolsa. Se vuelve y me dice:

—Le he dicho a Nate que llame a un taxi.

—Sky, nena. Quería acompañarte yo.

Ella niega con la cabeza.

—No es buena idea. Los paparazzi siguen por todas partes y les encantaría volver a pillarnos juntos. Será mejor que nos demos un poco de espacio.

Frunzo el ceño porque lo último que me apetece es que haya espacio entre Skyler y yo, pero es su vida y no tengo ningún derecho sobre ella. Es verdad que hablamos de tener una relación exclusiva... Estoy casi seguro de que lo confirmamos anoche en la cama, lo que pasa es que hicimos tantas cosas en la cama que lo tengo un poco confuso.

—Vale, lo entiendo. Ven aquí. Al menos deja que me despida de ti como Dios manda. No sé cuándo volveremos a vernos. Más nos vale darnos una despedida decente. —Sonrío.

Ella cierra los ojos, frunce los labios y asiente.

No es exactamente la reacción que esperaba.

Sky se refugia entre mis brazos y apoya la frente en mi pecho. Inspira hondo y me abraza con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

—¡Eh! Que no es un adiós para siempre. Es un adiós temporal. Cuando llegue a Boston, te llamaré. Consultaremos las agendas y planearemos la

próxima cita.

—Una cita, claro, sexo —replica sin emoción.

La sujeto por la nuca y le alzo la barbilla con el pulgar.

—Sí, sexo increíble, como siempre. Tú, yo, sexo del bueno, comida de la buena, diversión de la buena.

Ella asiente.

—Diversión.

Frunzo el ceño y hago chocar la frente con la suya.

—¿Qué pasa, nena?

Skyler niega con la cabeza.

—Nada. Estoy cansada, casi no hemos pegado ojo.

Sonrío al recordar las cosas que estuvimos haciendo anoche en vez de dormir; cosas que me gustaría repetir pronto. Muy pronto, de hecho.

—Vale, duerme en el avión, descansa. Yo pensaré en ti. —Se me forma un nudo en la garganta, pero lo obligo a deshacerse para no cargar el momento de emoción exagerada. Nos veremos pronto, no es un adiós definitivo. Y, al parecer, yo necesito recordármelo tanto como ella.

—Ajá.

Qué raro. Skyler ha vuelto a levantar las barreras que la protegían cuando la conocí; las que me encargué de derribar durante la primera semana que pasamos juntos. Tal vez esté triste por la separación. Seguro que es eso. No tengo mucha práctica en estas cosas. Desde que rompí con Kayla, no he estado con ninguna mujer el tiempo suficiente como para echarla de menos al separarnos.

—Tengo que irme, Park —susurra, y su aliento me roza los labios en una deliciosa caricia.

Me inclino y uno nuestros labios. Ella se reclina en mí pegando su pecho al mío. Cuando ladea la cabeza y abre la boca, no necesito más invitación. Hundo la lengua en ella y... ¡Dios! Es como dar el primer mordisco a un chicle de menta. No me canso de su sabor; creo que nunca me cansaré.

Nuestras lenguas siguen danzando mientras nos abrazamos con más fuerza, juntándonos lo más posible. Ondas de excitación se extienden por mi cuerpo hasta llegar a la Bestia, que me recuerda que a ella también le gustaría despedirse. Sky debe de notar mi erección, porque gime en mi boca y se frota contra mi verga endurecida como una gata en celo.

Le hundo los dedos en el pelo y tiro de las raíces hasta que grita. Abre la boca para inspirar hondo y me aprieta el culo con fuerza, como siempre que quiere entregarse a fondo. Desde el día en que nos conocimos, se ha mostrado abierta y sin inhibiciones en el sexo. Sus ansias carnales son tan intensas como las mías. No me había encontrado todavía con ninguna mujer que estuviera a mi altura en lo que a libido se refiere, pero Skyler es pura dinamita.

—¡Ah! —gime con la cabeza echada hacia atrás y la barbilla apuntando al techo mientras froto la erección contra su vientre y le lleno el cuello de besos y mordisquitos.

—¿Estás segura de que no te sobra un poco de tiempo para...? —Dejo la frase en el aire, pero hago una declaración de intenciones al echar las caderas hacia delante.

Ella desliza una mano entre los dos y me acaricia la erección por encima de los pantalones que me he puesto de cualquier manera cuando Sophie ha llamado a la puerta.

—Mmm... —Me frota arriba y abajo—. Me encantaría, pero...

Gruño cabreado.

—Tienes que irte, lo sé, lo sé. Un último beso.

La beso con tanta intensidad y durante tanto tiempo que me acaba doliendo la lengua y nos separamos los dos con los labios hinchados. Con la frente pegada a la suya, le digo:

—No quiero dejar que te vayas. —Es la primera vez en mucho tiempo que me muestro vulnerable frente a una mujer. Noto un cosquilleo en la nuca y aprieto los dientes luchando por controlarme.

—Pues no lo hagas —susurra, y una sensación de inquietud me martillea el cráneo. Sé que está pasando algo, algo importante, pero no sé qué es.

—Tú tienes que volver a Nueva York; yo tengo que volver a Boston. —La abrazo fuerte.

Ella inspira hondo y se encoge de hombros. Luego asiente y se aparta de mí.

—Ha sido auténtico, Parker.

Sonrío.

—Una auténtica pasada —suelto sin pensar.

Hace una mueca de dolor, pero al momento la disimula con una de sus sonrisas de actriz. De esas que ofrece a los paparazzi y a la gente con la que no quiere hablar pero no tiene más remedio que hacerlo por trabajo.

—Sí —es lo último que dice antes de dar media vuelta y levantar las bolsas. La sigo por la suite hasta el lugar donde Rachel y Nate Van Dyken, los guardaespaldas, la están esperando, vestidos de negro riguroso, con las gafas de aviador colgando de la camisa.

Nate parece estar preparado para ir a la guerra, con pantalones de combate negros y botas a juego. Ese tipo es sólido como un muro, pero está loco por su mujer y trata a Skyler como a una dama, incluso cuando están a solas. Me gustan, son una gran aportación al equipo de Sky.

—¿Lista? —le pregunta Nate a Sky, y ella asiente con solemnidad. Si no fuera porque sé que no ha hablado con nadie, diría que acaba de recibir malas noticias. Nate agarra sus dos maletas con una mano y me ofrece la otra.

—Me alegro de haberlo conocido, Ellis. —Aunque le he dicho que me llame por mi nombre muchas veces, él sigue llamándome por el apellido.

—Lo mismo digo, Nate. Cuida de mi chica.

Skyler, que estaba buscando algo en su bolso, levanta la cara bruscamente y juraría que veo en ella una expresión de dolor antes de que disimule.

Esa expresión dolida me acompaña durante todo el vuelo de vuelta, como si estuviera viendo un anuncio en bucle. Incluso cuando la he abrazado por última vez antes de que se fuera, su cuerpo no ha reaccionado. No sé si el problema es algo que dije por la noche o por la mañana, y lo más raro de todo es que juraría que está asustada. Tiene miedo de algo, pero no sé de qué. Debo llegar al fondo de esta cuestión.

Me saco el móvil del bolsillo y lo enciendo. Lo he apagado durante el vuelo para no quedarme sin batería. En cuanto se conecta, empiezan a sonar un montón de avisos.

—Dios, no exagerabas. —Veo que casi todos son mensajes de las oficinas de IG, y llamo a Wendy.

—Parker... Yo..., lo siento. No te imaginas cuánto lo siento. No era mi intención, no me di cuenta. Envié la carpeta y ahora está en todas partes. ¡En todas partes! —Su voz suena francamente angustiada.

—Wendy, cálmate. No sé de qué me estás hablando. —Me pego más el teléfono a la oreja para amortiguar los ruidos del aeropuerto.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —Ahoga una exclamación—. Claro, llevas nueve horas metido en un avión. Parker, lo siento. La carpeta que Bo me envió con las fotos de la sesión con Skyler Paige...

—¿Sí? Las enviaste a la revista *People*, ¿no?

—Sí, pero no la abrí y no me di cuenta de que dentro había otra carpeta llamada «Parker Confidencial». ¡Dios! ¡Soy una idiota! Las fotos privadas han llegado a los medios. Las de la piscina, todas...

—¿Qué? —Aprieto los dientes y sigo escuchando.

—Ésas en las que la sacas en brazos de la piscina, medio desnuda, y la besas como un desesperado... Son unas fotos tan calientes que todo el mundo está hablando de ellas. Hay alguna de los dos en la ba...

—¡Joder, joder, joder! —la interrumpo—. Esto no puede estar pasando. —Me froto la sien con el pulgar y el índice.

—¿Qué pasa, tío? —quiere saber Bo.

—Las fotos que le enviaste a Wendy para que las pasara a *People*...

—¿Sí? —Acerca la maleta a nuestros pies.

—Al parecer, había una carpeta confidencial dentro, con las fotos que nos sacaste juntos.

Abre mucho los ojos.

—¡No!

Yo asiento con la cabeza.

—¡Joder!

—Sí, ése sería un buen resumen de la situación. —Inspiro hondo tratando de no enfurecerme pensando en las posibles consecuencias que este fallo puede tener para Skyler y para International Guy.

—Lo siento, Parker —repite Wendy—. Lo siento mucho, no lo sabía. Debería haber revisado el archivo antes de enviarlo. En fin, recogeré mis cosas. —Aunque trata de disimularlo, noto que está llorando.

—No recojas nada. Vamos de camino; hemos de hacer control de daños, ver hasta dónde han llegado las fotos...

—Vale, vale. Os espero, prepararé las cosas.

Cuando cuelga, vuelvo a presionarme las sienes porque sé que se nos viene encima un follón de los grandes.

—Hemos de comprar las revistas. —Señalo con la barbilla una tienda donde venden prensa local y nacional.

—Yo me encargo, tío. —Bo se dirige a la tienda a grandes zancadas mientras yo espero mi equipaje.

Abro Google y tecleo el nombre de Skyler. Inmediatamente aparece un aluvión de imágenes de los dos en varios escenarios. Mientras miro las fotografías, me sube la temperatura. La mayoría de las fotos son decentes. Aparte de la del baño, en la que se ve el perfil de los pechos de Skyler aplastados contra mi torso mientras se estaba dando un baño de espuma y yo la atacué entre tomas, el resto son fotos normales de una pareja feliz. Se nos

ve achuchándonos en el sofá, charlando o tomando una taza de café. En otras, ella trata de enseñarme una postura de yoga, que yo no logro hacer. Me río al ver varias de las imágenes recordando lo bien que lo pasamos. Y al fin llego a la foto de la piscina.

—Ay, Dios...

Me froto la boca y amplío la imagen. Es asombrosa y muy caliente. Recuerdo el momento como si hubiera sido ayer. La abrazaba por la cintura, mientras el agua chocaba contra nuestros cuerpos creando pequeñas olas y ella me agarraba con las piernas. Llevaba un bikini diminuto que apenas dejaba nada a la imaginación. Ella se me cogía a los bíceps y yo la sujetaba por las nalgas. Bo me dijo que le susurrara algo al oído. Yo lo hice, elevando las apuestas. Le susurré todo lo que iba a hacerle cuando acabara la sesión fotográfica. Y, al parecer, mis palabras causaron el efecto deseado, porque en la foto parece una diosa del sexo sedienta de lujuria a punto de ser devorada por mí. Un instante después, la saqué de la piscina, la llevé directamente a la cama y follamos tanto que luego ninguno de los dos podía andar.

¡Joder! Me descargo la foto porque no puedo resistirme a la tentación. Necesito ampliarla y colgarla en mi dormitorio para las noches en las que no pueda ver a Skyler.

Skyler.

«Mierda.» Debe de estar volviéndose loca de preocupación. Compruebo las llamadas y veo que tengo varios mensajes de su agente, Tracey, pero ninguno suyo. Inspiro hondo y por fin veo la maleta acercándose.

Con mi maleta en una mano y la de Bo en la otra, me reúno con él en la tienda. Va cargado con un montón de periódicos y revistas.

—Sobre la carpeta confidencial... —empieza a decir.

Niego con la cabeza, cojo la prensa, meto lo que puedo en mi maletín y el resto en el bolsillo delantero de la maleta.

—Ahórratelo. Hemos de llegar a IG cuanto antes para hacer control de daños.

Frunce los labios y aprieta los dientes.

—Vale, sólo quería decirte que esas fotos eran para ti. —Con la voz ronca, añade—: Un regalo.

Me detengo y le apoyo una mano en el hombro.

—Tío, lo sé. Y en otras circunstancias te estaría dando las gracias. En otro momento seguro que lo haré, pero ahora tenemos que enfrentarnos a los efectos colaterales, ¿vale?

Asiente con la barbilla pero, como lo conozco bien, sé que esto le ha afectado. Bo es un machote, pero, aunque lo disimule, también es un tipo sensible. Sé que para él Royce y yo somos tan importantes como su madre y sus hermanas. Somos familia, y uno no jode a su familia. Sé que no lo ha hecho con mala intención y las fotos son una pasada. Es una putada que hayan ido a caer en manos de la prensa.

Nos dirigimos a la salida del aeropuerto para buscar el coche que Wendy nos ha reservado, pero cuando hemos dado sólo un par de pasos, una horda de paparazzi grita mi nombre mientras los *flashes* nos ciegan.

—Parker, ¿dónde está Skyler?

—¿Qué se siente al acostarse con la actriz más sexy de Hollywood?

—¿La has dejado embarazada?

—¿Cuándo es la boda?

—¿Te pone los cuernos con Rick Pettington?

Esta última pregunta me hace apretar mucho los dientes mientras nos abrimos camino entre la marabunta y llegamos a la zona donde esperan los conductores de los vehículos de alquiler. Uno de ellos lleva un cartel que dice INTERNATIONAL GUY.

—¿Quién es el tipo que te acompaña?!, ¿tu guardaespaldas?! —grita uno de los paparazzi.

—Sí, capullo. Y como le pongas un dedo encima, te lo corto. ¡Atrás! —exclama Bo mientras me agarra con una mano para ayudarme a abrirme paso y con la otra empuja a los fotógrafos.

Dejamos las maletas en la puerta para poder atravesar la barrera de cuerpos. Los *flashes* no me dejan ver, pero Bo me guía hasta el coche.

Me mete dentro, cierra la puerta y, minutos después, regresa con las dos maletas, que el chófer guarda en el maletero.

Bo abre la puerta y los *flashes* vuelven a cegarme cuando los paparazzi tratan de obtener cualquier imagen que puedan.

Finalmente logra entrar y se desploma sobre el respaldo.

—Joder, tío. ¿Y Skyler tiene que aguantar esta mierda cada vez que sale? Asiento.

—O peor, si se anuncia su asistencia. Esto es poca cosa comparado con algunas aglomeraciones que ha tenido que soportar. La multitud que se apiñaba en las calles durante la boda es lo normal para ella.

—Dios, pobrecilla. —Se pasa la mano por el pelo revuelto—. ¿La vas a llamar?

—Sí, pero prefiero hacerlo desde el despacho, en privado.

—¿Y ella no te ha llamado?

Frunzo los labios y niego con la cabeza.

—¿Qué pasa, tío?

—No estoy seguro, pero esta mañana estaba muy rara. Cuando Sophie me ha despertado...

—Espera, espera. ¿Dices que Sophie ha ido a tu habitación antes de que Sky se marchara?

—Sí, quería despedirse, ya que tardaremos en volver a vernos.

—¿Y Skyler se ha puesto rara poco después? —Bo ladea la cabeza.

Me encojo de hombros.

—Sí, supongo.

—Tío, ¿cómo puedes ser tan idiota?

—¿Perdona? —Me vuelvo para mirar a mi amigo a los ojos.

—Sophie es una mujer muy sexy y segura de sí misma, nosotros nos ocupamos de que así fuera.

—¿Y qué?

Bo suelta el aire lentamente.

—Y te acostaste con ella.

—¿Puedes decirme algo que no sepa? —Aprieto los dientes, deseando que llegue a donde quiere llegar.

—Y ahora te acuestas con Skyler...

—Y dale con las obviedades.

—Tu relación con Sophie la hace sentir insegura, tío. De verdad, qué corto eres a veces. —Sacude la cabeza.

Suspiro.

—No, ya hablamos de Sophie.

—¿Cuándo?

—Después de la boda. Todo está claro, sabe que Sophie es sólo una amiga.

Bo suelta un resoplido de lo más irritante.

—Sí, ya. Una amiga con la que te acostaste hace un par de meses.

Frunzo el ceño y me froto la nuca.

—¿De verdad crees que está preocupada por Sophie incluso después de haber aclarado las cosas?

—Pues sí. Creo que ya estaba inquieta antes y sólo ha faltado que Sophie fuera a tu habitación y te sacara de la cama para despedirse. Seguro que os ha oído hablar, tío. Si yo estuviera loco por una mujer y la oyera hablar con alguien, me acercaría para saber qué le dice de mí.

—Sí, supongo que tiene sentido. Y ahora lo de las fotos... Joder, no me va a dirigir la palabra nunca más.

Bo frunce el ceño.

—¿Tan malo eres en la cama?

Sin pensar, le doy un puñetazo en el pecho, pero no muy fuerte.

—¡Que te jodan!

Él se frota la zona haciendo una mueca.

—¡Au!

—Esa pregunta sobra. Sé cuidar de mi chica perfectamente —le digo de mala manera.

Él responde inmediatamente.

—Y ¿ella ya sabe que es tu mujer o piensa que es una de tus amiguitas para pasar un buen rato?

—Lo nuestro es informal, tío. Lo hablamos y estamos de acuerdo.

Bo se echa hacia atrás en el respaldo de cuero de la limusina y separa las piernas poniéndose cómodo.

—Nunca he conocido a una mujer que hable con un hombre cada día por teléfono, pase tres semanas a su lado, cruce un océano para ir a una boda con él, no se acueste con nadie más desde que lo ha conocido y considere que tiene una... —dibuja unas comillas en el aire con los dedos— relación informal con ese nombre.

Me cago en todo, tiene razón. Mucha razón.

—Tío, ¿por qué estás tan obsesionado con decir que lo tuyo con Skyler es informal? Si lo fuera, te estarías acostando con otras. Pero no lo haces. En cambio, estás colgadísimo de una actriz rubia y sexy con una delantera de vértigo y un culo de impresión...

—Afloja, tío...

Me dirige una sonrisa descarada y me guiña el ojo.

—¿Lo ves? Lo vuestro es una relación romántica y ahora todo el mundo lo sabe. Tienes que hablar con ella y ver cómo maneja la situación. ¿Me oyes?

«Mierda.» Tengo una relación con Skyler Paige.

Debo hablar con ella enseguida.

El único problema es..., ¿qué demonios le digo para arreglar este desastre?

Wendy sale disparada a recibirnos en cuanto nos ve aparecer en la puerta de IG arrastrando el equipaje.

—Parker, lo siento tanto... Aún no me creo que no revisara la carpeta antes de enviarla. Yo... yo... no sé qué más decir.

Tiene los ojos vidriosos y la punta de la nariz roja, pero traga saliva y endereza la espalda, tratando de mantener el tipo.

Respondo abriendo los brazos y, sin dudarlo ni un instante, la cañera y peleona Wendy se lanza a ellos. La abrazo fuerte, notando los temblores de su cuerpecillo.

—Park, he metido la pata —susurra mirándome a la cara—, no volverá a pasar.

Le doy una palmadita en la mejilla.

—A ver si es verdad, pequeña descarada. —Le guiño el ojo y la abrazo con fuerza una vez más.

Ella apoya la cara en mi pecho y suspira, pero enseguida se aclara la garganta y se aparta.

—Vale. Supongo que lo primero ahora es hacer control de daños, ¿no?

—Sí, tengo que realizar una llamada muy importante, eso es lo primero. Hasta que acabe de hablar, que no me moleste nadie. —Alzo una ceja para dar énfasis a mis palabras.

Ella me señala el pecho con el dedo.

—Vale, pero, para que lo sepas, he hablado ya varias veces con la agente y amiga de Skyler, Tracey. Tiene un plan que me parece que puede funcionar, pero eso tienes que decidirlo tú. No sé cómo están las cosas entre Skyler y tú,

porque no has estado mucho en la oficina últimamente y no todo sale en internet por mucho que busque...

Frunzo el ceño.

—¿Me buscas por internet?

Ella hace una mueca.

—Claro, menuda hacker de mierda sería si no os investigara a los tres. Aunque este granuja —señala a Bo con el pulgar por encima del hombro— me da mucho trabajo. Cada día añade contactos de mujeres nuevas en su teléfono. Él se las lleva a la cama y luego soy yo la que tiene que interactuar con ellas cuando llaman o se presentan en la oficina para acosarlo. —Sacude la cabeza—. Te está bien empleado, por mujeriego.

Bo se echa a reír.

—¿Celosa, Campanilla?

Ella resopla.

—Más quisieras. Estás tan lejos de mi liga que sigues bateando con un palo de juguete mientras el señor Mick ha llegado ya a todas las bases.

Bo no puede resistirse a provocarla.

—Algún día, ya lo verás. Algún día te tendré debajo.

—Sólo si estoy muerta y te va ese rollo.

Sacudiendo la cabeza, me voy y los dejo discutiendo. Lo hacen en broma, pero, francamente, me gustaría que pararan de vez en cuando. Esos dos necesitan un árbitro cuando se juntan.

Entro en mi despacho y veo que Royce está dejando algo en mi mesa.

—¡Tío, cuánto tiempo sin verte! —Roy me abraza y me da varias palmadas en la espalda—. Echaba de menos ver tu feo careto por aquí. Aunque me temo que no vas a estar en casa demasiado tiempo, a menos que me envíes a mí a resolver el próximo caso.

Rodeo mi mesa de escritorio y me siento en la silla acolchada. El cuero se amolda a mi culo de inmediato y suelto el aire en un suspiro de alivio por estar en casa al fin.

—¿Qué nos toca ahora?

—Un diseñador de moda de Milán. Necesita que Bo y tú hagáis magia con sus modelos. Al parecer, contrataron a chicas sin experiencia porque se ajustaban a lo que buscaban para la campaña.

Uno las manos dando una palmada y apoyo los codos en la mesa.

—¿Quieren que enseñemos a unas modelos a desfilan? ¿Nosotros hacemos eso?

Él sonríe y sus dientes blancos y bonitos brillan.

—Ya le advertí al cliente que no lo hemos hecho nunca, pero entonces me contó que se trata de una campaña de lencería erótica. La ropa cambia de color cuando se apaga la luz, brilla en la oscuridad, tiene lucecitas..., vamos, el paraíso del fetichista. Lo que buscan es alguien que las enseñe a ser sexys y a mostrar el género con clase. Las mujeres son de todo tipo, muy variadas, y al parecer va a ser una campaña rompedora.

—¿Para cuándo nos necesitan?

—Para dentro de dos semanas, si fueran diez días, mejor que mejor.

Diez días.

Acabo de volver de Copenhague, donde he pasado casi tres semanas, antes estuve el mismo período de tiempo en Nueva York y ahora me voy a Milán. Ay, Dios, voy a necesitar descansar pronto.

—¿No hay clientas en Estados Unidos?

Roy echa la cabeza atrás y ríe con su voz profunda.

—Tengo una en espera en San Francisco.

Me paso una mano por el pelo y tiro de las raíces.

—Roy, eso está casi a cinco mil kilómetros. ¡Es prácticamente como estar en París!

Él se encoge de hombros.

—El trabajo es trabajo en cualquier parte. Ahora mismo estamos muy solicitados. Tenemos una lista de espera tan larga que sólo acepto

desplazamientos para los casos mejor pagados. El resto los resolvemos desde aquí.

Asiento.

—De acuerdo. Luego lo hablaremos con más calma. Ahora tengo que llamar a Sky. Debe de estar cagándose en la prensa si ha visto las fotos.

Royce inspira hondo.

—Ya las he visto, tío. Pedazo de fotos, muy calientes, joder. Me alegro de que Sky y tú estéis juntos. —Niega con la cabeza—. Una estrella de Hollywood, quién se lo iba a imaginar.

—Yo, desde luego, no. —Levanto el auricular, indicándole que tengo que usar el teléfono y que él tiene que largarse de aquí.

—No la cagues —me advierte.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

Se encoge de hombros.

—Te conozco desde hace tiempo. Se te da demasiado bien autoboicotearte. Si es una buena persona que merece tu atención completa, dásela. Ya no somos unos críos, cada día que pasa me doy más cuenta.

Lo miro de medio lado.

—¿Quieres sentar la cabeza? —No logro disimular la sorpresa.

—Si encuentro a la persona adecuada, ¿por qué no? Si encuentro a una mujer atrevida, descarada, inteligente, leal, que tolere mis manías, que sepa vestir, que sea familiar, que le guste comer, que sepa tratar a un hombre y que tenga de dónde agarrar, me pondré a sus pies y le pediré que se case conmigo.

Abro unos ojos como platos.

—¿En serio?

—Del todo.

—Mis respetos, tío.

Se despide, inclinando la barbilla.

—Te dejo a lo tuyo.

Cuando está a punto de cerrar la puerta, lo llamo:

—Roy. —Se vuelve hacia mí con su traje azul marino inmaculado y la camisa de vestir de rayas blancas y azules impecablemente planchada—. Yo también he echado de menos tu careto.

Él sonríe con ganas.

—Normal. ¿Quién no echaría de menos una cara como la mía?

Saluda por encima del hombro y sale de la oficina con movimientos fluidos como la seda.

Roy tiene tanta clase que si fuera un desconocido sentiría celos de él, pero lo conozco desde hace tanto tiempo que es de la familia. Y los celos entre nosotros no tienen lugar, por suerte.

Me dispongo a afrontar el problema. Por un lado me preocupa, pero por otro tengo muchas ganas de oír la voz de Skyler. Marco su número y espero, aunque no mucho, porque contesta al primer timbrado.

—Dime la verdad. ¿Significo algo para ti? Aunque sea poco... —Tiene la voz rota por el dolor. Si la tierra se abriera ahora mismo y rompiera el edificio en dos, no me dolería tanto.

—Sky... Joder, ha sido un accidente. Wendy no sabía...

—Te he hecho una pregunta sencilla, Parker. Sólo una. Dame una respuesta —insiste muy tensa.

Trago saliva porque se me ha quedado la garganta seca.

—Skyler, significas más para mí que cualquier mujer que haya pasado por mi vida en la última década. Que esas fotos hayan visto la luz ha sido un error. Nena, tienes que creerme.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Todos los hombres en los que he confiado han acabado traicionándome. Te abrí mi alma y...

—Y no he tomado tu regalo en vano —replico de inmediato, porque es la verdad. Sé lo que le ha costado abrirse.

Sus sollozos me llegan a través del teléfono y se me clavan como puñales hasta llegar al corazón. Mi pecho se mueve, pero no sé si me llega el aire a los pulmones.

—Melocotones, me conoces. —Trato de alcanzar ese lugar en su interior que conecta con el mío por completo cuando estamos juntos, pero a través del teléfono es complicado. Muy complicado.

—¿Ah, sí? ¿Te conozco? Sé que te entregaste a mí durante tres semanas, pero ya se han acabado. ¿Qué me dices de Sophie? También te entregaste a ella. Es otra clienta, como yo. ¿Qué quieres que piense? ¿Forma parte del servicio acostarse con las clientas? —Me ataca, enfadada y dolida al mismo tiempo.

—No estás siendo justa.

—¿Ah, no? Tú mismo me dijiste que te habías acostado con Sophie. ¿Con cuántas clientas te has acostado durante estos años? ¿A cuántas les has susurrado palabras al oído?

—Sólo a dos —respondo con los dientes apretados. No me apetece nada mantener esta conversación, pero sé que, si no lo hago, podría perderla para siempre—. Y Sophie es mi amiga —le recuerdo.

Ella se ríe, pero su risa es amarga.

—Y ¿yo qué soy?

—Eres mucho más que eso.

—Ya, pues si eso es verdad, dímelo más clarito. ¿Qué soy yo para ti, Parker? Oh, perdón, quería decir *todopoderoso Forjador de Sueños*. —Se burla de mí, echándome en cara mi apodo comercial.

Aprieto los dientes, cierro los ojos y abro mi corazón ante la mujer que me vuelve loco a todos los niveles.

—Tú eres la mujer que ocupa mis días. Y las noches, que me paso pensando en tu sonrisa. Sueño con estar a tu lado, dormir contigo. Visualizo tus labios y me humedezco los míos, deseando que fueran los tuyos. Me paso el rato imaginándome cómo será la próxima vez que nos veamos y qué nuevas aventuras viviremos juntos. No hay nadie en el mundo con quien me apetezca más perderme. Sé que en cualquier parte del mundo nos lo pasaríamos bien si estamos juntos. Sólo pensar en tu aroma empiezo a

babear. Y no me hagas hablar de tu cuerpo, porque es terreno peligroso. Te deseo constantemente. Tu mente, tu cuerpo sensual, tu maldita alma. ¿Tienes suficiente con eso o quieres más? —gruño, cabreado porque me ha obligado a abrirme en canal para no perderla.

Permanecemos en silencio durante un minuto, aunque la oigo respirar.

—Siento haberte gritado —se disculpa en voz baja.

Cierro los ojos y noto un alivio tan grande que me llena por completo, hasta los últimos recodos de la mente. He logrado llegar hasta ella, mi chica ha vuelto a mí.

—Skyler, joder. Ojalá estuviera a tu lado.

—Ojalá. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Sonrío.

—Bueno, supongo que es normal. Eres una mujer extraordinaria, Melocotones, y todo el mundo quiere un pedacito de ti. Y no me extraña. Yo también quiero un trozo. ¡Qué demonios! Yo te quiero entera.

Ella suelta una risita.

—Dios, cómo echaba de menos tus risitas. —Me echo hacia atrás en la silla y la hago girar para disfrutar de la vista de los edificios, el agua y el horizonte. Hogar, dulce hogar.

—Yo no suelto risitas.

—Oh, sí. Y estás muy sexy cuando lo haces.

—Lo que tú digas —replica fingiendo estar enfadada, pero sé que no lo está. Lo que pasa es que le gusta tener la última palabra. Forma parte de su encanto.

—Melocotones, nena, odio cambiar de tema, pero ¿qué quieres que hagamos con la prensa?

Ella suelta un gruñido.

—Tracey me ha estado dando la paliza con el tema.

—¿Qué opina?

—Trace quiere que hagamos un comunicado conjunto y lo enviemos a la

prensa.

—¿Diciendo qué?

—Que somos pareja, que tenemos una relación y somos felices como perdices.

—¿Y...? —Necesito saber lo que opina ella de este plan antes de decir nada. Las mujeres son muy volubles y cualquier cosa que diga puede ser malinterpretada. No quiero perder terreno ahora que vuelve a hablarme.

Oigo cómo se abre una puerta al otro lado del teléfono.

—Voy a necesitar un minuto más —le dice Skyler a alguien que no soy yo.

—Vale, cielo. Te espero en el sofá.

Es una voz de hombre.

Que la llama «cielo».

Y la espera en el sofá.

—¿Quién era?

—¿Mmm? —murmura distraída—. Ah, era Rick. Tenemos que ir a rodar y ha venido a recogerme.

Rick *el del Tic*.

Pues qué oportuno el chico.

Si ya estaba alterado antes, sólo me faltaba la aparición de Rick para que el monstruo de los celos ganara la partida.

—Hazlo.

—¿Eh? ¿El qué?

—Di a la prensa que somos pareja. —Aprieto los dientes y el corazón empieza a latirme como loco en el pecho. Agarro el teléfono con tanta fuerza que se me clava en la mano. Noto una oleada de calor que me nace en la mano y me asciende por el brazo.

—Parker, dijiste que querías que lo nuestro fuera informal, para divertirnos.

Me humedezco los labios y desearía estar a su lado para poder sujetarle la

cara entre las manos mientras mantenemos esta conversación. El tema es demasiado serio para tratarlo por teléfono.

Por desgracia, no hay otra manera..., de momento.

—Melocotones, sé lo que dije. Y cuando lo dije, lo pensaba. Pero las cosas han cambiado. Tu manera de irte esta mañana, el largo vuelo, ver nuestras fotos privadas en todas partes..., no sé, tal vez he despertado. Lo único que sé es que quiero estar contigo. En serio.

—Yo también quiero estar contigo —susurra, y detecto un precioso atisbo de felicidad en su voz.

—Joder, lo que daría por poder besarte ahora mismo. Las primeras veces siempre deberían sellarse con un beso.

Ella se echa a reír a carcajadas, que me gustan todavía más que sus risitas.

—Cariño.

—Ah, ahí está mi «cariño». —Sonrío y mi corazón se calma. Todo yo me relajo al oír esa dulce palabra.

Todo va a salir bien. Sky y yo encontraremos la manera de que esto funcione.

—Entonces... ¿va en serio? Tú y yo, ¿somos pareja? ¿Tenemos una relación?

—Va en serio.

—Y quieres que lo anuncie al mundo entero.

—¿Por qué no? No me avergüenzo de que la mujer más sexy del mundo se aproveche de mi fama —bromeo para aligerar el ambiente.

—Yo me aprovecho de tu fama, ¿eh?

—Ajá, soy un partidazo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Y ¿eso quién lo dice?

—Mi madre..., que, por cierto, debe de estar volviéndose loca al ver las fotos. Va a ser la siguiente persona a la que llame. —Me echo a reír.

—Uau, esa conversación promete —trata de bromear, pero noto que se entristece. Apenas hemos hablado de sus padres y ahora no es el mejor momento, pero algún día espero saberlo todo sobre Skyler Paige Lumpkin.

—Ya te digo. Querrá conocerte.

—¡Oh, me encantaría! —exclama como si la idea de conocer a mis padres le pareciera asombrosa.

—No es para tanto, de verdad. Mis padres son personas normales, trabajadoras. Muy caseros, gente que tiene los pies en el suelo. Te gustarán y tú a ellos les vas a encantar.

—Por favor, dile a tu madre que me muero de ganas de conocerlos.

—Y yo me muero de ganas de volver a verte. Tenemos que reconciliarnos.

—¡Tú lo que quieres es sexo de reconciliación! —me acusa riendo.

—Ah, ¿y tú no?

Se aguanta la risa.

—Bueno, vale, es verdad. Jo, aunque me quedaría aquí contigo, tengo que ir al set. Haré que Tracey te envíe el comunicado para que des tu aprobación antes de publicarlo.

—Estoy seguro de que me parecerá bien, pero vale, dile que se lo envíe a Wendy.

—Bien. ¿Te llamo luego?

—Me entristeceré mucho si no lo haces.

—¿Te parece absurdo si te digo que estoy emocionada? —Su voz suena muy distinta de cuando hemos empezado a hablar, como si se hubiera librado de un gran peso.

Me río.

—No, no me lo parece. Hemos dado un gran paso; estoy deseando ver adónde nos lleva esto. —Y lo digo muy en serio. Lo que me pasa con Skyler es algo diferente, pero es un cambio necesario, muy bienvenido y creo que estoy preparado para asumirlo.

—Yo también. Luego te llamo, niño bonito.

—A ver si es verdad. Hasta luego, nena.

Antes de que cuelgue oigo el ruido de un beso. Mi chica acaba de mandarme un beso por teléfono.

Qué mona es. Y qué tonta.

Mi chica es boba. Es mi bobita.

Sacudo la cabeza, cuelgo y me levanto. Me estiro al máximo y me doy cuenta de lo cansado que estoy. Casi no he podido dormir en el avión, preocupado por la actitud de Skyler antes de marcharse. Luego me he encontrado con las hordas de la prensa, me he enfrentado al enfado de mi chica, lo he resuelto y después he dado un salto de fe emocional, que juré no volver a dar nunca más.

Con mi equilibrio emocional más o menos controlado, salgo del despacho.

Wendy, Bo y Royce están mirando la pantalla del ordenador de la secretaria. Cuando me miran, lo hacen con idénticas expresiones de culpabilidad en la cara.

Me cruzo de brazos.

—¿Se puede saber qué estáis mirando, panda de hienas? —Alzo una ceja—. Confesad.

Wendy le da la vuelta a la pantalla, ocupada con una imagen ampliada de Skyler y yo.

—Joder, tío —murmura Royce.

—Qué cabrón, con Skyler Paige. —Bo sacude la cabeza como si no se lo acabara de creer.

—Hacéis muy buena pareja. Esta web está haciendo una encuesta y te compara con su ex, Johan Karr. —Wendy señala la pantalla—. Mira, ganas por un dieciséis por ciento.

—¿Qué gano?

—¡Pues que estás más bueno que él!

Suspiro.

—Y esto no ha hecho más que empezar, chicos.

—¿Ah, no? —Wendy trata de disimular una sonrisa—. ¿Y eso?

—Pues que Skyler y yo hemos acordado que lo nuestro va en serio. De informal, nada. Lo nuestro es una relación en toda regla.

—Tío, ¿me estás diciendo que estás fuera de circulación? —quiere saber Roy alzando mucho las cejas.

Asiento.

—¡Ya era hora, joder! ¡Aleluya! ¡Más chiquitas para mí! —Bo abre los brazos como si quisiera abrazar el cielo.

Roy rodea el escritorio y se acerca a darme palmadas en el hombro.

—Bien hecho. Esa mujer es espectacular, pero tenemos que asegurarnos de que te trata bien. Ya tengo ganas de conocerla. ¿Cuándo vendrá a Boston? —Su pregunta suena como una orden.

Mis colegas quieren darle un repaso a mi chica antes de aprobar lo nuestro. Hace mucho tiempo que ninguno de los tres tiene pareja estable a la que poder interrogar. Demasiado tiempo. Aunque con la conversación que he tenido antes con Roy, no me extrañaría que la situación se repitiera pronto. Si se ha propuesto encontrar a una buena mujer, el resto de la población masculina de Boston va a tener que esforzarse. Cuando Royce saca la artillería pesada, los demás no tenemos nada que hacer.

—No lo sé. —Respondo con la verdad—. Está en medio de un rodaje. Me voy a casa a dormir un rato. Esta noche hablaré con ella otra vez y os mantendré informados.

—Claro. —Royce me aprieta el hombro—. Por aquí lo tenemos todo controlado.

Voy hacia la maleta que he dejado en la sala de espera.

—Dame unas cuantas horas antes de llamarme, ¿vale? —le digo a Wendy.

—Sin problemas, jefe.

Me río y ella sonríe, ruborizándose.

—Ah, pero no te olvides de llamar a tu madre. Como con ella todos los miércoles y está preocupada por tus horarios de sueño. Dice que viajas

demasiado y que no descansas lo suficiente. Y luego está lo de Skyler, claro. Está deseando que le cuentes más cosas sobre ella.

Cojo la maleta y asiento aturdido. Cuando las palabras finalmente atraviesan el filtro de mi mente embotada, me vuelvo hacia ella.

—¿Comes con mi madre los miércoles?

Ella hace una mueca.

—Pues sí. Y con la madre de Royce los martes. A veces vienen sus hermanas, depende de cómo tengan la agenda.

Sonrío, sacudiendo la cabeza.

—Te has colado en la familia como si nada.

Ella se revuelve en la silla y me guiña el ojo.

—Es que no tengo familia, aparte del señor Mick, y ya que os llamáis entre vosotros «tíos», pensé que tal vez yo podría convertirme en tía honorífica.

—¡Ah, no! ¡Qué asco! ¡No puedo follarme a mi tía! —protesta Bo antes de hacer un ruido gutural como si vomitara.

—Pues menos mal que nunca me vas a follar. Venga, a descansar los dos. Os necesitamos pronto de vuelta, en plena forma. Hay un montón de temas que tratar.

—Adiós, Wendy. —Me despido con la mano.

—Adiós, jefe.

—Adiós, Campanilla —dice Bo en tono sugerente.

—Adiós, polla lápiz.

Bo y yo entramos en el ascensor.

—Wendy es la caña, ¿verdad? —Bo sonrío y se recoloca la cazadora de cuero.

—Lo es.

Al salir del ascensor, mi corazón da un brinco de alegría al ver mi Tesla de color rojo cereza.

—Hola, preciosa —le digo al Tesla mientras abro el maletero y dejo la

maleta. Bo coloca la suya junto a la mía.

—Eh —protesto.

—Vine con la moto, tío. Voy a pasarme por el bar de al lado de casa a relajarme un poco. Estoy demasiado tenso del viaje.

Gruño.

—Eres demasiado, tío.

Bo se agarra el paquete.

—Eso me dicen las chiquitas.

Me echo a reír.

—Te veo más tarde.

Bo pasa una pierna por encima de la moto, la pone en marcha y me saluda con la barbilla antes de salir disparado.

Que el Señor nos asista el día que encuentre a una mujer sin la que no pueda vivir.

Anoche dormí como un tronco. Sólo logré decirle un soñoliento «hola» a Skyler cuando me llamó y luego volví a quedarme frito hasta esta mañana.

De vuelta en la oficina, finalmente encuentro un momento para mirar con calma el reportaje de la revista *People*. No me convence demasiado. Se suponía que el nombre del reportaje iba a ser «No te escondo nada», igual que el del libro que tanto le gusta a Skyler, pero no, eso habría sido pedir demasiado. El titular es: SKYLER PAIGE SE DESNUDA DEL TODO, y habla sobre su infancia feliz y sus inicios en el mundo de la actuación. Hay mucha información sobre el desgraciado accidente de sus padres; demasiada.

Todo el cuidado que habíamos puesto al planificar y hacer las fotos no ha servido de nada. En casi todas las imágenes que han elegido se nos ve a los dos, besándonos y en actitud cariñosa. Las fotos no son vulgares, ése no es el problema. Las hizo Bo y sabe lo que se hace. Si las estuviera viendo en mi ordenador, en la intimidad, le daría palmadas en la espalda para agradecerle su fantástico trabajo, pero no me hace ninguna gracia ver que mi relación con Skyler llena las páginas de una revista.

Me sorprende que le hayan prestado tanta atención a una relación que acaba de empezar. Me pongo en contacto con mi abogado y comparto con él mi preocupación. Me dice que como les enviamos las fotos y no establecimos una entrevista cerrada, la revista es libre para publicar lo que quiera. Por desgracia, tiene razón. Es una pena, porque lo que han publicado no tiene nada que ver con lo que Skyler quería compartir con sus seguidores. Quería mostrarse tal como es, no... esto.

Molesto, lanzo la revista sobre la mesa y la llamo, porque tengo ganas de

oír su voz.

—Hola, tú —me saluda adormilada.

Skyler adormilada..., mmm, me encanta. Cuando está medio dormida por las mañanas me deja que le haga de todo. Me deja que la devore entre las piernas, que le mordisqueee, lama o succione los pezones hasta que me ruega que la penetre. Una vez la desperté lo justo para poder meterle la polla en la boca. Ella la recibió contenta y la succionó mientras acababa de despertarse.

Aprieto el puño deseando estar con ella, tocándola de alguna manera.

—Buenos días. —Le devuelvo el saludo con la voz ronca—. ¿Has dormido bien?

Ella hace un murmullo de asentimiento.

—Muy bien, sí. Estaba agotada. Terminamos tardísimo. Rick y yo cenamos casi a medianoche. Acabamos pidiendo comida china a domicilio. Casi me quedo dormida encima del pollo *kung pao*. —Bosteza con ganas.

Así que Rick *el del Tic* compartió cena a medianoche con mi chica. Frunzo el ceño, pero lo dejo pasar porque no quiero enturbiar las cosas entre nosotros después de la discusión de ayer.

Miro la hora y veo que ya son las ocho. No es tan temprano, pero mi chica parece agotada.

—¿Cuándo tienes que volver?

—A mediodía. Han tenido no sé qué problema con el equipo.

—Ah, bien, así puedes relajarte un rato antes de ir.

—Sí. —Gime y suelta el aire con lentitud.

Me invaden los recuerdos. La sensación de su aliento acariciándome el pecho desnudo al despertar... Lo echo de menos más de lo que debería.

—Acabo de leer el reportaje de *People*.

Nada. Silencio.

—Me he puesto en contacto con mi abogado.

Skyler vuelve a bostezar.

—No se puede hacer nada, cariño. Hay libertad de expresión y libertad de

prensa. Además, nada de lo que dicen es mentira.

Aprieto los dientes.

—Ya, pero no es lo que acordamos con ellos.

—Pronto aprenderás que nada de lo que le digas a un periodista es lo que acabará impreso. Al final siempre ponen lo que les da la gana. Te aseguro que podría haber sido mucho peor. Al menos, no nos dejan mal.

—Pues ese periodista que no vuelva a contar conmigo —replico malhumorado, y me paso la mano por el pelo impotente.

Ella se echa a reír.

—Vale. Ah, ¿sabes qué? Tengo buenas noticias —me dice canturreando alegremente, lo que me relaja de inmediato.

—¿En serio? Pues compártelas conmigo, por Dios. Es justo lo que necesito ahora mismo.

—Tengo el fin de semana libre, el viernes incluido. Había pensado que podría ir a Boston a conocer a tus padres y pasar el fin de semana contigo.

Todavía no está aquí y ya tengo una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

¿Cuándo coño me había alegrado yo tanto de ver a una mujer?

Nunca.

Skyler me ha cambiado. Ya no soy el mismo.

—Sky, nena, me has alegrado la semana. —Empiezo a imaginarme todas las cosas que deseo hacerle y todo lo que deseo mostrarle cuando la deje salir del dormitorio. Los chicos querrán verla, claro, y Wendy también—. Te presentaré a Roy y a Wendy. Roy está deseando someterte a un tercer grado para asegurarse de que tus intenciones son honorables.

Ella se echa a reír con ganas.

—Genial. Había pensado que podría disfrazarme y viajar sola.

Se me activan todas las alarmas.

—Melocotones, sé que tienes ganas de viajar con libertad, pero es imposible. Nate y Rachel tienen que acompañarte. La seguridad es más

importante que la privacidad. Sobre todo ahora, después del reportaje; los paparazzi te seguirán más que nunca.

Ella gruñe y suspira.

—Por una vez en mi vida me gustaría que no me conociera nadie. No me malinterpretes, me encanta mi trabajo y, gracias a ti, he superado el bache, pero la falta de privacidad es...

—Jodida, abrumadora, estresante... —Podría seguir soltando adjetivos para definir lo que tiene que aguantar, y eso que yo sólo he conocido la punta del iceberg.

Cuando he salido esta mañana de casa tenía paparazzi esperándome en la puerta, y cuando he llegado a la oficina, también. Los he ignorado y he seguido con mi día a día, pero para Skyler debe de ser mil veces peor.

—Todo eso y más.

—Lo sé, Sky, pero lo importante es mantenerte a salvo. Hay un montón de tarados sueltos. Prométeme que te traerás al equipo contigo.

Ella gruñe y suena como un pequeño dragón escupiendo fuego.

—Vaaale. —No le gusta la idea.

—Un día encontraremos un sistema mejor, pero, de momento, ellos van a donde tu vayas. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Suelta el aire en un suspiro de frustración.

—Bien, y ahora dime, ¿qué llevas puesto? —la provoco, y aguanto el aliento hasta que me da detalles.

Los golpes en la puerta suenan tan fuerte como los latidos de mi corazón. Llevo toda la tarde esperando a que llegue, asegurándome de que todo está en orden, la ropa sucia en la cesta, los platos en el lavavajillas. El servicio de limpieza vino ayer para librar la casa de los restos de suciedad de un soltero que pasa demasiado tiempo fuera de su hogar.

Con una sonrisa radiante, me dirijo a la puerta y la abro con entusiasmo.

Ahí está. La chica de mis sueños en todo su esplendor. Lleva un mono

negro, con cuello *halter* atado en la nuca que hace destacar sus deliciosos pechos, y pantalones acampanados. Calza unas sandalias doradas, de las que se atan con cintas, el pelo con raya al medio y sus características ondas cayéndole sobre los hombros.

—¡Joder! —exclamo perdiendo por completo el control.

Ella abre mucho los ojos al verme con pantalones de vestir y un jersey fino de cachemira.

—Podéis iros al hotel, chicos. No creo que salgamos esta noche —dice con una sonrisa irónica.

Por último, me fijo en Nate, que ha entrado para dejar la maleta en el recibidor. Él también sonríe y pasa el brazo por los hombros de su mujer.

—Llamadnos si cambiáis de planes.

Sin apartar los ojos de los míos, Skyler replica:

—Claro.

Abro la puerta un poco más. Ella no se limita a entrar; lo que hace es bambolear las caderas provocativamente, y su culito sabroso rebota dentro de la fina seda que lo cubre.

El deseo de morderle las nalgas es tan grande que se me hace la boca agua. Cierro la puerta de un empujón y la cierro con llave. Ella se libra del abrigo lanzándolo sobre el sofá y mira a su alrededor.

—Bonita casa —comenta antes de llevarse las manos a la nuca.

Como en cámara lenta, las tiras de tela se deslizan, haciendo caer el mono al suelo y dejando a la vista el sujetador sin tirantes, su vientre, las caderas redondeadas y los muslos tonificados. Un diminuto triángulo de encaje negro es lo único que cubre su sexo.

Skyler se lleva las manos a las caderas.

—¿Vas a pasarte la noche mirándome con la boca abierta o vas a darle a tu novia un beso de bienvenida?

Pestañeo varias veces como un idiota con la vista clavada en su cuerpo, que es como un reloj de arena: los pechos, la cintura estrecha, las anchas

caderas.

—¿Mi novia? —Le sigo la broma. Es la primera vez que usa esa palabra, la habitual que utiliza la gente para definir a la mujer con la que uno tiene una relación exclusiva.

—Ajá —replica con una sonrisa—. Lo he leído en un periódico esta mañana.

Doy un paso hacia ella y veo que se le dilatan las pupilas.

—¿En el periódico? Mmm, pues entonces será verdad. Todos sabemos que sólo publican hechos probados.

Me agarro el suéter y la camiseta, me lo quito todo a la vez y lo tiro al suelo.

Ella se humedece los labios al ver mi torso desnudo.

Mientras lo recorre con la vista, se lleva las manos a la espalda y se desabrocha el sujetador. Cae al suelo y al fin puedo disfrutar del espectáculo de sus pezones rosados ya erectos por su excitación más que obvia.

Trago saliva porque mi excitación es tan intensa como la suya. La polla se me pone como una piedra atrapada en los pantalones y noto un cosquilleo que me recorre el cuerpo en todas direcciones, preparándolo para el momento en que entremos en contacto, piel con piel.

—Melocotones, eres lo más bonito que he visto en mi vida. Soy un tipo con suerte. —Aprieto los puños y meneo la cabeza.

Ella desliza los dedos bajo las tiras de encaje a lado y lado de sus caderas y se deshace del tanga, desnudando su cuerpo por completo. Durante un instante, su centro húmedo queda expuesto ante mis ojos y pierdo el control. Cada parte de mí lucha por reunirse con ella: la polla, las manos, mi cuerpo entero. De dos zancadas me planto ante ella, le sujeto la cara y le aplasto los labios con los míos.

Mi chica abre la boca de inmediato y enlaza la lengua con la mía. Sabe a menta y huele a melocotones. Le succiono el labio inferior y la beso con más

intensidad de la habitual. No puedo evitarlo. Necesito sentirla y asegurarme de que ella me siente.

Me agarra por la nuca con una mano y me abraza por los hombros con la otra, clavándome las uñas. Al llevar tacones estamos más igualados en altura, lo que hace que sea más fácil devorarle la boca.

Le ladeo la cabeza y bebo de ella, afianzando lo que hay entre nosotros.

Lujuria.

Deseo.

Necesidad.

Estamos conectando como lo hicimos la primera vez, pero ahora las sensaciones son familiares, conocidas. Ambos sabemos lo que al otro le gusta, lo que desea, lo que hace que cada beso sea más intenso y cada caricia sea una marca sobre la piel del otro.

Con su pecho pegado al mío, al fin logro respirar con libertad. La tensión que se había adueñado de mí durante la fría despedida en Copenhague me abandona de una vez.

Rompo el beso pero pego la frente a la suya y permanecemos así, quietos, jadeando.

—Dios, cómo añoraba tu boca —susurra en el silencio de la habitación.

Le dirijo una sonrisa canalla y beso sus labios húmedos antes de dejarme caer de rodillas a sus pies. Le agarro los muslos cuando veo que se tambalea. Ella aletea con los brazos y acaba sujetándose de mis hombros para no perder el equilibrio.

—Pues eso no puede ser. No podemos permitir que eches de menos mi boca. —Alzo las cejas varias veces e inhalo el delicioso y familiar aroma de su excitación a escasos centímetros de su sexo. Me humedezco los labios y levanto la vista hacia la chica de mis sueños.

Ella me clava las uñas en los hombros y separa las piernas, abriéndose a mí, vulnerable como no lo ha sido ante ningún otro hombre. No hace falta que me lo diga porque lo sé. Es un regalo de confianza que me hace y que

pienso honrar y agradecer con una docena de orgasmos espectaculares este fin de semana.

Le acaricio los muslos, desde las rodillas hasta las caderas, arriba y abajo. Ella tiembla bajo mis dedos, deseando lo que estoy a punto de darle casi tanto como yo deseo volverla loca con la lengua hasta oírle gritar mi nombre.

—Cariño... —me suplica.

Impregnándome de su necesidad, me echo hacia delante y le separo los labios con los pulgares para alcanzar mi objetivo al primer lametón. En cuanto mi lengua la alcanza, alza la cara y grita al cielo.

Suave, deliciosa. Estoy en el paraíso.

Su sabor me cubre la lengua y mis caderas se echan hacia delante de manera instintiva, buscando lo que, de momento, sólo mi boca puede disfrutar. Le recorro la hendidura de punta a punta, lamiendo toda su extensión antes de agarrarla con firmeza para poder follarla con la lengua.

—Parker —jadea, clavándome una mano en el hombro mientras hace rodar las caderas en círculos pequeños, ansiosa.

Aparto la boca e inserto dos dedos en su húmedo calor. Su cuerpo se tensa al notar la invasión, y de sus labios brota un gemido que me causa el mismo efecto que una mano presionándome la polla. Me endurezco tanto que tengo que desabrocharme el pantalón para darle un poco de espacio a la Bestia.

Me lo tomo con calma, lamiéndole la zona que rodea el botón de nervios antes de succionarlo y darle golpecitos con la punta de la lengua. Empujo y retiro los dedos a un ritmo pausado y regular, disfrutando de cómo me los aprieta con cada empujón.

—Por favor..., necesito correrme.

Mueve las caderas y me agarra el pelo con una mano, tirando de las raíces hasta que dejo de lamerla y la miro a la cara. Sus deliciosos fluidos me bañan los labios y quiero más. Nunca me canso de notar su sabor en la lengua.

—Cariño, haz que me corra —me ruega, y se clava los dientes en su mullido labio inferior. Desde mi posición, arrodillado a sus pies, Skyler es la

belleza personificada.

Me impacta darme cuenta de que estoy de rodillas, adorando el cuerpo de una mujer, y que no hay ningún otro lugar en el mundo donde preferiría estar. Esa revelación hace que abra mucho las ventanas de la nariz, con lo que su dulce aroma me llega con más intensidad. Flexiono los dedos para mantenerla en posición y le cubro el clítoris con el calor de mi boca. Cuando lo tengo bien centrado, lo froto de lado a lado con toda la presión que soy capaz de aplicar.

El cuerpo de Skyler no deja de moverse. Aunque me sujeta la cabeza con ambas manos, no para quieta, montándome la cara como un potro salvaje.

Estoy tan excitado que mi polla empieza a gotear. Me bajo los calzoncillos y me la agarro con fuerza para controlar las ganas de correrme. Oír sus gritos de éxtasis, notar su sabor en la lengua y su aroma en la nariz podría hacerme salir disparado en cualquier momento.

Vuelvo a aprisionarle el sensible botón con la boca y succiono hasta que se corre soltando una larga retahíla de síes y blasfemias.

Cuando su cuerpo empieza a temblar por la fuerza de las réplicas de un potente orgasmo, me levanto y la desplazo hasta que le apoyo el culo en el respaldo del sofá. Me bajo los pantalones hasta los tobillos, me libero de ellos a patadas, me coloco entre sus piernas, apunto con mi erección desatada hacia su entrada resbaladiza y me clavo en ella.

—¡Joder! —Me retiro casi del todo y vuelvo a embestirla.

He encontrado la perfección.

Ve estrellas que cruzan ante mis ojos y siento un gran alivio cada vez que ella me abraza la polla con sus músculos internos. Me abraza y me succiona el cuello.

—Fóllame duro, cariño. Los dos lo necesitamos —me susurra al oído, entre jadeos, mientras me mordisquea la oreja.

Destellos de placer me recorren las venas, animándome a tomarla más duro, más rápido, más profundo, desplazándola del sitio con la fuerza de las

embestidas.

—Mujer... —le digo con los dientes apretados.

Embisto.

—... eres jodidamente...

Embisto más profundamente.

—¡... perfecta!

Sin darle tiempo a reaccionar, salgo de su interior, la agarro por las caderas y le doy la vuelta; su culito sabroso y respingón queda encarado a mi polla. Ella se aferra al respaldo del sofá y vuelve a separar las piernas. Veo su sexo brillante y resbaladizo, hinchado, esperándome, y siento vértigo por la intensidad de la lujuria que se apodera de mí.

Le manoseo las nalgas y se las separo para vérselo todo. Su oscuro anillo me saluda y, aunque no hemos hablado sobre sexo anal, necesito probarla por todas partes. No quiero dejar ni un centímetro de Skyler Paige sin besar o lamer. Me inclino sobre ella y le recorro la columna dejando un reguero de besos a mi paso. Al llegar a la rabadilla, sigo descendiendo y paso sobre su agujero hasta llegar a su sexo. Skyler se estremece y suspira cuando paso sobre la zona, lo que me lleva a pensar que no se opone a jugar también por ahí.

Para ponerla a prueba, vuelvo a pasar la lengua por su sexo y recorro la zona en dirección contraria hasta volver al lugar prohibido. Al rodearlo con la lengua noto el aroma de su gel de melocotones. Gruño y sigo aleteando la zona con la lengua hasta que ella mueve las caderas y gime, pidiéndome más.

Y ¿quién soy yo para no darle lo que desea? Al menos un poco de lo que desea, hasta que pueda prepararla debidamente para recibir mi polla en ese culito prieto. Mojo el pulgar en sus fluidos, follándola con él hasta que queda empapado del todo. Mientras ella gime sin parar, aparto el dedo, me acerco un poco más y la embisto sin avisar, clavándome con fuerza en su hendidura. El anillo se contrae con fuerza mientras la penetro varias veces. Al cabo de

unos instantes se relaja, y es entonces cuando empiezo a jugar con él, rodeándolo con el pulgar.

—Te estoy follando mientras juego con tu culito, Melocotones. ¿Te gusta?

—Mmm, mucho. —Empuja hacia atrás, clavándose en mí, y mi polla lo agradece enviando descargas de placer a todos los rincones de mi cuerpo.

—¡Joder! —La embisto más duro, en respuesta a su movimiento sorpresa.

Sky disfruta tanto que suelta una mano del sofá y la desliza entre sus piernas.

—¿Te estás tocando, nena? Más abajo, baja hasta que encuentres mi polla follando mientras te meto el dedo en el culo.

—¡Dios! —exclama mientras hundo la punta del pulgar, y sigue mis instrucciones. En cuanto noto sus dedos a lado y lado de mi polla, pierdo el control.

Cada roce de sus dedos en el miembro o en las pelotas es un chute de nirvana. Trato de aguantar todo lo que puedo para que ella comparta las sensaciones.

—Córrete conmigo. —La penetro con el pulgar, haciéndolo entrar y salir varias veces mientras muevo las caderas, clavándome en su sexo hinchado hasta que se contrae con fuerza.

—¡Sí! —grita como una *banshee*, lo que me hace redoblar la fuerza de las embestidas. Tengo el pulgar hundido en su interior y los otros cuatro dedos en la rabadilla para poder sujetarla y follarla al mismo tiempo.

Está desmadejada sobre el sofá como una muñeca de trapo. Yo sigo embistiéndola hasta que ella me sorprende con un segundo orgasmo, menos intenso que el primero, pero suficiente para hacerme salir disparado hacia el placer absoluto.

Las pelotas se me contraen y se levantan, la mente se me queda en blanco y Skyler es lo único que puedo ver, oír y sentir. Pegado a sus piernas, me inclino sobre su espalda y me corro en su interior, chorro tras chorro, perdiendo las inhibiciones y la tensión que había ido acumulando a lo largo

de la pasada semana, hasta que lo único que queda dentro de mí es paz. Cuando recupero la conciencia segundos más tarde, sigo postrado sobre el cuerpo desnudo de mi chica, saciado. Me ha dejado seco.

Sin haber recuperado del todo la fuerza en las piernas, salgo de ella, la levanto en brazos y me la llevo a la cama. La tumbo sobre las sábanas y voy al baño en busca de una toalla húmeda. Al volver, le separo las piernas y ella no protesta ni se mueve. La he dejado agotada tras los tres orgasmos, está como muerta. Me ocupo de limpiarla, tiro la toalla al cesto de la ropa sucia y me meto en la cama por el otro lado.

Nos tapo con el edredón, atraigo a Skyler hacia mí y la abrazo por detrás. Una sensación de bienestar me penetra hasta los huesos cuando ella contonea las nalgas pegándolas a mi entrepierna, me tira de un brazo y se lo coloca entre los pechos tras besarme los dedos. Luego apoya la cabeza en el otro bíceps, suspira y se queda dormida.

Me río y le apoyo la barbilla en el cuello para llenarme los pulmones de su aroma a melocotones y nata que siempre logra hacerme sentir en paz con el universo. En vez de dormir, prefiero contemplar a la preciosa mujer que tengo entre mis brazos.

Todo el mundo sabe que Skyler Paige es una belleza, pero es que, además, su alma es pura. Podría haberme odiado al ver que nuestras fotos se habían filtrado a la prensa porque fue culpa de nuestro equipo, pero no lo hizo. Se sintió herida y pidió una explicación, pero eso fue todo. No me lo ha estado tirando en cara constantemente. Cuando tenemos un problema, lo solucionamos y listos. Sin tonterías ni dramas. Esto no se parece en nada a la relación que mantuve con Kayla. Esa mujer me las hizo pasar muy putas, pero ahora estoy con Skyler, que es todo lo contrario, y estoy empezando a recordar las bondades de tener a una mujer en mi vida. No es sólo follar. La química entre Skyler y yo es exagerada, pero una relación es más que eso.

Es tener a alguien con quien poder hablar al final del día, aunque sea por teléfono. Es saber que alguien piensa en mí tanto como yo pienso en ella.

Planificar mi vida alrededor de cosas que pueden hacerla feliz y viceversa. Puedo imaginarme incluso planteándome un futuro junto a ella, aunque todavía es pronto.

Sin embargo, en el pasado, no lograba imaginarme teniendo hijos, en especial con Kayla. Cuantas más vueltas le doy, más consciente soy de lo cegado que estuve por su belleza. Esa mujer era una zorra conmigo y con mis amigos. Incluso mi madre expresó su preocupación ante la idea de que mi relación con Kayla fuera en serio, y eso no es habitual en Catherine Ellis. Mientras mi hermano y yo estábamos creciendo, mamá nunca se metió en nuestros asuntos amorosos, pero siempre estaba cerca por si queríamos hablar. Debería haber reconocido los signos antes. Me sentí tan mal al no haberme dado cuenta de su traición que durante años lo único que me interesó de las mujeres fueron unos cuantos revolcones. Temí no ser capaz de volver a confiar en una mujer, pero con Skyler estoy dispuesto a intentarlo. Voy a arriesgarme para poder disfrutar de la recompensa.

Skyler es mi recompensa.

Skyler retira la tapa del espejito del parasol de mi Tesla por enésima vez y se ahueca el pelo. Vuelve a aplicarse brillo de labios por segunda vez en los últimos diez minutos y luego suelta un suspiro de frustración. He perdido la cuenta, pero si no ha soltado ya un millón, pocos le faltan.

—Melocotones, ¿qué pasa? —Le busco la mano y la atraigo hacia mí, haciéndola reposar en mi muslo.

La palma de su mano es cálida y reconfortante, otra rareza que no esperaba disfrutar nunca con una mujer.

Me parece tan extraño ir de la mano de una chica..., probablemente porque llevaba cinco años sin hacerlo. Las mujeres con las que he salido durante este tiempo me buscaban la mano y yo se la daba un rato, lo justo para que no se sintieran rechazadas, pero en cuanto encontraba una excusa para soltarme, lo hacía. En cambio, con Skyler tengo el deseo constante de tocarla y de que me toque.

Ella me aprieta la mano.

—¿Y si no les gusto? —Me río con tantas ganas que casi me atraganto. Ella vuelve la cabeza hacia mí y entorna los ojos hasta convertirlos en dos diminutas rendijas—. ¡Lo digo en serio! —me riñe, ruborizándose por el enfado.

Río un poco más.

—Por eso es tan divertido.

—No me estás ayudando. —Trata de apartar la mano, pero la retengo, apretándola con más fuerza.

—Melocotones, te van a adorar. Todo el mundo te adora, joder.

—¡Pero no me conocen! Y yo quiero que tus padres me conozcan, a la Skyler real, no a la actriz que vieron en una de sus pelis favoritas. Sólo a Skyler.

Levanto su mano, me la llevo a la cara y, sin apartar la vista de la carretera, le beso el dorso.

—Nena, hazme caso. Les vas a encantar y te van a querer. Pero si es muy posible que mi madre ya esté planeando nuestra boda con su grupo de lectura. Me juego algo a que ya ha decidido el nombre de nuestro primer hijo.

La miro y sonrío.

Pero ella no se echa a reír como esperaba. Está tan sorprendida que no puede ni hablar.

—Melocotones, relájate. Es broma..., casi todo. —Le guiño el ojo y ella al final se relaja y respira profundamente. Deja de apretarme la mano y se acomoda en el asiento de cuero.

—Nunca he conocido a los padres de nadie. Aunque no te lo creas, cuando era más joven estaba tan ocupada actuando que no tenía tiempo de tener pareja. Y luego, a los veinte o así, salí con varios chicos pero nunca llegamos tan lejos. Mi primer novio de verdad fue Johan y él nunca me presentó a sus padres.

Frunzo el ceño.

—Y ¿por qué no? ¿No estuvisteis más de un año juntos?

Ella suspira y mira por la ventanilla. Nate y Rachel vienen detrás en un Range Rover de alquiler con los cristales tintados. De momento no nos ha seguido nadie o, al menos, no me he dado cuenta, pero sospecho que los paparazzi saben qué coche tengo, y un Tesla color rojo chillón no es fácil que pase desapercibido.

—Sí, un año y medio —se limita a responder.

Aunque no me apetece crear mal ambiente, quiero saber más cosas de ella.

—¿Fue tu primer amor?

Sky asiente.

—Sí, pero yo fui la única enamorada. Al principio pensaba que él me quería a su manera. Estaba muy ocupado, igual que yo. Ahora, cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que lo hice todo mal. Yo fui la única que se sacrificó por la relación. Me mudé a vivir a su casa, y siempre era yo la que iba a verlo a los rodajes. Él nunca venía a verme a mí.

—Vaya, eso no suena muy equilibrado.

Sky se encoge de hombros.

—Supongo que me aferré tanto a él porque estuvo allí cuando perdí a mis padres, hace tres años. Acabábamos de empezar a salir y estaba destrozada.

El cabrón con toda probabilidad se aprovechó de ella. Tres años atrás, Sky tenía sólo veintidós.

—¿No tenías más familia aparte de tus padres?

Skyler inspira hondo y el aire sale de sus pulmones entrecortadamente mientras lucha por controlar sus emociones. Los ojos se le empañan y se le enrojece la punta de la nariz.

—Eh, no hace falta que hablemos de esto si no quieres o si te duele demasiado. Sólo pretendo conocerte un poco más. —Le doy palmaditas en el muslo y lo aprieto con firmeza para transmitirle seguridad.

Ella esboza una débil sonrisa.

—Lo sé, y me gusta hablar de ellos. Eran increíbles; los mejores padres que se pueden tener. No tuve hermanos, pero me dieron tanto amor y atención que nunca me sentí sola..., hasta que murieron.

Asiento y le acaricio el dorso de la mano con el pulgar para darle apoyo.

—¿Cómo murieron?

Ella ladea la cabeza y frunce el ceño.

—Ya leíste la revista *People*. Además, seguro que Wendy te pasó la información completa.

—Puede, pero yo quiero oírlo de tus labios. Quiero saber la verdad, no lo que sale en la prensa.

Ella aprieta los dientes y frunce los labios antes de hablar.

—Siempre habían querido ver mundo, y gracias a mi carrera pudieron hacerlo. Ellos lo habían dejado todo por mí, así que, cuando triunfé, me aseguré de que no les faltara dinero para que hicieran lo que les apeteciera.

Sonríó, le doy la mano y se la vuelvo a besar, pero esta vez dejo los labios pegados a su piel.

—Eres una buena hija.

—Ellos fueron unos buenos padres. Tenían la ilusión de alquilar un yate y cruzar el océano para visitar unas cuantas ciudades europeas. Era algo que habían querido hacer desde que yo era pequeña.

—Y...

—Les conseguí un yate y una tripulación, pero ni siquiera llegaron al primer puerto, porque se encontraron con una tormenta muy fuerte. El barco zozobró; no hubo supervivientes.

Trago saliva porque se me ha formado un nudo en la garganta.

—Dios mío, lo siento mucho.

Ella inspira bruscamente.

—Yo también. Si no hubiera hecho nada, ellos seguirían con vida.

«Oh, no.»

—Sky...

Ella niega con la cabeza.

—Ya basta. ¿Podemos cambiar de tema? —Está muy tensa. Tiene los labios fruncidos en una fina línea blanca y severa. No me gusta verla así.

—Sí, nena. Claro que podemos, sobre todo porque ya hemos llegado.

Skyler mira por la ventanilla y ve el bar de mi padre. El verde de los toldos, más claro a la luz del día, destaca sobre la pared de ladrillo.

—¿Viven aquí?

Me echo a reír y la sujeto por la nuca para que me preste atención.

—Sí, podría decirse que viven aquí. Aquí es donde nos reunimos siempre con la familia y los amigos; es el bar de mi padre. El Lucky's siempre ha sido

mi lugar favorito en el mundo entero. Aquí crecí. Mamá quería invitarte a casa, pero es pequeña y le dije que prefería que estuviéramos cómodos.

Skyler se inclina hacia mí, me apoya la mano en la mejilla y me da un beso muy dulce. Se aparta de mí antes de lo que me habría gustado y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Me encanta. Es perfecto.

Sonrío.

—Pues vamos, Melocotones. Voy a pedirte una cerveza y uno de los famosos bocadillos de cerdo asado en tiras de la casa.

Ella gime, un dulce sonido que no deja indiferente a la Bestia.

—¡Suenan genial!

Salgo del coche y veo que Nate y Rachel se me han adelantado y están examinando la zona. Abro la puerta del copiloto y le ofrezco la mano a Sky.

Ella alarga la pierna, larga, cubierta por unos vaqueros y por unas botas de ante de color camel que le llegan hasta la rodilla. Lleva un jersey de cachemira que le deja un hombro al aire, un montón de pulseras y aros dorados grandes en las orejas. El pelo suelto, que es como más me gusta. Me encanta pasar los dedos por los suaves mechones. Sospecho que ella lo sabe y que disfruta de mis caricias tanto como yo.

La guío hasta la entrada y le abro la puerta. Ya desde la puerta oigo la risa profunda de Royce y otra más aguda, la de mi madre.

Papá ha cerrado el bar para el resto del día. Sé el dinero que deja de ganar al cerrar el local, pero también sé que está encantado de hacerlo para celebrar una ocasión especial con los chicos y conmigo. La única ausencia es la de mi hermano Paul, que sigue de misión secreta para el gobierno.

Cuando nos ve aparecer, mi madre se levanta. Veo que han unido un montón de mesas en el centro del local para que podamos sentarnos todos juntos. Se acerca a nosotros con los brazos abiertos.

—Parker...

Suelto a Sky para poder abrazar a mi madre. Me recibe su familiar aroma

a Obsession de Calvin Klein.

—Me alegro de tenerte en casa sano y salvo. —Me abraza con fuerza y luego alarga los brazos para mirarme a la cara—. Y ahora preséntame a tu amiga.

Paso un brazo por los hombros de Sky y ella me coge por la cintura. Noto que me clava los dedos por la ansiedad.

—Mamá, te presento a Skyler. Skyler, ella es mi madre, Cathy.

—Me alegro de conocerte, Cathy. —Sky le ofrece la mano.

Mi madre la aparta y se acerca a ella, por lo que la suelto.

—Tonterías, aquí somos de abrazarnos. Ven aquí, preciosa. —Acoge a Skyler con un gran abrazo.

La sonrisa radiante que Sky me dirige por encima del hombro hace que se me derrita el corazón.

Mamá se aparta, pero le apoya una mano en la mejilla.

—Dorada como el sol. Eres todavía más guapa en persona. —Le da unas palmaditas cariñosas en la mejilla y Skyler levanta la mano y la apoya encima de la de mi madre.

—Gracias —dice sin poder disimular la emoción.

Mamá parece encantada por la reacción de Skyler, pero es que mi madre tiene ese efecto en la gente. Todo el mundo la quiere y ella quiere a todo el mundo..., al menos, hasta que demuestran que no son dignos de su cariño. Si se enfada con alguien, no lo perdona, pero le cuesta mucho llegar a enfadarse.

—Y ¿éstos quiénes son? —Mi madre señala a Nate y a Rachel.

—Mamá, te presento al equipo de seguridad de Skyler: Rachel y Nate Van Dyken. También son sus amigos.

—Oh, qué clase. Tu propio equipo de seguridad. —Se lleva las manos al pecho como si estuviera rezando y sonrío como una lunática antes de estrecharles la mano—. Bueno, pues dejad las cosas y sentaos. Le diré a Randy que os tome nota de las bebidas.

—Gracias por abrirnos las puertas de su casa, señora —dice Nate.

Mi madre se da la vuelta y se dirige a la mesa murmurando:

—¡Qué bien educado!

—¡Eh! —El equipo de International Guy al completo, excepto Wendy, nos llama a gritos.

Royce se levanta, se dirige a nosotros, toma la mano de Skyler y se la lleva a los labios.

—Un placer conocerte, señorita. —Su voz es profunda como un trueno.

Sky le dirige una sonrisa amplia y me mira.

—¿Todos tus conocidos están tan buenos?

—No, sólo yo —bromea Roy.

—Eh, eso ha dolido. —Bo se levanta de la silla donde estaba sentado al revés, con los brazos apoyados en el respaldo.

—Hola, cariño. —La abraza.

Sky le devuelve el abrazo, lo que me toca bastante las narices, y le da palmaditas en la espalda.

—¿Ya has superado el *jet lag*? —le pregunta, ya que la última vez que lo vio fue en Copenhague.

—No hay nada que un par de noches de sueño y un par de asaltos con una chiquita no arreglen. —Menea las cejas.

—¿Una chiquita? —pregunta Sky.

La abrazo por los hombros y la alejo de nuestro donjuán oficial.

—Melocotones, no preguntes.

—¿Melocotones? —Mi madre ahoga una exclamación al oír el apodo que le he puesto a mi chica—. ¡Qué nombre tan mono! —exclama exudando felicidad de manera exagerada.

Pongo los ojos en blanco y llevo a Skyler a conocer a mi padre, que está ocupado tras la barra, preparando bebidas para todos.

Papá se seca las manos en el trapo que lleva siempre encima del hombro y extiende una mano por encima de la barra.

—Skyler, qué alegría tenerte en el Lucky's. Gracias por venir desde

Nueva York.

Ella le estrecha la mano.

—Qué va, gracias a vosotros por recibirme. Tenía muchas ganas de conocer a los padres y a los amigos de Parker.

—¿Qué vas a tomar?

—¿Tenéis sidra?

—Claro. ¿Angry Orchard va bien?

—Perfecto, gracias.

Mi padre golpea la barra.

—Marchando. Venga, sentaos.

Nos sentamos enfrente de Bo y de Royce. Nate y Rachel se sientan junto a Skyler, y mamá y papá a los extremos de la mesa, aunque no paran mucho rato sentados.

En el momento en que mi padre deja las bebidas en la mesa, la puerta se abre.

Nate y Rachel se levantan. Él rodea la mesa y ella se pone delante de Skyler de inmediato. Las caras de ambos son amenazadoras.

—¡Eh, eh! —Me levanto y apoyo una mano en el hombro de Nate—. Ella es Wendy, y supongo que él es su novio —digo, y el guardaespaldas relaja los hombros, aunque mantiene la posición.

—¡Hola, jefe! —Wendy entra contoneándose de la mano de un hombre alto que lleva pantalones de vestir, una camisa impecablemente planchada y un suéter entallado, sin corbata. Tiene el pelo de color rubio ceniza y los ojos claros. Tiene aspecto de millonario que está de fin de semana, aunque la mujer que va a su lado es todo lo contrario de él.

Wendy viste medias rojas, una minifalda blanca y negra con estampado de pata de gallo y una camisa de hombre atada a la cintura. No la lleva abrochada y va luciendo el sujetador de encaje rojo. Va calzada con botas de combate negras. El pelo, rojo como el fuego, lo lleva peinado hacia un lado y recogido con un lazo negro, como el que llevaría una niña pequeña. Con

Wendy nunca sabes lo que te vas a encontrar, pero siempre lleva algo interesante y lo luce como si vistiera un traje de alta costura.

—Wendy, me alegro de que hayas podido venir. —Me acerco a ella y a su pareja y le ofrezco la mano a él—. Parker Ellis, soy el jefe.

—Michael Pritchard, soy el prometido.

—¿Wendy? —La miro sonriendo y ella levanta la mano, mostrándome un anillo escandalosamente grande.

—¡Me ha pedido que me case con él! ¿Te lo puedes creer? ¿A mí? —exclama, y parece estar a punto de estallar de felicidad.

Me echo a reír y ella se me tira al cuello dando saltitos. Por encima de su hombro veo que a su hombre no le hace ninguna gracia que abrace a otros. Tiene la mandíbula apretada y los ojos entornados, pero no me impresiona. Si lucháramos cuerpo a cuerpo, le ganaría.

—Pues claro que me lo creo. Eres un partidazo, descarada.

Ella sonríe y se separa.

—Preséntame a tu novia *superstar*. Y puedes darme un puñetazo si ves que me pongo en plan fan pelma.

—Si le pones las manos encima, te las verás conmigo. —Michael rodea la cintura de Wendy con el brazo y la atrae hacia sí.

Ella le da una palmada al brazo que la aprisiona.

—Oh, ni caso. Lo dice de broma.

—En absoluto —replica él un poco amenazador.

—Oh, cállate ya. —Wendy lo besa en la mejilla, lo que parece calmarlo. Su actitud cambia al notar el roce de su piel. Wendy se mueve a lado y lado, tratando de ver a mi espalda—. ¡Quiero conocer a Skyler!

—Acércate, Michael, os presentaré al resto de la familia.

Pasamos un rato con las presentaciones, y Michael y Wendy comparten su feliz noticia mientras papá les trae sus bebidas. Todo el mundo está de acuerdo en tomar bocadillos de cerdo asado en tiras y patatas fritas junto a algunos aperitivos que nos ha preparado el cocinero.

Rachel y Nate rechazan las bebidas alcohólicas y mi respeto hacia ellos aumenta un poco más. Aunque Skyler les ha dicho más de una vez que se relajen y disfruten de la reunión, ellos siguen en modo profesional.

Cuando llega la comida y papá y mamá están sentados al fin a las cabeceras de la mesa, empieza la conversación en serio.

—Skyler, estoy deseando saber qué se siente siendo famosa. Tiene que ser increíble, ¿no? —le pregunta Wendy, sin cortarse un pelo, mientras mordisquea una patata frita.

Skyler da un trago a la sidra y se pasa la lengua por los dientes. Siento un gran deseo de ser yo quien lo haga, de probar la sidra directamente de su preciosa boca. Pero me conformo con frotarle el muslo de arriba abajo en un movimiento repetitivo que se supone que debería calmarla a ella, pero que creo que me calma más a mí.

—Tiene ventajas e inconvenientes, como cualquier otro trabajo.

—Como conocer a gente increíble, o ir a sitios increíbles —insiste Wendy con los ojos brillantes.

Sky sonríe.

—Cierto, eso es de las mejores cosas de la profesión, aunque la falta de privacidad es una lucha constante.

Mi madre frunce el ceño.

—¿Hay mucha gente que te detiene para que le firmes autógrafos y esas cosas?

—Sí. No me importa hablar con los fans. Por lo general son respetuosos y sólo quieren decirme cuál es su película favorita o pedirme que les firme un autógrafo. El problema son los paparazzi.

—Son buitres —refunfuña Nate entre dientes.

—¿En qué estás trabajando ahora? —le pregunta mi padre.

—Otra entrega de la serie «Salvaje».

—¡Me encantan esas películas que haces! ¡Eres la caña en ellas! —Wendy no puede contener el entusiasmo y hace reír a Skyler.

—Gracias. Las escenas de acción son muy divertidas. Ensayo para poder rodarlas casi todas sin necesidad de una doble.

—Mola... —Wendy suspira y apoya la mejilla en la mano, contemplando a Skyler embobada.

Mi secretaria está absolutamente impresionada por mi chica, pero estoy seguro de que, con el tiempo, la fama de Skyler dejará de cegarla y la considerará una amiga. O eso espero. A Sky le hacen falta amigos de verdad, aparte de Tracey.

—Sí, mola mucho. —Skyler sonríe.

—Y trabajar con el guapazo de Rick Pettington tampoco debe de ser demasiado duro, ¿no? —Wendy se abanica con la mano—. ¡Ese chico está como quiere!

Michael, que tiene a Wendy abrazada por los hombros, aprieta la mano y, sin darme cuenta, yo hago lo mismo con la pierna de Skyler.

Royce se echa a reír, tapándose la boca con el puño.

—Oh, oh. Veo volar los puñales.

—Es atractivo, eso es verdad. Y es mi amigo —replica Sky con diplomacia.

Ladeo la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Tu amigo? ¿Ha subido de categoría?

Ella suspira y me da palmaditas en el pecho.

—Sí, siempre ha sido mi amigo, pero ahora lo es más. No puedes pasar dieciséis horas al día con alguien y no intimar un poco.

Frunzo el ceño.

—¿De qué clase de intimidad estamos hablando? —Gruño y la mesa entera se echa a reír.

—Calma, hijo —me advierte mi padre—. La chica tendrá que trabajar con un montón de tipos atractivos; forma parte de su trabajo.

—Gracias, señor Ellis. —Sky le dirige una sonrisa radiante.

—Puedes llamarme Randy. O «viejo». Todos me llaman así.

—Creo que iré a hacerte una visita al plató para dejarme ver. —Acaricio la sien de Skyler con la nariz y luego le planto un beso en el mismo sitio.

—Buena idea. Lo que es de uno hay que guardarlo bajo candado. —Michael asiente con la cabeza.

Wendy pone los ojos en blanco, pero se arrebuja contra su hombre. Él le besa la coronilla, le acaricia el cuello hasta que encuentra el candado y le da un tironcito. Wendy suspira y las pupilas se le dilatan.

—¿De verdad? ¿Vendrás al plató? —Sky endereza la espalda y me dirige una mirada feliz, esperanzada.

Le apoyo la mano en la mejilla.

—Si la idea de que vaya a verte al trabajo te hace sonreír así, puedes apostarte lo que quieras a que lo haré.

Su sonrisa se hace aún más amplia.

—¡Increíble! —susurra, y mi polla reacciona como siempre a sus susurros, endureciéndose hasta que empieza a doler.

Le doy unos cuantos piquitos. Mamá, Wendy y Rachel suspiran, pero Bo y Roy aprovechan para burlarse de mí haciendo ruidos con la garganta, como si tuvieran arcadas.

—¡Callaos! Porque vosotros dos aún no hayáis sacado la cabeza del culo y hayáis encontrado a una buena mujer, no tenéis por qué meteros conmigo. —No estoy enfadado, sólo digo lo que pienso.

—En eso no estamos de acuerdo —me rebate Royce—. Ya que no tenemos novia, al menos déjanos que nos metamos contigo. Si no, ¿qué nos queda?

Bo se parte de risa a su lado.

—¿Ves lo que tengo que aguantar con estos dos? —Me meto una patata frita en la boca.

—Ya veo, me das mucha pena. Tienes unos padres increíbles, una secretaria estupenda y unos socios que son como hermanos para ti. Déjame, que me voy a llorar un rato por ti. —Hace un puchero.

—¡Estás de su lado! —Me río y la abrazo con fuerza.

Ella se echa a reír.

—No, niño bonito. Estoy de tu lado ahora y siempre. Menos cuando te comportas como un capullo; entonces me pongo del lado de tus colegas.

Abro la boca para decir algo, pero Roy me interrumpe:

—Cásate con ella, tío. —Sacude la cabeza—. Esta mujer es perfecta.

—Del todo—añade Bo.

Le acaricio el cuello con la nariz y le planto un reguero de besos.

—Eres perfecta... para mí.

Sky me sujeta la barbilla y me mira a los ojos. Su mirada está cargada de intenciones que compartirá conmigo más tarde, cuando estemos a solas.

—No se te ocurra olvidarlo.

Le acaricio el hombro y cojo la jarra de cerveza con la mirada perdida.

—Imposible.

—Y luego quiero que las modelos giren las caderas de un modo obsceno... — El diseñador hace rodar sus voluminosas caderas en un movimiento desagradable que me provoca una mueca.

Me froto la nuca.

—Tío... —Bo niega con la cabeza—. Eso no es sexy, para nadie.

Llegamos a Milán hace dos días y desde entonces hemos tenido que ejercitar la paciencia al máximo. La cosa empezó cuando el diseñador se presentó como T-Bone, que significa «chuletón» en inglés, y tuvimos que poner cara de póquer.

—Señor T-Bone, dice que quiere que su línea de lencería llegue a todo tipo de mujeres: profesionales, madres que se quedan en casa para cuidar de sus hijos, veinteañeras...

—Sí, y de todas las tallas. ¡Tenemos que celebrar la feminidad! —El tipo tiene una voz que choca con su aspecto. Es muy aguda, a ratos ensordecedoramente aguda, lo que resulta extraño en un tipo de su envergadura. De no ser porque lo he visto comerse a las mujeres con los ojos, pensaría que le van los hombres, pero parece que no. Es bajito, tan bajo como ancho, pálido, tiene papada y se está quedando calvo.

Pero sus diseños conectan con mujeres de todo el mundo, lo que lo ha convertido en uno de los diseñadores estrella de esta temporada.

Reconozco que la lencería que diseña es muy original y favorecedora para el cuerpo femenino. Usa pliegues, fruncidos, volantes y lazos siempre en el lugar adecuado para crear un efecto espectacular. El problema no es la ropa, sino las cosas que T-Bone quiere que las modelos hagan mientras desfilan.

—Estoy de acuerdo. Todas las mujeres deben sentirse cómodas en su piel, sobre todo cuando están en el dormitorio con su hombre. Sin embargo, no creo que haya muchas mujeres, por no decir ninguna, que se sientan sexys llegando al final de una pasarela, haciendo rodar las caderas, dándose la vuelta y agachándose para que el público tenga una visión privilegiada de sus partes más íntimas.

T-Bone hace una mueca, mueve las manos con desenfreno en el aire y, al bajarlas, se palmea las piernas.

—Y ¿por qué demonios no?

Hago un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco y decirle que sus peticiones son intolerables.

Bo salta al rescate cuando se da cuenta de que no soy capaz de decir lo que quiero decir sin perder los nervios.

Le echa un brazo por encima de los hombros y se lo lleva a hablar con una de las mujeres, Marta, que tiene pinta de ser una supermamá de las que se pasan el día llevando a sus hijos a actividades extraescolares. Marta se está cubriendo los pechos con los brazos.

—Marta, dinos, ¿cómo te sientes así vestida?

Ella encoge un hombro y aparta la mirada.

—Un poco insegura, con todas esas luces tan potentes.

T-Bone frunce el ceño.

—¿No te sientes preciosa? Estás absolutamente follable.

El comentario hace que Marta se abraze todavía con más fuerza los pechos.

Bo suelta un largo suspiro.

—Marta, cielo, ¿te sentirías más cómoda si las luces fueran más tenues, como a la luz de las velas? —Sus ojos se iluminan y asiente con entusiasmo—. Y ¿qué te parecería llevar un salto de cama sexy? Quizá uno de esos brillantes... Te lo podrías apartar un poco al llegar al final de la pasarela para

ofrecerles una breve visión a los fotógrafos, en vez de ir todo el camino con las fuertes luces enfocándote.

—¡Oh, sí! Eso suena maravilloso. Así sí que me atrevería a salir a desfilas con público.

Bo le dirige una amplia sonrisa y se acerca a la siguiente mujer. Lleva una camisola transparente del todo en la zona de los pezones y que le cubre el vientre con varias capas de tela brillante y multicolor. Debajo lleva unos shorts a conjunto, tipo calzoncillo pero transparentes en las nalgas. Es una prenda pensada para lucir zonas de las que muchas mujeres se sienten orgullosas, pero ocultando otras en potencia problemáticas, sobre todo para algunas mujeres con el vientre flácido después de haber dado a luz.

—Te llamabas Bianca, ¿verdad?

La mujer, que también se ha cruzado de brazos para ocultar los pezones, asiente con la cabeza. Se está mordiendo el labio con tanta fuerza que lo tiene hinchado. No puede disimular que está aterrorizada.

—¿Cómo te sientes, Bianca?

Ella traga saliva y mira al suelo con los ojos vidriosos.

—Expuesta, literalmente con el culo al aire.

—¿No te gusta cómo se te ve el pecho y el culote con este conjunto, cariño?

Bianca se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Estás impresionante, pero me imagino que este tipo de prendas las llevas sólo delante de tu marido, ¿no?

Ella vuelve a asentir y una lágrima le cae por la mejilla.

—¿Por qué estás aquí, cariño? —pregunta Bo, que tiene una habilidad pasmosa para calmar a las mujeres, por eso siempre está rodeado de «chiquitas».

—Porque necesitamos el dinero y pagan muy bien —admite ella con voz temblorosa.

T-Bone ahoga una exclamación.

—¿No lo haces porque mi ropa te hace sentir empoderada a nivel sexual? —pregunta horrorizado. Él quería empoderar a esas mujeres, no degradarlas, pero empieza a darse cuenta de que está consiguiendo el efecto contrario.

Bianca niega con la cabeza, pero no dice nada.

—¿Y si tu marido subiera contigo a la pasarela? Podría llevar unos pantalones de pijama a juego con tu conjunto... y darte un beso bien sexy al llegar al final —sugiero.

Su cara se ilumina.

—¡Sería muy divertido! ¡Lo haríamos juntos! —No puede ocultar su entusiasmo.

—¡Pijamas de hombre a juego! —exclama T-Bone—. ¡Es una idea genial! —Se vuelve hacia la hilera de mujeres que llevan puestas sus creaciones, pensativo.

—¿Cuántas de vosotras preferiríais desfilas de la mano de vuestras parejas? —pregunto.

Todas las mujeres que tienen pareja levantan la mano.

—Y ¿cuántas preferiríais que las luces fueran más tenues?

Esta vez, todas levantan la mano.

T-Bone recorre la fila de mujeres de punta a punta, examinando las prendas de lencería que llevan. Ninguna de esas mujeres es modelo profesional, y ésa es la razón de que Bo y yo estemos aquí. Éstas son mujeres de carne y hueso, mujeres reales. Las hay delgadas, en su peso, con algo de sobrepeso y de talla extragrande. Sus ocupaciones también son muy variadas. Hay madres, maestras, estudiantes universitarias, camareras... Todas han sido elegidas por parientes o amigos del diseñador, sin pasar por ningún casting. Ahora que las tenemos delante, está claro que la idea del diseñador necesita unas vueltas. Estas mujeres tienen miedo de desfilas; si están aquí es sólo por motivos económicos.

Le doy una palmada a T-Bone en la espalda.

—Tengo varias ideas sobre cómo podemos usar tus prendas y tu concepto haciendo que ellas se sientan guapas y empoderadas. ¿Quieres oírlas?

T-Bone se frota la papada.

—Si mantienen el concepto original, sí, por supuesto.

—Teniendo en cuenta que muchas de tus prendas brillan en la oscuridad, ¿por qué no usar las luces de manera que se enciendan y se apaguen de forma intermitente e irregular? Ellas irían desfilando, pero el público sólo las vería de vez en cuando. Y cada vez que las luces se encendieran podrían ir revelando un poco más de carne. Por ejemplo, el primer foco podría centrarse en sus piernas y en la parte inferior del conjunto. Mientras siguen caminando, los elementos que se iluminan en la oscuridad continuarían brillando hasta que llegaran al siguiente foco, que iluminaría la parte superior...

T-Bone asiente.

—Mmm, sí, lo veo.

—Las que llevan piezas más atrevidas podrían desfilas con sus parejas, que podrían llevar un pantalón de pijama, o ir en calzoncillos o con una bata a juego con la lencería de su mujer. Prendas que gusten a la mujer de hoy. A las mujeres les encanta ir de conjunto con sus parejas. Sería una idea interesante para novias o para aniversarios...

—¡Sí, sí! Lo veo, lo veo. Lo haremos. Puedo diseñar unas cuantas piezas masculinas en un momento.

Se dirige a la mesa de diseño de su zona de trabajo y empieza a dibujar, olvidándose de todo y de todos.

—Creo que de momento bastará con esto —digo—. Tengo más ideas, pero será mejor que empecemos a trabajar con esto. ¿Señoritas? ¿Qué tal si os vestís y aprendemos el arte de andar por la pasarela? —Ellas reciben mis palabras con risitas más o menos disimuladas—. Muy bien, todas a cambiarse de ropa. Os esperamos en la parte de atrás del taller, ensayaremos al aire libre.

Las mujeres salen en fila india, mucho más contentas que cuando han

llegado. Miro a T-Bone, que sigue perdido en sus creaciones, dibujando y mirando el muestrario de telas para compararlo con algo que ha dibujado.

—Vamos, tío. Las pasarelas son tu especialidad.

Bo alza una ceja.

—Que mi madre sea diseñadora no me convierte en un experto en desfiles.

—No mientas. Conozco tu historia. Sé que recorrías pasarelas antes de aprender a andar. Además, te has acostado con tantas modelos que seguro que te convalidan el título.

Él me dirige una sonrisa canalla.

—No puedo negar la evidencia.

Me río y le echo un brazo por los hombros.

—Venga, tenemos trabajo que hacer.

—¿Estás de broma? ¿Ese tipo quería que pasearan casi desnudas e hicieran movimientos obscenos en la pasarela? ¿Le has recordado que esas mujeres no eran estrellas del porno?

Me echo a reír.

—Lo sé, nena, ha sido bastante desagradable, pero creo que no tenía mala intención. Él creía sinceramente que así las empoderaba, dándoles libertad para expresar su sexualidad.

—Eso no funciona de ese modo. Las estaba denigrando, convirtiendo en objetos. Puaj.

—Lo sé. Bo y yo hemos logrado devolverlo al buen camino. Ya está creando ropa a conjunto para sus parejas, además de añadir saltos de cama y otros elementos al desfile para que las mujeres se sientan más seductoras y cómodas.

—Muy bien.

—Y estoy dándole vueltas a la idea de poner espejos en la pasarela.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Bueno, en mi experiencia, cuando una mujer se siente bien y se gusta,

se mira al espejo; se asegura de que se ve perfecta desde cualquier ángulo. Y, cuando te ves bien, se nota. Uno se mueve con más seguridad y confianza.

—Tienes razón. Yo me miro al espejo mil veces antes de decidir qué voy a ponerme cada día.

—Y me imagino que harás lo mismo cuando te pruebas lencería. —Es una pregunta capciosa, y estoy muy interesado en oír la respuesta.

Su voz se transforma en el susurro sugerente que tanto me gusta.

—Eso te gustaría saber a ti —me provoca.

Gruño.

—Ahora en serio. ¿Las mujeres hacéis eso?

Ella suelta una risita.

—Sí, cariño, lo hacemos. Siempre queremos vernos y sentirnos bien, por eso nos miramos tanto al espejo, sobre todo cuando nos probamos lencería.

—Estupendo. Pues creo que pondremos espejos en uno de los lados de la pasarela. Así el público y los periodistas podrán captar imágenes desde más de un ángulo, mientras que las mujeres podrán ver lo sexys que están bajo las luces intermitentes.

—Qué gran idea, Parker. Me encantaría verlo en persona.

—Vente. —La invito inmediatamente, sin pensar.

Ella gruñe.

—Ojalá pudiera, cariño, pero tengo que trabajar. El fin de semana en Boston ha sido el último que me podré tomar en una temporada. Tenemos que clavar las escenas y ahora vienen algunas complicadas.

—Vaya. ¿Qué clase de escenas?

—Parker... —me advierte.

Aprieto los dientes hasta que noto un tic en la mejilla.

—Escenas de sexo —gruño.

—Es trabajo, cariño. Ya lo sabes. Creo que, de todas las personas que conozco, tú eres la que puede entender mejor que ser actriz me pone a veces en situaciones incómodas...

—Pues no sé qué tiene de incómodo besarte y frotar tu cuerpo voluptuoso contra el de ese tipo...

—¿Ésas tenemos? —Su tono es acusador.

—No me gusta saber que otro hombre te besa, prueba tus labios, tu piel, te toca.

Me vienen a la cabeza imágenes mías haciéndole todas esas cosas. Echo la cabeza hacia atrás, clavándola en la almohada mientras trato de calmarme, pero la llamada termina de forma brusca.

Me ha colgado.

Pero ¿qué coño...?

Me siento asustado y ofendido al mismo tiempo, hasta que en el teléfono suena una petición de FaceTime de Melocotones.

Aprieto el botón y su preciosa cara aparece en la pantalla.

—He pensado que iba a ser mejor mantener esta conversación cara a cara.

—Lo siento —me excuso, empapándome de su imagen. No lleva ni gota de maquillaje, pero igualmente su belleza es de otro planeta—. No debería haberte dicho eso. Ha sido estúpido y muy inmaduro por mi parte.

Ella asiente.

—Sí, pero también ha sido sincero. Parker, quiero que siempre te sientas más cómodo diciéndome lo que sientes y piensas. Si queremos que las cosas funcionen, tenemos que ir siempre con la verdad por delante. Me ha fallado demasiada gente. No puedo estar preocupándome de esas cosas contigo.

—Sky, nena, no te voy a fallar nunca. Al menos, queriendo. Siento ser un capullo celoso.

Ella sonríe.

—Si te pasas de la raya, te llamaré CC.

Me echo a reír.

—Será una buena manera de ponerme en mi sitio.

Crisis superada, aunque todavía noto en la piel la marca de las garras del monstruo de los ojos verdes.

—¿Estarás bien sabiendo lo que tengo que hacer? No es algo que pueda evitar, forma parte del trabajo. Lo que puedo hacer es asegurarte que son escenas de ficción, por muy en serio que me tome mi trabajo. Cuando beso a Rick o a cualquiera de los otros actores, no pienso en el beso. Estoy pendiente de que el ángulo sea bueno para la cámara, de que la postura sea la adecuada y de que no se vea nada que no quiero que los espectadores vean. Es todo muy frío, clínico incluso.

—¿En serio? —Yo siempre me había imaginado que los actores se dejaban llevar por la pasión del momento y el director lo captaba con la cámara.

—Sí, en serio, bobo. —Se ríe, se nota que ya no está enfadada—. Nunca hay menos de diez personas en el plató. Los de iluminación, las cámaras, el director, los de maquillaje..., y nosotros ahí, tratando de que la escena quede real; como si fuéramos personajes enamorados o excitados, o lo que toque en cada momento. Muchas veces, las escenas de sexo se dejan para el final para que haya más química entre los actores, así que a medida que avanza la filmación nos ponemos más nerviosos.

—Caramba, nunca me había parado a pensar en todo lo que hay detrás de una de esas escenas.

—Muchas cosas, te lo aseguro. Y, a medida que la jornada avanza, tu compañero de rodaje empieza a apestar por todos los espráis que le echan, el maquillaje y el sudor por el esfuerzo de mantener siempre los brazos bien colocados. Me paso medio día oliendo a hombre apestoso y cosas peores...

No puedo aguantarme la risa. Quiero saber más.

—¿Qué? —Me río cuando veo que hace una mueca, como si le vinieran arcadas.

—A Rick le pirran las cebollas. Le echa cebolla a todo. —Se estremece y yo me río con ganas—. Ya, tú te ríes, pero trata de besarte con alguien que huele y sabe siempre a cebolla. ¡Qué asco!

—Me tomas el pelo. —Me tapo la boca con el puño porque no puedo

parar de reír mientras contemplo a mi preciosa chica.

—Ojalá.

—¡Nena, dale a ese tipo un jodido Tic Tac! —Me río un poco más.

Ella sonríe.

—No puedo hacer eso. Sería muy grosero por mi parte, y tengo que trabajar con él.

—Mejor que él se sienta incómodo que tener que morrearte con una cebolla.

Hace una mueca de asco.

—Puaj, me estás haciendo pensar en la escena que nos toca ahora. Tengo que ir a maquillaje y luego filmaremos una escena de acción trepidante que acaba con él agarrándome y dándome un beso. —Frunce el ceño—. No quiero, ¡no me gusta la cebolla!

—Oh, lo siento, Melocotones. Recuerda lo que te he dicho: ¡ofrécele una grajea!

Ella se sienta y empieza a moverse. Por el ángulo de la cámara del teléfono, no veo lo que hace.

—¡Eureka! —Me enseña una pequeña caja de plástico azul—. ¡Listerine en tiras!

Me río otra vez.

—Perfecto. Pues cuando la escena esté a punto de empezar, te metes una en la boca y le ofreces otra a él. Y, si no quiere, le dices que sin eso no hay beso.

Sky hace una mueca.

—Me da mucho palo, pero lo haré. No quiero más besos de cebolla en mi vida.

Sonrío.

—Al menos sé que sigo siendo el hombre que te da los mejores besos.

—Y ¿eso quién lo dice?

Estoy seguro de que palidezco antes de que ella se parta de risa a mi costa.

—Es broma, niño bonito. Tus besos son impresionantes.

—Que no se te olvide.

—¿Por qué no vienes a verme pronto y así no se me olvida? —me pregunta mordiéndose el labio, como si le diera vergüenza recordarme la promesa que le hice.

—De hecho, ya le he dicho a Wendy que se encargue de reservarme billete. El desfile es el sábado por la noche, llegaré el domingo, tarde.

—¿En serio?

Se le ilumina la cara con esa preciosa sonrisa que me recuerda que mi novia es Skyler Paige. La chica de mis sueños. La actriz más famosa de Hollywood. Y es toda mía.

Siento que el pecho se me hincha de orgullo por ser capaz de hacerla feliz, sobre todo porque la razón de su felicidad es que tiene ganas de verme.

—Sí, nena. Quiero verte trabajar, verte en acción. Y luego quiero llevarte a tu ático y hacerlo contigo unas... dos, tres..., o veinte veces.

—Me encantará —replica ruborizándose. Espero que esté imaginándonos a los dos en acción.

—Pues lo tendrás. Pero ahora debo colgar, Melocotones. Aquí es tarde y mañana tengo que enseñar a un montón de mujeres que nunca han desfilado a andar sobre una pasarela.

Skyler frunce el ceño.

—¿Ya sabes hacer eso?

Yo niego con la cabeza.

—No, pero Bogart sí. Mañana él será el director. Yo daré consejos sobre posturas y sobre cómo hacer que se sientan sexys con ropa que normalmente no llevarían fuera del dormitorio.

—Se te da bien hacer que una mujer se sienta sexy, te lo aseguro.

—¿Ah, sí? Cuéntame más.

Ella hace una mueca exasperada.

—Pensaba que tenías que irte a dormir.

—Y yo pensaba que tú tenías que ir a maquillarte.

Sky frunce el ceño.

—Tal vez me apetezca que mi hombre se vaya a la cama feliz y pensando en mí.

—¿Ah, sí? —Fijo los ojos turbios por el deseo en la chica de mis sueños.

Ella se pasa la lengua por los labios y se muerde el inferior.

Joder, lo que daría por estar allí, succionándoselo.

—Sí. ¿Qué te haría feliz ahora mismo?

—¿Quieres jugar por FaceTime, Melocotones?

Ella aparta la mirada de la cámara un instante.

—Tienes veinte minutos, si te apetece aprovecharlos.

—Eres perfecta, mujer —murmuro.

—Cariño, yo no...

Empieza a negar su perfección, pero la corto de raíz.

—Skyler, quítate el top y enséñame las tetas.

Ella alza una ceja pero sonrío; se quita el top, se desabrocha el sujetador y lo único que mi cerebro computa son pechos, dulces pechos con las puntas rosadas. Se me hace la boca agua, y gruño.

—Acabas de demostrarlo. Perfecta.

Deslizo la mano por dentro del bóxer y me agarro con fuerza la erección de caballo que mi chica me ha provocado.

—¿Qué más quieres ver? —susurra ansiosa.

—Todo, Melocotones, lo quiero todo de ti.

—No, cariño. No hagas morritos como si fueras un pez globo. —Bo suelta un suspiro exasperado mientras yo entro en la sala de ensayos que hemos alquilado en una escuela de danza cercana.

Después de comprobar que ninguna de las mujeres elegidas para la campaña tenía ni la más remota idea de desfilas, vimos que debíamos enfocar el asunto de manera directa y muy personalizada.

—Señoritas, vamos a hacer una pausa. Os pido un favor: colocad esas doce sillas en el rincón, formando tres hileras de cuatro. Vamos a probar algo distinto. —Les dirijo mi mejor sonrisa para que sepan que no estamos enfadados por la falta de progreso.

Las modelos se cambiarán de ropa una vez durante el desfile. En total mostrarán veinticuatro modelos. Más nos vale ponernos las pilas si no queremos que T-Bone sea el primer cliente descontento con International Guy.

Bo se acerca a mí y suspira.

—Tío, llevo toda la mañana con ellas. Cuando no están nerviosas, se ponen a hacer el tonto. Y, si no, se me quedan mirando embobadas. Espero que tengas alguna idea brillante, porque, francamente, se me está acabando la paciencia.

En vez de responder con palabras, lo hago con hechos. Abro la puerta y dejo pasar a tres mujeres, que entran moviendo mucho las caderas. Las tres tienen tipo de reloj de arena, con delanteras exuberantes, cinturas estrechas y abundantes caderas. Son como Jessica Rabbit de carne y hueso.

A Bo casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Dios bendito! Me has traído un regalo. Tío, no tenías que hacerlo. — Inspira hondo y suelta el aire en un silbido—. Aunque reconozco que me alegro de que lo hayas hecho. —Se pone en movimiento y las sigue con sus andares de conquistador.

Lo agarro del brazo para que se detenga.

—No, las damas no son para ti. Podrás tirarles la caña todo lo que quieras cuando acaben su trabajo, que es enseñar a nuestras modelos cómo mover esos cuerpos para seducir a un hombre y dar un buen espectáculo en la pasarela.

Bo se las queda mirando a las tres durante un rato antes de asentir. La que lleva la voz cantante es alta, debe de medir un metro ochenta o poco le falta. Tiene una larga melena morena que le roza el culo. Lleva un corsé de raso negro y bragas de talle alto de raso rojo, con lazos a los lados; también medias de rejilla negras y zapatos de tacón rojos. Esos zapatos son mi kryptonita, igual que los labios rojos. Me asaltan unas ganas enormes de cubrir los labios de mi chica con un tono así de intenso y de ponerle unos zapatos del mismo color. Sé que ella lo haría sólo por verme enloquecer de lujuria. Esta mujer no es mi chica, pero no se queda corta. Es un sueño erótico hecho realidad, con la mano en la cadera y los labios fruncidos lo suficiente como para que parezcan mullidos.

Sus dos acompañantes van vestidas de un modo similar. Sujetadores *push-up* negros, bragas de encaje rojas y medias negras de nailon sujetas con ligas y ligüero. Llevan zapatos de tacón de cuero negro, sexys, muy sexys. Una es rubia y la otra, pelirroja. Son la sensualidad hecha triplete.

—Me las pido. —Bo inspira hondo y las ventanas de la nariz se le abren y se le cierran como si fuera un animal salvaje.

Me apostaría todo lo que tengo a que le está costando la vida misma mantener el control de sus instintos con toda esta sensualidad en la sala. Desde el momento en que han puesto un pie en la habitación, esas tres bombas sexuales se han apoderado de la atención de todos, como si fuera su

derecho. Nosotros estamos entregados, pero las mujeres tampoco pueden apartar los ojos de ellas.

—Tío, no hace falta que pidas nada. Tengo a Skyler esperándome en Nueva York. —Me inclino hacia él y le golpeo el hombro, pero creo que ni se entera porque sigue en trance, devorando a las tres mujeres con los ojos.

Los ojos de Bo se iluminan con un fogonazo de lujuria.

—Qué triste es tu vida. Bueno, ya me entiendes; ahora mismo lo es. No te preocupes, yo las disfrutaré por los dos.

Me río por la nariz.

—Claro, tío.

—Toda la noche..., para compensarte a ti... y a ellas.

Riendo, me acerco a las recién llegadas.

—Señoritas, bienvenidas a la clase de «Mueve tu cuerpo para principiantes» —anuncio a las modelos que están sentadas recatadamente en sus sillas—. Como veis, tengo conmigo a tres preciosas mujeres que hoy van a ser vuestras maestras. Son tres estrellas del cabaret más caliente de Italia. Os presento a Martina, a Viola y a Francesca.

Las tres artistas saludan y sonríen.

—Martina, voy a sentarme aquí junto a mi socio para que podáis mostrarnos lo que sabéis hacer.

—Gracias, señor Ellis. Muy bien, chicas. Vamos a empezar por cambiar las sillas de sitio. Quiero que cada una quede delante de un espejo.

Las modelos siguen las instrucciones de Martina.

—Comenzaremos por cruzar las piernas, haciendo que el movimiento resulte seductor.

Las mujeres imitan a Martina y, tal como me imaginé que pasaría, empiezan a entender de qué va la cosa.

Martina se acerca al equipo de música y lo pone en marcha. Empiezan a sonar las primeras notas de *Don't Cha*, de las Pussycat Dolls.

—Vamos, preciosas, es hora de ponernos un poco malotas. —Guiña el ojo

al grupo y se coloca detrás de la silla.

Mientras suena la música, Martina realiza una coreografía sutil pero muy sexy usando la silla. Básicamente se sienta, extiende las piernas y se inclina hacia atrás o hacia los lados. Apoya el pie en el asiento y arquea la espalda, luego se sienta en la silla puesta del revés. Da instrucciones a las mujeres para que imiten una docena de movimientos y los repiten una y otra vez hasta que los dominan.

—¡Joder! —exclama Bo mientras paseamos entre las modelos y comprobamos cómo cada vez se mueven con más soltura y seguridad. Y, lo más importante, parecen estar disfrutando de lo que hacen. Les gusta lo que ven en el espejo y ésta es una motivación muy importante.

—No os olvidéis de la cara y el pelo. Los hombres se vuelven locos si ven menearse unas caderas, pero también por unos morritos fruncidos o un pelo alborotado.

Contemplo asombrado cómo varias de las chicas se sueltan el pelo que llevaban recogido en colas de caballo y hacen rodar el cuello mientras se despeinan con los dedos, metiéndose en el papel.

—Exacto, muy bien, señoritas —les digo—. Estáis actuando, igual que haréis en la pasarela. Estáis ofreciéndole al público una fantasía; tienen que ver a una mujer preciosa vestida con lencería atrevida hecha para que se sienta empoderada, al mismo tiempo que excita a la persona especial para la que se ha vestido. Por eso os digo a todas: ¡abrazad vuestro lado sexy!

Bo sonrío mientras las mujeres se mueven en las sillas. Es estimulante ver cómo se transforman ante nuestros ojos y pasan de ser vecinitas modosas a gatitas calientes.

—Muy bien, así, así. Lo estáis haciendo muy bien. Ahora vamos a darlo todo. Las chicas y yo pasaremos por las sillas y os ayudaremos de manera individual por si hay algo que se os resista. —Martina habla en voz alta y directa, lo que parece ganarse la atención y el respeto de todas las modelos aficionadas.

—Qué gran idea has tenido, tío. —Bo me da una palmada en el hombro—. Esas chicas nos han salvado el culo. No lograba meterlas en el papel.

—Ya. Me imaginé que, si podían tomar a una mujer como modelo, les sería más fácil liberar su lado sexy. Como bien sabes, se trata de abrir el candado que encierra esa parte en su interior. Estas mujeres se sentían acorraladas, incómodas..., y míralas ahora. Sexys como gatitas y disfrutando de la experiencia.

—Cierto, tío. —Sonríe.

—La percepción es la clave de todo. Les voy a pedir a las actrices que les enseñen también a caminar por la pasarela y a hacer poses. En vez de un hombre dándoles instrucciones, lo aprenderán mejor por imitación, si ven a una mujer haciéndolo. Sobre todo, si lo aprenden de una mujer cuyo trabajo diario es ser sexy; es más auténtico.

Bo asiente.

—Tiene sentido. ¿Y si las dejamos solas y vamos a hablar con T-Bone sobre el desfile?

—Sí, será lo mejor.

Mientras salimos de la sala de ensayos, mi teléfono suena y sonrío al ver que tengo una llamada de SoSo.

—Es Sophie. ¿Me das diez minutos antes de ir a ver a T-Bone?

—Claro, salúdala de mi parte.

—Lo haré.

Bo sale a la calle en dirección a un pequeño café que hay cerca del estudio de danza. Lo sigo, pero a un ritmo más lento, mientras respondo la llamada.

—*Bonjour, SoSo!*

—*Bonjour, mon cher.*

—¿Cómo estás? No habíamos vuelto a hablar desde Copenhague, hace más de una semana.

—*Oui.* He estado muy ocupada. ¿Y tú? ¿Dónde estás ahora?

—De hecho, estoy en Milán.

—¿En serio? Estaré allí este fin de semana para un desfile de moda. ¡Qué *causalidad!* —Se ríe.

Yo también me río porque ha vuelto a confundirse con las expresiones.

—Querrás decir «qué casualidad».

—Eeehhh, sí. ¿No es lo que he dicho?

No le respondo porque lo que me ha llamado la atención es que vaya a estar en Milán este fin de semana. Realmente es una casualidad.

—SoSo, no vendrás a la presentación de T-Bone...

—*Oui*, entre otros diseñadores. Rolland Group patrocina a varios de ellos en campañas combinadas de ropa y perfume dirigidas a mujeres de toda Europa. ¿De qué conoces a T-Bone?

Sonrío.

—Estoy trabajando con él y con sus modelos.

—*Mon Dieu! C'est merveilleux*, aunque creo que el hombre puede ser un poco *puro* de roer... ¿Estarás en Milán el viernes por la noche antes del desfile?

—Sí, claro, pero se dice «duro de roer». Bo está conmigo; te manda recuerdos.

—Oh, dale muchos besos de mi parte.

Sonrío.

—Creo que Bo se pondrá muy contento, preciosa.

Ella hace un ruido con los labios apretados.

—Supongo que sí. ¿Tendrás tiempo de cenar conmigo el miércoles por la noche? Es para hacer planes. Conozco un sitio genial donde sirven comida italiana deliciosa. Mi padre me llevó una vez de pequeña. El resto de las noches hasta el sábado tengo compromisos.

—Sí, me va bien. ¿Aviso a Bo?

—Claro. Tengo muchas ganas de verlos a los dos. En Copenhague casi no tuvimos tiempo de hablar y, además, tú estabas con la señorita Paige. ¿Habéis aclarado las cosas entre vosotros?

Su tono es amistoso pero inquisitivo, como es habitual en mi Sophie. Siempre es así de directa.

—Sí, y tal vez te sorprenda saber que hemos acordado que tenemos una relación. Una relación comprometida, romántica..., vamos, que somos pareja. —Sonrío, disfrutando al poder compartir las noticias. Me gusta cómo suena.

Ella contiene el aliento.

—¿De verdad? *Mon cher, c'est magnifique*. Odio decirte esto, pero... ¡te lo predije!

Me echo a reír.

—SoSo, se dice «te lo dije».

—Ya, te lo dije. Tenía razón, ¿no?

—Eeehh, es igual.

—¿Estás contento, *mon cher*? Esa chica me parece muy guapa y amable. Me gusta mucho.

Doy vueltas a sus palabras antes de responder. Ella permanece en silencio, dándome tiempo para poner en orden mis pensamientos.

—Sophie, nunca había sido tan feliz. Cuando tú y yo estuvimos juntos, me sentí muy unido a ti. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan unido a una mujer. Empiezo a pensar que haber estado contigo me ayudó a darme cuenta de lo que me estaba perdiendo al no compartir mi vida con una mujer especial.

—Pero yo sigo estando en tu vida, *oui*?

—*Oui*, SoSo, pero es distinto. Ya sabes a lo que me refiero.

Ella chasquea la lengua.

—Sí, lo sé. Pues ¿sabes qué? Yo también me estoy viendo con un hombre —me suelta, dejándome de piedra.

Abro mucho los ojos y me apoyo en la pared del edificio más cercano.

—¿Quién, dónde, a qué se dedica? —Estoy un poco estupefacto, porque no me comentó nada en Copenhague.

Ella se echa a reír y su risa suena exactamente como la recordaba:

adorable.

—Es uno de nuestros científicos. No lo conocía porque no solía bajar al laboratorio a menos que estuviera trabajando con el mezclador. Sólo lleva dos años en la empresa y mi radar no lo había *cascado*.

—«Captado», SoSo. No lo había captado.

—Pero ya lo *casqué*, digo..., capté, y hemos salido dos veces. La segunda vez nos acostamos y, Parker, fue increíble. Me hizo cosas que no me había hecho nadie. ¡Ni siquiera tú!

—Demasiada información, SoSo. —Frunzo el ceño y veo que Bo se dirige hacia mí con dos vasos de papel blanco.

—¿Demasiada información? ¿Por qué? —Su acento francés hace que hasta una pregunta tan inocente como ésa suene sensual.

—Uno no habla de su vida sexual con su anterior ligue.

—Pero ¿por qué no? —Su voz cantarina se vuelve más aguda—. El sexo forma parte de la vida. Tuvimos una relación maravillosa, ¿por qué no podemos hablar de ello?

Gruño y me paso la mano por el pelo recordando que muchos europeos — los franceses en general y los parisinos en particular— son bastante más abiertos intelectual y sexualmente. Muchos ven el sexo como una necesidad humana básica y normal. Y tienen razón, lo que pasa es que los americanos sólo solemos hablar del tema en privado y con gente de mucha confianza. A mí no se me ocurriría hablarle a Sophie de mi vida sexual con Skyler. Sería muy raro. Es más, sería abrir una puerta a todo tipo de problemas.

—Llámalo «diferencias culturales», si quieres. No es que los americanos nos avergoncemos de hablar de sexo, pero no lo hacemos en todas partes ni con todo el mundo. Y, desde luego, no con nuestras antiguas parejas.

—Mmm, pues qué lástima. Creo que son las mejores personas para hablar de esas cosas porque conocen el tema de primera mano.

—Es tu opinión, preciosa. Muy respetable, pero a mí me resulta incómodo.

—Vale, vale. Pues te dejo. Tengo mil cosas que hacer, pero me apetecía *seguirte el contacto*.

—«Seguir en contacto.» —Me río y suspiro—. SoSo, hablamos el miércoles. Tengo que irme, pero estoy deseando que me cuentes más cosas sobre tu nuevo hombre. Envíame los detalles del restaurante y nos vemos allí.

—*Oui. Au revoir, mon cher.*

—*Au revoir, SoSo.*

Sophie entra en el restaurante; es la viva imagen de la elegancia y la sensualidad. Lleva la melena suelta. Su pelo castaño contrasta con el azul intenso del vestido y combina muy bien con el dorado de las sandalias. Es uno de mis conjuntos favoritos de los que Bo eligió para ella mientras estuvimos en París.

Bo y yo nos levantamos mientras se aproxima. Me da dos besos sin llegar a rozarme las mejillas antes de acercarse a él.

Le aparto la silla para que se siente en la acogedora mesa para tres del restaurante italiano, que está a rebosar. Menos mal que Sophie reservó mesa o habría sido imposible conseguir una.

—¿Cómo te va, preciosa? —le pregunta Bo cuando el camarero se acerca y le llena la copa con el vino que ya habíamos elegido antes de que ella llegara.

—Voy muy bien, Bogart. Y ¿cómo lleva la población femenina de Milán tu presencia? —le pregunta con una sonrisa y un guiño pícaro.

Ésa es mi Sophie, agarrándolo por la polla de buenas a primeras.

Él echa la cabeza hacia atrás y rompe a reír con ganas.

—Qué bien me conoces. Aunque en este viaje me he comportado. Sólo me he tirado a una de las modelos y a una de las profesoras de cabaret. —Menea las cejas.

—Vaya, un período de sequía, ya veo. —Sophie hace una pausa dramática.

—Te quiero, Sophie —replica Bo, porque le encanta su ingenio y su modo de burlarse de sus depravadas costumbres.

—Lo sé, Bogart. Lo sé.

—Sophie, cuéntame más cosas sobre ese científico. ¿Cuál es? Pensaba que los había conocido a todos, pero es probable que no sea así, porque los que yo conocí tenían más de cincuenta años.

—Es el hijo de uno de los investigadores jefe. El departamento lo contrató hace un par de años. Se llama Gabriel Jeroux, es brillante y está fuera de la *circunvalación*.

Bo se echa a reír escandalosamente. Tanto se ríe que los clientes de otras mesas nos miran mal. Bo encaja a la perfección con el estereotipo de americano maleducado y ruidoso que tienen sobre nosotros muchos europeos.

—Sophie, ¿se dice «fuera de circulación»? —la corrige Bo sin darme tiempo a hacerlo yo.

—*Oui*. —Ella mueve la mano con despreocupación.

Apoyo la mano sobre la suya hasta que ella me mira a los ojos.

—¿Te trata bien?

—Si no lo hace, conozco a tres americanos que te cubrirán las espaldas al segundo, preciosa —añade Bo.

Ella cierra los ojos y me da palmaditas en la mano. Alternando miradas en dirección a los dos, responde:

—Me trata bien. Supongo que más de lo que merezco, teniendo en cuenta lo mucho que los he hecho trabajar desde la muerte de mi padre. Ya sabéis lo que pasó por culpa del producto caducado. ¿Cómo lo decís? Tuve que *cascar* el látigo.

—Chascar el látigo —la corrijo, y sus ojos se iluminan.

—Te gusta a ti mucho cascar. —Bo se ríe.

—*Oui*, me gusta, pero *chascar* suena todavía mejor. Y, sí, eso es lo que he estado haciendo.

Asiento.

—Era necesario. El jefe de departamento podría haber causado problemas muy graves para la empresa. Sé que los demás cumplían órdenes, pero realmente no hay excusa. La situación se alargó demasiado.

—*Oui*, exacto. He sido dura con ellos, pero de momento todos han respondido bien. Creo que cada día me respetan más.

—Muy bien, cariño. Tu padre estaría orgulloso de ver que su legado está en tan buenas manos.

El camarero se acerca y nos toma nota mientras bebemos vino. De momento, todo va bien.

—*Mon cher*, ¿vas a contarme de una vez tus planes con la señorita Paige? —me pregunta, tratando de ser delicada.

—Primero, puedes llamarla Skyler, y segundo, no lo sé. No tenemos planes concretos.

—De momento se dedican a hacerlo como animales con exclusividad —comenta Bo sonriendo.

—Como no te calles, te pego un tiro —lo amenazo.

—¿Con qué pistola?

Ahí me ha pillado. No tengo pistola; nunca he sentido la necesidad de tener una.

—No lo sé, pero no puede ser tan difícil conseguir una, ¿no? —Aprieto los dientes mientras Bo se acerca furtivamente a Sophie.

Sé que no se acostará con ella por mucho que coqueteen. Es una de las reglas sagradas de nuestra hermandad: no salir ni acostarse con una mujer con la que se haya acostado alguno de los hermanos. Nunca. Es una de esas situaciones que sólo traen problemas.

Sophie sonríe mientras nos ve intercambiar pullas e insultos.

—*Mon Dieu*, sois hermanos en todos los sentidos de la palabra. Sólo os falta la sangre.

Los dos asentimos.

—Respondiendo a tu pregunta: Skyler y yo hemos decidido tener una

relación en exclusiva; ser monógamos, vamos.

Sophie da un sorbo al vino y los ojos se le abren.

—Esto es un gran paso para ti, *non*?

—Lo es, pero es que esa mujer tiene algo, SoSo. Algo que me dice que esto es a largo plazo. Tengo ganas de averiguar adónde nos puede llevar, y eso estoy haciendo.

Ella asiente.

—Creo que vais a ser muy felices..., siempre y cuando logres controlar tu naturaleza posesiva cuando se trata de personas que te importan.

Suspiro.

—Sí, ya tuvimos una charla sobre ese tema. Saber que está ahora mismo comiéndose los morros con Rick *el del Tic* Pettington no me hace ninguna gracia. Aunque desde que me contó que le olía el aliento a cebolla estoy un poco más tranquilo.

—¿A cebolla? —Bo sacude la cabeza—. Ese tipo nos está dejando a todos en mal lugar. ¿Por qué lo hace? Que mastique un chicle o se tome una pastilla mentolada antes de actuar. ¡Joder! ¿Es que no tiene amigos?

Me río.

—Prefiero pensar que no. Que no tiene amigos ni, sobre todo, amigas.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Sophie—. ¿Estás celoso del compañero de rodaje de Skyler?

—¡No! —replico al mismo tiempo que Bo dice «¡Sí!».

»¡Cállate, hombre! —protesto, y gruño.

—Está loco por esa chica. No piensa con claridad. Se pone celoso por cualquier cosa que haga ella y, permíteme decirte, hermano, que eso no es nada bueno para tus planes de relación a largo plazo.

—Y ¿quién te ha pedido tu opinión? Porque, que yo sepa, ¡yo no! —Se la devuelvo de volea.

Él se encoge de hombros.

—Sólo me preocupo por ti.

—Y ¿qué tal si te preocupas por otra cosa, como, por ejemplo..., tu ausencia de relaciones durante la última década? —Le hago una dejada.

—*Touché*. —Bo levanta la copa por el comentario que acabo de hacerle y la vacía de un trago.

—Chicos, chicos. Tengamos la noche en paz y cambiemos de tema. ¡Ya está bien, me parece a mí! ¿Qué tal está Royce? ¿Y la nueva secretaria?

—Royce está muy bien, como siempre. Me comentó que quiere encontrar a una mujer para sentar la cabeza. —Doy un golpe en la mesa y espero que las palabras calen en los dos.

—Lo entiendo. Roy me parece un tipo de los que se comprometen. Seguro que cuando encuentre a la mujer adecuada la tratará como a una diosa.

Bo refunfuña.

—No entiendo por qué os ha dado a todos por abandonar la soltería. No me puedo imaginar por qué iba a elegir estar siempre con la misma mujer cuando hay tantas que todavía no he probado. —Se tira de la barba reflexivo.

Pongo los ojos en blanco y Sophie se echa a reír.

—Bogart, cuando conozcas a la mujer adecuada, lo entenderás.

—Me extrañaría. Tendría que ser una entre mil millones.

—Sí, exactamente así debe ser para que te comprometas con alguien —opina Sophie.

Y, mientras ellos siguen hablando de mujeres, en lo único que puedo pensar es en que con toda probabilidad Skyler Paige es mi una entre mil millones. O entre siete mil millones.

Cuando entro en el taller de T-Bone a la mañana siguiente, me lo encuentro inclinado sobre su mesa.

—Hola, T-Bone. —Lo saludo con la mano.

—Justo el hombre al que quería ver —me dice apresuradamente, a trompicones—. Tenemos que hablar sobre Anna-Maria. No quiere ponerse el tanga que va con el conjunto que le he asignado. Tiene el cuerpo perfecto para ese conjunto y ¡tiene que llevarlo ella! Lo vi en mi sueño de anoche. ¡Tienes que hablar con ella! —No deja de parlotear mientras va de un maniquí a otro, doblando picos, poniendo alfileres y haciendo esas cosas que los diseñadores hacen para que la prenda se ajuste al modo en que la ven en su cabeza.

Anna-Maria es madre de dos niños y es una de las modelos más modosas del grupo. Es la madre por excelencia, esa que lleva a sus hijos al entrenamiento de fútbol al salir del cole; al fútbol o, como lo llaman aquí, en Italia, *calcio*.

—Hablaré con ella. Es normal que una mujer de su edad y situación no quiera ir enseñando el culo en público. Sé que no lo entiendes porque tú lo ves desde el punto de vista del artista, pero te recuerdo una vez más... que esas mujeres no son modelos profesionales.

T-Bone frunce sus labios carnosos, haciendo que la papada le baile de un modo desagradable. Lleva un batín tipo Hugh Hefner encima de unos pantalones amplios, lo que le da aspecto de director de cine porno. No quiero ni pensar en lo que lleva o no lleva debajo de los pantalones. Me estremezco sin poder evitarlo.

—Mira, he venido para comentarte otra idea que he tenido para el desfile. Creo que puede ayudar a las modelos y hacer que la lencería luzca todavía más.

Levanta mucho las pobladas cejas.

—Soy todo oídos.

«Ojalá fuera verdad. —Sonrío y me guardo el comentario para mí mientras me repito—: Es un cliente, cliente, cliente. Te pagan por estar aquí y tienes que ayudar a esas mujeres.»

—Verás, hemos estado trabajando con artistas del cabaret local.

—¿Quieres que hagan cabaret en la pasarela?

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente.

—No, aunque están haciendo un gran trabajo aprendiendo a moverse con sensualidad frente a un espejo. Por eso he pensado que podríamos poner espejos polarizados en la pasarela. El público vería a las modelos, pero ellas estarían haciendo poses frente al espejo. Las maestras de cabaret elegirían las posturas que mejor hacen resaltar a las chicas y los conjuntos. Además, así los fotógrafos y los cámaras tendrían más ángulos para capturar las prendas por todas partes. Podrían hacerse fotos en la oscuridad, para que se vieran sólo los efectos de luz de las prendas.

Los ojos de T-Bone se iluminan y abre y cierra la boca varias veces sin decir nada. Luego veo horrorizado que abre los brazos y me aplasta en un abrazo de oso. Su tripa choca contra la mía y me aprieta con tanta fuerza que casi no me deja respirar.

—¡Fantástico! ¡Es perfecto! ¡Hagámoslo! —me grita al oído, tan fuerte que temo que me reviente el tímpano.

—Genial. Hablaré con Martina, la *coach*, para que trabajen las poses. ¿Están listos los conjuntos? Me gustaría que pudieran practicar con ellos puestos para que se sientan más sueltas el día del desfile. Y también necesitaremos los pantalones para las parejas de seis de las modelos.

—¡Sí, sí, sí, enseguida! Mi asistente os lo llevará todo, aunque aún tengo

que acabar de diseñar alguno de los pantalones.

—Parece que tienes mucho por hacer y sólo quedan dos días para el desfile.

—Así es, así que déjame trabajar. —Hace un gesto con la mano como si apartara a una mosca, dando la conversación por acabada.

—Voy a hablar con Anna-Maria.

Salgo del taller y me dirijo al estudio de danza tratando de concentrarme en el desfile, aunque en lo único que puedo pensar es en el viaje a Nueva York para ver a Skyler. El sexo por FaceTime fue la caña, pero necesito tocarla, oír su risa, compartir una comida con ella. Sé que sólo han pasado unos días desde que vino a Boston para estar conmigo y con mi familia, pero quiero más. Es la primera vez en mucho tiempo que deseo más de una mujer. Quiero saberlo todo sobre ella, pero quiero saberlo de primera mano, no leerlo online en una revista de cotilleos llena de verdades a medias.

Cojo el teléfono y llamo a mi chica, por si la encuentro antes de que se vaya a trabajar. Con la diferencia horaria, allí son las nueve de la mañana.

Responde al primer tono.

—Niño bonito —me dice con su voz ronca y seductora.

Sonrío al notar su voz al oído. Preferiría oírla teniéndola sobre mi cuerpo, desnuda y saciada tras una ronda épica de sexo, pero he de conformarme con esto... por el momento.

—Buenos días, Melocotones.

—Buenas tardes para ti, ¿verdad?

—Sí. ¿Estás en casa o en el plató?

Ella gruñe.

—En el plató. Llevo aquí desde las seis. Me están ajustando un body que recoge y graba mis movimientos. Y luego tendré que enfrentarme al malo mientras los ordenadores lo graban todo. Así, luego pueden añadir todo tipo de efectos especiales.

—Eso suena de lo más molón.

—Lo es, pero es raro porque tengo que actuar delante de una pantalla verde. Es más fácil actuar delante de objetos reales, al aire libre o en plató. No me gusta la pantalla verde, pero bueno, me lo tomo como un reto para mis habilidades como actriz.

—Y yo sé de primera mano que tus habilidades están en plena forma.

Ella se echa a reír, y su risa es música para mis oídos.

—Eres mi novio, ¿qué vas a decir tú? —Su tono es conspirador, pero marca de manera especial la palabra *novio*. Noto que le gusta pronunciarla y, qué demonios, a mí también me gusta oírse la pronunciar.

—Ya, pero es más fácil de decir cuando es verdad. Lo digo en serio, nena. Lo clavas. Y me muero de ganas de verte en directo. Ayer mismo se lo comentaba a Sophie durante la cena...

—¿Cómo? —Skyler me interrumpe y su tono de voz no se parece en nada al de hace un momento—. ¿Sophie está en Italia? Pensaba que estaba en Francia.

—Ya, bueno, es que ha venido por el desfile. Se ve que hay varios desfiles este fin de semana. Anoche cené con ella... —Estoy a punto de aclarar que estábamos con Bo, pero me interrumpe otra vez.

—¡No doy crédito! ¡En cuanto me doy la vuelta te vas a cenar con Sophie, esa mujer a la que le dijiste que yo no era más que una follamiga para pasar el rato!

—Perdona, pero yo no le he dicho a nadie, nunca, que tú seas mi follamiga. Y no sé de qué me estás hablando, así que te ruego que me expliques por qué te enfadas así de repente.

Ella gruñe con rabia.

—En Copenhague, el último día, le dijiste a Sophie que no teníamos una relación, que no estabas listo para tenerla y que sólo follábamos, nos divertíamos juntos.

Me esfuerzo en recordar la conversación con Sophie, aunque no es fácil porque acababa de despertarme de un sueño profundo. Era muy temprano, de

madrugada, y me moría de ganas de volver a la cama calentita en la que había dejado a Skyler. Habría dicho cualquier cosa para que Sophie me dejara en paz y poder volver con mi chica.

—Sky, lo entendiste mal. En aquel momento, si te acuerdas, todavía considerábamos que manteníamos una relación informal. No iba a contarle a Sophie los detalles de lo nuestro. Aunque, sí, admito que por entonces la palabra *relación* todavía se me hacía rara, porque la última vez que tuve una fue un fracaso. ¡Un jodido desastre! —refunfuño apretando los dientes.

—¿Ah, sí? Pues no sé, no tengo ni idea, porque nunca me cuentas nada de tu pasado.

—Pues tampoco creo que ahora sea el momento. —Me molesta la ropa y el vello de la nuca se me ha erizado.

—No estoy de acuerdo. Le he dicho al equipo que necesito treinta minutos de descanso, así que... confiesa, niño bonito.

—Sky... —replico en tono amenazador, pero a ella no parece afectarle.

—Le has dicho a tu novia que estuviste cenando con otra mujer, una mujer con la que te acostaste justo antes de conocerme; una mujer con la que afirmas tener una gran amistad. ¿Cómo puedo confiar en que sólo sois amigos si no me cuentas lo que te pasa? Necesito saber por qué actúas como lo haces, Parker, o no podré confiar en lo nuestro. Yo te expliqué lo de Johan. ¿Qué te pasó a ti? ¿Por qué no te sientes capaz de comprometerte con una mujer?

—Me he comprometido contigo. ¿Qué importa lo que pasó? —Aprieto los dientes y me pego más el teléfono a la oreja, porque el tráfico no me deja oírla bien.

—Parker, ¿quién te hizo daño?

Cierro los ojos y me apoyo en un edificio. El sol me da de lleno, calentándome por fuera igual que la petición de Skyler me calienta la sangre por dentro. Preferiría mantener esta conversación en persona y en privado, pero me temo que gran parte de nuestra relación va a tener lugar vía

telefónica por culpa de nuestros trabajos. No puedo quejarme. Debería estar dando las gracias de que una mujer quiera estar conmigo a pesar de que estoy fuera de casa más de la mitad del tiempo.

—Se llamaba Kayla McCormick. Nos conocimos en la facultad. Salimos juntos y enseguida le pedí que se casara conmigo.

Skyler contiene el aliento.

Trago saliva tratando de librarme del regusto amargo que me queda en la boca cada vez que me acuerdo de Kayla.

—Bo y Royce la odiaban, pero la aguantaron por mí, que estaba cegado. Pensaba que aquello era amor, pero no estaba enamorado de una persona real, sino de la Kayla que me formé en mi cabeza. Era preciosa, inteligente y parecía que yo le gustaba mucho. El problema es que también le gustaba el que entonces era mi mejor amigo. Un día lo pillé follándosela a lo bestia. No tenía ni idea, así que fue un shock doble porque ese día perdí a mi mejor amigo y a mi prometida. Y, cuando se fue, se llevó consigo la confianza que tenía en el sexo opuesto. Estoy empezando a recuperarla. Quiero todo lo que perdí aquel día, y quiero recuperarlo contigo.

—Cariño... —Su dulce voz se abre camino en mi pecho y me envuelve el corazón.

—No te imaginas lo mucho que necesitaba oír esa palabra de tus labios, Skyler. No tengas celos de Sophie, por favor. Es la única amiga que tengo aparte de Wendy..., y me gusta tener una amiga. No ha intentado nada conmigo, y anoche cenamos juntos, pero también estaba Bo. Te prometo que Sophie y yo dejamos aparcada cualquier relación sexual en París. Ninguno de los dos tiene intención de volver atrás.

—Me cuesta mucho. Es que es preciosa y divertida y... ¡francesa! Es tan exótica que no puedo evitar sentirme amenazada por ella. —Al notar la inseguridad en su voz, deseo poder estar a su lado para darle un abrazo.

—Skyler... Melocotones, eres la actriz más deseada de Hollywood, joder, del mundo entero. Todo el mundo te desea..., sobre todo Rick *el del Tic*.

Su suspiro se me clava en el corazón.

—¿Y si acordamos no volver a ponernos celosos de Sophie y de Rick?

Sonriendo, me aparto de la pared y vuelvo a caminar.

—Creo que será lo mejor. No quiero que estés celosa de Sophie, pero tampoco quiero tener que elegir entre las dos. No lo haré. Creo que la gente llega a nuestras vidas por alguna razón y, hasta ahora, me ha ayudado mucho y ha sido una gran amiga.

—Lo sé. Y nada de lo que hizo en Copenhague me hace pensar otra cosa. Lo que pasa... es que llevamos poco tiempo juntos, y la distancia es muy dura cuando se está empezando una relación.

—Sí que lo es. Pero el domingo por la noche estaré allí.

—Me muero de ganas. —Y su tono se corresponde con esas ganas, las mismas que tengo yo.

—Yo también. Te prometo que controlaré los celos que me despierta Rick *el del Tic*.

—¿Qué tal si empiezas por no llamarlo así? —me suelta, y no sé si lo dice en serio o en broma. Probablemente, un poco de cada.

—Eeehhh, no —respondo entre risas—, no me veo capaz.

Skyler se echa a reír.

—Bueno, pero que él no se entere de que lo llamas así.

—Una cosita que tal vez te haga sentir mejor sobre Sophie.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Está saliendo con un hombre. De momento, es muy feliz con él. Es científico y trabaja en su empresa.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —replica sorprendida y aliviada.

—Me he imaginado que te gustaría saberlo. —Sonrío, aunque ella no puede verme.

—Pues sí, has acertado.

—Nena, te echo un montón de menos y acabamos de separarnos. ¿Cómo vamos a hacerlo? —le pregunto con sinceridad, compartiendo con ella mi

ansiedad. Por lo general me guardo para mí este tipo de cosas, pero esta mujer me hace ser distinto. Con ella soy más honesto, más abierto.

—Pues como hasta ahora. Un día voy yo, otro día vienes tú. Y, cuando estemos juntos, a disfrutar de nuestra compañía al máximo. Más adelante, ya lo iremos viendo. ¿Quién sabe? Igual me compro un piso en Boston.

La idea de tenerla más cerca cada vez que no trabaje hace que la circulación se me acelere, pero me controlo para no mostrarme entusiasmado en exceso. Sé que es demasiado pronto. Vamos demasiado deprisa.

—Pero tu trabajo está en Nueva York.

—Y en Los Ángeles o en el extranjero. Cariño, trabajo en todas partes y puedo montar mi campamento donde me apetezca. No tengo familia aparte de Tracey, y Boston está a un tiro de piedra de Nueva York. Tú, en cambio, tienes una empresa y una familia en Boston, y a Bo y a Roy, por supuesto. Nunca te pediría que renunciaras a ellos.

—Pero ¿estarías dispuesta a renunciar a tu hogar en Nueva York?

—Un hogar no tiene por qué ser un lugar. Es un sentimiento. Y, ahora mismo, me siento mucho más en casa cuando estoy contigo. ¿Qué te parece si te dejo a solas para que le des vueltas a la bomba que acabo de soltarte? Tengo que volver al plató.

—Sky, nena, me acabas de lanzar una bomba nuclear.

—Bueno, no estoy hablando de este mes ni del mes que viene. ¿Qué tal si lo dejamos en el aire y vemos qué pasa durante este año? Tenemos todo el tiempo del mundo para hacernos propuestas interesantes el uno al otro —bromea.

—¿Te he dicho últimamente que me gustas?

—No.

—Pues me gustas. Mucho. —Uso mi voz más sexy, la que empleo en la cama, para que piense en mí mientras esté rodando con Rick *el del Tic*.

—A mí también me gustas mucho, Parker. Ah, y esta noche...

—¿Sí, Melocotones?

—Sueña conmigo.

Mi chica me lanza un beso por teléfono y cuelga sin esperar a que le diga adiós. Sacudo la cabeza y abro la puerta del estudio de danza. Es hora de enseñar a un grupo de mujeres a abrazar su lado sexy mientras yo pienso en que la mujer más sexy del mundo casi acaba de ofrecerse a mudarse a Boston para estar conmigo.

¿Qué demonios se supone que tengo que hacer con esta información?

—Anna-Maria, quiero que te pongas el tanga y el salto de cama y vengas conmigo. —Le señalo una pequeña sala de ensayo, cubierta por completo de espejos. Me imagino que los bailarines la usarán para ensayar solos, aunque ahora mismo va a servir para tener una charla a calzón quitado con una madre de dos niños pequeños inquieta como una potranca.

La mujer asiente, entra en el vestuario y sale poco después. Es rubia, con los ojos azules. Lleva el pelo suelto, que le llega a la altura de los hombros. Sé que bajo el salto de cama esconde unos buenos pechos, una ligera barriguita y amplias caderas. Tiene las piernas largas, fuertes, con unos muslos bien torneados. En resumen, es la fantasía hecha realidad de cualquier hombre, llena de curvas con buenos pechos y un culo generoso.

He colocado una silla en el centro de la habitación.

—Pasa y siéntate, preciosa —le digo con mi tono de voz más tranquilizador.

Ella lo hace, aunque va mirándose los pies mientras se aproxima, con el salto de cama bien aferrado alrededor de su cuerpo.

Me acerco a la puerta y bajo la intensidad de la luz.

—Durante el desfile, la luz será todavía más tenue. Habrá fogonazos de luz más intensa, pero serán muy breves. A nadie le dará tiempo a fijarse en los detalles.

Ella asiente con los labios fruncidos.

—Quiero que me muestres lo que te enseñó Martina.

—Eeehhh, vale, pero ¿y la música?

Me saco el teléfono del bolsillo, le doy al *play* y suena *Don't Cha*, de las Pussycat Dolls, a todo volumen.

Cuando la habitación se llena de música, Anna-Maria empieza a moverse y yo la observo desde la pared del fondo, cerca de la puerta.

Al principio noto que sus movimientos son poco naturales, pero poco a poco se va soltando y se nota que cada vez se siente más cómoda.

—Muy bien, ahora sin el salto de cama.

—Pero...

—Preciosa, sé que te da vergüenza, pero lo que tú no sabes es lo increíble que eres. Las mujeres de todo el mundo van a ver tus fotos y van a alucinar al ver a una madre tan guapa como tú. Se sentirán empoderadas por lo que haces..., por ellas. Porque no vas a salir ahí fuera por ti. Vas a salir para demostrarles que pueden ser sexys y sentirse sexys con sus cuerpos tal como son, si se ponen estas prendas. La colección quiere conseguir que mujeres de todo tipo ganen confianza. Creo que, cuando dejes de sentirte nerviosa, lo verás todo de otra manera. Por eso te he pedido que vinieras aquí, para que puedas mirarte bien y darte cuenta de lo genial que te sienta ese conjunto.

—Es que es un tanga, y mi culo ya no es el que era —murmura con un acento italiano muy fuerte y la voz cargada de inseguridad.

—Inténtalo. Empieza por quitarte el salto de cama. Ya te he visto con el modelo puesto y lo que pensé fue que estabas impresionante. Y el diseñador piensa lo mismo, por eso te ha elegido para que lo luzcas. Ahora sólo falta que te des cuenta tú.

Vuelvo a poner la canción y ella se levanta, endereza la espalda y asiente con decisión.

Se desata el nudo del salto de cama y lo deja caer al suelo. El conjunto es de raso negro y lila, con encaje en las copas que apenas sostiene el peso de sus pechos generosos. Los levanta un poco, lo que los hace aún más atractivos. La parte de arriba es una especie de camisola elástica que le

oprime un poco el vientre, con la idea de hacerla sentir más segura. La parte de abajo es un tanga que cubre lo justo por delante pero deja las nalgas completamente al aire. Lleva un lazo de raso lila a la altura de la rabadilla como enfatizando la idea de que su culo es un regalo. Y tengo que decir que estoy de acuerdo con eso.

Tener todas esas curvas ante mis ojos hace que mi polla se despierte. No puedo evitarlo, es una mujer muy atractiva y está casi desnuda. Debería estar muerto para que no me afectara, pero pensar en mi Skyler consigue que la Bestia se mantenga calmada.

Anna-Maria realiza la coreografía sin dejar de mirarse en el espejo. Me doy cuenta del instante preciso en que ella ve al fin lo que todos vemos. Se le iluminan los ojos cuando junta los brazos, lo que tiene el efecto de unir y mostrar su escote en el espejo. Mientras hace girar el cuello moviendo la melena, se le escapa una sonrisilla. Da una vuelta completa y mueve el culo a lado y lado, luciendo sus nalgas del todo cacheteables.

—¡*Santa Madonna*, Anna-Maria! Vas a volverlos locos a todos. — Aplaudivo mientras ella sigue moviéndose como le han enseñado.

Cuando la música acaba, está de espaldas al espejo, mirándose el culo por encima del hombro, en la pose que le han enseñado para finalizar el desfile. En ese momento, enciendo las luces para que pueda ver su cuerpo y su culo en todo su esplendor durante diez segundos antes de volver a apagarlas casi todas.

—Entonces ¿qué me dices? —Contengo el aliento mientras espero a que me diga si piensa llevar el conjunto como quiere el diseñador o no.

—La verdad es que me veo bien, incluso el culo. Yo... no me lo acabo de creer. —Se pasa las manos por las nalgas desnudas.

—Preciosa, si el diseñador no hubiera pensado que eras la mujer perfecta para lucir su modelo, no te habría elegido. Espero que te hayas dado cuenta.

Anna-Maria se encoge de hombros y se ruboriza cuando me acerco a ella con el salto de cama. Se lo pone, cubriéndose ese precioso culo. Una lástima.

—Puede ser. Quiero decir, sí, me queda bien.

—Entonces ¿saldrás al escenario en tanga?

Asiente sonriendo.

—Sí, lo haré.

—Excelente. Sé que les estarás haciendo un favor a mujeres de todo el mundo, pero estoy seguro de que también te haces un favor a ti misma.

Ella sonríe y se tapa la boca con la mano.

—¡La cara que pondrá mi marido cuando me vea! Prefiere no salir a la pasarela, pero le hace mucha ilusión verme. Dice que quiere que todo el mundo sepa lo preciosa que es su esposa, pero sabiendo que sigo siendo suya.

Esta vez soy yo el que sonríe. Le rodeo los hombros con el brazo, con cuidado de no tocar más de lo adecuado.

—Preciosidad, creo que tienes un buen marido en casa.

—Sí, así es. ¿Y tú? ¿Hay una señora Ellis esperándote en casa?

Su pregunta me pilla totalmente desprevenido.

«Señora Ellis.»

Para mí, ese nombre va ligado a mi madre.

—¿Me preguntas si estoy casado? No, pero hay alguien especial en mi vida.

—Estoy segura de que se siente una mujer afortunada. Eres muy amable, señor Ellis. Y muy guapo. —Se echa a reír mientras volvemos a entrar en la sala de ensayo donde están las demás modelos.

Bo alza una ceja.

—¿Qué tal? ¿Contamos contigo para el desfile, Anna-Maria? —pregunta.

—Sí, saldré a desfilas.

El resto de las mujeres saltan de alegría y aplauden antes de acercarse a ella y abrazarla.

Yo me aproximo a Bo.

—Ya veo que has vuelto a hacer magia, tío. ¿Te importa decirme cómo lo has conseguido? Has estado con ella bastante rato.

Frunzo el ceño.

—¿Qué insinúas? ¿Crees que he usado tácticas inadecuadas?

Bo inspira despacio.

—Bueno..., por tu historial con las clientas...

Le doy un golpe en el brazo.

—Tío, ¡está casada! Y yo estoy con Sky. Nunca jodería a Sky como Kayla me jodió a mí. Nunca. —Frunzo el ceño y desearía haberle pegado un poco más fuerte para borrarle a mi amigo esa expresión de la cara.

—Me estaba quedando contigo, tío. Ya me he imaginado que estabas ahí cantando *Kumbayá* o algo parecido.

Sacudo la cabeza.

—Tampoco es eso. He dejado que ensayara, primero con el salto de cama y después sin él. Le he dado tiempo para que se viera a sí misma, para que se diera cuenta de lo que vemos los demás cuando la miramos, y así pudiera sentirse cómoda delante de la gente.

—Joder, con esas tetas y ese culo, siento haberme perdido el espectáculo. —Bo se tira de la perilla mientras examina a Anna-Maria de pies a cabeza, probablemente tratando de ver algo debajo del salto de cama.

Gruño y me froto la cara con la mano.

—Haces que me entren ganas de volver a pegarte.

Él se encoge de hombros.

—Tengo ese efecto sobre alguna gente.

—En fin, lo que importa es el resultado. Voy a llamar a T-Bone para avisarlo de que este tema está resuelto.

—Buen trabajo, tío.

—Gracias, ¿vamos al pub esta noche? Necesito una cerveza. Antes he discutido con Skyler.

—¡Mierda! Sí, claro. Aquí me tienes para lo que necesites. ¿Habéis arreglado las cosas?

Asiento y suspiro.

—Sí, pero he tenido que contarle lo de Kayla.

Bo se estremece.

—Uf, hablar sobre esa zorra no mola nada.

—Pues no, nada. Pero creo que hemos resuelto algunos de nuestros problemas de celos.

Bo alza una ceja y se acerca un poco.

—¿Ah, sí? ¿Ha estado quejándose por lo de Sophie?

Mi amigo sabe que el tema de Sophie me pone de los nervios. Entiendo que a Skyler le cueste verla sólo como a una amiga porque fue mi clienta y me acosté con ella, pero es que ella no es consciente de cómo cambié cuando la conocí. Ahora sólo hay lugar en mi vida para una mujer, Skyler, y quiero que lo entienda para que no tenga que preocuparse por nadie. Nunca la engañaría, sabiendo lo mal que se pasa. Nunca le haría algo así a nadie, por eso hasta ahora no había vuelto a tener una relación. Como ya he dicho, Skyler cambió las reglas del juego, pero necesito que ella se lo crea.

Suelto el aire lentamente.

—Eso espero. Luego hablamos con unas cervezas por delante, ¿vale? Los dos solos —añado antes de que pueda invitar a alguna de las maestras de cabaret o a la modelo con la que se acostó.

—Eh, si me necesitas, ahí estaré, tío. Ya lo sabes. Cualquier día del año, a cualquier hora, en cualquier sitio.

Le doy una palmada en la nuca y se la aprieto. Él responde palmeándome la espalda.

—Gracias, tío.

—No hay de qué. Para eso está la familia.

Doy un buen trago a la segunda cerveza antes de hincarle el diente a mi hamburguesa gigante. Cuando he visto al camarero traer las dos hamburguesas con patatas fritas, no lo veía claro. Es que es tan grande que podría tener un código postal propio. Tiene unos veinte centímetros de alto y le salen pepinillos y tiras de beicon por los lados. Es una preciosidad, pero acabármela no va a ser tarea fácil. De todos modos, acepto el reto.

El pub Cheers está en una calle anodina de Milán. La mitad de la misma está ocupada por pisos baratos, pero la otra mitad se está gentrificando. Si tuviera que apostar, diría que pronto será una zona moderna. Hay varios edificios rehabilitados, recién pintados, con flores en las ventanas y rejas de acero forjado, mientras que los de la acera de enfrente necesitan un buen lavado de cara.

El bar podría ser un pub cualquiera de una ciudad estadounidense cualquiera. El local tiene un genuino sabor americano. Algunos rótulos están en italiano, claro, pero todo está decorado al gusto americano. Incluso el nombre del local, Cheers, es un homenaje a la vieja serie de televisión que mis padres veían cuando yo era pequeño. Es un sitio cómodo, donde me siento como en casa, justo lo que necesitaba después de la semana de trabajo y de la conversación con Skyler.

Los suelos son de tarima. La barra, las mesas y los taburetes, de madera. Bo y yo estamos sentados a la barra, frente a los surtidores cromados de la marca Pilsner Urquell. La cerveza, una rubia *lager*, viene de la República Checa. Me resulta extraño que la cerveza de barril más común del pub sea de otro país, pero ¿quién soy yo para opinar? A mí me gusta la cerveza, sobre

todo la artesana. Seguro que si le dijera el nombre de ésta a mi padre, conocería todos los detalles. Quién la elabora, a qué sabe y con qué debe acompañarse. Es una especie de esnob de la cerveza, aunque él prefiere el nombre de *gurú*.

—Muy bien, ya tenemos la cerveza y la hamburguesa. Royce no está para dejarte su oreja, pero yo te dejo las dos, así que ya podemos empezar.

Me río y doy un buen sorbo a la *pilsner*.

—Eso parece.

Bo se vuelve hacia mí con una mano apoyada en el muslo y separa un poco las piernas para ponerse cómodo. Apoyando el codo en la barra, me pregunta:

—Venga, cuéntame qué ha pasado con Skyler. ¿La has cagado mucho?

—¿Por qué das por sentado que la he cagado? —refunfuño.

—No sé, tío. Estás muy gruñón y tienes cara de que alguien se te haya acercado por la espalda y te haya dado un susto de muerte. ¿Qué quieres que piense?

Me froto las sienes y echo un vistazo a la enorme hamburguesa. Deberíamos haber compartido una sola, pero eso no es masculino. Además, Bo come mucho. Con tanto follar, lo quema todo. Y también va al gimnasio, como yo.

—Parker, cuéntamelo de una vez, tío. Si no, no puedo ayudarte.

Paso el dedo por el vaso, arriba y abajo, viendo correr las gotitas de condensación.

—Le he dicho a Skyler lo de Kayla, a grandes rasgos. Básicamente le he explicado lo jodido que me dejó.

—¿Y...?

—Y nada. Ella me había acusado de no decirle por qué al principio me oponía tanto a la idea de una relación. Por eso se lo he contado.

—¿Y ahora...?

—Ahora estoy comprometido hasta el fondo pero también asustado, joder.

Trato de hacerlo bien, pero no sé si me sale. La mitad de las veces no sé lo que tengo que decir. Y luego están sus celos de Sophie... y los míos de Rick. —Suspiro y hago girar el vaso a derecha y a izquierda, por hacer algo con las manos.

—¿El del aliento de cebolla? Creo que eso elimina su poder de atracción, por muy guapo que sea.

—Lo del aliento se arregla rápido, tío.

—Es verdad, pero una mujer nunca olvida esas mierdas.

—Supongo. —Me meto una patata en la boca y le doy vueltas al tema que me preocupa en realidad—. Y luego ella ha mencionado algo sobre comprarse un piso en Boston.

A Bo se le abren mucho los ojos.

—¿Perdona?

—Exacto. —Doy otro largo sorbo a la cerveza, porque necesito algo que me caliente las entrañas.

—Si se traslada a Boston es que la cosa es seria de verdad. Mucho más seria de lo que tenéis ahora. —Bo lo pillá al vuelo.

Asiento.

—Como si no lo supiera.

—Mierda.

—Sip.

—Joder.

—Ya te digo —murmuro.

—Y ¿a ti qué te parece la idea? Así, sin pensar mucho. —Me está observando, analizando mi reacción.

Sonrío y lo miro de reojo.

—Sería mucho más fácil colarme en su cama si está más cerca.

Bo se ríe con ganas.

—En eso tienes razón. Y ¿cuál es tu segunda reacción?

Frunzo los labios y le doy vueltas.

—Me gustaría tenerla cerca, poder quedar con ella para cenar y esas cosas. Salir de noche. Comer con la familia o con vosotros. Es el tipo de vida que siempre soñé tener.

—¿Todavía te apetece esa vida?

—¿Con Sky? Sí, pero no me olvido de que es famosa, tío. Es imposible llevar una vida normal con ella. Los paparazzi siempre le estarán pisando los talones.

—Pero tiene protección. —Frunce el ceño y espera a ver qué excusa le voy a poner. Es un buen amigo. Sabe que debe dejarme sacar mis mierdas para poder ayudarme con ellas.

—Sí, y los Van Dyken son la caña, pero ¿y si algún día tenemos hijos?

Bo alza las manos como si fuera embalado y quisiera detenerme.

—¡Eh, eh, eh! ¡Frena, tío! ¿Has dicho «hijos»?

Me froto la cara y lo miro.

—Sí, eso he dicho. Algún día me gustaría tener hijos. ¿A ti no?

Él se tira de la perilla y suspira.

—La verdad es que nunca había pensado en ello. No sé si tengo el gen de la paternidad. En mi vida no ha habido ningún referente paterno aparte de tu viejo. Mi padre se largó antes de que yo empezara a andar. Y a mi abuelo tampoco le vi el pelo.

—Lo siento, tío.

—No pasa nada. Uno no echa de menos lo que nunca ha tenido. Y mi madre y mis hermanas me cuidaron bien. Me enseñaron todo lo que necesitaba saber sobre las mujeres. —Me dirige una sonrisa canalla.

Yo frunzo el ceño, volviendo al tema.

—Siempre pensé que algún día tendría una casa con su verja de madera, una esposa bonita, dos niños y un perro, y que haríamos barbacoas en el patio trasero. Este año me caen los treinta, tío, el tiempo se me echa encima.

—No eres viejo, tío, relájate. Deja que lo tuyo con Skyler se desarrolle de manera natural, sin forzarlo, ¿me oyes?

Inspiro hondo y suelto el aire antes de levantar el vaso vacío en dirección al camarero.

—Cuando me ha hablado de mudarse, por mí... —Sacudo la cabeza—. Ninguna mujer me ha antepuesto a todo como lo ha hecho ella. Y es Skyler Paige, tío. La chica de mis sueños. Siempre había comparado al resto de las mujeres con ella, bueno, con la idea que tenía de ella. Y luego voy y la conozco en persona y resulta que es todavía mejor. Joder, tío, es que Skyler es total; es la perfección hecha mujer.

Bo levanta la barbilla.

—Te entiendo, tío, pero recuerda que pensabas lo mismo de Kayla y esa zorra te jodió la vida. Sky es la primera mujer a la que has dejado acercarse desde entonces. ¿Por qué no te preocupas un poco menos del futuro y te dedicas a disfrutar de lo que tienes ahora mismo? Si cuidas lo vuestro, crecerá y se convertirá en algo permanente. Tal vez ella sea la mujer con la que compartirás casa y verja de madera o tal vez no; sólo el tiempo lo dirá. ¿Te ha dicho que estaba llenando cajas para mudarse la semana que viene?

Me río al oír la exasperación en la voz de Bo.

—No, tío. Me ha soltado la bomba y me dijo que le fuera dándole vueltas.

Bo se echa a reír.

—Me gusta Sky. Es graciosa.

—Lo es, cuando quiere. Y preciosa, la caña en la cama, dulce, encantadora, considerada, con una boca endiablada —añado con una sonrisa.

—¡Eh, eh! —Bo se abanica la cara y me guiña el ojo—. No la dejes escapar.

—No pienso hacerlo.

—Pues te diría que te quedes con eso. Dale tiempo a la relación, disfruta de cada minuto. Y, si las cosas se complican, háblalo con Royce o conmigo y volveremos a situarte en el camino correcto.

Alzo el puño y Bo lo hace chocar contra el suyo.

—¿Otra cerveza? —propongo.

—Sí, joder. Me estoy muriendo de sed.

Me río y levanto de nuevo el vaso en dirección al camarero, señalando esta vez a Bo con la otra mano. Él asiente y llena dos vasos más.

—Gracias, Bo.

—Ya sabes, aquí estoy siempre que me necesites. Y ahora... volvamos a lo interesante. Has dicho que Skyler tenía una boca endiablada. Detalles, quiero detalles. —Mueve las cejas sugestivamente.

El puñetazo le alcanza el hombro sin darle tiempo a prepararse. Estoy seguro de que le duele tanto como a mí la mano.

—Te lo has ganado —gruño mientras él se frota el bíceps.

—Lo sé —admite sin rastro de vergüenza.

—¡Eh, tío! —Royce me saluda con su voz profunda habitual, pero yo lo que quería era ver su cara sonriente—. ¿Desde cuándo usas FaceTime?

Sonrío.

—Skyler me enseñó sus ventajas.

Él se pasa una mano por la cabeza rapada y la ladea.

—Ya me imagino cómo.

—En todo caso, te llamo porque tu mensaje decía que era urgente. ¿Qué pasa?

Royce frunce los labios.

—La prensa no para de llamar, tío. Día y noche. Entran en las oficinas y hacen enfadar a nuestra chica. Tenemos que hacer algo sobre el comunicado que salió la semana pasada, ése sobre Skyler y tú.

Frunzo el ceño.

—Vaya, siento que os esté afectando. Pues ahora mismo no sé cuál sería el mejor plan de acción. He estado concentrado en este caso y, eeehhh..., otras cosas. No sabía que os estaban molestando en la oficina.

—No pasa nada, pero creo que deberíamos atajar este problema de raíz antes de que se nos escape de las manos.

—Tienes razón. Llamaré a Tracey y le pediré su opinión. ¿Qué habéis estado diciendo hasta ahora?

Él niega con la cabeza.

—Sin comentarios. En cuanto abren la boca, colgamos. Pero es que son como buitres, siguen picoteando hasta que consiguen lo que quieren.

Asiento.

—Vale. La llamaré cuando acabemos de hablar. ¿Cómo va lo demás?

—Todo perfecto. He hecho algunos informes financieros más para Sophie que nos saldrán bastante rentables. He resuelto un par de casos sencillos. Incluso le pedí a Wendy que los mirara y me diera su opinión. De todos modos, creo que en el siguiente caso viajaré contigo y dejaré a Bo aquí, defendiendo el fuerte.

—¿Cuál es el siguiente caso? Me hablaste de San Francisco, ¿verdad?

Él asiente y apoya la cabeza en el respaldo de su butaca de cuero.

—Una compañía financiera. La directora ejecutiva necesita ayuda para encontrar pareja.

—¿Pareja? Y ¿tiene a alguien en mente? Normalmente, las clientas nos piden ayuda para captar la atención de alguien a quien ya le han echado el ojo.

—Ya, pero en este caso, no.

Me froto las cejas con el pulgar y el índice, tratando de ahuyentar el dolor de cabeza que me está acechando.

—¿Me he perdido algo?

—No. La clienta es preciosa, inteligente, está buenísima y quiere que la ayudemos a encontrar un hombre. Dice que está cansada de salir con donjuanes aficionados, narcisistas y cazafortunas. La estoy ayudando a crear un perfil adecuado. Vamos a resolver este caso a la vieja usanza. Como en el programa ese de la tele, «Million Dollar Matchmaker». ¿Lo has visto?

Pestaño varias veces, tratando de decidir si estoy soñando o sigo despierto.

—¿Acabas de preguntarme si veo un *reality* por la tele? La única mierda que veo son deportes, y la mitad de las veces lo pongo grabado para saltarme los anuncios.

—Patti Stanger es lo más. Es la mejor casamentera del mundo.

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. Royce sigue ahí, sonriente.

—Si tú lo dices, yo me lo creo. Pero ¿qué tiene que ver ese programa con nosotros?

Él se pasa la mano por la corbata azul y veo brillar los gemelos de ónix, que destacan sobre la camisa blanca y combinan con el traje negro.

—Quiero probar suerte en un caso de éstos. Nunca me he encargado yo, y esta vez pienso clavarlo.

Frunzo los labios y sonrío al darme cuenta de que Royce aparta los ojos mirando a derecha e izquierda. Se tapa la boca y carraspea.

—¿Por qué?

Él frunce las cejas.

—Que yo sepa, somos socios en este negocio y no necesito darte ninguna razón si quiero trabajar con una clienta. —Su tono es un tanto beligerante, y más contundente de lo necesario. Me está ocultando algo.

Le sonrío.

—No es necesario, es por curiosidad. ¿Quién es la clienta? —insisto.

Él frunce mucho los labios.

—Rochelle Renner.

—Y ¿qué aspecto tiene la señorita Renner?

Él entorna los ojos al otro lado de la cámara.

—¿Acaso importa?

Sonrío.

Sé que le estoy tocando las narices, y me da igual. Es mi hermano, así que mi obligación es tocarle las narices.

—No lo sé. Sólo quiero saber qué nos vamos a encontrar.

Royce deja el teléfono apoyado en algo y veo cómo abre un archivo y

amplía una fotografía. Coge el aparato de nuevo y, cuando enfoca la foto, me echo a reír inmediatamente.

—¡Tío! —exclamo mientras contemplo la imagen de una de las mujeres negras más guapas que he visto desde que le puse los ojos encima a Halle Berry en *Operación Swordfish*, una película que Royce quiso que viéramos. Y si quiso que la viéramos fue porque aparece Halle Berry y se le ven las tetas en una escena. ¡Esa actriz es su debilidad!

—Déjate de «tíos». Sólo porque nuestra clienta sea una mujer de bandera, no...

—Vale, vale... —Sacudo la cabeza—. Si quieres ir de duro y formal y no compartir conmigo la auténtica razón de tu interés, lo dejaremos así. Sin embargo, me apuesto algo a que tu próxima sugerencia será que te emparejemos con ella.

Royce recibe mi sonrisa irónica con cara de póquer.

—Ni siquiera pienso responder a eso. Acaba lo que tengas que hacer en Milán y vuelve pronto para que podamos irnos a California.

—No puedo, tío. Paso por Nueva York a la vuelta. Necesito al menos dos días. Volveré el miércoles, te lo prometo, pero dame dos días.

Él frunce tanto los labios que parece que quiere besar la pantalla.

—De acuerdo, tómame esos dos días, pero envía a Bo de vuelta. Tengo que cargarlo de trabajo, porque si no se va a pasar el tiempo que estemos en la costa Oeste ligando con Wendy.

—¡Qué gran verdad! Si no lo mantenemos ocupado, el señor Mick irá de visita a las oficinas y nos lo encontraremos colgado de sus propios calzoncillos a la vuelta. No podemos permitirlo.

—Ajá. Llama a la agente de tu chica y pregúntale cómo quiere que abordemos el tema. No me apetece complicaros las cosas a Sky y a ti, pero tenemos que mantener a los paparazzi lejos de IG.

—Vale, te llamo más tarde.

—Paz —dice Royce, y se despide alzando la barbilla antes de colgar.

Cuelgo y llamo a la agente y amiga de Skyler. El teléfono suena unas cuantas veces antes de que la voz exasperada de Tracey responda:

—Agencia de talentos Triumph, Tracey al habla.

—Hola, Tracey. Soy Parker Ellis.

—Oh, hola, perdona que te haya hablado así. Es que la secretaria no ha podido venir hoy, justo el día en que el teléfono no para de sonar.

—La ley de Murphy.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito que me aconsejes. La prensa está asediando las oficinas de IG y mi plantilla se resiente. Hicimos público el comunicado, pero los medios siguen igual que antes y yo no estoy en Boston para ayudarlos a afrontar el problema.

—Ya. Hablé con Skyler sobre eso, pero me dijo que necesitabas privacidad.

—¿Sobre qué hablasteis exactamente?

—Le dije que debéis conceder una entrevista. Juntos. Debéis aparecer los dos para que la prensa os pueda grabar y hacer preguntas. Sólo así os dejarán en paz por un tiempo, hasta que uno de los dos haga algo que les llame la atención.

—¿Y Sky no quiso hacerlo?

—No. Dijo que vuestra relación es muy reciente y que no quería cargarte con más presión de la que ya supone salir con un famoso, pero, la verdad, Parker, es una de las pocas maneras de quitároslos de encima. Si queréis que se vayan, tenéis que darles algo.

Le doy vueltas a la idea.

—Y ¿cómo se organiza algo así? Yo estaré de regreso el domingo por la noche y me pasaré por el plató el lunes y el martes.

—¿En serio? Entonces será fácil. En vez de entrar por la puerta trasera, haz que Skyler salga a recibirte a la puerta principal. O entrad los dos juntos. La prensa se volverá loca porque podrá sacar fotos de los dos. Y luego

quedaré con algunos periodistas, en los que más confío, para comer con ellos. Digo «en los que más confío» porque no puedes confiar en ninguno al cien por cien.

—Ya, ya me di cuenta después del reportaje de la revista *People* —replico frustrado.

—Me reuniré con vosotros, os allanaré el camino y te daré un cursillo acelerado para hablar ante la prensa. Básicamente, lo que hay que decir o no decir y cómo evitar responder a preguntas que no desees responder. Como, por ejemplo: ¿estás enamorado de Skyler? —Su pregunta, hecha en tono neutro, me deja descolocado.

Se me seca la garganta y busco la botellita de agua que tengo en la mesita.

—¿Me... me lo estás preguntando en serio? —Tiro del cuello de la camisa, que de pronto me aprieta demasiado.

Ella se echa a reír a carcajadas, tanto que casi tengo que apartarme el teléfono de la oreja.

—Ay, Dios, me habría encantado ver tu cara. No hace falta que me respondas. Por tu actitud, ya me he dado cuenta de que es una de las preguntas que preferirás evitar.

—Joder, claro. —Vuelvo a aclararme la garganta mientras ella sigue riéndose.

—No te preocupes, Parker. Siempre cuido de Sky. Ella es mi prioridad absoluta. Llevo años cuidando de ella y lo seguiré haciendo muchos más. Y, ahora que tú formas parte de su vida, también cuidaré de ti. No dejaré que te pase nada malo. Dile a tu secretaria que me pase los detalles de cuándo piensas visitar el plató y yo me ocuparé del resto.

—De acuerdo. Gracias, Tracey, te lo agradezco de verdad. ¿Se lo contarás tú a Skyler?

—No quieres ser portador de malas noticias, ¿eh? Lo entiendo. Sky odia hablar con la prensa sobre su vida privada. Es una manía que tiene, pero en su trabajo es necesario.

—Pues no, la verdad. Si puedo evitarlo —admito sin cortarme ni un pelo. Sky y yo ya hemos mantenido una conversación intensa hoy. No tengo ganas de complicar más las cosas diciéndole que hemos de hablar con la prensa para que dejen mi negocio en paz.

—Yo lo haré, no te preocupes.

—Te debo una, Tracey.

—¡Qué va! Tú cuida de mi chica y no resultes ser un cabrón y estaremos en paz.

Al parecer, Tracey Wilson, agente entre agentes, no se muerde la lengua y entra directa a matar.

—No pienso hacerle daño. Ella es importante para mí, Tracey, cada día un poco más.

—Sí, ya me doy cuenta de cómo habla de ti. Se le ilumina la cara y se le pone una mirada soñadora. Ponía la misma cara cuando hablaba de Johan, pero él le rompió el corazón. Vamos a hacer que mi amiga siga teniendo esa cara de felicidad durante mucho tiempo, ¿vale? Y ahora te dejo, que se me acumula el trabajo y estoy sin secretaria.

Me río, incómodo, porque no sé cómo responder a toda la información que acaba de darme.

—Hasta pronto. Y buena suerte.

Ella suspira.

—Sin secretaria, la voy a necesitar. Hasta el lunes, Parker.

—Gracias de nuevo.

—De nada. Chao.

Colgamos y me dirijo al baño antes de meterme en la cama.

El desfile es mañana, y espero que todo salga tal y como nuestro cliente desea. Tal vez T-Bone vaya un poco desorientado en eso de ser un pionero del empoderamiento femenino a través de la lencería elástica, pero sus intenciones son buenas. Aunque empezó con el pie izquierdo, Bo y yo nos hemos encargado de limar asperezas con las modelos y ya tengo ganas de ver

el desfile mañana para disfrutar del resultado del trabajo duro de todo el equipo.

Me lavo los dientes y hago todo lo que tengo que hacer antes de meterme en la cama desnudo. Las sábanas frías me hacen temblar. Cojo el teléfono y reviso los mensajes. Veo que tengo un vídeo de Skyler. Le doy a «Reproducir» y veo su hermosa cara totalmente maquillada. Lleva el pelo oculto bajo una peluca y toda ella va enfundada en una especie de traje futurista que me recuerda al corsé de Wonder Woman, pero el suyo es negro y plateado.

—Hola, niño bonito. Sólo quería decirte que no podré chatear contigo esta noche. Aquí es por la tarde y la directora no para de quejarse de que llevamos un día de retraso, así que tendremos que trabajar hasta tarde hoy. No tenemos descansos, sólo podemos comer algo entre escena y escena. Por lo tanto, como no sé a qué hora acabaremos, te deseo buenas noches. ¡Tengo muchas ganas de verte el domingo! Rachel irá a buscarte al aeropuerto. Está convencida de que necesitarás protección si los paparazzi se enteran de tu llegada. Yo le he dicho que estaba loca, pero... —Se encoge de hombros y el traje se le levanta de un modo curioso. Me hace gracia, pero me aguanto la risa para no perderme ni una de sus palabras—. Mejor prevenir que curar. Nos vemos pronto. ¡Sueña conmigo! —Se despide con un beso al aire, como de costumbre, pero esta vez puedo ver cómo sus labios se curvan formando un círculo perfecto. Sonríe y me guiña el ojo antes de detener el vídeo.

Joder, soy un tipo afortunado.

Me pongo boca abajo, me imagino a Skyler en ese traje dándole una paliza a algún villano del futuro y me duermo con una sonrisa en la cara.

La pasarela es un rectángulo largo, brillante y de un blanco radiante colocado en el centro de una gran sala. No tiene nada de particular, aparte de los espejos montados estratégicamente a cada lado. Cuatro en total. El resto del escenario es gris carbón, para que nada distraiga la atención de lo que ocurre en la pasarela. Las sillas están dispuestas a lado y lado, en suave pendiente, para que todo el mundo pueda ver bien sin que los de delante los molesten. Recorro los primeros metros de la pasarela y me detengo frente al primer espejo.

Saco un pintalabios del bolsillo y sonrío, pensando en Sophie, Skyler y Christina. Me estoy ablandando. Este trabajo me está afectando a nivel personal de un modo que nunca podría haber imaginado. Cuando creamos International Guy no tenía ni idea de la dimensión que iba a adquirir ni de la clientela que nos contrataría. La idea original era trabajar como analistas o consultores, ayudando a las empresas que nos contrataran a prosperar en los negocios. Y lo hacemos. Lo que pasa es que el negocio ha dado un giro hacia cuestiones más personales y eso hace que cada vez me implique más. Este trabajo me llena, me llena muchísimo. Haber conocido a Sophie y haber hecho amistad con ella; haber iniciado una relación con Skyler... ¿Quién se lo iba a imaginar? Y, joder, ayudé a miembros de la realeza a resolver sus diferencias y a convertirse en los reyes de Dinamarca. ¿Quién hace eso en su día a día?

Nadie.

Sólo mi equipo.

Estoy orgulloso del trabajo que hemos realizado durante los últimos

meses. Hemos contratado personal y cada vez tenemos más casos en espera. Me siento realizado a todos los niveles. Soy feliz con mi vida. Tengo un empleo increíble, una novia preciosa, unos amigos alucinantes... Estoy en el cielo.

El cielo. No se me escapa la coincidencia. *Sky* significa «cielo»... y no puede ser casualidad.

Pienso en ella mientras escribo el mantra que le dediqué en el primer espejo. Será el primero que la gente lea cuando las modelos pasen por delante:

Vive tu verdad.

Sonríó al pensar que veré a mi chica mañana. Mi novia. ¿Quién se iba a imaginar que volvería a tener una relación? Yo, desde luego, no. Pensé que después de Kayla no lograría confiar en una mujer nunca más. Supongo que, cuando encuentras a la adecuada, todo puede pasar.

La gente cambia. Yo he cambiado. Durante estos años he madurado y estoy listo para comprometerme. Con Skyler. Ella es todo lo que podría desear en una mujer y más. Es preciosa, divertida, amable, caritativa, considerada, bromista y muy mona. De ella me gusta todo, hasta su vena celosa, con toda probabilidad porque me identifico con ella.

Me acerco al siguiente espejo y me acuerdo de Sophie, la única mujer a la que considero una amiga. Y es que ella me lo pone muy fácil. Es paciente, considerada y da muy buenos consejos. Me gusta mucho poder disfrutar de su amistad y quiero que algún día se haga amiga de Skyler. No pretendo que lleguen a tener el grado de hermandad que tenemos los chicos y yo, pero ¿quién sabe? Sophie es una mujer fuera de lo común. Una vez que superó el luto y el miedo inicial a coger el timón del negocio familiar, su tenacidad y su pasión natural emergieron a la superficie a toda potencia. Tengo la esperanza de que algún día todas las mujeres de mi vida —mi madre y Wendy incluidas— encuentren el equilibrio en sus relaciones.

Con la sonrisa de Sophie en mente, escribo en el segundo espejo:

Eres oro puro.

La mancha roja se extiende sobre el espejo con cada palabra que escribo, creando un efecto que sé que le encantará a T-Bone. Cuando le comenté el tema de los espejos y los lemas, saltó literalmente de alegría. T-Bone saltando asusta: es como ver a una rana toro desplazándose de nenúfar en nenúfar.

Sacudo la cabeza. La gente que se mueve en el mundo de la moda son raros de cojones. Todos. Nunca sabes qué se les va a ocurrir. Es una lotería.

Me acerco al tercer espejo y pienso en la princesa Christina. Me imagino que Sven y ella estarán por algún país extranjero celebrando su luna de miel, felices y enamorados. Hace mucho tiempo que son pareja, así que no me extrañaría que volvieran de la luna de miel con el anuncio de un heredero bajo el brazo. Tal como les dijo la madre de la princesa: «No volváis a casa hasta que hayáis encargado al próximo rey», o algo parecido. Esa mujer sólo piensa en cosas de la realeza, las veinticuatro horas del día. Al menos, ahora que Christina es reina, ya no tiene que hacerle caso. Estoy seguro de que está disfrutando de su intercambio de roles. Yo, en su caso, lo disfrutaría mucho.

Escribo el mantra de Christina para que todo el mundo lo vea.

El futuro es tuyo.

Hago girar la barra de labios para poder seguir escribiendo y me dirijo al final de la pasarela donde está situado el último de los espejos polarizados. Esta vez escribo en los dos lados del espejo para que el mensaje pueda ser leído tanto por las modelos como por los asistentes:

Abraza tu lado sexy.

Sonrío mientras alargo el último trazo y subrayo la última palabra. Espero que cada uno de estos mantras ayude a las modelos a conectar con su imagen y a recordar lo que están haciendo en la pasarela. Con las clases de las

expertas en cabaret, las lecciones que Bo y yo les hemos dado y, por supuesto, la increíble colección de T-Bone, confío en que todas tengan la autoestima por las nubes.

Con los mantras en su sitio, vuelvo al manicomio. Las doce modelos están en peluquería o maquillaje, menos algunas, a las que les están haciendo ajustes de última hora en la ropa.

Veo a Anna-Maria y me apoyo en la cómoda mientras el peluquero le está haciendo tirabuzones.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás hoy? —Le dirijo una sonrisa. Quiero que sepa que estoy aquí para lo que necesiten.

—La verdad es que muy bien. Anoche le hice un pase previo privado a mi marido. —Se ruboriza, y el rubor le baja desde las mejillas hasta el cuello.

—No me digas. —Sonrío—. Y ¿qué tal?

—Eeehhh..., pues muy bien. Me dijo que era la mujer más atractiva del mundo, y que me encontraba más sexy ahora que antes de tener a los niños. Le gustan los cambios que ha experimentado mi cuerpo, porque son una muestra de cómo ha crecido nuestra vida en común. Ahora soy madre. Es un nuevo rol en un nuevo cuerpo. Y dice que cuando sea mayor, una abuela, tendré cuerpo de abuela y me amará aún más porque le habré dado un legado.

Mi sonrisa se hace aún más amplia. Me pongo en cuclillas para estar al mismo nivel y apoyo las manos en los reposabrazos de la silla.

—Creo que tu esposo sabe que tiene algo muy valioso en casa y desea conservarlo durante mucho tiempo.

Ella sonríe.

—Sí, lo quiero mucho.

—¿Estará entre el público?

Ella asiente y se muerde el labio.

—Dice que se muere de ganas de pillarme por banda cuando acabe el desfile y todo el mundo haya visto lo que sólo él puede disfrutar.

Le doy un apretón en el hombro.

—Tu marido mola. Agradéceselo como se merece esta noche. —Le guiño el ojo.

Cuando estoy a punto de irme, ella me coge la mano. Tiene los ojos empañados por la emoción.

—Señor Ellis, eeehhh..., Parker. Gracias por ayudarme a ver lo que antes no veía. Me gusta ser quien soy. Me gusta tener un cuerpo sano a pesar de los kilos de más y la flacidez que no tenía a los veinte años. Ahora sé que debo amar mi cuerpo tal como es y dar las gracias.

Le doy palmaditas en la mano.

—Yo nunca he dicho esas palabras, pero me alegro de que hayas visto lo que necesitabas ver. Eres una mujer muy hermosa, es evidente. Me alegro de que te hayas librado de las anteojeras.

—Todo gracias a ti y a Bo.

Niego con la cabeza.

—No, preciosa, es un proceso que has hecho tú sola, asúmelo.

Me marcho para que puedan acabar de prepararla para el desfile.

Mientras recorro la multitud que se afana en el *backstage*, veo a Bo con una aguja enhebrada colgando de la boca mientras sostiene el tirante de una camisola.

—¿No le quedaba bien? —pregunto mientras él ajusta la medida y empieza a coser el tirante.

—No, es que aquí la señorita Nervios se la ha puesto con tanto entusiasmo que se ha roto.

—Lo siento, Bo —se disculpa ella frunciendo el ceño.

Él sonríe y le guiña el ojo.

—No te preocupes, puedes compensármelo luego, señorita shorts sexys.

Ella se pasa la lengua por los labios.

—¿Con la boca o con mi cuerpo?

«Oh, mierda.»

—Pues creo que un poco de..., no, un mucho de todo. —Él aproxima la

cara a su pecho y muerde el hilo en un gesto atrevido.

Ella contiene el aliento y acerca los pechos un poco más a su cara.

—Eeehhh..., ¡tengo que irme! —Doy media vuelta y los dejo a los dos partiéndose de risa a mi costa.

Paso a saludar a todas las modelos antes de ver una cara familiar a lo lejos. Me alegro de ver que Martina también está dando consejos a quien los necesita. Esa mujer atrae la atención allá adonde va. Sus curvas, su ropa, su altura y su personalidad desbordante hacen que la gente siempre se fije en ella, yo incluido.

Me dirijo hacia ella, que está hablando con una de las modelos más tímidas. Creo que es maestra de preescolar, soltera. Tiene unos veinticinco años, pero su aspecto aniñado la hace parecer menor de edad.

—Recuerda lo que te dije. La confianza es la clave. Algunos opinan que hay que fingir la confianza hasta conseguirla, pero yo no estoy de acuerdo. Los dos conjuntos te quedan perfectos y te sabes los pasos, así que sal ahí y haz lo que has aprendido. Cuando lo hayas hecho te sentirás bien por haber logrado tu objetivo, ya verás.

Ella asiente.

—Sí, gracias, Martina.

—De nada, cielo. —Le da unas palmaditas en la cabeza como si fuera su madre, aunque no debe de haber más de dos años de diferencia entre ambas.

—Hola; no hacía falta que vinierais. El contrato no incluía la noche del desfile.

Ella frunce los labios.

—No, pero ahora son mis chicas, y yo siempre apoyo a mis chicas. Este desfile es importante para ellas y para mí. Comparto la idea de que las mujeres se sientan poderosas. —Se encoge de hombros—. Estoy poniendo mi granito de arena a la causa.

Sonrío, asintiendo con la cabeza.

—Así es. —La miro de arriba abajo y veo que se ha puesto otro de sus

sexys corsés, esta vez combinado con pantalones de cuero negro como su pelo, un cinturón brillante a la altura de las caderas y el pelo suelto, que le cae por la espalda alborotado. Los labios los lleva pintados de un rojo atrevido y la sombra de ojos les da un aspecto ahumado. Parece que se haya vestido para salir de noche, no para asistir a un desfile de moda.

Martina también me examina de arriba abajo, sin perder detalle de mi americana de sport, la camisa abierta, los pantalones y los Ferragamo.

—Me gusta tu conjunto —me dice con una voz ronca que no había usado hasta ahora.

—El tuyo tampoco está nada mal. —Me aclaro la garganta y me paso la mano por la nuca.

Ella se acerca y me apoya una mano en el pecho. Esta mujer mide casi metro ochenta y, con los tacones que lleva, estamos a la misma altura.

—Creo que lo que tienes debajo de la ropa también me gustaría... mucho. ¿Qué te parece si comprobamos si mi teoría es cierta cuando acabe el desfile?

«Mierda. Joder. Maldición.»

Normalmente recibiría su invitación con los brazos abiertos, pero hoy no. Esta mujer es el sueño erótico de cualquier hombre, menos yo. Yo ya he encontrado a la chica de mis sueños y no tengo la menor intención de cargarme lo que tengo con Sky por una noche con una bailarina, por muy tentadora que sea.

—Martina —empiezo a decir, para rechazar su invitación, cuando un fotógrafo nos interrumpe.

—¿Una foto, Martina? —pregunta, y ella le dirige una gran sonrisa. Se acurruca en mi pecho, acercándose los suyos y sacando la cadera.

Cuando el fotógrafo dice: «Sonrían», yo lo hago sin pensar, pero cuando ha sacado la foto me aparto de ella.

—Martina, tu oferta es muy generosa y, unos meses atrás, la habría aceptado sin dudarlo, pero ahora tengo una relación.

Ella hace un mohín y sus morritos rojos fruncidos la hacen parecer una

dominatrix sexy y apenada.

«¡Joder!

»Skyler. Skyler. Skyler.»

—¿Estás seguro? Podríamos divertirnos un rato. Tú y yo solos. Nadie tendría por qué enterarse. —Alarga la mano hacia mí, pero yo la mantengo a distancia.

—Lo siento. Eres preciosa y una mujer extraordinaria. Lo que has hecho por las chicas ha sido fantástico, pero tengo que rechazar tu ofrecimiento. Te agradezco otra vez tu labor. Tu colaboración ha sido esencial. —Sin darle ocasión de decir nada más, sonrío y me alejo tan deprisa como puedo—. Tengo que hablar con T-Bone. ¡Disfruta del desfile!

Mientras me dirijo a otra parte de la sala, lejos de Martina y de su oferta, empiezo a darme cuenta de lo que he hecho. Acabo de rechazar una noche de sexo desenfrenado sin compromiso con una mujer preciosa. Y ni siquiera me ha resultado difícil. Imágenes de Skyler se cuelan en mi mente:

Su sonrisa.

Su risa.

Sus bromas.

Su humor.

Su cuerpo sexy.

Su boca habilidosa.

Su todo.

Ella es todo lo que quiero y necesito. Sonrío, saco el móvil del bolsillo y echo un vistazo a la foto que me envió la primera noche después de que me fuera de su casa. Con el pelo alborotado, sin rastro de maquillaje, los labios hinchados por mis besos. La mirada adormilada y serena. Los pechos levantados y tan tentadores. Y en ese preciso momento me doy cuenta de que ella es la única, la verdadera. Quiero estar con ella. Quiero ser todo lo que necesita en un hombre. Quiero pasar con ella los buenos momentos y los

malos. Quiero que nuestra relación funcione, que se convierta en algo aún más permanente de lo que ya tenemos.

Creo que me estoy enamorando de Skyler Paige. Qué demonios..., creo que ya estoy enamorado de ella.

Las luces del escenario se encienden y se apagan, avisando de que el desfile está a punto de empezar. Estoy sentado al lado de Sophie, entre ella y Bo. Ella me coge la mano y entrelaza nuestros dedos.

—*Mon cher*, ¡esto es superexcitante! ¡Me encantan los desfiles de moda!

Sonrío, le aprieto la mano y espero a que las luces pierdan intensidad y simulen el resplandor de las velas. T-Bone aparece desde el fondo del escenario y avanza por la pasarela, un tercio aproximadamente, con un micrófono en su corpulenta mano.

—Bienvenido todo el mundo —saluda en inglés—. Gracias por venir.

—¿Por qué no habla en italiano? —le susurro a Sophie al oído.

—El mundo de la moda es un negocio universal y el inglés es el idioma que se usa para todo.

T-Bone sigue hablando:

—Me he dado cuenta de que en la industria de la moda sólo se fabrica ropa entre las tallas 32 y 38. Pero la mujer normal suele usar tallas más grandes; mucho más grandes que las que llevan las modelos de pasarela o de los catálogos. La moda se ha olvidado de que no hay un solo tipo de mujer, y yo quiero cambiar eso.

¡Vaya! T-Bone por fin ha logrado expresar de forma correcta lo que quería decir.

—Además, a nadie le apetece follar a un montón de huesos.

Bueno, tal vez me haya precipitado.

Sin inmutarse, da un par de pasos más y se detiene examinando al público reunido con sus ojos pequeños y brillantes como los de un pájaro.

—Las mujeres son sexys sin importar a qué se dediquen. Pueden ser

maestras de escuela, madres, bibliotecarias, dependientas o estudiantes. La belleza no tiene oficio ni talla. Espero que mujeres de todo el mundo vean a las modelos que desfilan hoy con mis diseños y descubran su lado sexy, sin importar la talla que usen. Gracias. —Hace una reverencia y se da la vuelta girando sobre sus mocasines brillantes, tan brillantes como sus pantalones de raso. La chaqueta no brilla pero es de tela floreada, con mangas que le llegan a la altura del antebrazo.

Suelto el aire y espero a que empiece a sonar la música. Sonrío al darme cuenta de que ha cambiado la canción. Está usando *Don't Cha* de las Pussycat Dolls. Le va mucho mejor al tono provocador de la colección.

Las luces se atenúan un poco más y la primera modelo sale a la pasarela. Es la bibliotecaria, la más delgada del grupo. Me parece muy inteligente por su parte empezar con un tipo de mujer con el que estamos familiarizados. Cuando llega al primer espejo, se detiene y hace la pose clásica —manos en las caderas, espalda hacia atrás— que hemos visto infinidad de veces en las fotos de moda. No me gusta esa pose, pero me gusta que empiece con esa referencia. Cuando llega al siguiente espejo, las luces se apagan y todo el mundo ahoga una exclamación. Las bragas y el sujetador son de color verde fosforescente, como si fuera una barra de neón.

El público aplaude entusiasmado y la modelo sigue caminando mientras la siguiente chica hace su aparición. Ambas se detienen delante de un espejo. La segunda es la maestra de preescolar. No está tan delgada; debe de usar una talla 40 o 42. Está impresionante con unas bragas rojas de talle alto, un corsé y un salto de cama medio caído que le deja un hombro al aire.

Se detiene frente al primer espejo, adopta una pose que recuerda a Wonder Woman y el salto de cama se le desliza hasta detenerse en los codos. Muestra lo suficiente para que se la vea sensacional, pero dejando algo a la imaginación. Las luces se apagan y las tiras del corsé aparecen en rojo brillante.

Las modelos repiten las poses cada vez que se detienen delante de un

espejo. Cuando hay ya cuatro de ellas desfilando al mismo tiempo, las luces se vuelven locas, baja del techo una bola de discoteca y se pone a girar, bañando a las chicas en una suave lluvia de luces de color.

Efectúan varias de las posturas que les han enseñado para que la lencería luzca en todo su esplendor. Cuando las cuatro han llegado al final de la pasarela, las luces se encienden y el público tiene una visión perfecta de la parte trasera de los modelos.

En cuanto sale el siguiente grupo de modelos veo que Anna-Maria está al frente. Está impresionante con el conjunto de lencería, que se ajusta a su talla 44 a la perfección. Tan pronto como comienza a caminar, un hombre se levanta y empieza a aplaudir como un loco mientras grita:

—¡Ésa es mi esposa! ¡Es preciosa! ¡Eres preciosa, nena!

El resto del público está disfrutando del numerito. Las luces se apagan y el salto de cama brilla en la oscuridad. Se lo quita y vemos cómo brilla el encaje del tanga y el lacito situado en la rabadilla. Su esposo está lanzando silbidos de admiración como si se hubiera vuelto loco. Me encanta. Anna-Maria está haciendo triunfar el modelo y, por la sonrisa de su cara, se está divirtiendo.

—Voy a contratar a ese T-Bone para una de nuestras campañas. —Sophie se inclina hacia mí y señala a Anna-Maria—. Me encanta cómo trata el tema del empoderamiento de las mujeres de todas las tallas y cómo hace destacar sus atributos.

Inspiro hondo y suelto el aire despacio.

—Pues átaló en corto. Puede ponerse guarro si no se lo controla, pero sus intenciones son buenas.

—Ya veo que has añadido tu toque personal a los espejos —comenta con una sonrisilla irónica—. Mi mensaje sigue en el espejo de mi casa. Me gusta verlo, me recuerda a ti.

La abrazo por los hombros y hundo la nariz en su sien, aspirando el aroma dulce y especiado que tanto me gusta. No huele a melocotones y a nata, pero

es un aroma familiar, que me recuerda a las fantásticas semanas que pasé en París.

—Eres oro puro, Sophie —le susurro al oído—. Espero que tu hombre lo entienda y te trate como la joya que eres. Si no, va a tener a un bostoniano muy cabreado pisándole los talones. Que no me cabree si no quiere que me suba a un avión y abra una lata.

Ella me mira confundida.

—¿Una lata? Eso no es muy amenazador.

Suspiro.

—Una lata de hostias..., como decía Adam Sandler... ¿No lo conoces? —Ella niega con la cabeza—. Ah, Sophie, tienes que ver más Netflix.

Ella chasquea la lengua.

—No digas tonterías. Nadie necesita una lata, ni de hostias ni de nada. —Arruga su graciosa naricilla—. Además, las bebidas en lata saben mal. Mucho mejor en botella de cristal.

Empiezo a reír, le aprieto el hombro, me echo hacia atrás en el asiento y disfruto del desfile. La actuación de las modelos es inmejorable. El público acoge cada nuevo conjunto con aplausos entusiastas y yo puedo compartir la experiencia con dos de mis amigos.

La vida es bella.

Cuando las ruedas del avión tocan suelo neoyorquino, apenas logro controlar los nervios. Menos mal que Wendy me sacó billete en primera clase y soy de los primeros en bajar. Tengo tantas ganas de ver a Skyler que no me aguanto.

Cojo mis dos bolsas de mano. Sabía que sólo estaría una semana en Milán y un par de días más en Nueva York, así que viajé ligero de equipaje.

Minutos después me estoy abriendo camino entre la multitud para acceder a la zona de llegadas.

Mientras me acerco veo a la pequeña Rachel Van Dyken, que parece que acabe de salir de una película de acción femenina. Lleva el pelo rubio platino recogido en unas trenzas apretadas que le dan un aire muy guerrero. Viste pantalones militares negros, un top del mismo color, botas de combate y gafas de aviador. Está apoyada en la pared, con una pierna doblada que usa para impulsarse cuando me ve. El problema es que no es la única persona que me llama la atención.

Una horda de paparazzi aparecen de la nada, disparando sus *flashes* a tanta velocidad que me dejan ciego. Alzo una mano tratando de protegerme. Rachel me agarra por el codo y grita a los fotógrafos para que se aparten.

—¿Qué opina Skyler de tu traición?! —vocifera un hombre.

—¿Te las llevaste a las dos al hotel? —pregunta otro.

—¿Te perdonará Skyler?! —oigo gritar a una tercera voz.

—¿Qué coño estáis diciendo? —pregunto confundido, cansado y agobiado. Acabo de aterrizar después de un vuelo de nueve horas y me están apabullando a preguntas para las que no tengo respuesta.

Rachel me tira del brazo.

—No digas nada, ni una palabra, y sígueme —me ordena con los dientes apretados.

—Pero es que no sé de qué están hablando.

Joder, cada vez que subo a un vuelo transoceánico, me encuentro el caos a mi llegada.

Gruñendo de frustración, me protejo con las bolsas para abrirme camino y sigo a Rachel hasta el coche, que aguarda frente a la puerta.

—¡Mierda! —exclama Nate, bajando del vehículo al ver el enjambre de paparazzi que nos rodea—. Bienvenido a casa, Ellis. —Aparta a la turba con sus fuertes brazos para que pueda subir al todoterreno de cristales tintados—. ¡Respeten la intimidad, buitres! —lo oigo gritar mientras lanzo las bolsas sobre el asiento de atrás, subo al coche y cierro la puerta.

Rachel, que ya está en el asiento del conductor, suelta un silbido. Su marido se acomoda con agilidad en el asiento del copiloto y se vuelve para asegurarse de que no nos siguen.

—Me alegro de veros, chicos, pero ¿qué demonios ha sido eso? ¿Cómo sabían que llegaba en ese avión?

Nate sacude la cabeza y Rachel aprieta los dientes.

—A tu amiguita Martina le gusta mucho hablar —responde con ironía.

—Martina no es mi amiga. La contratamos a ella y a su equipo para que enseñara poses a las modelos.

Rachel asiente, pero sigue frunciendo los labios. Pulsa un botón en el equipo de música y se oye el sonido de una llamada telefónica a través de los altavoces.

—¿Está ahí? —La voz de Skyler es cálida pero directa.

—Lo tenemos —replica Rachel mientras sale del aeropuerto en dirección a la autopista.

—Skyler, ¿qué pasa? —le pregunto sin importarme que nos oigan.

—Hablaemos cuando estés aquí. Me alegro de que hayas llegado bien. — Su voz es neutra, sin inflexión. No exactamente el recibimiento que esperaba.

Antes de que pueda decir nada, cuelga.

—Chicos, ¿qué está pasando? Decidme algo, por favor —les ruego.

Me da igual tener que suplicar. A Skyler le pasa algo, los paparazzi son una plaga y los Van Dyken me tratan con frialdad. Algo va muy mal.

Nate se vuelve hacia mí y me mira enfadado. Me echo hacia atrás y alzo las manos en señal de rendición.

—Tío, no tengo ni idea de por qué la prensa me estaba esperando ni por qué parece que quieras arrancarme la cabeza con las manos. —Lo malo es que podría hacerlo si se lo propusiera de verdad.

—¡Con toda probabilidad porque me apetecería hacerlo! —Frunce el ceño y me pregunta muy serio—: ¿Estás engañando a Skyler?

Me siento muy tieso.

—¡Joder, no! ¡Claro que no! ¿Qué te hace pensar eso?

Él me lanza dos revistas de cotilleos. En la portada de una se ve a Skyler llorando. No sé de dónde ha salido esa foto, pero la que me llama la atención es la que hay al lado. Es una fotografía de Martina y yo en el *backstage* del desfile. El titular reza: SKYLER LLORA MIENTRAS PARKER SEDUCE A UNA BAILARINA EXÓTICA EN ITALIA.

Gruño y miro la otra revista.

PARKER SE DIVIERTE. SKYLER ESTÁ FURIOSA, dice el titular. En ésta se me ve junto a Sophie. Tengo el brazo sobre sus hombros y estamos riéndonos de algo que ha dicho Bo, pero, claro, a Bo no se lo ve porque lo han recortado. Al lado han puesto una foto de Sky enfadada. Parece una imagen antigua..., ahora lleva el pelo de otro color y mucho más largo.

—Pero ¿por qué demonios se inventan estas mierdas? Martina estaba allí para enseñar a las modelos a bailar y Sophie es mi amiga. —Me echo hacia atrás en el asiento y me froto las sienes—. ¿Se ha enfadado Skyler? —Levanto las dos revistas—. ¿Se ha creído que esta mierda es real?

Nate se encoge de hombros y vuelve a mirar al frente.

—No le haría daño a Skyler de esta manera. Me importa demasiado. —

Siento una punzada en el corazón y una opresión en el pecho.

Nate asiente.

—Sí, eso imaginamos, pero, como comprenderás, para nosotros Skyler es lo primero.

Asiento.

—¿Se ha creído estas patrañas? —Tiro las revistas al suelo.

Rachel niega con la cabeza.

—No creo, pero eso no significa que no le duela ver a su novio en las portadas de las revistas del brazo de dos mujeres despampanantes.

Trato de calmarme, pero es imposible, estoy furioso.

—Toda la semana deseando llegar a Nueva York para pasar dos días a solas con mi novia y ahora voy a tener que defenderme de algo de lo que soy inocente..., ¡me cago en todo! —Me paso las manos por el pelo y tiro de las raíces hasta que el dolor me centra un poco.

—Habla con ella. Te está esperando en el ático —me dice Nate, y me consuela ver que ya no parece enfadado conmigo.

Rachel se detiene ante la puerta del edificio. Nate me acompaña y entramos en el ascensor. Subimos en silencio, con la vista clavada en los números que tienen que subir hasta el cuarenta. Cuando llegue ahí, voy a tener que dar explicaciones sobre una situación de mierda que han inventado los paparazzi y los periodistas.

Cuando llegamos, Nate abre la puerta del apartamento y me deja entrar.

—¿Vais a salir esta noche?

—Joder, no, ni locos. —Aprieto los dientes y entro.

El sonido de mis pasos retumba en mi cabeza. Su aroma impregna el apartamento y, aunque sigo furioso, su olor me tranquiliza.

—¡Sky! —grito para saber en qué parte del piso está.

—¡Aquí! —responde por la zona de la cocina.

Me planto allí tan deprisa como puedo. Mi chica está inclinada hacia el horno, con el culo en pompa, revisando algo que se está cocinando.

—Nena... —susurro, y ella se incorpora, cierra la puerta del horno y se vuelve hacia mí.

Es deliciosa. El pelo rubio, ondulado, le cae sobre los hombros. Va un poco maquillada, pero su belleza natural destaca igualmente. Lleva un top de color verde oliva, que le queda perfecto sobre su piel dorada, y pantalones vaqueros muy ajustados que se pegan a cada una de sus curvas. Va descalza, y eso me deja ver que lleva las uñas de los pies pintadas de color vino.

Aprieto los dientes mientras me la como con los ojos antes de soltar lo que tengo en la cabeza:

—Dime que no te has creído ninguna de las mierdas que han publicado. — Siento un enorme peso en los hombros y en los pies, casi como si me hubieran puesto unos zapatos de cemento, mientras espero a que llegue su veredicto.

Ella suelta una risita, que se convierte en una sonrisa radiante. Corre hacia mí y da un salto. La agarro por las nalgas y ella me rodea la cintura con las piernas y me besa. Sus labios son cálidos y saben a protector labial con gusto a cereza. Deslizo la lengua en su boca sin esperar a que me invite. Necesito probarla, y cuando nuestras lenguas se encuentran, ambos gemimos a la vez. Me doy la vuelta y la siento sobre la encimera. Su reacción me ha causado un alivio tan grande que apenas me aguanto de pie, como para poder sostenerla a ella. Skyler cuele los dedos bajo mi pelo y tira de él. Gime en mi boca y yo la beso más duro, más profundo. Le apoyo una mano en el muslo y voy ascendiendo hasta llegar a la cadera. Con la otra le recorro la espalda hasta llegar a la cabeza. Cuelo los dedos por debajo del pelo y la agarro por la nuca. Nuestras lenguas luchan por la supremacía; ambas quieren tomar el control, pero soy yo el que gana al ladearle la cabeza para poder clavarme más en ella y devorarla hasta que los dos somos un amasijo de labios húmedos e hinchados.

Me aparto un poco para respirar hondo. Ella hace lo mismo y sonrío con la boca pegada a sus labios.

—Gracias a Dios.

Skyler pestañea. Parece como si acabara de despertarse.

—Nunca creo lo que leo en las revistas y, además, tu cara de preocupación me dijo todo lo que necesitaba saber. No sé lo que pasó, pero confío en ti, Parker. Si no confiamos en el otro, no tendremos nada. Sobre todo con un trabajo como el mío.

Apoyo la frente en la suya.

—No tenía ni idea de que hubieran publicado esa basura. Bajé del avión y me encontré a una jauría de paparazzi lanzándome mentiras como si fueran balas.

—Entonces ¿la foto de esa tal Martina y tú es falsa? —Se echa hacia atrás lo suficiente para verme los ojos.

—No, pero han hecho que pareciera algo que no es. Martina era la profesora de danza exótica que contratamos para que enseñara a las modelos. Ella y dos empleadas más de su escuela de danza trabajaron con las chicas. Ninguna de ellas tenía experiencia como modelo. Ha sido muy interesante, pero agotador.

—Entonces ¿no trató de ligar contigo?

¿Qué hago? ¿Trato de evitar el tema? Me temo que es imposible. Inspiro hondo y la agarro por las caderas. Le acaricio los muslos arriba y abajo, buscando consuelo y ánimos en su contacto.

—De hecho, sí que lo hizo. Me ofreció pasar con ella una noche de diversión sin compromiso, pero lo rechacé. Nos hicieron la foto justo después de que me lo ofreciera. Un fotógrafo que pasaba por ahí, me dijo que sonriera y lo hice por instinto, sin pensar en las consecuencias. Lo siento.

Ella niega con la cabeza.

—No pasa nada. Y ya sabía que Sophie estaría en el desfile..., aunque se os ve tan a gusto... —me dice burlona.

Sonrío.

—Bueno, la verdad es que Bo estaba al otro lado. En la foto no se ve, pero

mi otro brazo estaba sobre los hombros de Bo.

Sky me acaricia la cara con los dedos, desde las sienes hasta los labios, que me roza con la delicadeza de una pluma.

—Te creo. Cuando he visto las fotos, me he molestado, pero sé que esto va a pasar más veces. No es la primera vez ni será la última que publican cosas sobre nuestra relación que están tan alejadas de la realidad que parece una locura. Debemos prometernos que hablaremos siempre con el otro para aclarar las cosas. Si me hubiera puesto a pensar qué partes de la noticia eran verdad y cuáles no, me habría vuelto loca.

Le acaricio los muslos en dirección ascendente y vuelvo a bajar.

—Nunca te haría una putada como ésa. Y te prometo que siempre seré sincero contigo.

Ella sonríe, se echa hacia delante y me da un suave beso en los labios.

—No esperaba otra cosa. Es una de las razones por las que me gustas tanto. Contigo siempre sé a qué atenerme.

Le mordisqueo la barbilla y avanzo por su mandíbula antes de abrazarla con todas mis fuerzas. Ella aprieta las piernas alrededor de mi cintura y me rodea la espalda con los brazos mientras hundo la cara en su cuello y aspiro su aroma. Skyler parece feliz de permanecer tal como estamos, abrazándonos, sin más.

—Te he echado de menos, Melocotones —susurro.

Ella hace un murmullo de asentimiento con la boca cerrada y la vibración me atraviesa el cuerpo de arriba abajo, desde el pecho hasta llegar a mi polla.

—Yo también te he echado de menos. Y te he preparado una sorpresa que te enseñaré si me sueltas.

—No quiero soltarte nunca.

Ella me abraza con fuerza.

—Buena respuesta —susurra contra mi mejilla antes de besarme la oreja y mordisqueármela.

Me río y me aparto un poco para no follármela encima de la encimera.

Aunque, bien pensado, no es tan mala idea.

—Date la vuelta, niño bonito —me dice con una sonrisa tímida.

Yo me aparto y ella baja de la encimera. Me vuelvo y veo la mesa de la cocina preparada para dos. Hay velas encendidas, manteles individuales, platos bonitos y servilletas de tela. Hay incluso un ramo de girasoles, que le da a la mesa un toque alegre.

—Estoy preparando la cena. Te he hecho el famoso guiso de *tater tots* que siempre hacía mi madre, con ensalada y pan de ajo.

Me quedo pensando en lo que me ha dicho.

—¿Has cocinado para mí, nena?

Ella sonríe y asiente.

—Lo he hecho todo yo solita.

—¿Sabes cocinar?

Ella se encoge de hombros.

—Un poco. Mi madre me enseñó a preparar algunos platos, y éste es mi favorito.

—Guiso de *tater tots*.

—Sí.

No ha preparado una espalda de cordero, ni un filete, ni linguini, ni pescado ni nada sofisticado. Mi chica se ha puesto a cocinar para su hombre y le ha hecho su receta familiar favorita. Un plato de esos que las madres preparan para sus hijos.

—¿Guiso de carne con cuadraditos de patata gratinados como el que nos daban en la cafetería del colegio?

Ella mira a su alrededor.

—¿Acaso hay otro tipo de *tater tots*?

Me llevo una mano a la barriga, echo la cabeza hacia atrás y me río a más no poder.

—Eres una caja de sorpresas.

Ella se pega a mí, levanta la cara y se pone de puntillas. Me da un beso

firme y rápido.

—¿Qué tal si vas a ducharte, te pones el pijama y vienes a relajarte con una cerveza?

—No he traído pijama. —La abrazo por la cintura y la atraigo hacia mí para notar cada centímetro de su cuerpo pegado al mío.

Skyler sonríe.

—Pues menos mal que te compré unos cuantos por internet. Están en un lado de mi armario. Puedes colgar lo que quieras allí.

—¿Ya me estás instalando en tu casa? —Le tomo el pelo.

Ella se echa el pelo por encima del hombro y frunce el ceño.

—No. Quiero que mi hombre se sienta cómodo cuando venga a verme. Quiero que te sientas como en casa aquí, igual que me hiciste sentir como en casa cuando fui a visitarte a Boston. No busques motivos ocultos porque no los hay.

Sonrío.

—Ya lo sé. Gracias, nena.

—¡Va! Ve a ponerte cómodo y vuelve. Te estaré esperando.

Mi novia me estará esperando. Sacudo la cabeza y sonrío mientras llevo el equipaje a su habitación.

Al día siguiente, tras probar el mejor guiso de mi vida y un maratón de sexo con mi novia, llegamos a los estudios. La directora sabía que llegaría más tarde y planificó las escenas en consecuencia. Tracey se reúne con nosotros en la entrada. Nate y Rachel bajan también del todoterreno y nos escoltan hasta las puertas.

Sky me da la mano con una tranquilidad que yo estoy muy lejos de sentir. Los medios de comunicación están por todas partes. Las cámaras disparan sin parar y tengo el estómago encogido.

Mi chica me aprieta la mano.

—Relájate. No muerden... demasiado. —Me guiña el ojo.

Los paparazzi no paran de gritar pidiéndole posturas a Sky. Ella, tan profesional como siempre, se vuelve hacia mí y me rodea la cintura con los brazos.

—No os entretengáis, tengo una película que rodar. —Se echa a reír y la multitud la aplaude y silba, mientras algunos de ellos le hacen preguntas.

—Basándome en vuestro lenguaje corporal, supongo que Parker y tú seguís juntos, ¿no?

Ella responde de inmediato.

—Sí, llevamos juntos poco más de dos meses y disfrutamos juntos siempre que nuestras agendas lo permiten. —Alza la cara hacia mí y me sonrío mientras yo miro su preciosa cara. Tengo unas ganas enormes de besarla, pero temo romper alguna regla de protocolo de Hollywood de la que no me hayan informado.

—¿Qué opinas de las fotografías de Italia con esas dos mujeres?

—Confío en mi hombre. —Alza la mano y me la apoya en el torso en un claro gesto de posesión. Al menos, a mí me resulta muy claro. Le aprieto el hombro, manteniéndola pegada a mí—. Sophie Rolland es una amiga de los dos y asistieron al desfile juntos. Martina es una instructora de baile que Parker contrató para que enseñara a las modelos. ¡No podéis creer todo lo que sale en las fotos! —exclama sonriendo, y los periodistas se ríen mientras siguen fotografiándonos.

Permanezco prácticamente mudo, abrazándola, frotándole el hombro y tratando de sonreír tanto como puedo.

—Parker, ¿estás nervioso por la visita al plató?

Sky me da un pequeño codazo y me doy cuenta de que esa pregunta tengo que responderla yo.

—Sí, tengo muchas ganas de verla actuar y de conocer a sus compañeros.

—¿Qué os parece que la prensa os llame *SkyPark*? —pregunta otro periodista.

—Eso, *SkyPark*.

Skyler y yo nos miramos y nos echamos a reír sin poder parar.

—Creo que ésa es la respuesta —interviene Tracey, cogiéndonos a cada uno con un brazo—. Lo siento, chicos, pero Skyler tiene que ir a rodar. Gracias por venir.

Nos invita a entrar en las instalaciones y nos despedimos saludando con la mano.

—Bueno, no ha ido mal —dice mientras la seguimos en dirección a un gran edificio de hormigón situado a unos cincuenta metros de distancia.

Apoyo la mano en la nuca de Skyler y ella sonríe.

—Has estado fantástica, como de costumbre. Siempre sabes lo que tienes que decir y haces que todo parezca natural. No sé cómo lo haces.

Ella sonríe.

—Son muchos años de práctica. No te preocupes, dentro de nada serás todo un experto.

Y lo que más me gusta es saber que piensa que estaré con ella el tiempo suficiente como para convertirme en un experto hablando con la prensa sobre nuestra relación.

Sonrío y la atraigo hacia mí mientras seguimos caminando.

—¿Te he dicho ya hoy lo mucho que me gustas?

Ella se humedece los labios y me da una palmada en el culo.

—Diría que sí, pero te aseguro que no me canso de oírlo.

—Me gustas más que la cerveza y las hamburguesas.

Ella abre mucho los ojos y finge ahogar una exclamación.

—No sé si podré asumir la profundidad de tus palabras, niño bonito.

Le doy un codazo juguetón.

—Eh, no te burles de mis cervezas y mis hamburguesas. Antes de que llegaras, eran mis únicos amores verdaderos.

Mierda.

Acabo de meter la pata hasta el fondo.

Skyler se detiene en medio de la acera y se me queda mirando. Traga

saliva y me observa tratando de ver en mi interior mientras yo inspiro hondo.

—Nena, no me hagas caso.

Ella entorna los ojos.

—Mmm, por esta vez lo dejaré pasar, niño bonito. —Me da golpecitos con el dedo en el pecho—. Pero ve con cuidado o acabaré pensando que te gusto más... ¡que tu Tesla! —Abre la boca y se la tapa con la mano.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—Menos mal que mi chica de color rojo no te ha oído decir eso o tendría que pedirle perdón. Me das mucho trabajo, Melocotones.

Ella se encoge de hombros sonriendo.

—Nunca he dicho que fuera una chica fácil.

—Oh, no sé, no sé. —La agarro por las caderas y pego su cuerpo al mío—. Si no recuerdo mal, me colé dentro de este cuerpo con bastante facilidad —bromeo mientras llevo las manos hasta sus nalgas y las aprieto.

Ella gime y vuelvo a apretárselas para recordarle lo bien que nos lo hemos pasado esta mañana. Le he dejado las nalgas rosadas con unos cuantos azotes bien dados en su culo en forma de corazón.

—Chicos, ¿sois conscientes de que los paparazzi aún pueden veros desde el otro lado de la verja? Esta noche las noticias de Hollywood van a abrir con imágenes vuestras besándoos y metiándoos mano —nos advierte Tracey—. Felicidades, Parker. A partir de hoy todo el mundo sabrá que te van los culos.

Gruño y apoyo la frente en la de Sky.

—Ya no se respeta nada, nena —me lamento.

—Pues no, a menos que lo hagáis en la intimidad del dormitorio, no respetan nada. Ya lo sabes para la próxima vez —replica Tracey mientras Skyler se parte de risa.

—Voy a tener que darle explicaciones a mi madre por las portadas de Martina y de Sophie, y encima ahora me va a pegar la bronca por no tratarte como a una dama.

—Oh, ¿tu madre cree que soy una dama? ¡Qué mona! Adoro a Cathy.

—Y ella a ti. Por cierto, me dijo que pensaba que Catherine Paige es un nombre precioso para su futura nieta —le suelto, directo al vientre. Me separo de ella y sigo a Tracey. Esta vez mantengo las distancias con mi preciosa chica.

—¿Perdona? ¿Se puede saber de qué hablas tú con tu madre? —protesta indignada—. No te escaquees. Volvamos a eso de la futura nieta.

Niego con la cabeza.

—No. Te esperan en el plató. Además, tienes que presentarme a Rick *el...*

Abre mucho los ojos y mira a Tracey, advirtiéndome para que no se me escape el mote del rey de la cebolla.

—Rick..., el coprotagonista de la película —es lo mejor que se me ocurre para salir del paso.

Ella se coloca a mi lado y entrelaza los dedos con los míos.

—Salvado por los pelos, SkyPark.

—Puaj. ¿En serio han mezclado nuestros nombres?

Skyler sonríe.

—Pues SkyPark no está tan mal. Suena molón. ¿Recuerdas el que les pusieron a Brad Pitt y a Angelina Jolie?

—Brangelina... —Finjo estremecerme de horror.

—¿Y a Ben Affleck y a Jennifer López?

—Ése no lo recuerdo.

—Bennifer.

Inspiro a través de los dientes apretados.

—Pues no volveré a quejarme de SkyPark.

—Eso mismo he pensado yo. Vamos, te presentaré al equipo.

—Tú primero, Melocotones. Te seguiré a todas partes.

—Oh, qué bonito.

—¿Bonito? Mmm. —Me froto la barbilla—. Si te sigo tengo una vista privilegiada de tu culo embutido en esos vaqueros.

Skyler mira al cielo y gruñe.

—¿Por qué a mí?

Skyler

Tengo ganas de gritar de alegría, pero me contengo. ¡Está aquí! Parker está pegando la hebra con la directora de la película y riéndose de sus bromas. Se han hecho amigos al momento. Mi hombre es lo que tiene, conquista a cualquiera; a mí me conquistó sin remedio.

Quiero presentarle a los cámaras con los que he hecho más amistad durante el rodaje, pero antes de que pueda hacerlo Rick entra en plató. Cuando me ve, se acerca a toda prisa, como un cachorro feliz al ver a su dueña. Sin previo aviso, me abraza y empieza a darme besos en el cuello de manera bastante escandalosa, como si estuviéramos en una reunión de amigos.

—¡Osa Skyler! —Me achucha sin aflojar el abrazo de oso—. ¿Cómo está mi chica favorita? —Me tenso entre sus brazos y, al notarlo, él se aparta un poco—. ¿Qué te pasa? ¿Estás apagada porque no ha vuelto tu chico todavía? —Alza mucho las cejas y estoy a punto de responderle cuando el chico en cuestión me separa de Rick.

Parker apoya la barbilla en mi cuello y me abraza por la cintura, pegando mi espalda a su pecho. Siento un cosquilleo de inquietud al oír que me gruñe al oído:

—Esto no pinta bien, nena.

«Oh, oh...» Me desplomo contra su pecho.

—Rick, él es mi novio, Parker. Parker, él es Rick, mi coprotagonista.

—¡Hombre, tío! ¡Me alegro de conocerte! Los amigos de Osa Skyler son mis amigos. —Sonríe y le ofrece la mano.

Parker me coloca a su izquierda, alejándome un poco más de Rick, y le da

la mano. Debe de apretar con fuerza, porque Rick abre mucho los ojos y se apresura a retirar la mano.

—Tío, menuda fuerza tienes. —Rick sacude la mano en el aire como si le doliera.

—Lo siento. —Parker me aprieta la cadera—. No me he dado cuenta.

«Ya, claro.» Le dirijo una mirada de advertencia.

—Me alegro de que estés aquí —dice Rick—. Vamos a filmar una de las escenas más picantes. Estaría bien que me dieras consejos sobre cómo abrazarla y tocarla, ya que tú la conoces íntimamente y eso... —Se acerca a Parker y mi inquietud aumenta varios grados.

«Por favor, no sigas por ahí», rezo en silencio, y espero que Parker sea capaz de controlar sus celos.

Noto que se queda muy quieto y esta vez es él, y no Rick, el que parece tener un tic en la mandíbula de lo mucho que aprieta los dientes. Mierda. Esto va a acabar mal. Tengo que apartarlo de Rick como sea.

—Mmm, chicos, tal vez no deberíamos... —trato de decir, pero Parker me interrumpe.

—No, no, ningún problema. Dime, Rick —pronuncia su nombre con dureza—, ¿qué tipo de información buscas en realidad? —Su tono es malicioso, y noto que su autocontrol está a punto de salir volando hacia el sur como una bandada de aves migratorias cuando llega el invierno. Y el problema es que Rick ni siquiera se da cuenta porque no piensa en mí de esa manera.

—Cariño... —Lo vuelvo a intentar.

Parker levanta una mano.

—No, quiero oírlo. Vamos, Rick. —Una vez más, pronuncia la «k» final de su nombre como si clavara una piqueta.

—¿Sabes qué pasa, tío? —Rick se acerca a nosotros—. Que no salga de aquí, pero Sky y yo estamos teniendo problemas en las escenas románticas.

Al parecer, no hay química y la directora no está contenta con el resultado. Si pudieras darme algún consejo...

Madre mía, pobre Rick. Espero que Parker se dé cuenta de que es sincero y le está demandando ayuda.

Parker levanta un dedo pidiéndole un momento y se me lleva a un lado. Me alegro. Cuanto más lejos estén el uno del otro, mejor. Parker se inclina para hablarme al oído.

—Melocotones, no me habías dicho que teníais problemas —susurra.

Frunzo los labios.

—Sí, te dije que habíamos tenido que repetir algunas escenas.

Él arruga el ceño, dándole vueltas al asunto.

—La verdad es que la última vez que tuve que rodar escenas íntimas estaba con Johan y a él le daba igual que me besara con otros o que me desnudara —le confieso en un susurro con el rostro escondido en su pecho.

Él me toma la cara entre las manos.

—Antes que nada, te pido perdón si por mi culpa has estado nerviosa y no has podido hacer bien tu trabajo. Confío en ti. En él, no, ni de broma. No me fío de ningún hombre que te ponga las manos encima. No puedo evitarlo, y sé que me entiendes porque el monstruo verde de los celos también vive en ti. Pero eso no significa que quiera perjudicarte en tu carrera. Sé que ese tipo de escenas forman parte de tu trabajo. No me gusta, pero lo respeto.

Le acaricio la mejilla y el labio inferior.

—Gracias.

—Dime, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

Me encojo de hombros.

—Pues la verdad es que no lo sé. Rick y yo vamos a tener que hacer algo, porque no quiero que se corra la voz de que no hay química entre nosotros. Algo así podría afectar a mi carrera.

Él aprieta los dientes, se inclina hacia mí y me besa con delicadeza.

—Creo que tengo una idea.

Sonrí, le echo los brazos al cuello y me pongo de puntillas para darle un beso de esquimal con la nariz.

—Me gustan tus ideas.

—No sé si ésta te va a gustar. Voy a hablar con la directora. ¿Confías en mí?

Me humedezco los labios, inspiro hondo y suelto el aire. Le paso la mano por el pelo, que lleva ya muy largo, y tiro de uno de los rizos. Me encanta cuando tiene el pelo tan largo que se le empiezan a formar rizos. Lo hace parecer más joven, más vulnerable.

—Parker, he puesto mi corazón en tus manos, y eso es mucho más valioso que mi carrera.

Él sonríe y me encanta verlo tan feliz. Quiero verlo más a menudo. Quiero ser yo quien ponga esas sonrisas de felicidad en su preciosa cara.

—Ahora vuelvo. —Se acerca a la directora, le da unos golpecitos en el hombro y, cuando ella se vuelve hacia él, le dirige toda su atención. Mi hombre causa ese efecto en las mujeres. Todas se lo comen con los ojos.

Es que es guapísimo. Alto, moreno de piel, con ojos azules y una sonrisa blanca y brillante. Su mandíbula cincelada y sus pómulos marcados le dan el aspecto de un modelo de GQ que me afecta a la altura del pecho y más abajo. Me muevo en el sitio nerviosa mientras observo a mi hombre señalar el dormitorio y el baño reproducidos en el plató.

Tracey se me acerca.

—¿Qué está haciendo? —Señala a Parker con la barbilla.

Me cruzo de brazos y me froto los bíceps.

—Se le ha ocurrido una idea para mejorar la química entre Rick y yo en las escenas románticas. —Frunzo los labios y miro a mi mejor amiga.

—Perdona, Pajarillo, pero creo que no te he oído bien. ¿Dices que tu novio está dándole consejos a la directora para que tu coprotagonista, que está buenísimo, y tú tengáis más química?

—Sí —respondo orgullosa.

Tracey frunce el ceño.

—Y ¿soy la única que piensa que eso es raro de cojones?

Niego con la cabeza.

—No.

Lo es. Es raro de cojones, pero también es encantador. Mi hombre se entera de que tengo un problema y se arremanga para ayudarme, aunque sea con algo que haría que cualquier hombre se sintiera incómodo. Y lo hace porque, para él, yo soy más importante que cualquier otra cosa y quiere que triunfe, aunque sea a costa de su propia incomodidad.

Es increíble, maravilloso, sexy, fuerte, inteligente.

Me estoy enamorando de él.

Lo observo hablar con la directora mientras Rick se acerca a Tracey y a mí.

—Tu chico resulta un poco intimidante —admite Rick.

Me echo a reír.

—Sí que lo es. Y está bueno que te cagas. —Sonrío y me lo como con los ojos mientras Tracey y Rick se parten de risa.

Parker regresa, dominando la situación. Lleva unos vaqueros que se amoldan perfectamente a sus muslos, combinados con un suéter negro de manga larga. Mientras camina con seguridad, los focos del plató arrancan destellos cobrizos a su pelo castaño, y me muero de ganas de hundir los dedos en él, a ser posible montada encima.

—Que todo el mundo se prepare.

—¿Para qué? —Me lanzo a sus brazos mientras la directora da órdenes a su alrededor—. ¿Qué has hecho?

—Ya lo verás. —Sonríe y me da una palmadita en el culo—. Ve a prepararte, tengo que hablar con Rick.

Pestañeo varias veces y sacudo la cabeza.

—Vale, vale. Confío en ti.

El pelo ya me lo habían arreglado por la mañana, así que no me hacen gran cosa. Lo que me extraña es que me hagan poner el conjunto de braga y sujetador que lleva la protagonista al principio de la escena de amor. Empieza en el baño, mientras el personaje se acicala.

«Respira, Skyler. Todo irá bien; Parker lo entiende.»

Hago unas cuantas respiraciones de yoga al tiempo que el cámara se coloca en posición.

—Skyler, empezamos cuando te estás ahuecando el pelo —me indica la directora, y yo levanto los brazos y me coloco en posición, mirándome en el espejo.

—¡Preparados..., listos..., acción! —grita, y las cámaras se acercan flotando hacia mí mientras me ahueco el pelo. El sujetador de encaje rosa me eleva los pechos. Las braguitas son a conjunto, de encaje muy fino.

—Ángel. —Oigo una voz a mi espalda, pero no es Rick, sino Parker.

Al volverme hacia él, mi cuerpo y mi mirada se encienden al instante al ver su torso desnudo, con los músculos a la vista. Se ha desabrochado el primero de los botones de los vaqueros, mostrando parte de la franja de vello oscuro que lleva hacia su polla. Se me hace la boca agua y me sube la temperatura.

Tardo un segundo en recordar que tengo que actuar.

—Phoenix, no deberías estar aquí. Podrían encontrarte —susurro, usando el nombre del personaje que interpreta Rick mientras Parker se aproxima.

Se acerca, me apoya la mano en el hombro y desciende, cubriéndome el pecho y haciéndome gemir de excitación y deseo.

—Mientras estemos juntos, no te va a pasar nada. Juntos hacemos magia, Ángel. ¿Aún no te has dado cuenta? —Repite el texto de mi coprotagonista.

—Phoenix... —Contengo el aliento cuando Parker hunde la cara en mi hombro y me traza un reguero de besos por el cuello hasta llegar a la oreja, que besa poco a poco.

Mientras oleadas de placer me recorren el cuerpo, me sujeta la barbilla y el

cuello y me coloca tal como quiere, dominante, implacable. Une sus labios a los míos y me sumerjo en el beso. Él me domina con su boca, hundiendo la lengua profundamente y haciéndola girar alrededor de la mía. Le echo las manos al cuello mientras las suyas vuelan hacia mi culo. Cuando su entrepierna cubierta por el vaquero se frota contra el fino encaje, gimo y suspiro en su boca. Él me levanta del suelo y me sienta en la encimera del baño.

Me olvido de dónde estoy y de que nos están mirando. Siempre logra que me olvide de todo menos de él.

Sus labios.

Su sabor mentolado.

La gruesa erección que presiona contra mi entrada.

La cálida piel que me envuelve.

Su aliento entre embestida y embestida de su lengua.

Estoy perdiendo la cabeza. Me está robando el corazón. Y mi cuerpo ya se lo entregué. ¿Qué me queda?

—Parker... —susurro cuando me recorre el cuello con los labios en dirección a los pechos.

—¡Corten! —oigo que gritan por el megáfono.

Me aferro a mi hombre, clavándole las uñas en los hombros.

—Joder —murmuro, y noto que el cuerpo de Parker se convulsiona. Me acaricia la espalda y me sujeta las mejillas.

Se está riendo.

—Nena, te has olvidado de dónde estabas. Empiezo a besarte y te enciendes como una antorcha. Me encanta, joder —admite antes de darme un beso breve pero intenso.

—¡Tío! ¡Eso ha sido la hostia! —Rick está aplaudiendo—. ¡Osa Skyler, tenemos que hacer exactamente eso delante de las cámaras!

Bajo de la encimera y me oculto pegándome a Parker hasta que la asistente me trae el salto de cama. Parker me tapa con su cuerpo mientras me

lo pongo, proporcionándome un mínimo de intimidad.

—No va a ser fácil, Rick —mascullo, ruborizándome por haber perdido el control en el plató.

—¿Por qué demonios no? ¡Eres una actriz increíble!

—Eso, ¿por qué no, Melocotones? —Parker me besa en la frente.

—¡Porque tú no eres mi hombre! —exclamo, y tengo que hacer un esfuerzo para no patalear de frustración como una niña pequeña.

Antes de que nadie pueda añadir nada, la directora se nos acerca.

—Señor Ellis, ¡eso ha sido justo lo que quiero ver en la pantalla! Si algún día decide entrar en el campo de la interpretación, hágamelo saber. Lo contrataría sin dudarlo. Da muy bien en cámara.

Parker se echa a reír.

—Es muy amable, pero no. Éste ha sido un cameo que no se va a repetir. Y ahora, Rick, ¿te has fijado en cómo me he acercado a Skyler? Con confianza. Nena, ¿me harías el favor de ponerte en la postura inicial?

Hago lo que me pide.

Rick se coloca al lado de Parker y se quita la camiseta, metiéndose en el personaje y mostrando su torso musculoso. No me gusta tanto como el de Parker, pero supongo que es porque he tocado y saboreado el torso de mi novio íntimamente. Es mío y lo adoro.

—Acércate con actitud, no seas tímido. Tienes que demostrarle lo mucho que te gusta, con cada dedo que le pongas encima, con cada beso que le des.

Rick se pasa la lengua por los labios y se muerde el inferior, metiéndose en el papel. Pobrecillo. Es su primer papel protagonista y su primera escena romántica con una actriz de primer nivel. Y no me estoy haciendo la chula, digo las cosas como son. No soy yo la que se ha puesto en la lista de las mejor pagadas. Recuerdo cuando me encontré en la situación en la que está Rick ahora. No es nada fácil.

—Vale, acércate y agárrala como si fuera tuya y no pudieras esperar ni un segundo más a apoderarte de ella.

Espero mientras Rick se acerca.

—Phoenix... —susurro, diciendo mi frase para que pueda meterse en el papel—. No deberías estar aquí. Podrían encontrarte.

Rick me rodea la cintura con el brazo y sus ojos me miran con una agresividad que no estaba ahí antes. Pronuncia su frase mientras me acaricia los brazos arriba y abajo antes de agarrarme por la mandíbula y el cuello como ha hecho Parker. Me besa y me alegra mucho notar gusto a menta. Es el sabor de las grajeas mentoladas que toma mi chico de vez en cuando. Cierro los ojos y trato de imaginarme que lo estoy besando a él y que me pierdo en el beso igual que he hecho con Parker.

—¡Corten! —grita la directora. Cuando nos separamos, Rick está sonriendo como un bobo—. Exactamente lo que quería. Sky, quítate la bata. Maquillaje, retóquenla. Todo el mundo en posición. Vamos a filmar esta escena ahora mismo, mientras está caliente. Parker, lo quiero a mi lado detrás de la cámara. Necesito su opinión en esta escena y en las siguientes. Y le debo una botella de su licor favorito por hacer esto posible. —Nos señala a Rick y a mí.

Sí, mi hombre es un seductor... y un genio.

—Me encanta tu novio, Skyler. ¡Es la puta bomba! —Rick está mirando a Parker como si fuera un dios.

Creo que me estoy enamorando de él.

—Lo es. Es la puta bomba —repito para no admitir mis sentimientos, mucho más profundos.

Parker sigue a la directora, no sin antes mirarme por encima del hombro.

—¿Te he dicho ya hoy lo mucho que me gustas? —le digo, y me muerdo el labio inferior mientras alzo una ceja.

—No necesito que me lo digas con palabras; lo he notado en tu beso. —Se echa el suéter por encima del hombro mientras recorre el plató medio desnudo y sigue charlando con la directora.

Sacudo la cabeza y dejo que la maquilladora me dé los últimos retoques

mientras pienso en Parker.

Ese hombre hace de todo y todo lo hace bien.

¿Lograré algún día estar a su altura?

Fin..., de momento.

San Francisco

—Whisky sin hielo. Dos dedos. —La voz de Royce suena como un trueno en la lejanía mientras me abro camino entre el resto de los pasajeros de primera clase hacia el asiento vacío que hay al lado de mi socio—. ¡Hombre, mira quién se ha dignado venir! —Alza una ceja.

Le dirijo una sonrisa a la auxiliar de vuelo.

—Cerveza. Sierra Nevada si tenéis.

—Sí que tenemos; enseguida lo traigo todo. —La auxiliar, bonita y delgada, me devuelve la sonrisa antes de dirigirse a la cocina.

—Sí, sí, ya sé que he apurado un poco, pero he llegado. —Coloco mi maletín en el compartimento superior, me quito la cazadora y la dejo en el colgador que hay delante de mi asiento.

Royce se cruza de manos a la altura del estómago.

—Estaba preocupado. Pensaba que ibas a darme plantón, teniendo en cuenta que deberías haber vuelto hace dos días. —Alza la comisura de los labios, lo que me indica que no está enfadado, sólo me está tomando el pelo.

—Fue inevitable. Después de la comida que tuvimos con algunos periodistas en plató, el público se volvió loco. Tracey sugirió que nos dejáramos ver por la ciudad. Pensé que sería una buena manera de que dejaran en paz las oficinas de International Guy.

Royce asiente.

—Sí, fue buena idea. No ha de ser fácil salir con una estrella de Hollywood. Me imagino que todo el mundo quiere un pedacito de tu chica..., y tuyo, por defecto.

«Por defecto.»

Sus palabras me atraviesan, como si fueran truenos que se aproximan trayendo consigo la promesa de un aguacero. Estar con Skyler es algo inimaginable para un tipo normal como yo. La nuestra es una historia digna de una de las pelis de Sky. Ella sería la protagonista. ¿Y yo? ¿Sería el héroe que acaba con la chica o el tipo que se queda por el camino y ve cómo otro se la lleva?

Me quito esas ideas irritantes de la cabeza y me centro en el presente.

—Ya, bueno. Todos sus pedacitos son míos. Al menos, los importantes. — Le dirijo una sonrisa canalla y él sacude la cabeza—. Además, estoy aquí, a tiempo, listo para California. Ponme al día con la clienta. ¿Me dijiste que se llamaba Rochelle?

Al oír su nombre, Royce sonríe y su rostro adquiere una expresión soñadora. Mierda. Tal como imaginé, mi amigo está loco por esa mujer ya antes de conocerla.

Esto no pinta bien, ya que la clienta nos ha contratado para que le encontremos un hombre.

—Es una empresaria de alto nivel, hermosa, inteligente. Lo que es capaz de hacer con los números es alucinante, igual que su lógica para analizarlos. Los números nunca mienten, y sé de lo que hablo. Ésta es capaz de predecir las fluctuaciones del mercado, las pérdidas y las ganancias... Es una de las mejores financieras de todos los tiempos.

—Parece que confiarías en ella para que te administrara el dinero. —Le lanzo un anzuelo, a ver si pica.

Él se endereza en el asiento y se atusa el traje.

—Siento un gran respeto por sus habilidades. Su modo de trabajar es más que una ciencia; es un arte.

—¿En serio? ¿Un arte? —Sonrío y me echo hacia atrás en el cómodo asiento.

—Sí, no mucha gente es capaz de hacer lo que ella hace, especialmente a su edad.

—¿Ah, no? ¿Cuántos años tiene la señorita Renner?

Él no tiene que mirar la ficha para responder.

—Veintiocho.

—¿Recuerdas su edad?

Royce frunce el ceño.

—He hecho los deberes; no todos pueden decir lo mismo.

—No sé por qué lo dices. He estado leyendo la información que me pasó Wendy en el avión que me ha traído de Nueva York, pero no recordaba su edad exacta. ¿Cuándo cumple los veintinueve?

—El uno de diciembre —responde sin pensar.

Al darse cuenta de que ha caído en mi trampa, frunce los labios y se vuelve hacia la ventanilla, como si la pista de aterrizaje fuera lo más interesante que ha visto en todo el día.

—Tío...

Royce alza la mano.

—Tengo buena memoria; no busques algo más donde no lo hay.

Niego con la cabeza y estoy a punto de seguir interrogándolo cuando la auxiliar de vuelo regresa con las bebidas.

—Aquí tienen —nos dice—. Por favor, abróchense los cinturones. El capitán se está preparando para despegar.

—Gracias. —Le dirijo una sonrisa a la eficiente mujer. Es atractiva, alta, tirando a delgada. No tiene muchas curvas. Le pondría un seis y medio en mi escala de sensualidad. Si se buscara a un hombre de cinco en esa escala, él adoraría el suelo por donde ella pisara.

Doy un trago a la cerveza y dejo que el fresco sabor del lúpulo se asiente en mi estómago mientras pienso en cómo abordar lo que me parece que está sucediendo en la cabeza de Royce.

—Mira, Roy...

—Park, con respeto, tío, creo que no eres la persona más adecuada para decirme nada teniendo en cuenta que te has acostado con una clienta..., y no

era la primera vez. Francamente, no quiero oírlo. —Se lleva la copa a los labios y se vuelve hacia la ventanilla, dándome la espalda.

Sé que no es buena idea insistir cuando Royce se ve acorralado. Si lo provoco, saldrá el matón que lleva dentro y se defenderá. Pero, como amigo suyo que soy, siento la obligación de compartir con él lo que me dicta la intuición.

Pruebo con una táctica distinta.

—Vale, tío. Me alegro de estar contigo en este caso; tenía ganas de verte. ¿Por qué no me pones al día con su expediente?

Él asiente, deja la bebida en el reposabrazos, coge su cartera y saca una carpeta azul.

—Mira, aquí están los detalles personales. Educación superior, rica, chica urbana. Tiene poca familia, el trabajo es su vida. Quiere tener un hijo a quien dejarle el fruto de su trabajo algún día.

—Me recuerda a alguien. —Me echo a reír y, cuando Royce me devuelve la mirada, me alegro de ver que ha recuperado su brillo habitual. Menos mal, joder. Me gusta que estemos a buenas; nadie quiere estar a malas con Roy.

Él sigue hablando, con una sonrisa irónica en la cara.

—Vive sola, en un ático en el centro de la ciudad.

Al contrario que Royce, que tiene una casa con tres dormitorios, dos baños y jardín delantero y trasero que cuida cada fin de semana. Dice que corta el césped para que los vecinos no lo critiquen, pero yo creo que lo hace porque le gusta que todo esté impecable. Está orgulloso de lo que ha conseguido en la vida, en contra de lo que muchos pensaban.

—Un ático..., ¡uau! Muy alejado de tu ideal de vida familiar —comento, para ver si lo que siente Royce es sólo atracción o algo más.

—¿Adónde quieres ir a parar, Park? —me pregunta con cara de póquer.

Aprieto los dientes y contengo el aliento. Espero no haber agotado su paciencia.

—A ninguna parte, sólo era un comentario.

Coge la copa y da un buen trago, señalándome con esa misma mano.

—Y ¿se puede saber dónde vive tu chica? —me pregunta sin poder esconder la indignación.

«¡Mierda! Me lo he buscado.»

—Pues, si no recuerdo mal —se responde él mismo—, a una hora de distancia en avión, en un ático de lo más pijo.

Alzo las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, tú ganas. Skyler y yo tenemos una relación a distancia, pero Nueva York no está a cinco mil kilómetros.

Royce va a decir algo, pero lo interrumpo.

—Y a ella le gusta Boston. Su trabajo le permite vivir donde quiera. Yo no voy a dejar a mi familia, ni el trabajo. ¿Y tú? ¿Lo harías?

No responde y, por alguna razón, su silencio me pesa. Somos dos hombres mirando cara a cara al futuro, pensando en mujeres en apariencia perfectas y, sin embargo, la sensación es que nos quedan muchos obstáculos por salvar. Me siento exultantemente feliz con Skyler. Aunque el tiempo que podemos pasar juntos es limitado, los ratos en que nos vemos están llenos de conexión, risas, sexo alucinante y charlas sobre el futuro. Con ella puedo compartir mi día a día, mis sueños y esperanzas, y puedo llevarla a casa para que conozca a mis padres y a mi equipo. Skyler encaja en mi mundo como nunca imaginé.

Lo que me sucedió en el pasado destruyó mi ideal de relación basada en la confianza y el cuidado mutuo, pero Sky lo ha reconstruido ella sola.

Beso a beso.

Abrazo a abrazo.

Promesa a promesa.

Ha llenado mi corazón de posibilidades infinitas, y no veo el momento de explorarlas con ella. Y quiero lo mismo para Royce. Se lo merece todo y, como su colega que soy, siento que mi obligación es ser precavido; asegurarme de que no tome una mala decisión basándose en un calentón, en vez de en cosas importantes como la conexión y la compatibilidad. Ahora que

estoy con Skyler, tengo el tema muy fresco y sé que podré distinguirlo con más claridad que nunca.

Royce se echa hacia atrás en el asiento y mira por la ventanilla. Sin volverse, me responde:

—Por la mujer adecuada, todo es posible.

La sala de espera de la oficina de Rochelle Renner está diseñada con líneas sencillas y tiene algunos toques de color. La mesa de recepción es blanca y cromada, muy elegante. Hay orquídeas de color lila a lado y lado de la sala.

Una mujer afroamericana muy menuda nos recibe. Lleva una falda de tubo muy ajustada de color azul marino, una blusa de seda blanca y zapatos de tacón de color *nude*. El pelo, moreno, lo lleva recogido en una coleta baja.

—Hola, señorita —saluda Royce, usando todo su encanto personal.

—Y ¿usted es...? —replica ella sin caer en sus redes.

Lo miro de reojo y alargo la mano.

—Yo soy el señor Ellis y él es mi socio, el señor Sterling. Somos de International Guy y venimos a ver a Rochelle.

—Ahora mismo está hablando por teléfono... —empieza a responder ella en tono indiferente, pero de pronto los ojos se le iluminan como velas en un pastel de cumpleaños—. ¡Son los que le van a buscar un hombre! ¡Alabado sea el Señor! ¡Aleluya! —Rodea el escritorio y se nos acerca, entusiasmada, a estrecharnos las manos—. ¡Oh, no pensé que fuera a hacerlo, pero al final se decidió! ¿Cuánto tiempo tienen previsto estar aquí? Mañana me voy de vacaciones, porque si no las cojo ahora, las perderé, según su alteza.

—Ay... —susurra Royce.

La mujer no para de hablar y las cosas que salen de su boca no son muy adecuadas para una secretaria personal. Si Wendy dijera esas cosas sobre alguno de nosotros, la despediría al momento.

—¡Perfecto! Han llegado en el momento perfecto; ahora nada se

interpondrá en mis planes.

Royce frunce el ceño y se sienta en la salita de espera.

—Y ¿usted quién es, si puede saberse?

Ella sacude la mano en el aire.

—No soy nadie, pero cuando Rochelle se retire del mercado, por fin seré alguien. ¡Alguien disponible que atraerá su atención! —exclama, y su cara se ilumina de felicidad.

En vez de sentarme junto a Royce, me acerco a la mesa donde la mujer está ordenando unos papeles.

—Supongo que es la recepcionista.

—Sí, señor. Helen Humphrey.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para la señorita Renner? —Aunque la mujer me transmite vibraciones dudosas, le dirijo una sonrisa. Se la ve muy tensa y su modo de hablar es errático.

—Siglos. —Abre mucho los ojos, como si acabara de acordarse de que se ha dejado algo en el fuego—. ¿Les traigo un café? Estoy segura de que tendrán mucho de lo que hablar para encontrarle un hombre a la señorita Renner —dice sacudiendo el dedo índice—. Ni siquiera cuando tiene al hombre perfecto delante de las narices se da cuenta de que existe. Para ella sólo existe el trabajo, trabajo, trabajo, trabajo. —Chasquea la lengua y sacude la cabeza.

—¿Cree que su jefa trabaja demasiado, señorita Humphrey?

Ella asiente con la cabeza.

—Sí, y es una tirana. ¡Qué bien! Una semana sin trabajar, al solecito... —añade bajando la voz mientras se dirige a una esquina donde hay una cafetera plateada y una máquina de café. Echa agua y café en polvo a la máquina y la enciende. Mientras prepara el café, la oigo murmurar—: Y, cuando vuelva, la arpía habrá desaparecido. ¡Puf! —Se da la vuelta girando sobre sus tacones de aguja.

¿Arpía? Vaya. No parece que le tenga mucho cariño a su jefa.

—Si necesitan algo, cualquier cosa, me avisan, ¿vale? Me ocuparé de ustedes, tratamiento Vip. —Nos dirige una amplia sonrisa y vuelve a su escritorio tan contenta que parece que vaya bailando—. Ha acabado de hablar por teléfono. Pueden pasar.

Nos guía por un pasillo. Mientras avanzamos, vemos un montón de oficinas con gente impecablemente vestida, ocupada en su trabajo. Al llegar frente a una gran puerta blanca con ventanas a lado y lado, Helen llama con decisión y abre sin esperar respuesta.

Nos presenta mientras mantiene la puerta abierta para dejarnos pasar.

—Señorita Renner, la visita de las once. El señor Sterling y el señor Ellis, de International Guy.

Como jefe de la empresa que soy, entro primero, pero antes de llegar a la altura de la clienta, Royce me ha alcanzado y le ofrece la mano a la señorita Renner. Yo observo su maniobra y sé muy bien por qué lo ha hecho.

La mujer que nos recibe es preciosa. Es alta. Debe de rozar el metro ochenta con las botas de tacón alto que le llegan por debajo de las rodillas. Viste una falda de tubo de cuero negro, con puntadas a la vista de color azul eléctrico en las costuras, a lado y lado. La blusa sin mangas que lleva es del mismo tono de azul, y va adornada con un lazo en el cuello. Le marca la figura pero sin exagerar, dejando suficiente a la imaginación para que quien la mire sienta ganas de descubrir qué hay debajo.

—Señorita Renner, me alegro mucho de conocerla al fin en persona. — Royce ha abierto el chorro del encanto y sonríe, mostrándole sus dientes blanquísimos. He oído decir que es capaz de volver loca a una mujer con una sola sonrisa.

Ella le devuelve una sonrisa de cosecha propia, mirándolo a los ojos.

—Lo mismo digo, señor Sterling. Reconozco su voz profunda de nuestras conversaciones telefónicas —replica ruborizándose.

«¡Ay, madre!»

Me pregunto si así es como se sintió Bo cuando vi a Sophie por primera

vez. Tal vez deberíamos establecer una nueva regla en el trabajo: nada de ligar con las clientas. Aún no he acabado de pensarlo cuando yo mismo me pego la bronca por hipócrita. ¿Cómo voy a impedir que este tren salga de la estación si yo me he montado ya en dos trenes? Y, además, uno de esos trenes me llevó directo a la mujer de mis sueños. ¿Quién soy yo para decirle a Royce que eche el freno?

Él sigue estrechándole la mano y no da ninguna señal de querer soltarla, así que me presento solo.

—Y yo soy Parker Ellis. Estamos encantados de estar aquí para ayudarla con su... situación —digo incómodo.

Por fin ella le suelta la mano, estrecha la mía durante un segundo y vuelve a sentarse en su silla, mientras nos indica con un gesto que la imitemos. Une las puntas de los dedos formando una pirámide, apoya los codos en la mesa de cristal y la barbilla en los dedos.

—Supongo que es adecuado llamarlo «situación». —Sonríe, lo que hace que todavía resulte más atractiva—. Vamos a decirlo así, señor Ellis: estoy cansada de estar sola. Estoy cansada de salir con tipos que por fuera parecen perfectos pero que siempre tienen un problema u otro. Y, aunque no quiero parecer una histérica en una novela romántica cutre, mi reloj biológico se ha puesto en marcha. Y retumba como un bombo. Añádale unos bongós y se hará una idea.

Royce se echa a reír y se cubre la boca.

—Lo entiendo.

Ella lo busca con la mirada y le dirige una sonrisa sensual.

—Básicamente se trata de que no tengo tiempo ni ganas de seguir pescando en un océano lleno de peces de colores. Por eso los he contratado, para que me encuentren un gran tiburón blanco.

—Teniendo en cuenta que acabo de incorporarme a este caso, me sería muy útil que me contara sus tres últimas experiencias con hombres y que nos aclarara por qué cree que no eran adecuados para usted.

Ella ladea la cabeza y busca a Royce con los ojos una vez más. La veo seguir con la mirada su cuerpo de abajo arriba, empezando por los zapatos de Hermès, siguiendo por el traje de Tom Ford de color negro hasta la perilla y la cabeza rapada. Estoy seguro de que se ha fijado en el reloj, las uñas cortadas a la perfección y las grandes manos. Una mujer no ocupa un puesto como el suyo si no es capaz de evaluar bien a las personas. Y es evidente que Royce se viste para impresionar. Mientras la observo, tengo la clara sensación de que a ella le gusta tanto Royce como a Royce ella. El hecho de que no hayan apartado los ojos el uno del otro lo dice todo.

Ella suspira y se echa hacia atrás en el asiento; parece incómoda. Levanta una mano y encoge un dedo.

—El último fue Jamal. Grande, fuerte, jugador de la NBA. Un dios en la cama. El problema era que no se conformaba con follarme a mí; tenía a la mitad de las *cheerleaders* del equipo haciendo cola.

Sacudo la cabeza y mi mente vuela, recordando el momento en que Kayla me hizo algo parecido. Lo malo fue que Kayla lo hizo con mi mejor amigo. Al menos, con Skyler no tengo que preocuparme; ella no es así.

Rochelle dobla otro dedo.

—Antes de él vino Trey. Sobre el papel, era perfecto. De hecho, lo conocí a través de la amiga de una amiga; me pasó hasta su currículum. —Frunce las cejas y los labios demostrando que, cuando quiere, tiene carácter—. El tipo me tomó el pelo. Resultó que estaba sin blanca, prácticamente vivía en la calle. Cuando llevábamos dos semanas viéndonos, me dijo que quería mudarse a vivir conmigo. Sólo habíamos tenido cuatro citas. Cuando le pregunté a qué venían tantas prisas, me respondió que se había gastado todo su dinero en las citas y que estaba arruinado. Puedo ponerme en el lugar de alguien a quien le hayan ido mal las cosas, pero ¿un tipo que se gasta lo poco que tiene en cuatro citas para conseguir alojamiento gratis? —Sacude la cabeza—. ¿Qué pensaba que iba a hacer yo?

—Ni idea —respondo mientras lo maldigo por dentro por darnos mala

fama a todos los tíos de esa manera.

—Esos tipos nos dan mala fama a todos —refunfuña Royce.

Sonríó y quiero chocar el puño con mi colega, pero recuerdo dónde estamos y me contengo.

—¿Y el anterior? —le pregunto.

Hincha el pecho y suelta el aire.

—El peor de todos. Pensaba que lo amaba y que él me amaba a mí. Hablamos de casarnos y de tener hijos. Era el hombre perfecto.

Cruzo una pierna sobre la otra y apoyo el pie en la rodilla.

—¿Qué pasó? ¿Mintió sobre lo de querer casarse y tener hijos?

—Ojalá.

—¿Qué hizo? —Royce se echa hacia delante. Su voz posee un tono agresivo que no nos conviene nada en este momento. Parece que tiene ganas de salir a buscarlo y darle una paliza por haber engañado a una mujer bonita.

—Bueno, fue sincero sobre lo del matrimonio y los hijos... De hecho, ya tenía las dos cosas: tenía esposa y dos hijos. Llevaba una doble vida y estuve con él casi un año antes de descubrirlo. Me había regalado ya un anillo de compromiso y esas cosas.

—¿Perdón? —exclama Royce.

—Mierda —murmuro, y aprieto los dientes para no decir lo que en realidad opino de ese desgraciado. Nuestra clienta no necesita mi compasión; necesita que la ayudemos a encontrar un buen hombre.

Sé exactamente lo que siente. A mí Kayla también me tomó el pelo y me hizo sentir un imbécil. Se quedaba a estudiar conmigo, dormía en mi cama, hablábamos de cuántos hijos tendríamos y de cómo se llamarían..., y todo para que le pusiera un anillo en el dedo. Y lo hice. El idiota del año, ése fui yo. Me tenía atrapado en sus redes de mentiras mientras se tiraba a Greg. Al parecer, él le pidió que no me dejara hasta que montáramos juntos la empresa. Así que, mientras ella en teoría preparaba nuestra boda y yo me

preparaba para vivir un futuro de ensueño junto a la mujer ideal, todo era una gran patraña.

Me quito a Kayla de la cabeza; ya no forma parte de mi vida. Kayla ya no puede hacerme daño y Skyler nunca lo haría. Su alma es pura y sus intenciones son buenas. Creo con toda sinceridad que es la mujer que va a cambiar mi vida para siempre.

—Pero, al final, se la devolví. Le conté a su mujer lo que estaba haciendo a sus espaldas y ahora ella lo está dejando sin blanca en los tribunales.

—Bien hecho. —Royce le dirige una sonrisa irónica—. Se merecería que le cortaran las pelotas..., aunque entiendo por qué lo hizo.

Rochelle y yo nos volvemos hacia él a la vez.

—¿Perdón? —exclama ella, al mismo tiempo que yo digo: «¿Qué?».

Royce se frota la barbilla.

—He dicho que puedo entender por qué lo hizo, por qué se arriesgó a llevar una doble vida —repite con decisión.

Rochelle inspira hondo, disponiéndose a interrumpirlo, pero él sigue hablando:

—Es probable que le echara un vistazo, vio todo lo que tenía que ofrecerle y deseó ser otro hombre, con otra vida. Pero, en vez de hacer lo correcto, que habría sido divorciarse de su esposa o haberse mantenido a distancia de usted, tomó el camino más fácil y no hizo nada. Aunque seguramente nunca logró relajarse del todo, así que su castigo fue no poder disfrutar de usted por completo.

Rochelle le dirige una mirada penetrante.

—No, no creo que disfrutara por completo. ¿Qué habría hecho usted en una situación como ésta, señor Sterling?

—Tutéame, por favor, Rochelle. ¿Puedo tutearte?

—Ya veremos —contesta ella muy seria—, respóndame antes.

Royce frunce los labios, pero no da marcha atrás.

—No pretendo faltarle al respeto, Rochelle. Es una mujer extraordinaria y

cualquier hombre, incluido yo, sería afortunado de que lo eligiera, pero para mí el vínculo del matrimonio es sagrado. Yo nunca habría engañado a mi esposa. Si tuviera la suerte de tener esposa e hijos, lo serían todo para mí. Nada podría romper nuestro vínculo.

La tensión en la habitación aumenta tanto que creo que podría partirla de unos golpes de kárate. Royce y Rochelle siguen con la vista fija el uno en el otro. He visto a luchadores profesionales durar menos tiempo sosteniéndose la mirada. Al final es ella la que rompe la tensión.

—Buena respuesta. Puedes tutearme.

—Sólo he dicho lo que pienso.

—Creo que me gusta cómo piensas, Sterling —señala ella coqueteando con todo descaro.

—Llámame Royce. —Él se pasa la lengua por los labios y sonríe—. Y el sentimiento es mutuo, Chellie.

«¿Chellie? ¿Ya le ha puesto un diminutivo? ¡Si la acaba de conocer! Esto se va a la mierda.»

Me aclaro la garganta hasta que la clienta me mira.

—Pues ahora que ya tenemos claro lo que no busca en un hombre, pasemos a qué es lo que busca, para que sepamos cómo puede ayudarla International Guy.

Ella suspira como si el tema le resultara agotador, aunque ha sido ella la que nos ha contratado.

—Para empezar, necesito un hombre fiable, que no sea un mentiroso; de esos ya he tenido bastantes.

Asiento con la cabeza.

—¿Alguna preferencia étnica?

Chasquea la lengua de manera sugerente mientras vuelve a contemplar a Royce de arriba abajo. Mi amigo es un gigantón afroamericano de metro noventa y cinco, tan guapo que podría salir en la portada de cualquier revista.

—Siempre me han gustado los hombres negros, pero no le haría ascos a

nadie por ser blanco, latino o cualquier otra cosa.

—Anotado. ¿Y por temas laborales, de estudios? —Tengo que animarla a hablar porque se queda embobada con Royce.

Joder, tal vez debería dejarlos solos para que resuelvan la tensión sexual y pedirles que me avisen cuando hayan acabado. Pero es que estos dos no son una pareja adecuada. La atracción entre ellos es evidente, pero si ella busca a la persona definitiva y Royce también, la cosa no va a funcionar porque él no va a dejar el trabajo en Boston, ni a su madre, ni a sus hermanas. Es el único hombre de su familia y se ocupa de ellas tanto como puede. Aunque es un empresario de éxito, es también muy familiar. La diferencia con otras empresas es que nosotros creamos normas que permitan tener una vida personal. Si se casara y tuviera hijos y quisiera trabajar dos días desde casa, podría hacerlo. Si quisiera viajar menos, también podría. Pero eso es una cosa y otra, mudarse a cinco mil kilómetros de distancia por una mujer. Y, viendo el despacho de esta mujer en concreto, dudo que ella dejara su empresa. Y éstas no son las únicas alarmas que han saltado.

—Me gustaría que fuera alguien con un trabajo de oficina, porque a menudo tengo que asistir a actos de gala y alternar con altos cargos de mi ramo profesional. Necesito a un hombre que se sienta cómodo en su piel y estando en compañía de otros hombres de negocios para hablar de otros temas aparte de la cerveza o el béisbol.

Me aguanto la risa. Yo personalmente me pasaría la noche entera hablando de cerveza y de béisbol, y Royce igual. Es una de las muchas cosas que tengo en común con mis colegas, pero nadie lo diría viéndonos en una reunión profesional. Es probable que sea una idea preconcebida que tiene Rochelle sobre los hombres en general.

—Insisto, señorita Renner. Nos ayudaría mucho si nos diera indicaciones concretas sobre lo que busca en su pareja perfecta. No sé si seremos capaces de encontrarla porque el amor es traicionero; no sigue reglas ni señales, y la gente no lleva un letrero en la cabeza que indique si es o no compatible. —

Hablo con el corazón, el amor es lo más complejo que he experimentado. Puede destrozarte, como hizo Kayla, pero también elevarte más alto que las estrellas, como ha hecho Skyler. Las diferencias son abismales, sobre todo para alguien que ha salido escaldado, como Rochelle o como yo.

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe con ganas, llevándose una mano al pecho como si le faltara el aire.

—Ah, señor Ellis... No me ha entendido bien. Quiero que me ayuden a encontrar la pareja perfecta, pero no he mencionado el amor en ningún momento. Eso sería un bonus extraordinario, pero sería muy absurdo por mi parte contratar a una empresa para que encuentre el amor por mí, ¿no cree?

—La asombraría saber algunas de las cosas para las que nos han contratado. —Sonrío y doy una palmada aliviado. Me alegro de que las expectativas de Rochelle sean realistas. Yo tardé años en volver a estar abierto al amor, y aún más años en encontrarlo. Y no sé si lo habría logrado si Skyler no llega a aparecer en mi camino.

—Ya, me lo imagino. —Rochelle se echa hacia atrás en la silla y cruza sus larguísimas piernas. Al hacerlo, la falda le asciende por el muslo brillante de color moca.

Miro de reojo a Royce, que no se pierde detalle, y lo veo tragar saliva, con las ventanas de la nariz muy abiertas.

—Pues si no busca un enlace por amor, especifique sus parámetros. ¿Qué busca en el hombre perfecto?

—¿Quiere que haga una lista, como si fuera a la compra? —Se ríe.

—Bueno, estoy seguro de que una mujer como usted tiene una lista de cosas imprescindibles, aunque sea sólo en su cabeza. Si nos ha llamado es para que encontremos algo concreto. ¿Qué es lo que busca, señorita Renner?

—Para empezar, un hombre alto, negro y guapo.

—Perfecto. ¿Qué más?

—Que tenga trabajo, aunque no necesito que gane una millonada. Yo ya gano lo suficiente. Y que no tenga malas costumbres..., como esperar que

cocine para él, o que esté en casa cada día a las seis de la tarde.

—Empleado e independiente. ¿Qué más?

—Que me acompañe a los actos sociales sin quejarse, y que pueda participar en la conversación o mantenerse callado si la situación lo requiere.

Sonrío porque Royce no es de esos hombres capaces de quedarse a un lado sin participar mientras su mujer habla con otros. Espero que no se deje deslumbrar por la belleza de nuestra clienta y que esté tomando buena nota de sus incompatibilidades.

—Que sepa hablar y que no se sienta intimidado por el éxito profesional de su mujer. ¿Algo más?

Ella asiente.

—Que no tenga una madre controladora. No puedo soportar a los hombres enmadrados.

Miro a Royce y veo que se está tirando del cuello de la camisa. Mi colega es el hombre más enmadrado de toda la humanidad.

Tal vez esta clienta no nos vaya a complicar la vida después de todo.

El bar no está demasiado concurrido cuando aparto un taburete y reposo mi agotado culo en el asiento. Nos hemos sentado enfrente de la gran pantalla para ver a los Giants, que juegan contra los Brewers, sin que nadie nos moleste. Tengo la sensación de que últimamente no puedo ver ningún partido en directo. Tengo el grabador a tope. Debería pasarme un fin de semana entero viendo partidos grabados para ponerme al día. De inmediato, mi mente se encarga de añadirle a la imagen una rubia cañón acurrucada entre mis brazos mientras vemos el partido en mi sofá de cuero.

Creo que a mi chica le gustaría el plan de estar *de tranquis* en el sofá, comiendo perritos calientes, patatas fritas y nachos con queso antes de una buena sesión de sexo escandaloso. Sí, estoy seguro de que se apuntaría al plan.

—Hola, ¿no sabrás cómo han quedado los Red Sox, por casualidad? —le pregunto al camarero cuando se acerca.

Él asiente y se seca las manos en un trapo.

—Ha sido una pasada. Han ganado a los Orioles por ocho a cinco.

Alzo la mano y la hago chocar contra la del camarero. Cosas de hombres. Sólo por el entusiasmo en su tono de voz me he dado cuenta de que se alegra de que los Red Sox hayan ganado.

—¡Sí, señor! ¿Me pones una pinta de Almanac IPA? Me gusta tomar cervezas locales.

—Otra para mí —pide Royce alzando la barbilla mientras se sienta en el taburete. Aunque es fiel al whisky sin agua y sin hielo, suele pasarse a la

cerveza mientras comemos. Si luego seguimos bebiendo, ya volverá a su licor de siempre.

—Marchando dos Almanac. ¿Queréis ver el menú?

—Sí, gracias —responde Royce.

Cuando el camarero se aleja, Royce se vuelve hacia mí y se apoya en la barra, adoptando una postura casi idéntica a la de Bo cuando charlamos en Copenhague y le conté mis dudas sobre Sky y yo.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—¿A que Rochelle es la puta bomba?

Abro tanto los ojos que estoy seguro de que parezco uno de esos muñecos antiestrés cuando los aprietas muy fuerte.

—¿En serio, tío? ¿Se puede saber a qué ha venido lo del diminutivo?

Royce se frota la barbilla.

—Tío, ¿qué dices?

—¿«Chellie»? ¿Cuándo se ha convertido en Chellie? Y lo de tutearla ¿a qué ha venido? ¡Es una cliente! —Ya sé que yo empecé a tutear a Sophie y a Skyler enseguida, pero él no lo sabe y no pienso decírselo. Estoy muy molesto.

—Mira quién habla, el que se ha tirado no a una, sino a dos clientas en los últimos meses. —Levanta dos dedos para enfatizar.

Hago una mueca e inspiro hondo. Tengo que decirle lo que pienso, y cuanto antes mejor, pero me ha arrinconado con ese argumento. Estoy entre la espada y la pared. Tengo que hacerle ver que, si se lía con Rochelle, hay muchas posibilidades de que la cosa acabe mal.

—Sé que parezco la sartén hablándole al cazo, pero es que no quiero que te engañes, tío. Esa mujer no es para ti.

Él frunce el ceño.

—No me apetece mucho hablar del tema, pero ¿te importaría decirme por qué estás tan seguro de eso? Llevo tres semanas hablando con ella y creo que la conozco mejor que tú. ¿Qué pasa?, ¿que porque mi padre era un borracho,

crecí en una casa de dos habitaciones y empecé a trabajar a los quince años ya no soy lo bastante bueno para una mujer como ella? ¿Crees que no daría la talla en las reuniones con los jefazos o qué?

Si me hubiera golpeado con un martillo hidráulico en toda la cara no me habría dolido tanto. Me tenso, preparándome para el combate que se avecina.

—¡Joder, no es eso, tío! Por Dios, Roy. Tienes que estar orgulloso de quién eres y de cómo lo has conseguido. Cuidaste de tu madre y de tus hermanas siendo un adolescente. Trabajaste para llevar dinero a casa sin descuidar los estudios. Sabes que te respeto más que a nadie. —Royce aprieta los dientes y mira al frente. Me duele mucho que no me mire a los ojos—. Sé por lo que tuviste que pasar. Sé que acabaste en el hospital por culpa de una paliza de tu padre; que tu madre trabajaba hasta que le sangraban los dedos y cuidaba de sus cuatro hijos. —Sacudo la cabeza—. Respeto máximo, tío. Pero precisamente porque te conozco creo que Rochelle no es adecuada para ti. Ella no tiene ninguna prisa en sentar la cabeza. —Le recuerdo lo que hemos hablado con ella durante nuestra charla.

—¿Cómo que no? Ha dicho que quería tener un hijo.

Asiento.

—Sí, quiere un hijo al que dejar su legado, pero no la veo renunciando al trabajo para quedarse en casa. A ese niño lo criarán niñeras. Y no lo estoy criticando, sólo digo que no te veo a ti formando parte de esa ecuación. Tu familia está muy unida, igual que la mía. Somos de compartirlo todo y vernos a menudo. No me digas que no quieres una mujer con la que poder compartir esas cosas.

Él se encoge de hombros.

—No sé lo que quiero; lo que sé es que hay algo entre nosotros. Lo noto.

—Es lujuria, Roy. Atracción sexual. Te pone cachondo, y es normal. A cualquier hombre con sangre en las venas le pasaría lo mismo.

Royce se frota el labio inferior con el pulgar.

—Sin duda, está tremenda.

Suspiro.

—Pues sí, no lo niego. Y esa tremenda mujer quiere a un hombre perfecto que juegue a las casitas con ella para no sentirse sola por las noches. Quiere a alguien que quede bien a su lado en los actos de sociedad. Está buscando a un hombre florero, Royce, no a un macho alfa como tú. Por mucho que la pongas como una moto, ella busca a un hombre sumiso que la adore y que se ocupe de sus necesidades.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? Sólo porque te vayan bien las cosas con Skyler después de mil años, ¿te crees que ahora eres un gurú del amor? —Frunce el ceño—. Yo no he entendido eso. —Coge una de las pintas que el camarero nos ha dejado delante.

Trato de no hacer caso de la pulla que me ha lanzado y sigo adelante con mis argumentos. Necesito que vea lo que yo veo con claridad, abrirle los ojos a lo que es obvio.

—Porque no has leído entre líneas, pero eso forma parte de mi trabajo. Me ocupo de averiguar lo que los clientes quieren en realidad, no lo que me dicen que quieren. A veces, ni ellos mismos saben lo que quieren. Y, como bien sabes, mi expediente de éxitos es impecable. —Se encoge de hombros—. Roy, te lo advierto. Está buscando a un hombre sumiso. Hazme caso. Si sigues por ese camino, nos arriesgamos a perderla como clienta. No pasaría nada, yo también corrí ese riesgo como bien me has hecho notar. Lo que no quiero es que te rompa el corazón.

El camarero nos entrega dos menús.

—¿Tenéis bocadillos de cerdo asado en tiras? —le pregunto sin mirarlo.

—Claro.

—Uno con patatas. —Le devuelvo la hoja de papel doblada.

—Lo mismo para mí.

Cuando el camarero se va, me quedo mirando la pantalla, para que Royce pueda darle vueltas a lo que le he dicho. Los Giants anotan con un corredor en segunda base.

Royce da sorbos a su cerveza y se frota la calva con la otra mano.

—No sé qué voy a hacer para luchar contra esta atracción, Park. Ni siquiera estoy seguro de querer hacerlo —admite preocupado.

Asiento.

—Te entiendo, tío. Pero creo que deberías intentarlo.

Frunce los labios y asiente, con poco entusiasmo.

La noche sigue entre béisbol, cerveza y un espectacular bocadillo de cerdo en tiras. El silencio no es tan cómodo como en otras ocasiones, pero lo acepto. He hecho lo que tenía que hacer.

De vuelta en el hotel, suena el teléfono y veo que en la pantalla pone: «Melocotones».

—Hola, nena. Hoy habéis acabado pronto. —Sonrío y me tumbo en la cama, en calzoncillos.

—Bueno, no creas, aquí es medianoche, pero estoy contenta. Gracias a tus consejos sobre química, hemos acabado de rodar todas las escenas sexys. La directora no ha querido esperar a que se nos olvidara. —Se echa a reír.

Aprieto los dientes porque no me apetece que el monstruo de los celos salga a pasear, sobre todo teniendo en cuenta que fui yo quien le dio al coprotagonista los consejos que necesitaba. En vez de pedirle detalles, cambio de tema.

—Muy bien. Y ¿qué vais a rodar ahora?

—Mis escenas de acción. Estoy emocionada... ¡y supernerviosa! Me han dado clases de *krav maga* para que las escenas de lucha queden más reales.

—Y supongo que te habrán hecho sudar bien en el gimnasio. —Me imagino su cuerpo saltando, dando puñetazos y patadas hasta quedar bien sudadito. Una punzada de excitación pide paso mientras intento seguir concentrado en la conversación.

—Bueno, como no estás aquí, tengo que quemar mi exceso de energía de alguna manera. —La voz de Skyler ha bajado de tono hasta convertirse en el

murmullo sensual que usa en el dormitorio.

Vale, me rindo y dejo que la excitación campe a sus anchas. Ha llegado el momento de calentar las cosas. Quiero ver a mi chica. Sonrío y le doy al botón de FaceTime. Ella acepta instantáneamente y, segundos más tarde, disfruto de su preciosa cara y sus intensos ojos marrones.

—Melocotones, qué preciosa eres.

Ella sonríe, aumentando su belleza varios grados más.

—¿Te he dicho ya hoy lo mucho que me gustas?

Niego con la cabeza.

—No, pero te aseguro que tú me gustas a mí. Un montón. —Muevo las cejas para hacerla reír.

—Y tú a mí también, cariño. —Veo cómo entra en la cocina del ático. Diviso los armarios y, por sus movimientos, sé que está cogiendo algo de la nevera.

Vaya, y yo que contaba con un ratito sexy. Bueno, me conformaré con charlar con ella.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto mientras la veo moverse por la cocina.

—Es que aún no he cenado.

Frunzo el ceño.

—Pensaba que tomabas algo con Rick al salir de los estudios.

Ella arruga la nariz y hace un mohín.

—Me he pasado el día besándolo y tocándolo.

«Mátame, camión.»

No importa que el tipo vaya en plan fraternal, no quiero que ningún hombre toque lo que es mío. Y Skyler es mía. Voy a agarrarla con las dos manos y no la dejaré escapar nunca.

Ella arruga la nariz y sigue hablando.

—Lo último que me apetece es tener que cenar con él. A ver, el chico es majo y los consejos que le diste han ayudado, sobre todo lo del chicle antes

de rodar. —Se pasa una mano por el pelo y se sopla el largo flequillo—. Gracias, por cierto. Se acabó la pesadilla del aliento a cebolla. —Alza la mano como si quisiera que se la chocara a través de la pantalla.

Me río y contemplo a mi chica mientras se prepara un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, uno de sus favoritos. Dios, ahora que Sky está en mi vida, no sabría qué hacer si me quedara sin estos ratos. Me gusta tanto hablar con ella, verla despeinada pero absolutamente fantástica al mismo tiempo...

—Y ¿tú qué tal? ¿Dónde has cenado? —me pregunta, y me inunda una increíble sensación de calor. Es tan agradable tener a alguien a quien le preocupe saber cómo me ha ido el día, o si estoy triste o contento... Es un lujo desconocido hasta hace poco.

—En un pub, con Royce. Hemos visto un partido.

—Ah, ¿de quién?

—Los Giants contra los Brewers. Ganaron los Giants.

Se le iluminan los ojos.

—Oh, eso me recuerda que he oído a un cámara comentar que habían ganado los Red Sox. ¿Estás contento?

Incluso mientras está en el trabajo está pensando en mí, igual que a mí me pasa con ella. Es asombroso cómo la persona que te importa se cuela en tus pensamientos con cualquier excusa. Ya hace un tiempo que no dejo de encontrar cosas que quiero comentar con ella, porque pienso que le parecerán divertidas o interesantes. Y otra cosa que me encanta es saber que puedo descargarme con ella si el día ha sido malo o si alguien me toca las narices. Y todavía sería mucho mejor si pudiera compartir la cama con ella.

—Melocotones, ¿te gusta el béisbol?

Ella se encoge de hombros y deja el móvil en la encimera para que pueda verla mientras se prepara el sándwich. Abre el bote de mantequilla de cacahuete y la unta en el pan. Me alegro de ver que se alimenta un poco mejor últimamente. Para mi gusto, estaba un pelín demasiado delgada. Como

hombre, me encanta encontrar un poco de carne cubriendo los huesos de mi mujer.

—No me gusta el béisbol, ni ningún otro deporte. Mi padre era aficionado al béisbol, así que sé más de ese deporte que de los demás, pero nunca he estado en ningún partido en vivo. Tal vez podrías llevarme a uno.

Justo lo que estaba pensando.

—Nena, tenemos una cita. Haré que Wendy mire el calendario de los Sox y nos reserve un par de entradas.

—¿De verdad? —Se le ilumina la mirada.

—Si puedes escaparte un par de noches, sí, cuenta con ello.

—Creo que lo podré arreglar. La directora se siente en deuda contigo. Creo que le tomaré la palabra y la usaré como una carta de «Queda libre de la cárcel».

Me echo a reír.

—Buena idea.

Mientras ella continúa preparándose el sándwich, me vienen a la cabeza imágenes de la reunión con Rochelle y Royce. El tema sigue dándome muy mala espina.

—Cariño..., algo te inquieta. ¿Quieres hablar de ello? —Su preocupación logra aliviar la tensión que me estaba presionando las sienes.

La pongo al día sobre la reunión que hemos mantenido hoy y le cuento que temo que Royce se enamore de la cliente.

—Park, ¡tú hiciste exactamente lo mismo! —Me dirige una sonrisa cargada de ironía.

Suelto el aire con fuerza y asiento.

—Ya lo sé, pero tengo una sensación en el estómago. Tengo miedo de que las cosas entre ellos se pongan feas.

Skyler da un bocado al sándwich y mastica pensativa antes de dar su opinión.

—Royce ya es adulto. Tiene que tomar sus propias decisiones, aunque

resulten ser un error. Debes dejarlo elegir su camino y, si la cosa se tuerce, estar a su lado para consolarlo. Ser su colega en la vida y su socio en la empresa.

Esta mujer me mata. Su lógica, su alma empática... A su lado todo parece sencillo.

—Eres tan sabia... Será por eso que me estoy enamorando de ti —digo, y al momento me doy cuenta de lo que acabo de admitir.

Mi chica se pasa la lengua por los labios y deja el sándwich para coger el móvil y acercárselo a la cara.

—¿Puede saberse por qué tienes que decir algo tan jodidamente dulce cuando estoy tan lejos? —Hace un mohín—. Ahora no puedo responderte como me gustaría.

Me echo a reír, aliviado porque no salga corriendo al oír mis palabras ni me las eche en cara. No quiero leer demasiado en esto, pero sí siento curiosidad por saber cómo habría reaccionado si hubiéramos estado juntos.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo habrías respondido si estuvieras aquí o yo estuviera allí?

Su cara se ilumina y el alivio que siento se transforma en nerviosismo al pensar en toda la felicidad que esta mujer puede traer a mi mundo.

—Te diría que yo siento lo mismo. Que yo también me estoy enamorando de ti. —Alza una ceja.

—¿Ah, sí?

Tengo una sonrisa que me va de oreja a oreja. Éste es un paso muy grande para mí, para los dos. Después de lo de Kayla, no esperaba volver a encontrarme en esta situación. Skyler y yo nos acostamos enseguida, pero desde entonces nos lo hemos tomado con calma. Nos hemos dado tiempo para conocernos, y me alegro mucho de poder admitir al fin que es más importante para mí que cualquier otra mujer del pasado.

—Sí —murmura con dulzura, y desearía con todas mis fuerzas estar allí, con ella, para besarla en los labios y hacerle el amor despacio pero con pasión

y así sellar esta nueva fase de nuestra relación.

—Y, después, ¿qué harías? —insisto, animándola a seguirme el juego.

Ella se da unos golpecitos en los labios.

—¿Después? Mmm, supongo que te asaltaría.

Me muerdo el labio inferior, tratando de disimular la sonrisa que me despiertan sus palabras.

—Pasemos en cámara rápida hasta llegar a ese punto. ¿Cómo lo harías exactamente?

Skyler aparta la vista y vuelve a darse golpecitos en los labios como si estuviera muy concentrada, pensando en la mejor manera de conseguir su objetivo.

—Empezaría por sentarme en tu regazo.

—Mmm, buen comienzo. ¿Y...?

—Me acercaría mucho a tu cara, con las manos sobre tus hombros.

Mi polla se reaviva ante la imagen que se me forma en la mente. Veo su suave cuerpo desnudo sentado en mi regazo, frotándose contra mi creciente erección. Le acariciaría la espalda de abajo arriba y descendería recorriendo la sedosa piel de sus brazos. Con sólo esa caricia, sus pezones se endurecerían y arquearían la espalda para ofrecerme las deliciosas puntas rosadas.

Inspiro de forma brusca y me paso la mano sobre los abdominales buscándome la polla.

—¿Yo llevo ropa puesta o estoy desnudo?

Ella se encoge de hombros.

—Me da igual, te acogería en mi casa tal como llegaras.

—Mmm, sí, quiero llegar, esto se pone cada vez mejor... —bromeo, a pesar de que siento el bóxer cada vez más pequeño por culpa de la erección, que no deja de crecer. Ella hace una mueca—. Y ¿luego, qué? ¿Eh, nena? No me dejes así. —Me paso la mano por la rigidez de mi miembro y lo aprieto con fuerza.

Ella arruga la nariz de ese modo que tanto me gusta.

—No, que te vas a reír de mí.

Yo niego con avidez.

—Melocotones, nena, no voy a reírme de ti. Dímelo, por favor —la animo con la voz alterada por el deseo y el calor de la erección extendiéndose por mi piel.

Skyler se humedece los labios y deja el teléfono, enfocándose con él. Lleva puesta una de sus camisetas de tirantes, y veo que se le marcan los pezones.

Con un movimiento ágil y fluido, se agarra el top y se lo quita por encima de la cabeza, quedando totalmente desnuda de cintura para arriba.

—¡Joder!

Me la agarro con más fuerza que antes, sintiendo un gran placer que se extiende desde la pelvis en todas direcciones.

Skyler se acaricia el torso de abajo arriba hasta llegar a sus suaves montículos. Sus pechos son perfectos. Podría mirar las fotos de cien conejitas de *Playboy* y no encontraría unas tetas más fantásticas que las suyas. Gasta una C de copa, la medida ideal para caber en mis manos. Tiene los pezones de color rosa pálido. Cuando ahueca las manos y se agarra los pechos, me quedo como hipnotizado contemplándola.

Su sonrisa traviesa me dice que sabe muy bien el efecto que causa sobre mí. Me la sacudo una vez y suelto un gruñido.

—¿Te la estás meneando? —pregunta provocándome.

—Sabes que sí —respondo con la voz ronca, como si acabara de tragarme una caja de piedras.

Alza una ceja.

—Yo te he enseñado las mías. Enséñame la tuya.

—Ajá, quieres jugar al viejo juego, ¿eh?

Asiente en silencio.

Muevo las caderas y, con una mano, me libero del bóxer. Mientras vuelvo a

agarrármela, enfoco el teléfono con la otra mano para que pueda verme la polla, tan tiesa que está a punto para el pase de revista. Y es por ella.

—Dios, cariño. La tienes tan dura que podrías clavar clavos en la pared con ella.

Giro el teléfono para poder verla. Se está sujetando los pechos con las dos manos y pasándose los pulgares por encima de los pezones. Cómo me gustaría poder metérmelos en la boca y tirar de las puntas con los dientes...

—Pellízcatelos, nena. Lo suficiente como para que duelan un poco, como lo haría yo si estuviera allí. Intenta correrte sólo jugando con tus tetas, imaginándote que soy yo el que juega con ellas.

Ella gime y cierra los ojos, pero hace lo que le digo.

—Y tú..., ¿te estás tocando?

—Sí, joder. Me toco mientras te miro a ti tocarte. Ojalá estuviera allí. Te succionaría las puntas con tanta fuerza que te dolería, pero querrías más.

Ella echa la cabeza hacia atrás y el pelo le cae sobre la espalda. Oh, Dios, cómo me gusta cuando hace eso, justo en el momento en que se rinde a la pasión. Se me hace la boca agua al verla tirarse de esos preciosos pezones.

—Así, muy bien, retuércete las puntas para mí. ¿Te gusta pellizcarte esas preciosas tetas mientras yo te miro y me la meneo? ¿Mmm? —Arqueo las caderas imaginándome que estoy clavándome en su húmedo calor... ¡No! Entre esos pechos suaves como nubes. Un escalofrío de excitación me recorre la columna y arqueo la espalda, entregándome a la sensación—. ¿Sabes qué te haría si estuviera ahí ahora mismo?

Ella niega con la cabeza.

—Dímelo —me ruega, y suena como un gemido. Los pezones se le han oscurecido.

—Te tumbaría en el suelo de la cocina.

—Sí —gime entre jadeos. El sonido me penetra en el pecho y se queda dentro, rebotando como una pelota de ping-pong, haciéndome sentir vivo. Me

aumenta la temperatura y mi cuerpo se tensa, sabiendo lo que esos gemidos y jadeos significan.

Me duelen las pelotas, están pesadas, listas para estallar. Aprieto los dientes y una fina capa de sudor me cubre la frente, el torso y el abdomen mientras me resisto a rendirme al orgasmo un poco más.

—Me sentaría sobre tu pecho y metería mi gruesa polla entre esas tetas perfectas...

—Oh, Dios mío, Parker... —Ella ahoga un grito y se humedece los labios, moviendo los dedos sobre sus pezones en un torbellino de actividad.

—Juntaría esas dos preciosidades bien apretadas alrededor de mi polla. Y luego te follaría las tetas, dejando que la humedad de la punta te rozara los labios para que pudieras chuparla. —La imagen me provoca temblores por todo el cuerpo—. Joder, me pones como una piedra —gimo, y me la sacudo más deprisa y con más firmeza.

—Parker... —gime Skyler, y jadea con rapidez mientras los espasmos le recorren el cuerpo.

Verla correrse sólo con oír mi voz y tocarse los pechos me excita tanto que la sigo y salto tras ella. Me agarro las pelotas con la otra mano y empujo hacia arriba una, dos, tres veces..., hasta que salgo despedido, directo al éxtasis.

—¡Sky, nena! —grito mientras me dejo la mano y los abdominales perdidos.

Ambos tardamos uno o dos minutos en recuperar el aliento, como si acabáramos de hacer una carrera.

Cuando abro los ojos, Skyler está apoyada en la encimera, con la cabeza gacha y el pelo tapándole la cara.

—Uau, recuérdame que te llame por FaceTime más a menudo. —Sonríe con picardía. Tiene las mejillas sonrosadas y todo su cuerpo resplandece.

—Sin problemas. —Me río y me estiro un poco, dejando que el placer se apodere de hasta del último de mis rincones.

—Ojalá estuvieras aquí —susurra ella antes de que yo pueda decir exactamente eso mismo. Traga saliva y desaparece bajo la encimera, supongo que para recuperar el top—. ¿Cuánto tiempo tenéis previsto pasar en San Francisco?

Suspiro y dejo salir todo el aire antes de volver a inspirar hondo.

—No lo sé seguro. Depende de lo que tardemos en conseguir un grupo de hombres que cumplan con las expectativas de la clienta.

—A menos que Royce se ponga al frente de la manada. —Skyler sonríe y acaba de colocarse el top sobre su precioso cuerpo.

Hago una mueca de fastidio al dejar de ver sus pechos y protesto:

—No bromees con eso, Melocotones.

Ella ladea la cabeza.

—¿Por qué no? Me parece gracioso, niño bonito.

—Mmm... Bueno, me gustaría seguir hablando contigo, pero no veas la que he liado aquí.

Ella me mira con lujuria renovada.

—Si estuvieras aquí, yo me ocuparía de no dejar ni rastro. De hecho, no tendrías ya ni una gota encima. Piensa en eso y dime cuánto crees que tardarás en volver. —Me guiña el ojo, coge el bocado, le da un mordisco y mastica muy satisfecha.

—Eres mala.

—Te gusta que sea mala. De hecho, me parece recordar que dijiste que te estabas enamorando de una mala mujer. —Me regala una sonrisa muy subidita.

—Así es. Descansa, ¿vale?

—Vale, cariño. Tú también. ¿Hablamos mañana?

—Sí, nena.

—Sueña conmigo. —Me lanza un beso de mantequilla de cacahuete antes de cortar la llamada.

Sacudiendo la cabeza, me dirijo al lavabo.

Que sueñe con ella.

Con un cuerpo como el suyo, que hace el amor como una diosa y una cara que hace cantar a los ángeles, es inútil negar que Skyler está siempre en mis sueños.

—Buenos días, señorita Renner. —Le ofrezco la mano a nuestra clienta.

Me da un breve apretón con una leve inclinación de cabeza antes de tomar la de Royce entre las suyas.

—Buenos días para ti también, guapo —lo saluda con una sonrisa.

Él se la devuelve, la examina de arriba abajo y la saluda con una dosis extra de encanto:

—Estás preciosa esta mañana, Chellie.

Le doy un empujón con el hombro, bien fuerte.

Él se aclara la garganta y adopta una expresión profesional.

—Quiero decir, Rochelle.

Ella sonríe y hace un sonido con los labios cerrados que puede significar cualquier cosa mientras rodea el escritorio y se sienta.

Royce y yo la imitamos.

—He cancelado todos los compromisos de esta mañana para estar con ustedes. Vamos a trabajar..., ¿o debería decir «a jugar»?

Se echa hacia atrás en la silla, y el rojo de la blusa de seda contrasta vivamente sobre el cuero negro. Se ha alisado el pelo y lo lleva suelto, con raya al medio, cayéndole sobre los hombros. No hay duda de que Rochelle Renner es una mujer impresionante.

Royce coge el primer grupo de carpetas que vamos a mostrarle. Se levanta y le planta una carpeta abierta delante antes de darme la otra a mí.

—Para empezar, nos hemos puesto en contacto con la mayor agencia de citas online, I-Bliss. Por una cuota, hemos trabajado directamente con ellos para que nos facilitaran a diez candidatos que cumplieran los requerimientos

que les hemos pasado. Hemos contactado con ellos y ocho de los diez están interesados.

En vez de mantener las distancias, Rochelle apoya la mano en el antebrazo de Royce y eleva una ceja delineada a la perfección.

—¿Ah, sí? ¿Ocho?

—Así es. Eres una mujer muy atractiva. —La voz de Royce retumba como si fuera la reencarnación de Barry White.

Quiero llamarle la atención, pero me contengo, recordando las recomendaciones de Skyler. Roy es un hombre adulto, capaz de tomar sus propias decisiones.

Lo que sí hago es unirme a la refriega, antes de que las cosas se salgan demasiado de madre.

—Señorita Renner, aparte de esos ocho candidatos, también nos hemos puesto en contacto con nuestra especialista habitual. Ha revisado sus criterios y nos ha facilitado cinco candidatos más.

—¡Trece! —Inspira sorprendida—. El número de la mala suerte. —Parece que va a añadir algo, pero la puerta se abre con brusquedad.

—Chelle, siento interrumpirte, pero esto es demasiado importante. No puede esperar.

Un hombre alto, fuerte, vestido con un traje a medida entra en el despacho. Lleva unas gafas gruesas, de montura negra, como las que se pone Superman cuando se disfraza de Clark Kent. Causaría buena impresión de no ser porque tiene el ceño muy fruncido. Tiene el pelo muy corto, rapado por los lados, lo que le da un aire a lo Tyson Beckford. A diferencia de Royce, cuya piel es negra como el ébano, la de este hombre es varios tonos más clara, cercana al chocolate con leche. La piel de Rochelle estaría en medio de los dos.

Ella lo sigue con la mirada hasta que se detiene frente a su mesa.

—Caballeros, él es Keehan Williams, jefe de Tecnologías y Análisis de la Información y, además, nuestro Mister Universo local y la mejor persona que conozco.

Keehan se queda inmóvil un instante, pero luego sonríe. La sonrisa que le dirige a Rochelle es muy personal, como si compartieran algún tipo de código secreto.

—Keehan, ellos son Royce Sterling y Parker Ellis, de International Guy.

Él aparta los ojos de la tableta que sostiene y nos examina, mientras su expresión se endurece.

—¿Al final lo has hecho?

Ella sonríe, sin hacer caso de la tensión que ha aparecido en su tono de voz.

—Ya te dije que lo haría.

Él parece cada vez más irritado.

—Pero se suponía que era una broma, Chelle, por el amor de Dios. ¿Dónde te has metido? —Se pasa una mano por el pelo y la tensión en el despacho aumenta varios grados.

Ella entorna mucho los ojos, y Royce y yo desaparecemos de su campo de visión mientras siguen discutiendo.

—No sé a qué te refieres. Necesito a un hombre en mi vida.

Keehan se encoge al oír esas palabras y su gesto me proporciona mucha información. Este tipo está colgado de su jefa. Pero mucho. Muchísimo.

—Kee, estoy cansada de pasar las noches sola, de pasar las vacaciones...

Él se ofende.

—¿Ibas a decir «conmigo»?

Ella trata de calmarlo con la mirada. Le apoya una mano en la muñeca y se la acaricia con el pulgar.

—Sabes que me lo paso bien contigo, pero una mujer tiene necesidades, Keehan. No sé cómo tú puedes llevar esa vida de celibato, pero te aseguro que yo no soy capaz.

Sacude la cabeza y se echa a reír. Vuelve a echarse hacia atrás en la silla, poniendo distancia entre ella y el hombre que está centrado en ella al cien por

cien. Una manada de caballos salvajes podría irrumpir ahora mismo en el despacho y él seguiría sin tener ojos para nada más.

Miro a Royce para ver si él también tiene la misma sensación que yo. Tiene los dientes apretados, igual que los labios.

Sí, también se ha dado cuenta..., y no le gusta nada.

Me aguanto la risa y vuelvo a fijarme en las manos y el cuerpo de Keehan, que me aportan una gran cantidad de información mientras él habla con su jefa. Su atractiva jefa, a la que parece conocer a un nivel muy personal, aunque no de un modo íntimo.

Keehan le planta la tableta enfrente.

—Mientras tú estabas planeando convertirte en una feliz ama de casa...

Rochelle se echa a reír con ganas.

—¿Ama de casa? Tú estás loco. Qué gracioso eres, Keehan. Tal vez me apetezca tener un hijo, pero no pienso quedarme en casa a cambiarle los pañales. Desde luego, Kee, siempre me haces reír.

¡Ja! Acaba de confirmar mis sospechas. Precisamente por eso creo que esta mujer no le conviene a Royce. Si estuviéramos solos, en nuestra oficina de Boston, me levantaría y haría una reverencia, saludando al público tras una buena actuación.

—Tienes una risa tan bonita... —Keehan alarga la mano y le toma un mechón de pelo entre los dedos—. Me gusta cómo te queda el pelo liso, Chelle. Es tan suave...

Ella le dirige una sonrisa radiante.

¡Madre del amor hermoso! Esto es como estar contemplando los preliminares de una pareja. Ninguno de los dos se acuerda de que no están solos. Y lo más grave del caso es que no tienen ni idea de que lo que están haciendo pueden considerarse preliminares.

Royce me mira con el ceño fruncido. Los señala con el pulgar, como preguntándome: «¿Y este tío?».

Yo asiento y sonrío. Menos mal que al fin se da cuenta de que Rochelle no

tiene ninguna intención de enamorarse, porque ya mantiene una relación con Keehan. Tal vez incluso esté enamorada de él y ni siquiera se haya percatado.

El recuerdo de cuando le dije a Skyler que me estaba enamorando de ella se cuela en mi mente y me provoca un cosquilleo. Siento un nudo en el corazón y tengo que tragar saliva porque se me ha secado la garganta. ¿Estoy ya enamorado de ella y no he querido admitirlo? Me agarro a la silla y clavo las uñas en los reposabrazos. Respiro hondo y hago un gran esfuerzo para concentrarme en la loca escena que está teniendo lugar delante de mis ojos, en vez de en la potencial revelación que acabo de tener.

—Eres demasiado bueno conmigo, Kee. —Le palmea la mano con afecto y la realidad me golpea en plena cara. Rochelle no necesita un hombre en casa porque ya tiene uno en el trabajo. Tiene a sus dos amores en el mismo sitio: el trabajo y Keehan. Aunque, por su lenguaje corporal, parece que Rochelle no ha cruzado la barrera de jefa a novia.

No como yo.

Supongo que ella sí aprendió la lección sobre etiqueta profesional. Al parecer, el día que la enseñaron en Harvard, yo falté a clase.

Carraspeo, rompiendo el momento de intimidad que se había creado entre ellos.

Keehan pestañea despacio y se vuelve hacia nosotros, como si acabara de acordarse de que hay dos extraños sentados delante de su jefa.

—Lo siento, perdón por la interrupción. Soy Keehan Williams. —Me ofrece la mano y luego hace lo mismo con Royce. Ambos se la estrechamos—. Es que esto no puede esperar. Chelle, echa un vistazo a estos números del último trimestre. —Señala un punto que no veo desde mi posición y luego desliza la pantalla hacia la izquierda—. Y ahora aquí, en el trimestre anterior. —Vuelve a deslizarla hacia la izquierda—. Y el anterior.

—Están cayendo, que es lo que pasa cuando el interés sube y baja, ya lo sabes. Es normal. —Revisa las cifras que tiene delante.

Keehan niega con la cabeza.

—No, no lo es. Precisamente de eso se trata. Estos valores han subido de manera ininterrumpida durante los últimos dos años y la tasa de interés es fija. Los resultados trimestrales deberían estar subiendo de forma regular, no bajando cada vez más.

Royce se levanta y rodea el escritorio.

—¿Puedo echarles un vistazo a los números? Soy experto en la materia.

Keehan lo examina de arriba abajo y aprieta los dientes.

—Seguro que sí. Y su tipo de hombre también —refunfuña, apartándose para que Royce pueda echarles un vistazo a los números.

Madre mía, este tipo ya no puede ocultar sus emociones. Nos ve como a una amenaza. No le gusta nada que estemos aquí y no soporta que Rochelle esté buscando pareja. No tengo ninguna duda de que él desearía ser el hombre de su vida.

Royce examina la información de la pantalla.

—¿Dónde están los extractos de pérdidas y beneficios?

—Aquí hay por lo menos cinco. Clique en cada tabla —murmura Keehan.

Royce y Rochelle siguen estudiando el documento. Él se frota la barbilla, un gesto que hace cuando encuentra algún dato que no le gusta.

—Esto no pinta bien.

Rochelle se cruza de brazos e inspira hondo.

—No, nada bien. —Parece frustrada, mientras trata de asumir lo que está viendo en los números.

Yo, por desgracia, o más bien por suerte, no soy un hombre de números. Entiendo la contabilidad básica, pero no el meollo del asunto. Por eso Royce se ocupa de los números de International Guy, así como de mis ahorros y de los de Bo. Nos ha convertido a los tres en hombres ricos, usando su toque de Midas en lo que al mercado de valores se refiere. Es un genio que siempre sabe qué comprar y cuándo vender.

—Entonces ¿es lo que creo que es? —le pregunta Keehan a Rochelle.

Ella responde sin disimular su enfado:

—Si lo que crees es que alguien me está robando, sí, eso me temo.

Hago una mueca, pero permanezco en silencio. Éste no es mi campo de actuación. En situaciones delicadas de este tipo, lo mejor es dejar que los expertos establezcan el procedimiento que hay que seguir. Mi misión en San Francisco es encontrar una pareja adecuada a la clienta. Y la actitud de Keehan, ofreciendo su completa atención y preocupación a Rochelle, me dice que es probable que mi trabajo vaya a ser mucho más fácil de lo que pensaba ahora que el candidato principal se ha lanzado a la piscina de forma voluntaria. Mientras ellos se preocupan de encontrar al malversador de la empresa, yo observo y tomo notas sobre cómo aprovechar esta situación en nuestro beneficio.

—Encontrar al culpable promete ser interesante. —Rochelle se muerde el labio inferior y se da golpecitos en la barbilla—. Al menos cuarenta personas en plantilla tienen acceso a esas cuentas.

Royce empieza a caminar por el despacho mientras Keehan rodea el escritorio y apoya la mano en el hombro de Rochelle, mostrándole su apoyo. Ella le da palmaditas en la mano y alza la cara hacia él con una sonrisa apagada en la cara.

—Gracias por cuidar de mí, como siempre.

—Es mucho más que mi trabajo, Chelle. Llevamos juntos en esto desde el principio. —Lo dice lo bastante alto para que nos quede claro a todos los que estamos en el despacho. Y lo que está diciendo sin palabras es: «Las manos lejos de mi chica, gran Royce feroz».

Sonrío porque este par están en medio de un combate para ver quién mea más lejos y ni siquiera se dan cuenta.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para Rochelle? —le pregunto.

Keehan asiente y le aprieta el hombro.

—Desde el día que se abrieron las puertas de Renner Financial Services. Rochelle asiente y le da la mano.

—Es mi puntal. No podría hacer lo que hago sin él.

Sonrío. Creo que esto va a ser pan comido.

Mientras Rochelle y Royce unen esfuerzos y se ponen a recopilar documentos, informes y cosas por el estilo, yo sigo a Keehan y salgo con él.

—Mmm, ¿puedo ayudarlo en algo? —me pregunta.

Me encojo de hombros, pero le sigo el paso, aunque soy unos cinco centímetros más bajo que él.

—He pensado que, mientras están ocupados, podría acompañarlo para ver si descubro más cosas sobre su jefa. —Él frunce el ceño—. Me ha parecido que están muy unidos... —Dejo la frase en el aire, esperando que él la recoja.

—Lo estamos. Es una mujer increíble. —Sus palabras están cargadas de devoción y admiración, más de lo que es habitual encontrar en un mero empleado.

—Me he dado cuenta. Por no hablar de su perfil profesional: es intachable. Keehan asiente.

—Es la mejor en su campo.

—Y ¿qué me dice de usted?

—¿Qué quiere saber de mí? —Se sube las gafas.

—¿Está satisfecho con su carrera? ¿Y con el cargo que ocupa en la empresa?

Él vuelve a fruncir el ceño, pero no se detiene. Pasamos por delante de un montón de empleados que se afanan en sus oficinas. Parece que el edificio entero está lleno de despachos y salas de reunión. No hay cubículos, me imagino que para poder trabajar con información confidencial de los clientes.

—Estoy muy satisfecho. Como he dicho antes, Chelle y yo hemos estado juntos desde el principio. Hemos superado muchas dificultades. La gente va y viene, pero hay algo que permanece inalterable.

Sonrío.

—Y ¿de qué se trata?

—De mí. —Me devuelve la sonrisa—. Estoy aquí a largo plazo.

—Y ¿qué opina de sentar la cabeza? Está usted en una edad en que muchos hombres piensan en encontrar una esposa, tener hijos..., el lote completo.

Keehan junta las manos ante el pecho, sin detenerse.

—No lo sé. A veces me imagino con un hijo, pero mi mujer debería entender que el trabajo es mi prioridad. A Rochelle la han jodido un montón de hombres por esa misma razón; yo no pienso ser uno más de esa lista.

—Vaya. Oyéndolo, parece que Rochelle sea la persona más importante de su vida. —Lo digo en tono desenfadado, pero sigo llevándolo implacablemente hacia donde quiero llegar. Quiero que vea lo que yo veo, y, si es posible, que lo admita.

Se encoge de hombros.

—Lo es. Los dos tenemos una familia muy pequeña y que vive lejos. Pasamos los días festivos juntos, y nos quedamos en la oficina hasta muy tarde, revisando números y estableciendo objetivos. No sabría qué hacer sin ella.

—Interesante.

Él dobla una esquina y lo sigo por un largo pasillo. Al pasar frente a una pared de cristal, el sonido de los grandes ventiladores que renuevan el aire de las oficinas lo hace retumbar todo.

—¿Por qué le parece interesante?

—No importa. Me ha dado la impresión de que no le ha hecho ninguna gracia que Rochelle nos llamara para encontrarle pareja. ¿Puedo saber por qué?

Su mirada se endurece, igual que su mandíbula.

—Por nada en especial. Si quiere buscarse un juguete, es asunto suyo. Nunca le duran; no estoy preocupado.

Lo que pasa es que Keehan no conoce a mi Royce. Si Royce va a por Rochelle, será implacable. Además, tengo fe en mi capacidad para encontrarle al hombre definitivo.

—Ya, pero éste le durará. Me paga por encontrarle al hombre de su vida, alguien con quien compartirlo todo, hasta un hijo.

Él se detiene en seco, como si lo hubiera alcanzado un rayo.

—¿Me toma el pelo? —Gruñe, se da la vuelta y empieza a recorrer el pasillo arriba y abajo como una fiera enjaulada—. Esto es una locura. No puede quedarse con el primer desconocido que le pongan delante. —Aprieta los dientes y gruñe como un pit bull a punto de atacar a un intruso.

—¿Por qué?

—¡Porque no puede casarse con alguien para tener un hijo! —Levanta los brazos y se pasa las manos por la nuca. Está tan furioso que su enfado es casi visible a su alrededor, como un tornado.

—¿Por qué no? —insisto en el mismo tono tranquilo, sin dejarme influir por su actitud.

—¡Porque se supone que es mía! ¡Se supone que tiene que casarse conmigo! ¡Tener hijos conmigo! ¡Joder! —Gruñe, se da la vuelta y, al llegar al final del pasillo, abre la puerta de un fuerte empujón que la deja temblando. Deteniéndose a medio entrar, deja caer los hombros derrotado—. ¿Por qué no ve lo que tiene delante de los ojos? —Se vuelve hacia mí y me dirige una mirada negra como la noche—. Dígamelo, por favor. Usted es el experto. ¿Por qué no me ve?

Niego con la cabeza y uno las manos, transmitiendo una imagen de calma.

—Basándome en lo que he visto hasta ahora, mantienen una relación muy cercana.

Él asiente.

—Totalmente.

—Cuentan el uno con el otro.

—Por supuesto.

—Han trabajado juntos desde hace mucho tiempo.

—Sí, sí. Sí a todo. —Keehan no entiende adónde quiero llegar y pierde la paciencia.

—Y, sin embargo, tengo la sensación de que nunca ha movido ficha.

Ahora parece encogerse ante mis ojos. Encorva los hombros y pega la barbilla al pecho.

—Uno no puede entrarle a una mujer como Rochelle así como así. No después de todo lo que hemos compartido. Se reiría de mí.

—¿Por qué?

Él se ríe sin ganas.

—Rochelle y yo no jugamos en la misma liga.

Este hombre está loco. Lo examino de arriba abajo. Es alto, está en forma y va bien vestido. No veo ninguna razón por la que pueda pensar que no está a su altura.

—No estoy de acuerdo. Es usted un hombre atractivo, profesional, inteligente. Yo diría que hacen buena pareja.

Él resopla y aparta la mirada. Tiene una mano apoyada en la cintura y se frota la barbilla con la otra.

—No lo entendería.

Echo la cabeza hacia atrás.

—¿Perdón? Permítame que le diga que sé muy bien por lo que está pasando. Sé lo que es desear a alguien que está tan fuera de tu mundo que sientes que habita en un universo paralelo.

—Exacto.

Le apoyo una mano en el hombro.

—¿Puedo tutearte? —Él asiente—. Tío, mi novia es Skyler Paige.

Se tensa como una tabla y abre mucho los ojos.

—¿La actriz? —Asiento con la cabeza—. La tía más buena de Hollywood.

Le oprimo el hombro con un poco más de fuerza.

—Cuidadito con lo que dices, tío. —Sin ni siquiera pretenderlo, mi tono se vuelve amenazador. Parezco un perro protegiendo su territorio. Ya sólo la mención del nombre de mi mujer con intención sexual me despierta ganas de arrancarle la cabeza.

Keehan suelta un silbido.

—Pues sí, tienes razón; sabes por lo que estoy pasando, corregido y aumentado. Comparado con Chell, soy un pobre diablo.

—¿Reconoces entonces que no le has dado a Rochelle una razón para que ella te vea de otro modo distinto que como un colega?

—Somos mucho más que colegas —responde con desdén.

—Pues quién lo diría. —Alzo las cejas.

—No he encontrado el momento adecuado.

—Pues, al paso que vas, nunca lo será. He visto caracoles moverse más rápido que tú. He visto a ancianos de noventa años perseguir a enfermeras más deprisa por los pasillos de la residencia. Sé sincero: ¿qué te lo impide? Ella es preciosa, pero tú no eres feo. Y los dos parecéis teneros cariño, por lo que he visto en ese despacho.

—Supongo que ése es el problema. Le tengo mucho cariño. Del bueno. Quiero lo mejor para ella —admite derrotado.

Creo que empiezo a entender por dónde van los tiros.

—Y no quieres arriesgarte a perder lo que tenéis.

Me dirige una mirada torturada.

—Si las cosas salen mal, lo perderemos todo. No podríamos seguir trabajando juntos. Y, aunque sé que suena idiota, es mi mejor amiga. El trabajo es nuestro objetivo común; lo que nos une. Sin él, no somos nada.

—Y, sin embargo, quieres más.

—Sí. —Se frota la nuca.

—Pues ella, sin duda, también quiere más, porque, si no, no nos habría llamado.

Keehan se acerca a su escritorio y se sienta detrás de tres monitores puestos en fila.

—¿Qué es esto? ¿La base de operaciones? ¡Uau! —Miro a mi alrededor y veo más mesas con un montón de monitores alineados. De una pared cuelgan

un par de pantallas planas donde aparecen los datos de la Bolsa de Nueva York y del Nasdaq en tiempo real.

Keehan sonríe, sintiéndose mucho más cómodo en su elemento.

—Podría llamarse así. Me ocupo de hacer los informes de la empresa, estoy pendiente de los movimientos de las Bolsas y mantengo informados a Rochelle y al resto del equipo. También me encargo de controlar las redes, a los programadores, al personal de atención al cliente y cosas por el estilo.

—Y, si estás tan encima de todo, ¿cómo puede ser que alguien haya robado? ¿Por qué no ha saltado ninguna alarma?

Él teclea a toda velocidad.

—Aunque Rochelle ha dicho que hay cuarenta personas con acceso a las cuentas, nadie puede acceder sin dejar un rastro digital. Royce me ha aconsejado que busque si hay alguna persona ajena a las cuentas que haya entrado últimamente. Los sistemas guardan ese tipo de información.

—Pues entonces no será demasiado difícil dar con la persona que se haya llevado el dinero, ¿no?

—En un mundo ideal, no, pero esa persona lleva haciéndolo al menos desde hace dieciocho meses. Voy a tener que buscar más atrás en los informes para asegurarme.

—Yo que tú me pondría a ello de inmediato y le llevaría los resultados a la jefa. —Sonríe y le guiña el ojo.

Las mejillas se le oscurecen un poco.

—Sí, eso haré. ¿Qué harás tú mientras resolvemos la situación?

—¿Sobre esto? Nada. No estoy aquí para descubrir a un desfalcador, aunque estoy seguro de que Royce hará todo lo que esté en su mano para destaparlo. Yo no, yo he venido a encontrarle una pareja, te guste o no.

Keehan frunce el ceño y sigue tecleando.

—¿Cómo piensas hacerlo, si puede saberse?

Esto está resultando tan fácil como matar peces a cañonazos.

—¿Por qué? ¿Vas a presentarte voluntario al fin?

—Tal vez. —Fija la mirada en mí y permanece inmóvil, con los dedos en el aire, sobre el teclado.

—Tengo trece candidatos preparados.

Él resopla.

—¿Contando conmigo?

—Contigo serían catorce —respondo como si nada. Técnicamente no es una cifra muy elevada, pero para un hombre enamorado, que lleva años amando en secreto, la idea de tener trece competidores ha de ser muy dura.

—¡Ay, Dios! Esto es una pesadilla. —Se pinza la nariz con dos dedos.

—Siento que lo veas así, pero me alegro de que esta situación te esté obligando a salir de tu zona de confort. Algo me dice que a Rochelle no le gusta esperar. Creo que necesita a su lado a un hombre asertivo, seguro de sí mismo, que le demuestre que está interesado en ella; no a uno que se pase las noches mano sobre mano mientras ella se va a la cama sola.

—Oh, no está sola a menos que ella quiera. ¿No la has visto? —Sonríe con ironía.

Ladeo la cabeza.

—Y ¿eso cómo te hace sentir?

La sonrisa se le borra de golpe.

—Como el polvo de la suela de sus Louboutin. Como un pringado que se pasa los días suspirando por una mujer, viviendo una especie de celibato porque no le sirve ninguna otra y desea única y exclusivamente a esa mujer. Cuando la veo me transformo por completo, mi cuerpo vuelve a la vida, pero con las demás mujeres estoy muerto de cintura para abajo. —Sacude la cabeza—. Nada de nada.

Suelto un silbido.

—Qué jodido, tío.

—Sí.

—Pues yo te diría que tienes que cambiar varias cosas en tu vida si quieres que la suerte te sonría, y, cuanto antes empieces a actuar, mejor. Si no quieres

hacerlo por ti, hazlo por tu amiguito. —Bajo la vista a la altura de su entrepierna y vuelvo a mirarlo a los ojos.

—Y ¿qué me propones que haga?

Sonrío, cojo una silla y me siento. El plan que he ideado mientras ellos hablaban de malversación está empezando a dar sus frutos.

A la mañana siguiente, veo que todo sigue igual en los pasillos de Renner Financial Services, o RFS, como llaman los empleados a la empresa. Sé que anoche Royce se quedó a trabajar hasta tarde con Rochelle, tratando de localizar al mequetrefe que se ha estado apropiando de dinero de la empresa, pero no me ha contado los detalles. Me fui a dormir antes de que él volviera al hotel, lo que me preocupa un poco, pero como me dijo Skyler, es un hombre hecho y derecho y tiene que vivir su vida.

No obstante, tengo dudas. A ratos pienso que lo mejor sería ordenarle que cogiera un avión y volviera a casa, a ocuparse de otro caso en el que no se hubiera implicado tan personalmente. Es evidente que sería lo más sensato, porque el deseo que le despierta la clienta lo está complicando todo.

«Pues como cuando te enrollaste con Sophie o te enamoraste de Skyler», me recuerdo.

Soy un pedazo de hipócrita. Sé que tengo que darle cancha a Royce, pero no puedo evitar el impulso de arreglarles la vida a todos. Me gustaría resolver el problema de Royce, ayudarlo a encontrar a su alma gemela, la persona que llevará la paz a su alma, igual que yo he encontrado la mía. ¿Tan malo es querer ver bien a alguien que es importante para ti?

Cuando llego al despacho de Rochelle, sigo debatiéndome sobre cómo abordar el tema con Roy, pero antes de abrir la puerta oigo una risa al otro lado. Y no una risa cualquiera, sino una que conozco bien. Abro poco a poco y aprieto los dientes ante la escena que me encuentro.

Rochelle está sentada en su escritorio, con la falda arremangada en la cintura, y Royce se encuentra entre sus muslos abiertos. Ella ha echado la

cabeza hacia atrás, muerta de risa, y él le está dejando un reguero de besos en el cuello. Le agarra uno de sus suaves muslos y le levanta la pierna para rodearse la cintura con ella.

«¡Mierda, mierda, mierda! Esto no puede estar pasando.»

—¿Quieres que te la clave aquí mismo en tu despacho, como anoche? — La voz de Royce promete todo tipo de placeres perversos.

—¡Dios, sí! —Rochelle alarga las manos y lo agarra por el culo, acercándolo más a ella.

No sé si Royce está vestido, parece que sí. Al menos, no me da la impresión de que tenga los pantalones colgando por las rodillas. ¡Menos mal!

—Es muy poco profesional —la provoca él.

—Sí, lo es. Muy poco profesional —repito en voz alta.

Una cabeza calva y otra morena se vuelven hacia mí, saliendo bruscamente del trance sexual en que estaban sumidos. Royce le suelta la pierna. Rochelle lo empuja para bajar del escritorio y colocarse bien la falda.

—Tío. —Royce me dirige una mirada serena, igual que su voz.

Tal como imaginaba, lleva los pantalones abrochados. Lo único que está fuera de sitio es la corbata, torcida, y unos cuantos botones de la camisa desabrochados.

—Ya veo que alguien está trabajando duro. —Uno las manos ante mí. En una de ellas llevo la tableta con la información sobre los hombres que iba a presentarle.

Royce cierra los ojos y suspira.

—Señor Ellis, no es lo que parece —se excusa Rochelle.

—¿Ah, no? Pues desde aquí parecía que mi socio estaba a punto de echarle el polvo de su vida sobre su escritorio. Y, por lo que he oído, no habría sido el primero —digo como si nada.

Ella sonríe con timidez.

—Vale, tal vez sí es lo que parece, pero no hacemos daño a nadie. Nos estamos divirtiendo un poco.

«Divirtiéndolo un poco.»

La frase se queda dando vueltas en mi mente y me lleva a un tiempo, no muy lejano, en el que pensaba que me estaba divirtiéndolo con una rubia sexy como un demonio. Pero esa diversión se convirtió en una relación comprometida. Si creyera que Rochelle es la mujer entre siete mil millones para mi amigo, me marcharía y los dejaría solos, pero sus palabras me han confirmado que para ella Roy no es más que un buen polvo.

Sacudo la cabeza, me vuelvo y cierro la puerta para que no los descubra alguien que pase por ahí.

—Rochelle, en vista de las confianzas que tienes con mi colega, ¿puedo tutearte?

—Claro.

—Mirad, si eso es lo que os apetece a los dos, yo no me meto. Pero te recuerdo que nos has contratado para que te encontremos a la pareja perfecta.

—Señalo a Royce y el escritorio en el que está apoyado—. ¿Ha cambiado algo en vista de los recientes acontecimientos?

Antes de que Royce pueda abrir la boca, ella replica:

—No.

Él abre la boca, pero vuelve a cerrarla y su rostro recupera su habitual máscara de profesionalidad. Hace más de diez años que lo conozco y por eso sé que no era ésa la respuesta que esperaba oír. A Royce le gusta divertirse como al que más, pero nunca pondría en riesgo el trabajo por una mujer que no significara nada para él. Desde luego, no por un polvo rápido sobre el escritorio.

—¿No? ¿Estás segura? —insisto, para asegurarme de que no está colgada de cierto colega mío.

Rochelle se alisa el pelo antes de responder:

—Roy y yo somos compatibles físicamente, pero él tiene la vida montada en Massachusetts y la mía está en California. Lo único que podemos

ofrecernos el uno al otro son unos cuantos polvos memorables. ¿No es verdad, guapetón? —Sonríe en dirección a Royce y le guiña el ojo.

Él se humedece los labios hinchados por los besos y alza la barbilla.

—Así es, Chellie. Y te aseguro que follarte es memorable. —Su tono es civilizado, pero está claro que no ha elegido las palabras al azar.

La pulla llega a su destino, pero a Rochelle le resbala. No parece afectada en absoluto.

—Bueno, pues ya ves, Parker, que no ha cambiado nada. ¿Vamos a revisar esa lista? —me pregunta con un brillo ilusionado en la mirada—. Reconozco que estoy emocionada. Esto es como Navidad, pero, en vez de desenvolver un regalo, voy a desenvolver a mi futuro marido. —Se lleva las manos al pecho con un gesto teatral.

Madre mía. ¿Me comportaba yo con tanta insensibilidad en el pasado con las mujeres con las que me acostaba? Quiero creer que todas con las que me acosté después de Kayla sabían de qué iba el asunto. Sophie, desde luego, lo tenía claro. Tan claro que fue ella misma la que sentó las normas.

Pero Royce no parece tenerlo tan claro. Lo miro y el corazón se me acelera. Cualquiera que lo mirara vería a un hombre alto e imperturbable, pero yo sé que no es así. Sé que Rochelle le gusta de verdad y que quiere algo más con ella. Esta situación no tiene que estar resultándole fácil. Me pego la bronca en silencio por haber sido tan poco delicado con las mujeres en el pasado. Nunca más. Sky es la mujer de mi vida. Me ha cambiado, y ahora espero poder ayudar a mi colega a encontrar a la mujer de su vida.

Le recuerdo a Rochelle las condiciones del contrato mientras Royce sigue preocupado, en silencio.

—No te prometemos matrimonio. Nuestro objetivo es encontrarte una pareja adecuada; dependerá de ti si llevas la relación más allá.

Ella sacude la mano en el aire.

—Sí, sí, lo entiendo.

Mientras trato de hallar la manera de suavizar la situación —aunque es

evidente que Rochelle no cree que haya ningún problema—, Royce se ajusta la chaqueta y se ata los machos. Convertido de nuevo en el perfecto profesional, se dirige a la puerta.

—Si me disculpáis, voy a buscar a Keehan para comentarle algunas de las cosas que encontramos anoche. Le daré la lista de las cinco personas que hemos de investigar por el tema de la malversación.

Rochelle le dirige una sonrisa deslumbrante.

—Excelente idea. Gracias, Roy.

Luego pestañea como si no hubiera sucedido nada. Sin duda sabe moverse en un mundo de hombres, juega a su juego y sube las apuestas. También es evidente que es una adicta al trabajo. Se la ve muy cómoda tratando el tema de encontrar a la pareja perfecta como si fuera un intercambio comercial. Y yo pensando que no tenía remedio. Pues Rochelle me da cien vueltas. Nos da cien vueltas a todos a la hora de trabajar, aunque el tema de la ética en el trabajo no lo tiene tan claro. Esta mujer se tira a un proveedor sobre su despacho por la noche, trata de repetir por la mañana y se quita el asunto de encima como quien rechaza una segunda taza de café.

Yo no soy consciente de haber actuado nunca con tanta desconsideración, pero rebusco en mi memoria, porque me consta que cuando Kayla arruinó lo nuestro me convertí en un capullo. Cuando pasó lo que pasó, me tiré a un montón de mujeres, y de muchas de ellas no recuerdo ni el nombre. Sin embargo, fueron mujeres a las que conocí en un bar o en una discoteca. Ellas buscaban en mí lo mismo que yo en ellas. Pero Royce quiere algo más. Y Keehan también.

No sé si voy a ser capaz de hacerle ver la verdad, porque es ella la que debe darse cuenta de que lo que necesita lo ha tenido siempre delante de los ojos.

Estoy doblemente preocupado. Por un lado, no estoy seguro de poder cumplir las aspiraciones de la clienta y, por otro, me preocupa mi colega.

Hacía mucho tiempo que no se lanzaba a la palestra. Y la reacción de Rochelle podría ser un duro golpe para su autoestima y su confianza.

Al menos, cuando esté conmigo a solas podrá desahogarse, pero le va a costar tener que disimular en el trabajo y no sé si eso va a acabar afectando al caso. Espero que se dé cuenta pronto de que esto es un lígüe y nada más. Royce se ha marchado sin que pudiera decirle nada y supongo que es mejor así. Ya nos pondremos al día más tarde.

—¿Listo? —me pregunta Rochelle, y la ilusión que siente se transmite como energía eléctrica por el despacho.

—Eso parece. —Le dirijo una sonrisa cansada y me siento en el sofá, cerca de su mesa. Hago que la información de la tableta aparezca en su monitor y juntos miramos la foto de un hombre negro de treinta y pocos años. Rochelle se echa hacia delante, junta las piernas y apoya la barbilla en las manos—. Michael Conway. Programador de software en Silicon Valley. Autónomo. Ha creado apps de éxito para la red de emergencias de la zona. Sus ingresos anuales son de seis cifras, pero ha hecho buenas inversiones.

—¿Tiene familia?

—Está divorciado; sin hijos.

—Ajá. ¿Le rompieron el corazón o fue él quien se lo rompió a su esposa?

—¿Acaso importa? ¿Tienes alguna preferencia al respecto? —Ataco a la yugular, porque me gustaría que sintiera aunque fuera una punzada de remordimiento por haber sido tan poco considerada con Roy sin querer. Bueno, quiero creer que lo ha hecho sin querer, pero no estoy del todo convencido, ya que me cuesta imaginar que Rochelle haga algo sin calcular todas las consecuencias, a corto y largo plazo. Yo haría lo mismo si me liara con alguien del trabajo... Excepto con Sophie. A ella la aprecio y la respeto tanto que nuestra relación siguió después, aunque cambió y se volvió platónica.

—Es que me lo tomo muy en serio. Es mi futuro lo que está en juego. Si le han hecho daño, será más difícil que me lo haga a mí, ¿no crees?

Aunque es triste, no deja de tener razón. No me extraña comprobar que se lo toma tan en serio y que me hace las preguntas que le parecen importantes, a pesar de lo que yo pueda pensar de ella. Respeto su actitud; me parece honesta y valiente. Está claro que esa actitud la ha ayudado a llegar lejos en su vida profesional, pero no tanto en la personal. Para eso estoy yo aquí; espero poder ayudarla.

Chasqueo la lengua y vuelvo a revisar la ficha del primer candidato. Cuando encuentro la información que buscaba —«Gracias, Wendy, por ser la mejor secretaria del mundo»—, la comparto con Rochelle.

—Según el informe del juzgado, su esposa solicitó una licencia de matrimonio una semana después de que dictaran la sentencia de divorcio hace tres años.

Ella hace una mueca.

—Pobrecito, con lo sexy que es.

Paso a la siguiente imagen.

—Sean White. Acaba de retirarse del béisbol profesional y ya tiene trabajo como entrenador del equipo de la Universidad de San Francisco.

—Ni hablar. No tengo el menor interés en ir a ver partidos de béisbol universitario ni nada que tenga que ver con deportes. Ni ahora ni nunca.

—¿Estás segura? Su madre falleció, lo que significa que no habría ninguna suegra molesta de por medio, y sus dos últimas novias *groupies* le pusieron los cuernos, lo que aumenta las posibilidades de que te fuera fiel.

Ella niega con la cabeza.

—No, Parker. No tengo intención de salir con ningún aficionado a los deportes. No quiero parecerte caprichosa, pero es que ya salí con un jugador profesional y no pienso repetir la experiencia. Se enfadan cuando no los acompañas a los partidos; se enfadan si los haces callar y les pides que pasen tiempo contigo, se enfadan cuando no sabes algo de algún deporte o si no animas a su equipo. Si hay algún deportista más, ya puedes tacharlo de la lista.

«Se enfadan cuando no pasas tiempo con ellos.»

Me vienen a la cabeza imágenes del pasado. Veo a Kayla apareciendo en la habitación de la universidad con un camisón sexy, pidiéndome que dejara de estudiar para los exámenes finales y que la hiciera sentir bien. Esas noches eran mortales. Parecía que, cada vez que tenía algún examen importante, ella sacaba la carta de «No me haces caso». Me pasaba la mitad de la noche haciendo que se sintiera adorada y la otra mitad bebiendo café para mantenerme despierto y poder estudiar. Al día siguiente entraba en clase muerto de sueño y... ¿todo para qué? Para hacer feliz a una mujer que se lo estaba montando con dos de nosotros, asegurándose de que tendría un futuro cómodo y brillante con al menos uno de los dos.

Frunzo el ceño y cambio de imagen.

—Listos. ¿Qué tal un hombre del campo de las finanzas? —le pregunto, aunque sé que el siguiente candidato es un bombero.

Ella le echa un vistazo.

—Está buenísimo.

—Es bombero. —El candidato lleva el pelo peinado en trenzas africanas, tiene una amplia sonrisa y, según el informe, es el más sensato del grupo. Sin embargo, no dejo pasar la oportunidad de que piense en alguien que tiene más a mano—. ¿Qué te parecería un hombre que trabajara en el mismo campo que tú?

Ella se encoge de hombros.

—Me pondría las cosas más fáciles en los actos sociales ligados al trabajo.

—Este hombre tiene mucha familia, pero viven en la costa Este, así que los verías poco. Vacaciones, aniversario, ese tipo de cosas.

—Bien, que pase a la siguiente ronda.

Hago aparecer la siguiente foto.

—¡Uau! Menudos maromazos que me has traído. ¡Bien por ti! —Se le iluminan los ojos al ver la imagen.

Sonrío porque el hombre en cuestión lleva unas gafas muy parecidas a las

que usa Keehan y se asemeja un montón a él. Tiene un tono de piel similar y el pelo igual de corto. La única diferencia es que Keehan suele ir afeitado y este hombre lleva perilla y bigote.

La imagen es la de su perfil personal de la web de la Universidad de California en Davis. Va con bata blanca y acreditación de hospital. Si Rochelle se siente físicamente atraída por este hombre, tiene que sentirse atraída por Keehan también.

—Es médico. Jefe de urgencias en la UC Davis.

—Bien, parece un tipo agradable. Y no le importaría que yo trabajara todo el día porque él también se pasaría el día trabajando. Podríamos compartir la cena en casa, echar un polvo y dormir juntos. Y llevar a un médico del brazo en las fiestas quedaría muy bien.

—A menos que tenga una emergencia. Al parecer, ésa es la razón por la que no tiene pareja. Va a muchas citas, pero cada vez que recibe una llamada de emergencia, deja a las mujeres colgadas.

Ella ladea la cabeza.

—Pues no me parece tan grave. Total, yo tampoco tengo nunca tiempo para salir por ahí —replica, y se echa a reír.

«Mierda.» ¿Cuándo fue la última vez que invité a Skyler a una cita de verdad? Cuando fuimos al restaurante italiano y al espectáculo. A menos que contemos la boda real como cita. Skyler merece tener romanticismo en su vida: una cena a la luz de las velas, un paseo por la playa..., algo que haga que mi chica se sienta tan especial como ella me hace sentir a mí. Anoto en mi cabeza pedirle a Wendy que le envíe flores, y eso hace que me pregunte cuál es su flor favorita.

Soy un novio de mierda. Cuando veo a Skyler, sólo tenemos tiempo de comer, follar y dormir. No puede ser. Pensar en que ella se mude a Boston me provoca un hormigueo en la espalda que me llega hasta el cuello y se desplaza por mi cara hasta que una enorme sonrisa se apodera de ella. A mi madre y a Wendy les encantaría poder conocerla mejor.

La voz de Rochelle se cuela en mis pensamientos.

—Eeehhh, ¿hola? —Se echa a reír—. ¿Me enseñas al próximo?

En vez de cambiar de foto, me inclino hacia delante y me pongo a examinar la misma exageradamente.

—Anda, este tipo me recuerda a alguien... —Le pongo la zanahoria delante de la cara, a ver si pica.

Rochelle entorna los ojos y, de pronto, una gran sonrisa se abre paso en su cara.

—¡Dios mío, tienes razón! Es clavadito a Keehan. No le faltan ni las gafas.

Aprovecho la oportunidad para plantar una semilla.

—Keehan me contó que lleváis juntos en la empresa desde el principio.

Ella asiente y mira la imagen de la pantalla con una expresión soñadora que me dice que, en realidad, no está viendo al doctor, sino la cara de Keehan.

—Sí, somos casi familia. Está totalmente comprometido con la empresa. Es el mejor empleado y el mejor amigo que he tenido.

—¿Ah, sí? ¿Salís juntos a veces? —«Ya veía yo ahí potencial. ¡Soy bueno en mi trabajo!»

Ella sonríe.

—Cuando el trabajo nos lo permite. Lo bueno es que casi siempre nos coinciden las agendas, así que podemos ir a comer o pasar juntos los festivos. Conozco a su familia y él conoce a la mía. Los dos somos hijos únicos y para nuestros padres el trabajo siempre ha sido la prioridad. Los míos viven en Nueva York y dirigen su propia compañía. Los suyos están en Seattle y tienen una gran empresa de transportes.

—Y ¿nunca os habéis enrollado? —Le lanzo el anzuelo, a ver si pica.

Me mira confundida.

—¿Cómo? No, somos colegas; amigos.

—Ah, ya veo. No te resulta atractivo —comento, para que tenga que

plantearse el tema.

Frunce el ceño.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, sí te lo parece.

—Keehan es uno de los hombres más atractivos que conozco. Cada vez que entramos en un restaurante o caminamos por la calle, las mujeres se quedan babeando. Y vamos juntos al gimnasio, así que te aseguro que, aunque no se vea debajo del traje, está cuadrado.

—Pero ¿no babeas por él?

Ella se echa a reír.

—Cuando se quita la camisa, la posibilidad de que caiga un hilillo de baba está ahí.

Me echo a reír para mantener el tono de camaradería.

—Es raro, ¿no crees?

—¿El qué?

—Él y tú sois dos personas atractivas que trabajan codo con codo desde hace un montón de años y que pasan juntos el tiempo libre... No sé, me resulta extraño que no tengáis una relación.

—Yo no he dicho que no tengamos una relación. Mi relación con Keehan es la más importante de mi vida. Es el único hombre, aparte de mi padre, que sé que siempre me va a decir la verdad y me va a respetar. Me cubre las espaldas en todo momento y yo hago lo mismo con él.

—Oh, entonces las cosas pueden complicarse un poco el día de mañana, cuando tengas que dedicarle más tiempo a tu futuro marido, ¿no crees?

—¿Perdón? No te entiendo. —Frunce el ceño y endereza la espalda, poniéndose a la defensiva.

Me echo hacia atrás en el sofá y alargo el brazo.

—Rochelle, al hombre que logre casarse contigo no creo que le haga ninguna gracia la relación tan cercana que tienes con Keehan. Va a tener que retirarse un poco de tu vida para que tu marido sienta que él es el hombre en

quien confías y en quien te apoyas en los malos momentos. El que te acompaña por las noches, en vacaciones, los días festivos, el que te lleva a algún sitio por tu cumpleaños...

Cuando replica, su voz suena tensa.

—Pero es que eso lo hace Keehan, ya es tradición. Cada año por mi cumpleaños vamos a algún sitio que no conocemos, pasamos el fin de semana y hacemos un poco de turismo. Es nuestra manera de tomarnos unas pequeñas vacaciones y de relajarnos un poco. Es sagrado. Llevamos haciéndolo desde que nos conocimos en la universidad.

—¿De verdad crees que a tu marido le va a hacer gracia que pases un fin de semana por ahí con tu «amigo» y empleado mientras él se queda en casa solo? —Alzo una ceja para que se dé cuenta de la importancia de lo que le estoy diciendo.

Ella niega con la cabeza y se cubre la boca con la mano. Durante un buen rato no dice nada y, cuando lo hace, su voz es tensa. Se nota que ya no disfruta con lo que estamos haciendo.

—¿Me enseñas la siguiente foto, por favor?

—Claro, tú mandas.

Misión cumplida. Mientras le muestro la foto del siguiente candidato, disimulo una sonrisa.

—Harkin Elba. Ingeniero. Nunca se ha casado. Sus padres están muertos. Tiene un hermano y una hermana con los que mantiene una relación... —No puedo decir más porque me interrumpe.

—Vale, el siguiente. —Sacude la mano en el aire para que pase a la siguiente foto.

Apenas le ha dirigido una mirada al candidato. Espero que eso signifique que sólo puede pensar en un hombre.

Keehan Williams.

—Hola, Melocotones —respondo al teléfono, dejándome caer en la butaca

de la suite—. He quedado con Royce para cenar, así que no puedo hablar mucho rato.

Cuando oigo un sollozo al otro lado de la línea, me pongo en alerta.

—Skyler, nena, ¿qué pasa? —Me levanto bruscamente y miro a mi alrededor sin saber qué hacer para que deje de llorar.

—Él... él... se lo va a enseñar a todo el mundo. —Se le rompe la voz y vuelve a sollozar ruidosamente.

Aprieto los dientes y hago rodar los hombros.

—Skyler... Nena, tienes que dejar de llorar para que pueda entender por qué estás tan disgustada. Respira conmigo, ¿vale? Inspira... —Inspiro hondo—. Suelta el aire... —Lo hago con fuerza para que me oiga bien, repitiéndolo varias veces hasta que noto que se calma—. Y ahora cuéntame qué te pasa, porque me estás asustando. ¿Quién va a enseñar algo a todo el mundo? Y ¿qué es lo que va a enseñar?

—Johan. Él... ¡Oh, Dios mío! Parker, es horrible. —Parece que le duela pronunciar cada palabra.

—¿El qué es horrible, Melocotones? Cuéntamelo.

—¡Es que me vas a odiar! ¡Todo el mundo me va a odiar! —Se echa a llorar de nuevo.

—Skyler, deja de llorar ahora mismo y explícame qué te pasa. —La riño usando mi tono más duro, para sorprenderla y que deje de llorar.

—Johan es mi ex. —Se le rompe la voz.

—Lo sé. Estuvisteis juntos más de un año. No hemos hablado mucho de él, pero sé que fue importante para ti y que te hizo daño.

—Sí, pero nada comparado con lo que planea hacer ahora. —Las palabras le salen en medio de un trabajoso gemido jadeante.

El corazón se me dispara a medida que la preocupación por ella crece.

—Nena, ¿qué pasa?

—Tiene fotos mías, Parker. Fotos escandalosas. Y él... él... —Traga saliva ruidosamente y suelta el aire—. Dice que va a contarlo todo en un libro y a

incluir las fotos. ¡Se las va a enseñar a todo el mundo! Y yo... ¡yo no soy así! Yo sólo... Por Dios, ¡si yo lo hice por él! —Se echa a llorar otra vez.

—Vale, vale, cariño. Creo que ya lo he entendido. Va a escribir una mierda de libro sobre vuestra relación y a publicar fotos que no quieres que salgan a la luz, ¿es eso?

—Sí —responde con la voz rota, mostrando lo destrozada que está en cada palabra.

—¿Qué sale en esas fotos?

—¡Yo!

—Sí, me lo imagino, nena, pero sé más específica para que pueda entender por qué estás tan disgustada.

—Salgo haciendo cosas, en posiciones comprometidas. —Respira de forma entrecortada.

Ojalá pudiera estar a su lado, mirándola a la cara, para poder cargar con parte de su dolor.

Por el disgusto que tiene, me imagino que ese tipo le sacó fotos desnuda. Aprieto los dientes, me acerco al mueble bar, me sirvo dos dedos de whisky escocés y me lo bebo de un trago.

—Supongo que sales desnuda en las fotos.

Ella sorbe por la nariz.

—Sí, cariño, pero hay más. A él le iban las perversiones; me pedía que le hiciera cosas..., que me pusiera cosas que le gustaban.

Mi mente dibuja imágenes de Skyler en varias situaciones fetichistas.

—¿Como cuáles?

—Bueno..., en una salgo atada a una cruz en una pared. Se me ve todo. Tenía los ojos vendados y ¡no sabía que me estaba fotografiando! —Su tono de voz sube y baja por la rabia que siente.

—¡Joder!

—Parker... —Gime—. Por favor, no me odies.

—Nena, nunca podría odiarte. Yo no soy ningún santo; también he tenido

mi época fetichista. Mientras fueras mayor de edad y dieras tu consentimiento, no hay ningún problema. Lo único malo aquí es que él te sacó fotos sin que lo supieras.

—En otra llevo una bola en la boca, pinzas en los pezones y nada más. Bueno, también llevo una venda en los ojos, pero se ve que soy yo. ¡Todo el mundo me reconocerá!

Lo de la mordaza de bola no me pone nada, pero lo de las pinzas en los pezones me habría puesto como una moto si mi chica no estuviera tan disgustada y yo no tuviera tantas ganas de asesinar a su ex con mis propias manos.

—Dice que va a contarle a todo el mundo lo pervertida que soy; que me gustaba pegarle con un látigo y que le dejé cicatrices en la espalda que los maquilladores tenían que cubrir durante los rodajes, pero ¡no es verdad! Lo máximo que hice fue azotarlo, pero poco porque no le encontraba la gracia. Él siempre quería que lo hiciera más fuerte... Siempre acabábamos discutiendo. Él me decía que era una amante de mierda y... y... —Empieza a jadear y noto que está a punto de derrumbarse otra vez.

—Nena, no te creas eso, es absurdo; eres la mejor amante que he tenido en mi vida. Eres tan ardiente en la cama que no me cansaría nunca de ti. No escuches a ese imbécil. Está cabreado porque no va a poder volver nunca contigo. Es un cabrón que quiere ganar dinero a tu costa.

—Pero ¿qué voy a hacer? Va a destrozar mi reputación; mi carrera está acabada.

Niego con la cabeza, aunque ella no me vea.

—Lo dudo mucho, Skyler. ¿Has hablado con Tracey?

—No, te he llamado a ti primero —dice en un susurro.

—Oh, nena...

Mi chica se siente amenazada y al primero al que llama es a mí. Soy la primera persona en el mundo a la que acude. Nada podría hacerme sentir más fuerte, más grande y más hombre. Tengo que encontrar la manera de

ayudarla. Lo primero que me viene a la cabeza es montar en un avión, ir a donde sea que esté el Johan ese y dejarlo fino de una paliza.

Me sirvo dos dedos más de whisky y oigo que alguien llama a la puerta.

—Sky, escúchame... —Espero a que el llanto afloje un poco mientras abro la puerta para que entre Royce—. Ahora vas a respirar hondo. Luego irás a darte una ducha caliente, bien larga. Después llama a Tracey y cuéntale todo lo que ese idiota amenaza con hacer. A continuación te servirás una copa y pedirás una pizza. Enciende la chimenea y pon la app romántica esa que tanto te gusta. ¿Cómo se llamaba? ¿Passionflix?

—Sí. —Ella se sorbe la nariz y suelta el aire entrecortadamente.

—Estarás bien. Repite conmigo, Melocotones.

—Estaré bien.

—Vale, muy bien. Ahora cuelga y telefonea a Tracey. Cuando sepas algo vuelve a llamarme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Guarda silencio unos instantes antes de añadir—: ¿Park?

—Estoy aquí, nena.

—¿No ha cambiado tu opinión sobre mí? Por... por lo que te he contado.

Pobrecilla. Cierro los ojos y me paso una mano por el pelo, tirando de las raíces hasta que duele.

—No, Skyler. No ha cambiado. Eres mi mujer y me gustas mucho, ¿te acuerdas? Además..., me estoy enamorando de ti.

—A mí también... me gustas tanto... —La voz se le rompe en un sollozo—. Puede que te quiera un poquito. Y ahora más.

Sus palabras se me clavan en el corazón como una lanza que me abre el pecho. Siento un gran orgullo y no puedo contener una enorme sonrisa.

—Guarda esta conversación para cuando pueda verte cara a cara y abrazarte..., entre otras cosas, ¿vale? —le digo usando mi tono más sugestivo para tranquilizarla.

—¿Me lo prometes?

—Melocotones, pocas cosas en el mundo podrían mantenerme apartado de

ti durante demasiado tiempo. Daría lo que fuera por poder estar ahora a tu lado, para que pudieras llorar sobre mi hombro y poder abrazarte. Te prometo que esto pasará. Encontraremos una solución, tú, yo y Tracey, haremos lo que haga falta.

—Te haré caso y llamaré a Tracey después de ducharme.

—Y pide la pizza y ponte el Passionflix. Me dijiste que habían hecho la película de uno de tus libros favoritos, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba la autora? Sylvia Day..., ¿puede ser?

—Sí, pero la peli no es de la serie «Crossfire».

—¿Ah, no?

—No, es de *Atrévete & Arriésgate*.

Frunzo el ceño. No me suena de nada, pero no importa. Lo importante es que se distraiga.

—¿La has visto?

Ella suspira.

—No, estaba demasiado liada con el rodaje.

—Pues date hoy el capricho.

—Vale.

—Vale. Pues ya sabes: ducha, Tracey, pizza, película. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

—Y llámame luego —le recuerdo.

—Lo haré.

—Mientras tanto, estaré pensando en ti.

—Yo también.

Cuando ella cuelga, levanto la mano para detener a Royce, que está en alerta máxima. Se ha dado cuenta de que mi chica lo está pasando mal y quiere detalles. Abro los contactos, busco a Tracey Wilson y le escribo un mensaje.

De: Parker Ellis
Para: Tracey Wilson

Después de que hables con Sky, ve a su casa y
quédate con ella. No quiero que esté sola esta noche.

Ella no tarda ni dos segundos en responderme.

De: Tracey Wilson
Para: Parker Ellis
¿Qué pasa?

Le respondo tan rápido como mis dedos me lo permiten.

De: Parker Ellis
Para: Tracey Wilson
Prefiero que te lo cuente ella. Por favor, ve a su
casa. Necesita a su mejor amiga a su lado esta noche.

Me dirijo al mueble bar y le sirvo un whisky a Royce. Mientras se lo doy,
suena el aviso con la respuesta de Tracey.

De: Tracey Wilson
Para: Parker Ellis
Voy para allá.

—Y ahora cuéntame qué coño pasa con tu chica —me exige Roy, que
sostiene el whisky a la altura de la rodilla.

Sacudo la cabeza.

—Un montón de mierda, tío. Un montón de mierda que está a punto de
explotar.

El whisky me quema la garganta y me ayuda a aplacar un poco la rabia que se ha apoderado de mi alma. Pongo al día a Royce sobre lo que me ha contado Skyler. Con cada frase que digo, se tensa más; parece un jaguar a punto de atacar.

—Me lo cargo... —dice, y sus palabras son una promesa letal.

—Tal cual.

—Hemos de averiguarlo todo sobre ese tipo: quiénes son sus amigos, el estado de sus finanzas... Algo pasa. Este tío no se ha levantado un día y ha decidido ir a fastidiar a una mujer a la que lleva años sin ver. Tiene que haber una razón, Park.

Me muerdo el labio inferior mientras recorro la habitación de arriba abajo hasta que me doy cuenta de que hay alguien que puede ayudarnos aparte de Tracey. Cojo el teléfono y busco su nombre. Suena un par de veces antes de que me responda una voz de hombre:

—¿A qué debemos el placer de su llamada a las... once de la noche, señor Ellis?

Me trata de usted porque sabe que no llamaría a esta hora si no se tratara de un asunto de negocios o algo muy grave.

—Michael, tengo que hablar con Wendy. Necesito que me ayude con algo muy urgente. —Mi tono de voz no deja ni un resquicio a la posibilidad de negarse, si quiere que su mujer conserve el empleo. No la despediría, pero él no me conoce lo suficiente para saberlo.

Wendy se ha convertido en parte de nuestra gran familia en los pocos meses que lleva trabajando para nosotros. Es insustituible.

—Ya veo —replica en el mismo tono—. Un momento, por favor.

Oigo ruidos de fondo y luego voces a lo lejos.

—Cherry, puedes ponerte la bata mientras hablas con tu jefe. ¿Está claro?

—Sí, señor. —Su voz me llega muy débil.

—En cuanto acabes de hablar, te la quitarás y volverás a arrodillarte a mi lado.

—Sí, señor. Gracias, señor —dice Wendy en un tono de voz mucho más suave del habitual en ella.

Aprieto los dientes. Preferiría no haberlo oído, pero, al mismo tiempo, siento curiosidad. Su dinámica dominante-sumisa no me sorprende, ya me la había imaginado, pero sus palabras me confirman que tienen un tipo de relación de la que sé muy pocas cosas. Por desgracia, si llegan a publicarse las fotos de Skyler, es probable que aprenda una cosilla o dos.

—Parker, ¿qué pasa? —me pregunta Wendy en su tono vivaracho de costumbre. No sé por qué, pero no esperaba que sonara como siempre.

—Wendy, mira, siento mucho molestarte. —Me froto las sienes con el índice y el pulgar y vuelvo a recorrer la habitación de un lado a otro—. Skyler tiene problemas. Su ex, Johan Karr, amenaza con hacer públicas fotos de ella desnuda, fotos demasiado íntimas, y con escribir un libro contando las perversiones sexuales de Skyler, aunque en realidad son las perversiones de él. Necesito saber por qué lo hace. Y, si no es posible, necesitaríamos encontrar algo con que contraatacar.

—¡Será posible! ¡Menudo asqueroso! —grita en voz tan alta que tengo que apartarme el teléfono de la oreja durante un segundo.

—Y que lo digas.

—Voy a..., eeehhh..., a hablar con Mick y me pongo enseguida a ello.

—No quiero que dejes piedra por levantar. Necesitamos saber el estado de sus finanzas; lo que debe, si es que debe algo, quiénes son sus amigos, los lugares que frecuenta, absolutamente todo. Si ese tipo amenaza con destruir la carrera y el buen nombre de mi mujer, quiero luchar con sus propias armas.

—Oh, lo encontraré todo, te lo aseguro.

Me humedezco los labios y bajo la voz. No quiero poner en riesgo a International Guy, pero por Skyler haré lo que haga falta.

—Si tienes que usar medios cuestionables, no dudes en...

—Parker, es un tema familiar. Si atacan a uno, nos atacan a todos. —Sus palabras me forman un nudo en el pecho que me aprieta el corazón. Late tan deprisa que parece que quiera abrirse camino a través de huesos y músculos para salir a la superficie—. Ya sé que no hace mucho tiempo que nos conocemos, pero, aparte de Mick, vosotros tres sois todo lo que tengo. Cavaré bien hondo. No dejaré piedra sin remover. ¿Vale?

Se me seca la boca y se me cierra la garganta; por eso me cuesta bastante decir:

—Vale, Wendy. Gracias.

—Te llamo cuando tenga algo.

—Lo que sea —susurro, y mis palabras suenan como una súplica.

—Cuenta con ello, jefe. —Cuelga antes de que pueda darle las gracias otra vez.

—Qué buena idea llamar a Wendy. Esa mujer es una crack. Si ese tío esconde algo, ella lo descubrirá.

Asiento aturdido y miro por la ventana los rascacielos de San Francisco, deseando que fueran otros, en concreto, los rascacielos de Nueva York vistos desde el ático de Skyler.

Royce me da una palmada en la espalda.

—Encontraremos la manera de ayudar a tu chica. Deja que Wendy y Tracey hagan su trabajo. Lo único que podemos hacer ahora es esperar.

Asiento levemente y luego tiro de la corbata, me la quito y la lanzo a la maleta.

Royce me sirve otra copa, se dirige al teléfono del hotel y llama al servicio de habitaciones.

—Sí, queríamos dos bistecs, al punto, con acompañamiento de patatas y

verduras. Y otra botella de whisky escocés. Cárguenlo a la habitación. ¿Media hora? De acuerdo.

Me quito los zapatos y Royce, tras colgar el teléfono, hace lo mismo. Se afloja la corbata y los dos primeros botones de la camisa. Pliega la corbata con mucho cuidado y la deja en la mesa. Se quita la chaqueta, la dobla por la mitad y la coloca en el respaldo de una silla. Después de ponerse cómodo, se sienta en el gran sofá del salón de la suite, coge el mando a distancia y busca el partido de béisbol más importante de la jornada. Me acerco a donde está él y me apalanco en el sofá con el teléfono en una mano y el whisky en la otra. En silencio, pero en total solidaridad, vemos el partido y esperamos noticias de Wendy o de Skyler.

Dos horas más tarde seguimos sin noticias. He llamado a Skyler y le he enviado varios mensajes, pero no me ha respondido. La que sí lo hace es Tracey, que me confirma que está con ella y que tiene varias ideas.

Cuando el partido termina, gruño de frustración. Aquí son ya las diez de la noche y ninguna de ellas ha dicho nada. Suspiro y camino por la habitación para liberar un poco de tensión. Me vendría bien algo de distracción. Entonces me acuerdo de lo que ha pasado antes y, ya que Royce está aquí, ¿por qué no aprovechar para averiguar qué sucedió en Renner Financial Services?

—¿Vas a contarme lo que pasó con Rochelle? —Apoyo una pierna en el sofá y me encaro hacia el hombretón.

Él sacude la cabeza con decisión.

—No.

Aprieto los dientes buscando la manera de lograr que se abra. Sé que está disgustado porque Rochelle no ha dado importancia a lo suyo. Es normal, le pasaría a cualquiera. O a lo mejor no quiere hablar para no reconocer que yo tenía razón, pero creo que necesita sacar lo que lleva dentro para poder seguir avanzando.

—Tío, te la tiraste y estabas a punto de hacerlo otra vez cuando he entrado. Ella dijo que había sido un «aquí te pillo, aquí te mato», pero te conozco y sé que tú no eres de hacer esas cosas. Ha tenido que dolerte aunque fuera un poco.

—No creas —trata de mentir, pero noto la decepción en su voz—. ¿Quién dice que no pueda pasar algo más entre nosotros? Lo de anoche significó algo. Fue intenso, cargado de pasión, y me pareció que era algo que podría ir a más si le dábamos una oportunidad.

Está loco. ¡Aún piensa que tiene alguna oportunidad!

—Roy, esa mujer no es para ti. Y no lo digo porque se haya pasado horas conmigo buscando un marido perfecto, es que está deseando que llegue la fiesta del fin de semana para conocer a los candidatos en persona. Me juego algo a que está revisando sus perfiles ahora mismo.

Se encoge de hombros, se echa hacia atrás en el sofá y apoya los pies en la mesita de centro.

—Me da igual. Te digo que ha habido algo...

—¡Sí, una tonelada de lujuria! Sé de qué te hablo porque yo viví lo que tú estás viviendo. Con Sophie. Ahora es una de mis mejores amigas, pero lo que tengo con ella no se parece en nada a lo que tengo con Skyler. Cuando la veo, las entrañas se me convierten en lava ardiente. Esa mierda de las mariposas en el estómago y las estrellas en los ojos..., pues resulta que es verdad. Sí, lo admito, estoy loco por esa mujer.

—Estás enamorado, tío.

—Sí. —Es la primera vez desde Kayla que admito en voz alta que estoy enamorado de alguien. Estoy enamorado. «¡La madre que me parió!»—. ¡Joder! —Apoyo la espalda en el respaldo con fuerza y respiro hondo varias veces.

Estoy enamorado de Skyler.

De Skyler Paige, joder.

La chica de mis sueños.

Que es mía, toda mía.

Y que está sufriendo. Está enfrentándose a esta situación de mierda sin mí a su lado. Esto no puede seguir así. No podemos pasar tanto tiempo separados. Dicen que la distancia hace aumentar el cariño, pero, ahora mismo, si pillara al que dijo eso le daría un puñetazo. La necesito. Necesito estar a su lado cuando la vida le da un golpe. Y viceversa.

—Tenemos que resolver este caso, y mientras tanto no puedes andar follando con la clienta. Ya no más, lo digo en serio. —Cuando me oigo decir esas palabras, me cuesta reconocerme. Es la primera vez que doy una orden directa a uno de mis socios.

¿Propuestas? Sí.

¿Intercambio de ideas? Por supuesto.

¿Órdenes? Nunca.

—¿Cómo dices? Te sugiero que dejes de mirarte ese ombligo enamorado y pienses en lo que acabas de decirme, socio. —Remarca la última palabra, que es básica en nuestra relación—. Soy tu socio, no tu empleado. Y soy tu colega... porque elegí serlo. Ni se te ocurra decirme cómo tengo que actuar con una mujer que me interesa. A mí no se me ocurriría hacerlo contigo.

—Roy, lo siento, pero esa mujer... no es para ti. —Es una frase absurda, pero es que no sé cómo decirlo para que lo entienda.

—¿Qué pasa? ¿Ahora que has encontrado a tu mujer entre siete mil millones te has convertido en un experto en amor? ¿Ahora eres el gurú del amor o de qué mierda vas? Te recuerdo que la última mujer de la que te enamoraste te jodió vivo con tu mejor amigo. Yo nunca haría eso porque yo no soy como él. Y también tengo las neuronas suficientes como para tomar mis propias decisiones. ¿Queda claro..., tío?

—Roy, no te engañes. Esa mujer está enamorada de otro hombre.

Él echa la cabeza hacia atrás.

—Eso te lo estás inventando.

Sacudo la cabeza enérgicamente y me levanto.

—No.

—¿De quién?

—De Keehan.

—¿De Clark Kent?

Pongo los ojos en blanco porque, aunque estamos discutiendo, yo hice la misma comparación cuando lo vi por primera vez.

—Sí.

—Ni hablar. Tal vez él lo esté de ella, pero ella a él ni lo ve. Cuando él le puso las manos encima para animarla el otro día, Chellie no reaccionó. Le dio palmaditas en la mano como a un viejo amigo; nada más.

Como no estoy de acuerdo, se lo hago saber.

—Cuando le enseñé las fotos de los candidatos, se comportó con todos más o menos igual, pero cuando le mostré a uno que es clavado a Keehan, se le hizo el culo Pepsi-Cola. Llevan tanto tiempo juntos que ella ha descartado la idea de que su relación pueda ser algo más que una amistad, pero creo que, si se lo ponemos delante de los ojos, morderá el anzuelo.

Royce se levanta y se acerca a la silla donde ha dejado los zapatos para ponérselos.

—No lo veo. Rochelle es una mujer muy fuerte. Necesita a un hombre fuerte a su lado, alguien que pueda llevar parte del peso que carga siempre.

Niego con la cabeza.

—No, lo que necesita es un hombre que esté siempre a su lado, alguien en quien poder apoyarse cuando las cosas se ponen difíciles. Alguien que la ayude a ascender, no que le quite el foco de atención. Hazme caso, Royce. Rochelle necesita a un hombre sumiso a su lado. Alguien que viva por y para ella; que se desviva por hacerla feliz, y Keehan es ese hombre. Ya le ha dedicado su vida entera. Lo único que hace falta es que ella abra los ojos y vea lo que tiene delante de las narices.

—Qué tontería. Te estás equivocando y mucho. Te lo advierto..., entre Chellie y yo hay algo, y pienso averiguar de qué se trata.

Suspiro y me llevo las manos a las caderas.

—Me temo que te estás equivocando, y lo último que quiero es que te hagan daño.

Royce lanza llamas por los ojos y me señala con un dedo.

—Yo sé lo que me conviene. Tienes que confiar en mí.

—No puedo. Esa mujer no te conviene por un montón de razones. Pienso seguir adelante con esto y encontrar al hombre que necesita y, hazme caso, Roy: ese hombre no eres tú.

—Bien, pues entonces lo único que podemos hacer es ponernos de acuerdo en que no estamos de acuerdo. Y que gane el mejor —añade con una sonrisa que destila veneno.

Levanto las manos y las dejo caer a los lados en señal de derrota.

—¡Esto no es un juego! —grito y corro hacia la puerta, pero sólo llego a tiempo de ver cómo se aleja por el pasillo a grandes zancadas, tan grandes como su enfado.

—No, no lo es. —Se vuelve hacia mí y se señala el pecho—. Es mi jodida vida. ¡Mantente al margen! —grita antes de meter la tarjeta en la puerta de su suite y desaparecer dentro.

—¡Joder! —refunfuño, pero el zumbido del móvil sobre la mesita de centro me llama la atención.

Me acerco y leo el apodo de Skyler en la pantalla.

—¿Sky?

—No, soy Tracey —responde su mejor amiga.

—¿Dónde está Sky? —El corazón me va a un millón de latidos por minuto. Entre la discusión con Royce y la ansiedad que me causa lo que le está pasando a mi mujer, estoy hecho un puto saco de nervios.

—Durmiendo. Se me ha acabado la batería de tantas llamadas que he hecho mientras ella veía su película y se tomaba unas cuantas cervezas.

—Pero ¿está bien? —Me froto las sienes y cierro los ojos. Estoy tan cabreado que es como si el enfado me cayera por el cuerpo formando

cataratas. Es que yo tendría que estar ahí, en su cama, protegiéndola del mundo con mis abrazos para que nadie pudiera hacerle daño.

—No. Johan va a por todas. Su abogado me ha llamado y me ha hecho una oferta.

Siento como si me clavaran un cuchillo en el vientre.

—¿Una oferta? ¿Como si estuviera vendiendo algo al mejor postor? —Frunzo el ceño—. ¿Qué ofrece?

—Dice que, si le pagamos cincuenta millones de dólares, se acaba el problema —me responde sin ninguna inflexión en la voz.

Quiere cincuenta millones de dólares.

—¡Será cabrón! No pensará pagarle eso, ¿no? ¿Tiene tanto dinero? —murmuro distraído, sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Parker, es la actriz mejor pagada de Hollywood y lleva varios años siéndolo. Claro que tiene tanto dinero. Sólo por su última película cobró esa cantidad.

El cuerpo me pesa tanto que tengo que sentarme en la primera silla que encuentro. Me froto las sienes con rabia para aliviar el martilleo que me está machacando la cabeza.

—Oh. —La verdad es que nunca me había planteado que mi novia está forrada. Me importa bien poco. La quiero a ella, no sus millones.

—El abogado está redactando un acuerdo. Nos reuniremos con ellos la semana que viene.

—¿Sky va a reunirse con ese hijo de puta?

—Forma parte del acuerdo. Fue ella la que lo pidió. Quiere mirarlo a los ojos.

Me paso la mano por el pelo y aprieto los dientes con tanta fuerza que casi escupo mientras le respondo:

—Esto es una mierda, Tracey. ¿No podéis hacer nada su abogado o tú para librar a Sky de esa sanguijuela?

Ella suspira hondo.

—Me temo que no. Las fotos existen; Sky me lo ha confirmado. Son tuyas y puedes hacer con ellas lo que quieras.

—Pero me dijo que no había dado su consentimiento para que la fotografiara. —Doy un puñetazo en la mesa más cercana. La lámpara parpadea por el golpe y el vaso de Royce se tambalea y está a punto de caerse.

—Accedió a que la amordazara, a que la atara y le vendara los ojos, aunque ahora que las fotos pueden perjudicarla, ha cambiado la versión de los hechos. Es la palabra del uno contra la del otro. No queremos que esto llegue a juicio, porque la prensa lo convertiría en el escándalo del siglo. Si paga, recuperaremos las fotos.

—Y ¿qué pasa con el libro?

—No lo sé. De momento estamos negociando por las fotos. No quieren firmar un contrato de confidencialidad. Para eso vamos a tener que elevar la cantidad de dinero.

Cierro los ojos mientras la información me golpea una y otra vez. El dolor brota de mi corazón, se extiende por mis venas y me sale por los poros. La gran repugnancia que siento se apodera de mis nervios y aprieto los puños sin poder evitarlo. Estoy a punto de perder el control y destrozar la habitación.

Quiero destrozar a ese tipo.

Quiero darle tantos puñetazos en la cara que no pueda volver a ponerse ante una cámara nunca más.

Quiero verlo muerto.

Es la primera vez que le deseo la muerte a alguien. Nunca había albergado tanto odio en mi corazón como para desear algo así. Ni siquiera con Kayla me pasó. Vale, sí, tal vez le deseara una enfermedad venérea o un castigo parecido, pero nunca la muerte.

Deseo que Johan Karr desaparezca de la faz de la Tierra y que nadie vuelva a saber de él nunca más. Quiero que desaparezca para que no pueda volver a hacer daño a la mujer a la que quiero, ni a nadie más, ya puestos.

Por si las lágrimas que Sky derramó por su culpa mientras hablábamos no hubieran sido suficiente, ahora me entero de que ese cerdo le reclama cincuenta millones a cambio de unas fotos que nunca debería haber hecho. Y aún más dinero a cambio de no publicar un libro plagado de mentiras. No es justo. No puede ser que el mundo acepte una injusticia como ésa sin mover un dedo.

—Parker... Parker, ¿estás ahí? ¿Me has oído?

Sacudo la cabeza para librarme de la imagen de Johan con las manos esposadas a la espalda, entrando en una celda vestido con un mono de color naranja. Ojalá...

—Sí, sigo aquí. —Me aclaro la garganta e inspiro hondo.

—Mañana le diré que te llame, pero yo estaré aquí con ella. No me apartaré de su lado.

—Gracias, Tracey. Eres una buena amiga.

—Después de todo lo que ha pasado..., trato de serlo. Sky merece ser feliz. Desde que te conoció, ha cambiado. Camina más ligera y le brillan los ojos, sobre todo cuando habla de ti o contigo. No la había visto tan feliz desde antes de que murieran sus padres. Y todo es gracias a ti.

—Bueno, ella también me ha hecho abrir los ojos a mí acerca de un montón de cosas. —Y una de ellas es el amor. No pensaba volver a enamorarme nunca más, pero eso no es algo de lo que quiera hablar con la amiga de Sky. No, esas palabras las reservo para mi chica—. Cuídala.

—Lo haré. ¿Cuándo tienes previsto volver a casa? Mencionó algo sobre un partido de béisbol. Estaba como loca por ir al béisbol contigo. Creo que le iría bien distraerse un poco, apartar la cabeza de este asunto tan turbio, aunque sea durante un rato.

La idea de disfrutar de un partido de béisbol al lado de mi mujer me hace sonreír. Comer perritos calientes, gritarles a los árbitros, besarnos ante la *kiss cam*, compartir algo que me apasiona con la persona que quiero. ¿Qué puede haber mejor que eso?

—No lo sé seguro. Espero que dentro de unos días. Pero si Sky me necesita, cogeré el primer avión y dejaré que Roy se ocupe del trabajo. —O, al menos, eso sería lo que haría cualquier otro día, pero esta vez las cosas son distintas. Si me fuera, Bo tendría que sustituirme. Royce está tan colgado de Rochelle que los árboles no le dejan ver el bosque. Tal vez debería llamar a Bo y pedirle su opinión.

—Bueno, aquí son cerca de las dos de la madrugada. Tengo que dormir un poco si quiero servir para algo mañana.

—Gracias otra vez, Tracey, por estar ahí con ella cuando yo no puedo.

—Parker, no quiero que esto suene mal, pero piensa que yo la vi primero. Y siempre será mía de un modo u otro. —Aunque trata de sonar desenfadada, entiendo que me está diciendo que para ella Sky es más que una amiga.

—Sé que sois como familia, Tracey. Y sé que te sientes responsable de haberla empujado demasiado, casi hasta el borde de su resistencia. Creo que esa experiencia te enseñó qué es importante y qué no lo es. Ahora eres más fuerte. Y, además, si no hubiera pasado, yo no habría conocido al amor de mi vida.

Tracey contiene el aliento.

—Lo sabía. Estás enamorado de mi mejor amiga.

—No pienso responderte porque la primera vez que le diga a mi chica que la quiero no será por medio de su mejor amiga. ¿Queda claro?

—Cristalino. Mis labios están sellados. Pero, ¿Parker?

Suspiro.

—¿Sí, Tracey?

—Como le hagas daño, te mato. Ya ha sufrido bastante a manos de gente que afirmaba quererla. Está a punto de entrar en una nueva batalla. Si tú la traicionaras, me temo que no podría soportarlo, especialmente ahora.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras me calen en la mente.

—Lo sé. No tengo ninguna intención de hacerle daño. Que me llame por la mañana, por favor.

—Vale. Buenas noches.

—Buenas noches, Tracey.

Por fin se acaba este día de mierda. Me quito la ropa y me acuesto. Espero que Wendy consiga información sobre el Johan de los cojones. Tiene que haber una razón por la que haya decidido atacar a su ex para sacarle una cantidad tan grande de dinero. No me cuadra nada. La deja en paz durante meses y de pronto un día decide poner en riesgo su reputación y su carrera. ¿Por qué iba a esperar tanto si lo que quisiera fuera simplemente ganar dinero a su costa? Lo entendería si lo hubiera hecho al romper con ella, pero ahora..., ahora me parece un acto de desesperación.

Un hombre no decide atacar así como así a una mujer que formó parte de su pasado a menos que se sienta arrinconado. Al menos, eso es lo que yo creo.

Y eso me lleva a preguntarme quién lo está acorralando y con qué lo amenazan.

6

De: Parker Ellis
Para: Melocotones
¿Estás bien? Llámame cuando puedas.

Me pellizco los labios y releo el texto. Ya la he llamado una vez y no he conseguido hablar con ella. Probablemente se haya despertado con el tiempo justo y haya tenido que irse corriendo al plató. Sé que están a punto de acabar el rodaje y que la directora quiere hacer tantas tomas complementarias como sea posible, por si las necesita más adelante. Sin embargo, nada logra calmar el remolino de inquietud que se ha apoderado de mi mente y que me absorbe toda la energía.

Mientras me dirijo a Renner Financial Services, tengo un nudo en las entrañas. Aunque lo que me pide el cuerpo es que coja el siguiente vuelo en dirección a Nueva York, tengo un caso que resolver. Antes de irme, he llamado a la puerta de Royce y no me ha contestado. Supongo que ya está en las oficinas.

Sigo acercándome al despacho de Rochelle cuando me suena el teléfono.

Me detengo en seco y sonrío al ver que Wendy ha accedido a mi teléfono y se ha cambiado su nombre por otro que le ha gustado más. Al sonreír, se me alivia un poco el nudo que me está apretando el corazón desde ayer.

De: La Mejor Asistente del Mundo
Para: Parker Ellis
Me he pasado toda la noche recopilando información y sigo en ello. Esta noche tendré más. Mucha más. Alguien ha sido un chico muy malo.

Leo y releo el texto. «Un chico malo», dice. Eso puede significar cualquier cosa, pero, conociendo a Wendy, sé que significa que Johan Karr tiene secretos inconfesables. Y lo mejor es que ella se está encargando de sacar a la luz todos esos secretos enterrados. Sonrío porque, sea lo que sea, esa información ayudará a que mi mujer no tenga que soltar un céntimo a ese chantajista. O eso espero.

Cuando abro la puerta del despacho de Rochelle, la encuentro sentada a la mesa, con la cabeza echada hacia atrás, riendo con ganas de algo que Royce debe de haberle dicho.

Él me recibe con una sonrisa irónica y me saluda con una inclinación de barbilla, sin dejar traslucir la discusión que tuvimos anoche. Sé que las cosas no están resueltas entre nosotros, pero ambos hemos acordado tácitamente mantener una tregua delante de la clienta para no perjudicar al negocio. Lo que menos deseo en la vida es discutir con mis colegas, y menos todavía por una mujer. Tengo que encontrar la manera de arreglar las cosas entre nosotros.

—Buenos días, señor Ellis.

—Buenos días, señorita Renner..., Royce... —Miro a la clienta—. Espero que haya dormido bien.

Ella me dirige una sonrisa sarcástica.

—No tan bien como podría haber dormido si alguien cercano no hubiera rechazado mi oferta de ir a cenar y a tomar una copa.

Vuelvo la mirada hacia Royce. ¿Rechazó su invitación anoche? No he tenido tiempo de acabar de digerir la información cuando él comenta:

—Ya, bueno, mi familia me necesitaba y, aunque cenar contigo habría sido de lo más agradable, cuando mi familia me necesita, siempre acudo. — Su respuesta es como una bala que se me clava en el corazón, que es justo lo que él pretendía.

Rochelle chasquea la lengua.

—Qué pena. Podríamos habernos divertido un poco antes de que me

decida por alguno de los deliciosos especímenes que Parker ha elegido para mí.

Una sombra oscurece la mirada de Royce, pero enseguida pestañea y vuelve a ser el de siempre. No me gusta que hable así delante de Roy, pero él me dijo que no me metiera en sus asuntos, y eso haré aunque me cueste.

—Ya, bueno. No todo es diversión en esta vida, ¿no? También hay que trabajar. —Royce no puede disimular que está molesto—. Por cierto, estuve con Keehan, tratando de reducir la lista de potenciales ladrones, pero me temo que tuve que añadir otro nombre que tal vez no te guste. Creo que deberías tenerlo en cuenta.

Me siento orgulloso de mi amigo por lanzarle esa granada. Rochelle debe entender que está jugando con fuego. Me acerco a la mesa curioso para ver qué nombre ha añadido a la lista. Keehan me la pasó y le pedí a Wendy que investigara a las personas que aparecían en ella.

Mientras Rochelle la lee, noto que su cuerpo se tensa como un arco. De un empujón, se aparta de la mesa hasta quedar rozando la superficie de cristal con la punta de los dedos.

—No es posible —dice con la voz tensa; se nota que está molesta.

Reviso la lista y me fijo en el nombre escrito a mano al final, con la letra de Royce. La madre que lo parió. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no reaccionar. Está tratando de influir en una clienta y me parece fatal. Echo la cabeza hacia atrás y lanzo un suspiro al cielo.

Joder.

Aunque no quiero hacerlo, no puedo evitar pensar que Royce ha puesto el nombre de Keehan en la lista para librarse de él como posible competidor por el amor de Rochelle. Lo que él no sabe es que Keehan me pidió voluntariamente que revisara sus cuentas.

Sacudo la cabeza mientras ella fulmina a Roy con la mirada. No puedo librarme del miedo de que Royce esté anteponiendo su deseo por la clienta a la verdad. Keehan Williams está enamorado de Rochelle. Nunca robaría el

dinero de una mujer a la que ha dedicado su vida. El problema es que Royce está cegado por la lujuria y por sus ganas de tener su propia familia y no ve lo que es una obviedad para el resto de nosotros.

—Tío... —susurro.

—Alguien tenía que decirlo —me interrumpe—. Si hay alguien en esta empresa con acceso a todo y con capacidad de borrar sus huellas por completo es él.

Si no lo conociera tan bien, pensaría que se está regodeando.

Rochelle niega con la cabeza y frunce los labios hasta que forman una línea muy fina.

—Imposible.

—Chellie, es muy posible —insiste Royce.

Ella tira la silla aún más hacia atrás, se levanta y nos encara, cruzándose de brazos.

—No, no lo es.

La expresión de Royce se suaviza. Aunque sigue teniendo un aspecto imponente con su traje gris oscuro, su rostro se humaniza un poco.

—Que seáis amigos no significa que no pueda hacerte daño. Tiene los medios a su alcance y sabe cómo hacerlo. He visto este tipo de cosas antes; de hecho, lo he visto demasiado a menudo.

Ella resopla obstinada. Se nota que no le hace ninguna gracia el rumbo que ha tomado la conversación.

—Fue él quien me avisó del problema. ¿Por qué iba a hacer eso si me estuviera robando? —pregunta con los dientes muy apretados, cada vez más enfadada.

Estoy a punto de decir que tiene toda la razón cuando Royce apoya las manos en la mesa de cristal y replica:

—Para despistar.

Ella alza la mano para que no siga hablando.

—Basta. No pienso oír ni una palabra más. Deja de sugerir que Keehan

podría estar robándome. No es posible, y punto.

—No, no lo es. —La voz de Keehan retumba desde la puerta—. Nunca te haría daño y nunca perjudicaría a una empresa que ayudé a construir.

«Caramba, qué oportuno.»

Royce se incorpora y se mete las manos en los bolsillos.

—Tenía que decirlo. No te ofendas, colega, pero nuestro trabajo es asegurarnos de que ella disponga de toda la información —dice mecánicamente.

Keehan niega con la cabeza.

—No soy tu colega; soy un empleado de toda la vida y amigo de tu clienta. Y, si estuvieras haciendo tu trabajo de forma correcta, sabrías que ya os habéis encargado de revisar mis cuentas. Se las facilité ayer a tu socio para que pudierais buscar si hay algún ingreso adicional.

Madre mía, esto se está complicando por momentos. Tengo muchas ganas de defender a mi colega, pero no sé cómo.

Royce se vuelve hacia mí.

—¿Park?

Asiento.

—Es verdad. Keehan me lo sugirió. Cuando le pasé tu lista a Wendy, le pedí que lo incluyera. Ella me envió los resultados de la búsqueda anoche, antes de que la llamara por el otro asunto. —No entro en detalles porque no tengo ganas de compartir mi vida privada con los clientes.

Royce asiente.

—Podrías habérmelo comentado —me acusa sin que venga demasiado a cuento.

—Pensaba hacerlo esta mañana. De hecho, os he enviado un email a los tres hace un rato con lo que Wendy ha encontrado. Como sabes, anoche estuve liado.

Royce cierra los ojos e inclina la cabeza.

—Y ¿qué ha encontrado?

Keehan le entrega unas fotocopias.

—Ninguna de las personas que aparecían en la lista ha tenido ningún movimiento extraño en sus cuentas bancarias ni en sus carteras de inversión.

Royce revisa los documentos y asiente.

—Sí, están todos limpios.

—Menudo alivio —dice Rochelle—. Llevo mucho tiempo trabajando con todos ellos y estoy segura de que quieren que la empresa vaya bien. Tienen acciones..., todos. Pero ¿y ahora qué hacemos?

—Me temo que vamos a tener que investigar al resto del personal de la compañía y eso nos va a llevar más tiempo. —Royce hace una llamada—. Wendy, sí, hemos recibido tu información sobre RFS, pero por desgracia tenemos que ampliar la búsqueda al resto de la plantilla. —Asiente en silencio y mira por la ventana—. Sí, sí, necesitarás tiempo; lo entendemos. Ve enviando los resultados a medida que los tengas, ¿de acuerdo?

Inspiro bruscamente al darme cuenta de que, si Wendy se pone a investigar las cuentas de los empleados de RFS, no podrá buscar los trapos sucios de Johan.

Royce me mira de reojo y su voz cambia de entonación cuando añade:

—Wendy, ¿has acabado, eeehhh..., con lo otro? Vale, sí, se lo digo. Ponte con los otros nombres, ¿vale?

Wendy debe de haber cortado la llamada, porque Royce se guarda el teléfono en el bolsillo.

—Dice que tardará un par de días en revisar las cuentas y los demás productos financieros.

Rochelle suspira.

—Entonces, volvemos a estar en la casilla de salida.

—Eso me temo. —Royce golpea con los nudillos en la mesa de cristal. Agacha la cabeza y me busca con la mirada—. Parker, tengo que hablar contigo... en privado. —Señala hacia la puerta.

Rochelle y Keehan fruncen el ceño.

—Será un momento —les digo.

—Mientras tanto, y ya que Helen no está, pediré yo misma la lista de empleados a Recursos Humanos.

—Gracias, Chellie. —Royce le dirige una sonrisa.

Rochelle asiente, pero Keehan fulmina a mi socio con la mirada. Seguro que a ninguno de los dos les ha gustado ni un pelo la acusación de Royce, sobre todo teniendo en cuenta que él había ofrecido sus cuentas de forma voluntaria. Y estoy seguro también de que la intención de Royce al añadir el nombre de Keehan a la lista no ha sido mala. Pero si su motivación hubieran sido los celos y lo hubiera hecho para librarse de él como competidor, también lo defendería. Creo que ha hecho bien en investigar a Keehan, pero podría haber actuado con un poco más de tacto.

El caso es que la lujuria está entorpeciendo su modo de proceder. Lo sé porque yo también he sido víctima del deseo descontrolado. Sin embargo, tuve suerte. Acostarme con Sophie no tuvo consecuencias negativas para el negocio y... ¡me llevé a la rubia!

Royce sale del despacho y da unas zancadas a la derecha, buscando más intimidad.

—Wendy me ha dicho que tenía información para ti, que ahora te la pasa por correo electrónico. Si quieres revisarla..., o si prefieres que lo miremos juntos... —Se pasa la lengua por los labios.

Le apoyo la mano en el brazo.

—Tío, uno de los dos tiene que ocuparse de la clienta, pero significa mucho para mí que estés dispuesto a dejarlo todo por Skyler y por mí. Eso quiere decir que ya no estás enfadado por lo de anoche.

Él levanta la cabeza con un gesto brusco.

—Y una mierda. No te vas a librar tan fácilmente. —Me apoya un dedo en el esternón—. Dijiste cosas que no venían a cuento de nada...

Sacudo la cabeza, miro alrededor y veo una sala de reuniones vacía. Me llevo a Royce allí y cierro la puerta.

—¿Me estás tomando el pelo? Royce, el que se pasó de la raya fuiste tú. Abre tanto los ojos que parece que vayan a salirse de las órbitas.

—¡Ah, vale! O sea, que tú puedes tirarte a dos clientas y enamorarte de una de ellas, pero yo no, ¿es eso? —Sus cejas se arquean como dos puntas de flecha oscuras sobre sus ojos.

—No estamos hablando de mí.

—¡Pues claro que sí, joder! Creo que tengo el mismo derecho que tú de explorar lo que sea que haya entre Rochelle y yo sin tener que preocuparme por si mi colega se pone en pie de guerra.

Sus palabras me hacen daño.

Suspiro y me paso la mano por el pelo, que llevo larguísimo.

—Y ¿qué pretendes que haga? ¿Marcharme y dejarte aquí solo con ella? ¿Permitir que seduzcas a la clienta que nos ha contratado para que le encontremos marido? ¿Te presentas voluntario, Roy? ¿Vas a dejarlo todo y a mudarte a la costa Oeste por ella?

Él aprieta los dientes con tanta fuerza que el músculo de la mejilla le empieza a temblar.

Sigo hablando, aunque sé que es como pinchar a un oso enfurecido.

—¿Vas a dejar a tu madre y a tus tres hermanas en Boston? ¿Solás?

Esta vez aprieta los labios e inspira a través de los dientes.

—Es mi decisión, no la tuya.

—¿Vas a irte de International Guy?

Sólo de pensarlo me sacuden un montón de emociones: miedo, ansiedad, dolor. Mi instinto de lucha o huida se dispara. Tengo ganas de agarrar a Royce y salir corriendo de aquí, dejando a Rochelle y a sus líos de hombres bien lejos.

Royce se alza todo lo alto que es.

—Podría estar al frente de una delegación en la costa Oeste si quisiera. No me parece mala idea. —Abre las ventanas de la nariz y la magnitud de lo que acaba de decir me aturde.

Una mano invisible me aprieta la garganta. La idea de no tener a Royce en mi vida es demasiado dura para asimilarla.

—¿Nos dejarías? ¿Dejarías a tus colegas ahora que las cosas empiezan a funcionar? —No doy crédito a lo que oigo.

Él cierra los ojos y retrocede un paso antes de frotarse la calva con las dos manos.

—No, nada de eso va a pasar. No podría dejar a mi madre ni a mis hermanas. No dejaría lo que hemos construido juntos por una mujer a menos que las cosas fueran totalmente en serio: boda, niños, el pack completo. ¡Y claro que no abandonaría a mis colegas, joder!

—¡Gracias a Dios! Pero entonces ¿por qué demonios nos estamos peleando? —Noto que los hombros se me destensan y me meto las manos en los bolsillos. Tengo la cabeza como un bombo. Tanto que miro hacia abajo para asegurarme de que no he salido del hotel sin zapatos.

—El motivo da igual. Lo importante es que soy yo quien debe decidir sobre mi vida. Park, te estás metiendo en temas privados y me has dicho cosas que no deberías haber dicho.

—Porque veo lo que va a pasar. —Levanto la mano y señalo en dirección al despacho de Rochelle—. Ella no va a cambiar su vida; no va a mudarse ni irá a comidas familiares con tu madre y tus hermanas. Es preciosa, inteligente y debe de ser una fiera en la cama, pero no es para ti, tío. —Me froto la nuca y alzo la cara para mirarlo a los ojos—. Tú te mereces todo eso; te lo mereces todo. —Se me secan los labios, pero añado en voz baja y sincera—: Te mereces una mujer que venere el suelo por donde pisas, que te valore, que plante los cimientos de vuestra futura relación con tantas ganas como tú.

—Park... —Roy trata de interrumpirme, pero no se lo permito. Aún no, tiene que entenderlo.

—Rochelle es una gran mujer, es increíble, pero no es adecuada para ti. Es perfecta para alguien como Keehan, un hombre que la adora tal como es. Lo que ella necesita es abrir los ojos y ver lo que tiene delante de sus narices.

Ese hombre es justo lo que busca; lo que necesita. Está obsesionado con ella. Mi trabajo, nuestro trabajo, es lograr que se den cuenta, pero tú no ayudas metiéndote en medio con tu metro noventa de negrazo buenorro. La mujer adecuada llegará y, cuando lo haga, yo seré su fan número uno, pero hoy no es ese día. Tal vez no sea mañana ni pasado mañana, pero llegará pronto. Hazme caso, sé que no estás hecho para vivir solo, pero también sé que ella no es la mujer adecuada para ti.

Hago una pausa y respiro, sintiéndome como si acabara de correr un puto maratón.

—Tío, ¿acabas de llamarme «negrazo buenorro»?

Hago una mueca y me paso una mano por la cara.

—Eeehhh..., sí. Me temo que se me han pegado las palabras de Sky.

A Royce se le escapa una sonrisa. Me da una palmada cariñosa en la espalda y me atrae hacia sí para darme un abrazo apretado.

—Te quiero, tío. Me encanta que me cuides y que te preocupes por mí; lo que no me gusta es que me digas lo que tengo que hacer. —Noto que le tiembla un poco la voz, pero se controla y se mantiene firme, como siempre.

Le doy un par de palmadas en la espalda.

—No podía quedarme al margen viendo cómo mi colega se hundía cada vez más en un negocio inadecuado. Habría hecho lo mismo por Bo o por mi hermano Paul. La sangre es lo de menos. No puedo quedarme sin hacer nada mientras te la pegas. No me sale.

Royce retrocede, me apoya las manos en los hombros y se inclina hasta que quedamos a la misma altura.

—Te entiendo, pero tú debes entenderme a mí. Cuando quiera tu opinión, cuando la necesite, y llegará un día en que la necesite, te la pediré. No digo que no tengas razón, pero eso no cambia nada.

Asiento y dejo que sus palabras calen en mi mente. Esta vez me he escapado con facilidad, pero sé que voy a tener que andarme con cuidado en el futuro. Ya veo que a Royce no le gusta que me meta en sus asuntos de

mujeres. Está más terco de lo normal, y me pregunto si tendrá algo que ver que yo haya encontrado a Skyler cuando él aún no ha encontrado a la mujer de sus sueños. Sea como sea, respetaré su decisión y no interferiré en sus asuntos.

—Tío, siento haberme metido en lo tuyo con Rochelle...

Royce me interrumpe.

—No, tenías razón..., en este caso. A ella sólo le interesa nuestra conexión física, nada más. Probablemente porque está enamorada de Keehan sin saberlo. Ya lo veremos. No deberías haberme dicho nada, sobre todo después de tu pasado con las clientas. Además... —suspira y niega con la cabeza—, no estoy acostumbrado a que me discutan mis decisiones, y tú menos que nadie. Siempre nos hemos apoyado el uno al otro. Ese respeto era lo que caracterizaba nuestra hermandad y tú has cruzado la raya. Te has pasado bastante.

Cierro los ojos preocupado. Temo que esto haya abierto una brecha imposible de salvar entre los dos. Y, ahora mismo, con el problema de Skyler en la cabeza, tengo la sensación de que todo se está desmoronando.

Hasta que Royce lo soluciona todo con sus siguientes palabras:

—Park, acepto tus disculpas. A partir de ahora seguimos adelante con las cosas más claras, sabiendo hasta dónde puede llegar cada uno. Sabiendo que hemos de esperar a que el otro nos dé permiso antes de meternos en su vida. ¿Tregua? —Alza el puño.

—Tregua. —Lo hago chocar contra el mío. Una oleada de alivio que es como un bálsamo para mis nervios tocados inunda la sala—. Y ahora, ¿vas a ayudarme a juntar a Rochelle con Keehan?

Él frunce los labios y suspira.

—Joder, Park. Acabo de decidir que me retiro del combate. ¿No es un poco pronto para pedirme que la eche en brazos del friki de las gafas?

Sonrío.

—Pues sí, lo es, pero es lo que hay. Te pondré al día del plan que he

ideado mientras tú llorabas por las esquinas por no hacer caso de mis consejos.

—Cuidadito con lo que dices, tío. —Royce inspira hondo, pero no corrige mis palabras porque sabe que tengo razón.

Paso los siguientes diez minutos contándole el plan. Cuando acabo, él asiente y sonrío.

—Me gusta. Un plan muy astuto —admite.

—¿Te ves capaz de poner en marcha la siguiente fase mientras yo vuelvo al hotel para revisar la información sobre Johan que ha enviado Wendy?

—Puedes contar conmigo.

Sonrío.

—Lo sé.

Royce levanta de nuevo el puño y vuelvo a hacerlo chocar contra el mío.

—Largo de aquí. Ve a averiguar cómo vas a darle a ese idiota una patada en las pelotas sin tocarlo, para que no pueda denunciarte. Eso sí, si algún día me lo encuentro por Boston, en un callejón oscuro...

Me echo a reír.

—Eh, eh. Ni se te ocurra vengarte del ex de mi mujer sin mí. Yo también quiero.

Él sonrío.

—Ya veremos. Ve a informarte y llama a tu chica. A ver si encontramos la manera de detener a ese capullo sin que Sky tenga que darle ni un céntimo del dinero que ha ganado con su trabajo.

Me despido con la mano mientras camino hacia la salida.

—Lo haré. —En la puerta, me detengo y me vuelvo hacia mi amigo—. ¿Royce?

—¿Sí? —Se endereza la corbata y se la aplana contra la pared de músculo que tiene debajo de la camisa.

—Gracias, tío. —La frustración, la ansiedad y el dolor acumulados me van abandonando poco a poco. Al menos de momento, Royce y yo estamos en la

misma página.

—Lo mismo digo, tío.

Sin más, salgo de la empresa y busco el teléfono.

Llamo a mi secretaria al mismo tiempo que paro un taxi.

—¿Jefe?

—Cuéntamelo todo.

Joder, Johan Karr es el ser más repugnante y despreciable del universo. Cuanto más avanzo en la lectura de los documentos que me ha pasado Wendy, más cabreado y asqueado me siento.

—¿Cómo es posible que nada de esto haya llegado a la prensa? —Miro la cara de Wendy a través del FaceTime que tengo abierto en el móvil mientras revisamos juntos los documentos en el ordenador.

Lleva el pelo rojo engominado y peinado hacia atrás, formando un gran tupé. El pintalabios también es rojo intenso, y el contraste hace que su pálida piel parezca nacarada y que sus ojos azules destaquen aún más.

—No lo sé, jefe. A mí también me sorprende mucho que nada de esto haya llegado a la prensa. Ya sabes que, si quieres, a mí no me costaría nada filtrarla. —Me dedica una sonrisa perversa.

Levanto un dedo y niego con la cabeza.

—Aún no. Hemos de buscar la mejor manera de enfocar este asunto. Acabar con él no es el objetivo. Lo importante es sacar a Skyler de este lío, aunque después de ver lo que me has pasado no me importaría nada colgarlo por los pies y dejarlo ante los paparazzi para que se ocuparan de él.

Wendy asiente y se da golpecitos en los labios mientras yo abro otro documento y lo leo en voz alta.

—Conducción bajo los efectos del alcohol en repetidas ocasiones. Cuatro ingresos en centros de detención de menores antes de los dieciocho. Ya veo que de joven no era mejor que de adulto... ¿Has encontrado alguna denuncia más por abuso sexual, aparte de las dos que su familia impidió que llegaran a juicio?

—No, las dos de antes: la de su novia del instituto y la de la mujer que lo denunció el primer año de universidad. Su familia pagó una cantidad muy generosa a ambas para que retiraran los cargos. He tenido que emplearme a fondo para encontrar información sobre su vida antes de que dejara la facultad y empezara a trabajar como modelo. Sobre su etapa junto a Skyler hay un montón de información, eso sí.

Aprieto los dientes. Ojalá mi chica nunca hubiera conocido a esa escoria humana.

—No me lo recuerdes, anda. —Hago una mueca.

Wendy sonrío.

—Echa un vistazo a sus finanzas. Está arruinado. Al parecer, invirtió casi todo su dinero en una empresa que quebró hace un par de meses. No es un tema de falta de liquidez, es que está prácticamente en la ruina. Pero no ha aflojado su ritmo de vida. Ha seguido de fiesta en fiesta, viajando por toda Europa y metiéndose cosas por la nariz. He encontrado conversaciones en las que trata con tiburones prestamistas a los que debe un buen pellizco. Hablamos de cientos de miles de dólares. Y eso, sin contar con lo que ha pagado con las tarjetas de crédito. Necesita mucha pasta y la necesita ya.

—¿Y sus padres? ¿Por qué no recurre a ellos? Ya lo sacaron de varios líos en su juventud. Sin su intervención, la prensa ya habría descubierto sus trapos sucios hace tiempo.

—Sí, pero parece ser que después de eso rompieron la relación con él. No he encontrado ninguna foto ni ningún otro tipo de evidencia de que se hayan visto durante los últimos cinco años. No hay llamadas telefónicas, comentarios en redes sociales ni apariciones en actos familiares, nada.

Gruño.

—No me extraña. Como suele decirse, si me la lías una vez, la culpa es tuya. Si me la lías dos veces, la culpa es sólo mía. Sé que mi madre trataría de rescatarnos siempre, pero mi padre no permitiría que nos aprovecháramos de ellos una y otra vez. Supongo que sus padres se dieron cuenta de que, si

seguían cubriéndole las espaldas cada vez, nunca aprendería que los actos tienen consecuencias. Y, cuando uno no aprende eso, tiende a repetir sus errores. Johan lleva años repitiendo sus errores, a una escala cada vez mayor.

Wendy asiente mientras revisa el ordenador y teclea a toda velocidad.

—¿Crees que las dos denuncias por abuso sexual serán suficiente para que deje a Skyler en paz?

—¿Piensas sacar a la luz los nombres de las mujeres violadas? —La voz de Wendy muestra una mezcla de decepción e inseguridad.

—¡No! ¡Claro que no! Nunca les haría eso a esas mujeres. Son dos supervivientes. Jamás desenterraría su pasado aunque fuera para atacar a Johan o para salvar el futuro de Skyler. No estaría bien.

Wendy sonríe y su mirada brilla con una emoción que no expresa con palabras: orgullo. Está orgullosa de mí por no poner en peligro a otras mujeres para salvarle el culo a la mía.

—No, no estaría bien. Sin embargo, en el último documento hay algo muy grave. Creo que será tu as en la manga. Es tan horrible que creo que te bastará para que ese tipo deje en paz a Skyler. Si lo que se cuenta en ese informe sale a la luz, su carrera está acabada para siempre.

Frunzo el ceño y reviso el documento.

—¿Qué es esto?

—Es un informe de un accidente. No fue fácil conseguirlo. Tuve que tirar de contactos personales y Michael tuvo que prometer un par de favores. Esto es serio, Parker.

—Wendy, lo siento. No pensaba que Michael fuera a verse involucrado en esto. —La tensión regresa y amenaza con provocarme un gran dolor de cabeza.

Wendy sacude la mano delante de la pantalla.

—Ningún problema. Skyler es importante para ti, y ahora también lo es para mí. No quiero que nadie le haga daño a mi nueva familia. Hemos de hacer piña y defendernos los unos a los otros, ¿no?

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Sí, Wendy. Tienes razón, gracias.

—De nada. Michael disfrutará mucho cobrándome esos favores. —Me guiña el ojo—. Aunque delante de la gente pueda parecer arrogante y malhumorado, me quiere a rabiar y desea que logre mi deseo de tener una gran familia, llena de personas con las que poder contar. Él sabe que ése siempre ha sido mi sueño. Casarme con él y venir a trabajar aquí me ha dado todo lo que siempre anhelé. Yo quiero ayudarlos y él quiere ayudarme para hacerme feliz.

Las palabras de Wendy son como un mazo que destruye lo poco que quedaba de mi orgullo. Esta mujer es honesta, directa, no se anda con tonterías. Si mis padres me hubieran dado una hermana, me habría gustado que fuera como ella. Wendy se está colando en mi corazón, y sé que a Bo y a Royce les está pasando lo mismo.

Antes de que pueda decir nada, empieza a hablar en voz baja.

—Al parecer, Johan es miembro habitual de un club sexual, un club clandestino, de tortura, en el que sólo pueden entrar los socios.

La palabra *tortura* hace que se me dispare una alarma en la mente.

—No he mencionado las siglas BDSM porque lo que hacen en ese club no tiene nada que ver. Es un sitio turbio, sin medidas de seguridad, y dudo que el sexo sea siempre consentido. Es un local dirigido a tipos con gustos retorcidos y oscuros: derramamiento de sangre, zoofilia, quemaduras, marcar al fuego, dar latigazos hasta dejar cicatrices y otras cosas que no soy capaz ni de mencionar.

—Joder, Wendy. —Me viene un gusto amargo a la boca.

¿Zoofilia?

¿Latigazos?

«Pero ¿qué coño...?»

—¿Y Johan es miembro? —pregunto, aunque ya sé que la respuesta es sí.

—Con carnet. Solía enviar cien mil dólares al mes a una cuenta por medio

de sociedades pantalla.

Aprieto los dientes.

—Al parecer, hace seis meses Johan tuvo un accidente con dos mujeres.

—¿Un accidente? —Me da hasta miedo preguntar.

—Una de las mujeres acabó muerta y la otra tan afectada que aún sigue visitándose con un psiquiatra.

—¿Qué pasó?

Wendy hace una mueca de disgusto y noto que se prepara, distanciándose emocionalmente de lo que está a punto de contarme. Inspira hondo y traga saliva.

—Según el informe de la policía, Johan y las dos mujeres se colocaron con cocaína. Ellas iban tan puestas que dejaron que él las atara espalda contra espalda en una cruz de san Andrés rodante. Se suelen usar para que dos amos puedan acceder al mismo tiempo a sus sumisas o intercambiárselas, para aturdir un poco a las sumisas al hacerlas dar vueltas, ese tipo de cosas...

—Vale, te sigo. —La imagen de Skyler atada a una de esas cruces, con los ojos vendados, aparece en mi mente y no puedo evitar que un escalofrío me recorra la espalda.

—Pues resulta que Johan le metió a una de ellas sus calzoncillos en la boca para amordazarla y le vendó los ojos. Por lo general, cuando un amo amordaza a una sumisa, establecen una señal o sostienen algo en la mano que sueltan si algo no va bien. O pulsan un botón que hace ruido, lo que sea. Lo importante es que el amo sepa que la sumisa no está a gusto. Pero al ir drogados no tomaron ninguna precaución. —Wendy inspira hondo y suelta el aire lentamente. Las arrugas que se forman alrededor de su boca y su mirada apagada me dicen que no le resulta fácil terminar la historia.

—Tranquila. Respira y acaba cuando estés lista.

Ella vuelve a inspirar y suelta el resto de la historia de golpe.

—Pues pasó que, mientras practicaba sexo con una, la otra, que se había mareado por las drogas y las vueltas, vomitó y él no se dio cuenta. La mujer

se ahogó con su propio vómito. Cuando Johan le quitó la mordaza ya era demasiado tarde.

—Joder. —Se me hace un nudo en el estómago y me sudan las palmas de las manos.

—Sí, esas cosas no deberían pasar.

—Y ¿cómo es que no acabó en la cárcel?

Wendy se encoge de hombros.

—La mujer había firmado un documento de consentimiento. Además, en las grabaciones se vio que él no pretendía hacerle daño. El club indemnizó a la familia de la víctima y usó sus contactos con jueces para que todo se llevara a cabo con discreción. A Johan lo expulsaron del club y todo se barrió debajo de la alfombra, como si no hubiera pasado nada. Si la prensa se entera de esto..., es probable que yo tenga que acogerme a un programa de protección de testigos, porque los dueños del club no son precisamente hermanitas de la caridad. Michael y yo no queremos saber nada de ellos.

—¡Joder, joder, joder! Esto es una locura. Ese tío es asqueroso y quiere clavarle las garras a Sky. —Doy un puñetazo en la mesa y me paso la mano por el pelo con tanta rabia que me tiro de los mechones. Duele.

—Estoy casi segura de que, si lo amenazas con hacer esto público, se echará atrás de inmediato. Se ha quedado sin comodines, ya no puede pedir ayuda a nadie; seguro que por eso ha tenido que recurrir a Skyler. Necesita el dinero, lo necesita ya. Los prestamistas lo persiguen, es adicto a las drogas y ya casi nadie lo contrata, ahora que está demacrado.

Sí, es evidente que ésa es la causa de su ataque a Skyler. Ese tipo ya no tiene nada que perder, y eso es muy peligroso. Es un hombre inestable, impredecible. Menos mal que Skyler está trabajando y tuvo que fijar la cita con él y su abogado para dentro de unos días.

—Gracias, Wendy. Voy a ver si logro hablar con ella. Por favor, dile a Michael que agradezco mucho lo que ha hecho por nosotros. Le debo una. Por supuesto, lo mismo te digo a ti.

Su cara se ilumina, ya no queda rastro del disgusto de hace un rato.

—Oh, eso ya lo sé. De hecho, ya sé lo que quiero.

Frunzo el ceño y me quedo mirando a mi coqueta secretaria.

—Y ¿puedo saber qué cosa quieres? —Tamborileo con los dedos sobre el escritorio de la suite.

—En realidad, son tres cosas —responde con una gran sonrisa.

—¿Tres? —Me echo a reír porque me gusta verla tan feliz.

Decido seguirle el juego, para ver si me quito de encima el mal rollo antes de hablar con Sky. Además, la verdad es que le debo una bien grande. No sé qué habrán tenido que hacer Michael y ella para acceder a esa información y, francamente, prefiero no saberlo. Seguro que me cabrearía mucho y tendría ganas de atarla a la silla del despacho para que no se metiera en líos.

—Lo primero —levanta un dedo—, dos semanas de vacaciones pagadas a final de año para que Michael pueda llevarme de luna de miel.

—Hecho. —Ésa era fácil.

Ella aplaude, sin poder disimular su euforia. Madre mía, qué fácil es hacer feliz a esta mujer.

—¿Qué más? —La animo a continuar.

—Una cita doble, de parejitas, cuando vuelvas a casa. Sky y tú, Michael y yo. En realidad, cuando saqué entradas para el partido de los Red Sox del mes que viene, ya compré cuatro para que pudiéramos ir juntos.

Sacudo la cabeza y me río a carcajadas.

—Vamos, que ya tenías previsto chafarme la cita con Skyler.

Ella pone morritos.

—Es que a Michael le gusta el béisbol tanto como a ti, y me encantaría que fuerais amigos. Y yo quiero conocer mejor a Skyler.

Pienso en el frío y estoico Michael. No entiendo cómo acabó con una fierecilla como Wendy, pero el tipo en sí no me cae mal. De hecho, casi no sé nada de él y me gustaría conocerlo mejor, y, para qué negarlo, conocer algo más de su estilo de vida. Una cita doble no me parece mala idea. Estoy

seguro de que a Skyler le encantará hacer algo así, tan normal para otras parejas. Mi chica siempre busca la manera de vivir una vida normal, lejos de los focos. Sin embargo, es casi imposible que pase desapercibida.

Miro a Wendy.

—Sabes lo que implica salir con Skyler, ¿no? Los paparazzi no nos dejarán en paz.

Ella se encoge de hombros.

—De mí no van a encontrar nada aparte de la foto de la web de International Guy. Y sobre mi hombre sólo encontrarán cosas profesionales. Todo está a prueba de búsquedas, incluso a prueba de hackers profesionales. Además, ya se lo he dicho a Michael y está extático —añade moviendo la mano en el aire.

Me río por la nariz, ya que no puedo imaginarme a ese hombre tan contenido en éxtasis.

—Me extraña.

—¡Lo está! —Entorno la mirada—. Vaale, tal vez *extático* no sea la palabra más adecuada, pero no se opuso, que ya es mucho. Ah, tiré de tus contactos para conseguir asientos detrás del banquillo. Es donde se sientan las *celebrities*, así no nos molestarán tanto. Te ha costado un ojo de la cara, que lo sepas, pero estoy buscando la manera de hacerlo pasar como gastos de empresa. Ya sabes: actividad recreativa con una clienta y parte de la plantilla.

—No esperaba menos de ti. Y ¿qué es la tercera cosa? —Le dirijo una sonrisa ladeada y aguardo a que cante. De Wendy me espero cualquier cosa; es capaz de pedirme hasta una fiesta de pijamas en IG.

—¿La tercera?

—Sí, descarada. Me has dicho que querías tres cosas a cambio de tus servicios como investigadora privada. —Alzo una ceja y me echo hacia atrás en la silla para oír qué nueva locura se le ha ocurrido.

—Ah, ya. —Abre los ojos y se muerde los labios. Parece incómoda... No, está nerviosa.

—Wendy, puedes pedirme lo que sea. —Bajo el tono de voz para transmitirle confianza, sobre todo después de lo que me ha contado acerca de Johan.

Se humedece los labios, noto que sigue inquieta.

—Pensaba que, eeehhh..., tal vez tú podrías, eeehhh... —Ladea la cabeza a un lado y al otro—. Si no te supusiera mucho problema, y si quisieras... —Se retuerce los dedos.

—¡Suéltalo ya! —Me río porque me resulta muy raro ver a mi descarada secretaria tan tensa e insegura. Sólo la he visto así una vez, y fue cuando las fotos confidenciales en las que salíamos Skyler y yo llegaron a la prensa por error. Aparte de ese momento, siempre se ha mostrado segura de sí misma, dura como una roca.

—Es que, verás, no tengo a nadie que, en la boda...

—Wendy. —Pronuncio la palabra como si fuera una orden, para desencallar la situación. Ya lleva demasiado rato dando rodeos.

Ella deja escapar el aire.

—¿Podrías llevarme al altar? —Lo suelta deprisa, como si le resultara doloroso pronunciar esas palabras.

Frunzo el ceño.

—¿Quieres que te acompañe al altar en tu boda? ¿Quieres decir..., que sea yo quien te entregue al novio?

Ella entrelaza los dedos y asiente.

—¿Por qué? —No puedo disimular mi sorpresa.

—Porque no tengo a nadie más. No tengo padre ni hermanos y, aunque sé que técnicamente eres mi jefe, te admiro y te respeto y... —Hace una mueca—. Oh, olvídalo. No importa. —Sacude la cabeza y veo que se cierra en banda.

—Wendy, mírame.

Ella mira a todas partes menos a mí.

—Ni caso, ha sido una estupidez. Siento habértelo pedido. Es demasiado

pronto; casi no me conoces y...

—Y... ¡cállate de una vez y déjame hablar, mujer! —la interrumpo. Alza la cara y veo que se le ha oscurecido la mirada—. ¡Joder, agotarías hasta a un cura en el confesionario! —Mi tono es desenfadado, pero hablo con contundencia para conservar su atención.

Wendy se muerde el labio inferior y asiente.

—Antes que nada, me siento muy honrado de que hayas pensado en mí. Segundo, no importa el tiempo que haga que conoces a una persona. Cuando alguien pasa a formar parte de tu vida, cada uno decide el valor que esa persona tiene en ella. Te tengo en la más alta estima, Wendy. Estaré encantado de llevarte al altar si tú quieres.

Ella vuelve a sonreír al fin.

—¡Sí, quiero! Eeehhh..., quiero decir... ¡que sería fantástico! —exclama con su entusiasmo habitual.

—Bien, pues parece que ya lo hemos aclarado todo. Ya no te debo nada. —Sonrío para que le quede claro que nada de lo que me ha pedido me parece descabellado.

—¡Estamos en paz, jefe! —Me saluda llevándose la mano a la frente, como un soldado despidiéndose—. Si necesitas algo más, sólo tienes que decirlo. Me voy a investigar al personal de Renner Financial Services. ¿Qué estamos buscando exactamente?

—Un ladrón.

Ella hace una mueca.

—Mierda. Vale, me pongo de inmediato. —Wendy acaba la videoconferencia.

Reviso los documentos que me ha enviado. Johan Karr es un individuo asqueroso de gustos retorcidos. Su familia parece haberle dado la espalda y su carrera va cuesta abajo sin frenos. Es un adicto con poco que perder. La sangre me hierve en las venas. ¿Cómo es posible que una mierda como él haya abrazado la belleza pura de Skyler?

Me trago las ganas de ir a buscarlo y romperle los dedos uno a uno. Me alegro de formar parte de la vida de Sky. Mi equipo y yo haremos lo que haga falta para defenderla. Tengo que planificar bien mi próximo movimiento; estudiar la mejor manera de plantearle que hemos descubierto sus secretos para que deje a Skyler en paz de una vez por todas.

Casi sin darme cuenta, marco el número de Sky. Necesito oír su voz para que su timbre ronco me calme antes de que cometa una estupidez. Pero, sobre todo, necesito asegurarme de que está bien. Tras haber averiguado lo peligroso que es Johan, necesito saber cómo está.

Ella responde al segundo tono.

—Hola, cariño.

—Sky, nena. —Al oír su preciosa voz, suelto el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta. La rabia que se había apoderado de mis nervios empieza a calmarse—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Me he volcado en el trabajo para olvidarme de todo. Tracey está buscando la manera de contrarrestar la reacción de la prensa, por si acaso Johan no entrega todas las fotos o acaba escribiendo el libro.

Me tenso como un arco y respiro hondo para controlar la locura que quiere apoderarse de mí. Por suerte, los superpoderes de Wendy como investigadora son la respuesta a todos nuestros problemas. Por eso le hago una promesa a mi chica, convencido de lo que digo:

—Eso no va a pasar.

Su voz tiembla cuando replica:

—Es que tú no conoces a Johan. Cuando se le mete algo en la cabeza, lo hace. Si no le doy el dinero...

—No le vas a pagar ni un céntimo a ese saco de mierda. Wendy ha estado investigando su pasado. Tiene varios secretos inconfesables en el armario, y vamos a usar esos secretos para librarnos de él de una vez por todas.

—¿En serio? —pregunta esperanzada.

Su esperanza me llena el pecho de orgullo.

—Sí, nena, en serio. Yo me ocupo de todo. ¿Cuándo te parece que podemos hablar sobre lo que hemos encontrado? Lo mejor será esperar a que llegues a casa.

—Sí, aunque me muero de ganas de saberlo todo, tengo que seguir concentrada en la película. Hoy vamos a rodar hasta tarde y mañana empezamos temprano. Te llamaré mañana, cuando acabemos y llegue a casa.

Me siento más alto que un pino de tres metros sabiendo que he podido aliviar su preocupación.

—Vale, cariño —le digo, usando el apelativo afectuoso que ella siempre me dedica.

—¿De verdad crees que lo que habéis encontrado me lo sacará de encima? —me pregunta tranquila y optimista, y saber que yo soy el causante de ese estado de ánimo me llena de satisfacción.

—No es que lo crea, es que lo sé.

—Parker... —Sorbe por la nariz, y noto que se está aguantando las lágrimas.

Me pego el teléfono más a la oreja. No quiero perderme nada que venga de ella, quiero oír cada palabra, cada inhalación.

—Cuidaré de ti siempre. Mientras yo viva, nadie te hará daño. Nunca. — Es un juramento que pienso cumplir.

—Cariño, yo te... —Empieza a pronunciar la declaración más importante de nuestra relación, una que recientemente he descubierto que comparto, pero quiero decírselo mirándola a los ojos, sentado a su lado, a ser posible desnudos y en la cama.

Me mata tener que esperar. Quiero gritarlo desde el tejado.

—Melocotones, espera a que estemos juntos. Yo también deseo decirte algo que empieza igual. —Me sale la voz ronca, como si me hubieran lijado las cuerdas vocales.

—¿Ah, sí? ¿Quieres decirme algo que empieza por «Yo te...»? —bromea, y el mundo deja de ser una carga sobre mis hombros. Esta mujer es todo lo

que necesito en la vida; todo lo que podría desear.

Sonríó, echo la cabeza hacia atrás y rompo a reír a carcajadas. Esta mujer es mía, toda mía, joder, y no me aguanto las ganas de decirle lo mucho que la adoro.

—Es posible —admito en voz baja.

—Pues entonces esperaré impaciente a que vuelvas de la costa Oeste y estés firmemente plantado en la costa buena.

Me río porque las tonterías de mi chica siempre me hacen reír.

—Lláname mañana y te contaré lo que Wendy ha descubierto sobre Johan. ¿Te parece bien?

—Sí, cariño, me parece perfecto. Y... —su voz tiembla un poco— dile a Wendy que le agradezco mucho lo que ha hecho por mí.

—Podrás decírselo en persona cuando vengas a Boston para ver el partido de béisbol. Nuestra cita se ha convertido en una salida de parejas con Wendy y Michael.

Skyler se echa a reír y su risa me llena el corazón y me envuelve en una manta de luz y amor. La oscuridad que me había rodeado mientras leía el informe sobre el pasado de Johan cae al suelo y desaparece, empujada con cada palabra que pronuncia mi mujer.

—¡Eso suena muy divertido! Me lo pasé muy bien con ellos. Él es bastante serio, pero tal vez un partido de béisbol lo animará.

—Tal vez, aunque creo que si hay algo en el mundo que pueda animarlo sois vosotras dos juntas, loquitas.

Ella se ríe con ganas.

—Bueno, el béisbol y la cerveza nunca están de más.

Se me hace la boca agua al imaginarme con un perrito caliente en una mano, un brazo sobre los hombros de Skyler, una cerveza fría en la otra mano y los dos mirando un partido de mi equipo favorito. La verdad, suena como el día perfecto.

—No, nunca están de más. Pero, mientras tú estés allí, yo seré feliz.

—¡Qué ganas tengo de que llegue el día! —exclama entusiasmada.

—Yo también. Pero antes hemos de resolver este caso, tú tienes que acabar la película y entre los dos hemos de librarnos de la escoria de tu ex.

Ella gruñe.

—Lo único que quiero es vivir tranquila. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

Mi chica no puede tener más razón. Todos aspiramos a vivir tranquilos, pero nuestras vidas parecen estar envueltas en dramas cotidianos.

—Navegar por la vida no es fácil. A veces tenemos que crear nuestras propias olas para poder avanzar.

—Sí, supongo —comenta distraída, y oigo una voz de fondo que la llama—. Tengo que irme, se acabó el descanso.

—Vale, Melocotones. Recuerda llamarme mañana cuando acabe el rodaje para hablar sobre lo de Johan.

—Vale, pero esta noche, cuando hayas acabado de trabajar y estés en tu habitación...

—¿Sí?

—¿Soñarás conmigo?

—Siempre sueño contigo, Skyler. Siempre.

—¿Todo bien? —le pregunto a Royce mientras él se abre camino entre la multitud que abarrotó el local.

Estoy sentado en la sección Vip de un club situado en la terraza de un edificio de San Francisco llamado Skyline. Según un contacto que resulta ser el dueño, es el sitio de moda en la ciudad. Google lo recomienda si tienes dinero para pagar la entrada, pero como soy conocido del dueño, hemos entrado gratis.

—Sí.

—¿Y Rochelle?

Miro a mi alrededor, pero no la veo.

—Ha ido a retocarse el maquillaje. ¿Y los cinco finalistas? —me pregunta mientras acaba de subir la escalera que lleva a la zona Vip.

Señalo con el pulgar por encima del hombro. Los candidatos se han dispersado por los bancos tapizados de terciopelo negro de la zona exclusiva.

—Tomándose una copa y charlando con las dos chicas que hemos contratado para que esto parezca más una fiesta que un casting.

Roy se frota la barbilla y observa a nuestra clienta, que acaba de hacer su aparición. La multitud parece abrirse ante ella como si fueran las aguas del mar Rojo. Está impresionante. Lleva un vestido plateado que se ciñe a sus curvas como si fuera una cascada brillante. El escote en uve es muy pronunciado. Una pequeña tira de tela a la altura de los pechos impide que se abra demasiado y lo muestre todo. Una raja lateral deja poco a la imaginación, mostrando una pierna larga y tremendamente sexy. Me muerdo el labio y miro a Roy de reojo.

—Jo-der —dice con la voz ronca, comiéndosela con los ojos. Conociéndolo como lo conozco, sé que está recordando la vez que estuvo bajo su ropa y deseando poder volver a colarse allí.

Le doy una palmada en el hombro y aprieto.

—Por el bien común.

—Ya, lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo. ¿Dónde está Keehan?

Esta vez sonrío antes de responder, señalando con la barbilla.

—En el bar, pidiendo un cóctel.

Royce examina la zona y al final lo localiza. También ve lo mismo que veo yo. Una de las mujeres que hemos contratado está charlando con el alto, moreno y musculoso Clark Kent de chocolate. Se echa el pelo por encima del hombro y le apoya una mano en el antebrazo. Keehan se ríe de algo que ella le dice y la recorre de abajo arriba con la mirada, flirteando con ella.

Rochelle se coge a la barandilla y asciende hacia nosotros.

—¿Listos para un poco de diversión? —Se acerca, segura y sonriente.

—Listos. Aunque parece que tu amigo ya ha empezado la fiesta sin nosotros. —Señalo hacia el lugar donde Keehan está hablando con la exuberante morena, poniendo así el plan en marcha.

Rochelle lo busca con la mirada y, al encontrarlo, frunce el ceño.

—¿Con quién está hablando?

Me encojo de hombros. Aunque no la contraté para la zona Vip, sí que lo hice para que le tirara los trastos a Keehan sin parar. La elegí porque es preciosa y es clavada a Rochelle. Lo más divertido es que Keehan no sabe nada pero está siguiéndonos el juego como si lo supiera. Estoy muy orgulloso de él.

—No es ninguna de las mujeres que contraté —respondo con una verdad a medias.

—¿No debería estar Keehan aquí, con nosotros? —Parece inquieta.

—¿Por qué? —pregunta Royce con sequedad.

Probablemente sigue molesto porque Rochelle podría haberse quedado

con él, pero no lo ha hecho. Por lo que parece, cuando Rochelle dice que algo es sólo diversión, lo dice en serio. Y cuando ese algo se acaba, no mira atrás. Es su forma de ser, y me parecería fantástico si no hubiera hecho daño a Royce con su actitud. Pero las personas son como son y ella se lo dejó claro desde el principio.

Rochelle entorna los ojos.

—Porque debería estar ayudándome a elegir al individuo correcto. —No puede disimular que está molesta y yo me tengo que aguantar la risa.

—Y ¿por qué iba a hacer eso? —pregunto en tono desenfadado. No quiero llevarme el gato al agua tan deprisa.

Ella resopla.

—Es mi mejor amigo; mi mano derecha en todo. No creo que le apetezca que tome una mala decisión. Esto es para toda la vida.

Asiento con la cabeza.

—Tienes razón, pero tal vez a él no le apetezca verte comprometida con otro hombre en vez de con él.

Ella frunce el ceño y se apoya en la barandilla, como si necesitara ayuda para mantener el equilibrio.

—¿Qué quieres decir? —Se abraza por la cintura con la otra mano y no me mira; no aparta los ojos de la escena que se desarrolla delante de nosotros.

Keehan se echa hacia delante y le aparta a la mujer un mechón de pelo por encima del hombro. Ella sonríe y recibe con gusto su caricia.

—Bueno, que él siempre ha estado ahí, ha sido el hombre de tu vida en todos los aspectos menos en el físico, ¿no? Tal vez se haya hartado del celibato al que te referiste el otro día.

Frunce el ceño.

—Po... podría ser.

—Y, al ver que te estás planteando reemplazarlo, tal vez haya pensado que más le vale buscarse su propio reemplazo. —Le clavo el puñal un poco más.

—Qué tontería. Yo nunca reemplazaría a Keehan; lo es todo para mí. —Se

agarra a la barandilla con las dos manos, aprieta tanto que los nudillos se le ponen blancos.

Cuando le apoyo la mano en el hombro, por fin logro que me mire.

—¿Lo es?

—Sí. —Menea el hombro para librarse de mi mano.

—Entonces ¿qué estamos haciendo aquí? —pregunta Royce de manera teatral.

Ella arruga la nariz y frunce los labios.

—Necesito un hombre en mi vida y en mi cama. Quiero tener un hijo un día u otro, un heredero al que dejarle todo lo que he construido..., lo que hemos construido. —Su mirada, que no se ha apartado de Keehan en ningún momento, se enciende.

—Y ¿piensas hacerlo sin Keehan?

—¡No! Él siempre formará parte de mi vida.

—¿De qué manera?

—¡De todas!

Niego con la cabeza.

—Eso es imposible si no lo encuentras atractivo. Ésa es justo la razón de que esos hombres estén aquí y de que él esté a punto de llevarse a la cama a una morena sexy.

—Eso es ridículo. —Se da la vuelta y sube disparada hacia la sección Vip.

—No ha salido exactamente como esperaba. —Suspiro y me masajeo la nuca.

Royce sonríe con las manos en los bolsillos del traje hecho a medida y se balancea sobre los talones.

—¿Sabes algo que yo no sé? Ahora mismo, estoy un poco descolocado. Pensaba que, cuando viera a Keehan con Gloria, Rochelle se pondría tan celosa que le saldrían rayos láser de los ojos y se abalanzaría sobre la pareja para reclamar a su hombre. Pero, en vez de eso, se ha ido a la zona Vip a charlar con los candidatos.

—Oh, celosa está, no lo dudes. Mírala. —Señala a la clienta con la barbilla.

Me doy la vuelta y la veo presentarse con educación al bombero, que la recorre de arriba abajo con la vista antes de volver a mirarla a la cara. Ella sonrío tensa; parece que no le ha hecho demasiada gracia el repaso. Mientras habla con él, los ojos se le desvían hacia el bar, donde Keehan y su compañera siguen a lo suyo. Rochelle aprieta los labios y los dientes sin poder disimular su enfado.

—Creo que deberíamos subir las apuestas. ¿Qué opinas? —me pregunta Royce con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo?

—Voy a invitar a Keehan y a su acompañante a que se tomen una copa con nosotros.

—Eres un tipo despiadado. —Me tapo la boca para disimular una sonrisa.

—Puede, pero tú tienes que volver con tu mujer y yo quiero regresar a Boston. Estoy harto de estar en California. Hemos de resolver este caso cuanto antes.

—Tío, no podría estar más de acuerdo. —Tengo tantas ganas de largarme de aquí para poder estar con Skyler que no sé cómo me aguanto.

Royce asiente y se dirige hacia la pareja. Veo que le pide una copa al barman y habla con ellos. Cuando tiene su copa, vuelve hacia la zona Vip y la pareja lo sigue entre sonrisas y caricias.

—Keehan —lo saludo cuando llegan a mi lado.

—Parker. —Me estrecha la mano—. Así que aquí es donde se celebra la fiesta... —A pesar de que sus palabras parecen festivas, su tono es solemne. Aunque esté al lado de una mujer preciosa, no puede disimular que lo que está pasando a su alrededor lo afecta.

—Aquí mismo. Y ¿quién es esta preciosa dama? —Finjo no conocerla, aunque la contraté en la misma agencia de modelos que a las demás.

—Gloria —responde ella con naturalidad.

—Bonito nombre para una preciosa mujer. —Royce le toma la mano y le besa los nudillos. Es lo que hace siempre que conoce a una mujer que le resulta sexy.

Le doy un empujoncito con el hombro para que no pierda detalle de Keehan, que ha entornado los ojos al ver a Rochelle riéndose de las bromas que le gasta uno de los candidatos.

—Ven, Gloria. Quiero presentarte a mi amiga Rochelle.

Sonrío y observo a la pareja, que se abre camino entre los invitados de la zona Vip.

—Tío, ojalá hubiera traído palomitas. Esto se pone interesante —comenta Royce, riéndose, mientras yo observo a Rochelle, cuyos ojos se convierten en témpanos de hielo y recibe a la acompañante de Keehan con su peor cara.

La noche avanza y Rochelle y Keehan se pasan el rato pendientes el uno del otro, pero ninguno da el primer paso. Al principio es divertido observarlos, pero luego me vienen ganas de darles un buen empujón.

—¿Por qué demonios no le entra Keehan de una vez? —gruño, ocultándome tras el gin-tonic mientras las dos parejas siguen vigilándose mutuamente en la pista de baile. Rochelle está bailando con el doctor, que es un doble de Keehan, y él sigue pegado a Gloria, aunque no ha dejado de observar a Rochelle en ningún momento.

Royce niega con la cabeza.

—Esto es agotador. ¿Por qué demonios aceptamos este caso?

Alzo una ceja y lo señalo con un dedo acusador.

—Tú elegiste a esta clienta porque te gustó su cara bonita.

Él abre las ventanas de la nariz e inspira hondo.

—Lo admito. Es que es guapísima.

Asiento porque estoy de acuerdo. Rochelle es una mujer impresionante. Tiene unas piernas inacabables, un cuerpo firme, pómulos altos, una sonrisa deslumbrante y una larga melena. Es inteligente y sabe lo que quiere. Es un

partidazo; lo único que necesita es encontrar al pescador adecuado para que le lance su red encima.

—Lo es. —La observo mientras baila, ondulándose sugestiva alrededor del doctor.

Keehan también observa su danza seductora con hielo en la mirada.

Lo animo en silencio: «Vamos, Keehan, toma el timón de la situación».

Pero lo que lo hace reaccionar no son mis ánimos a distancia, sino la mano del doctor agarrándola por la cadera y acercándola a su cuerpo para frotarle la erección en el trasero. Su otra mano asciende por el torso de Rochelle y se apodera de un pecho. Ella se tensa y su cara se contrae en una mueca de disgusto. En defensa del médico tengo que decir que ha sido ella la que ha empezado a frotarse contra él, pero ella controlaba la situación y tocaba lo que quería, no al revés. Supongo que él lo ha vivido como una invitación a ser más atrevido, pero se ha pasado mucho de la raya.

Royce y yo nos levantamos al mismo tiempo para intervenir, pero cuando llegamos, Keehan se nos ha avanzado. Agarra al doctor por la muñeca, le aparta la mano y le retuerce el brazo detrás de la espalda. Él suelta un grito de dolor.

—¡Cuidado con la mano! ¡Soy médico! —exclama, y se nota en su voz que ha bebido más de la cuenta.

Rochelle se cruza de brazos, protegiéndose.

—¡Pues no haberme agarrado una teta!

Keehan levanta el brazo del doctor un poco más.

—Discúlpate ante la dama.

—Pero si ha sido ella la que ha empezado a refregarse.

Keehan le levanta el brazo hasta que vuelve a chillar y le grita al oído:

—¡He dicho que te disculpes!

—Lo siento. ¡Mierda! Lo siento. ¡Suéltame! —suplica.

Keehan mantiene el brazo del doctor doblado. Al mismo tiempo, con la otra mano, lo agarra por la barbilla y le levanta la cara, obligándolo a mirar a

Rochelle mientras le dice a la oreja, muy enfadado:

—Te voy a soltar, pero tú entonces te largarás y no volverás a ponerle un ojo encima a mi mujer. Si la ves...

—¡La veo, la veo! —grita, presa del dolor.

—No, no la vas a ver nunca más. ¿Me oyes? —Le pellizca la cara antes de soltarlo y darle un empujón en dirección a la salida—. ¡Largo de aquí!

El doctor recupera el equilibrio cuando está a punto de caerse al suelo. Hace rodar los hombros y sacude los brazos.

—¡Estás loco, tío! Y vosotros dos —señala a Keehan y a Rochelle— os podéis quedar el uno con el otro. ¡Los dos estáis igual de tarados! —Con una mueca despectiva, da media vuelta y se dirige a la salida del club.

Me acerco a Gloria, que está observándolo todo con los ojos muy abiertos. Me inclino sobre ella y le deslizo un billete de cien dólares en la mano mientras le digo al oído:

—Ha llegado el momento de esfumarse. Esto es una propina por un trabajo bien hecho.

Le guiño el ojo y ella sonríe antes de desaparecer entre los presentes para irse a casa. La agencia ya le había pagado generosamente por el servicio, pero una propina nunca le viene mal a nadie y ha hecho un trabajo estupendo. Ha puesto celosa a Rochelle y ha hecho que Keehan se sintiera poderoso. Aunque con lo que no contaba era con que Keehan se convertiría en una especie de Hércules vengador.

Rochelle echa los brazos al cuello de su salvador y esconde la cara en su pecho, y él la abraza y le acaricia la espalda mientras los dos se tranquilizan.

—Si no hubieras estado aquí... —dice ella—. Oh, ¿cómo he podido ser tan idiota de frotarme así contra él?...

—¿Por qué demonios lo has hecho? Nunca te había visto actuar así.

Ella se aparta un poco, pero no retira las manos de su nuca. Él tampoco la suelta.

—Trataba de ponerte tan celoso como tú me estabas poniendo a mí —

admite levantando la voz—. Aunque no creo que te dieras cuenta porque Gloria estaba pegada a ti como una puñetera manta.

—No estaba pegada a mí, estábamos bailando. No como tú, que te frotabas con el idiota ese al que he tenido que echar del local.

—¿Estás diciendo que es culpa mía que me metiera mano? —Vuelve a echarse hacia atrás y hace una mueca de enfado.

Keehan la sujeta con fuerza por la cintura, justo encima de su generoso trasero, para que no pueda separarse más.

—No estoy diciendo eso. Ninguna mujer está pidiendo nunca a un hombre que le meta mano..., a menos que ese hombre sea su hombre.

Ella le apoya una mano en el pecho.

—Y ¿a qué ha venido eso de decir que soy tu mujer?

—Es que lo eres —responde él apretando los dientes.

Ella entorna los ojos. Las luces del club danzan sobre su cara.

—¡No lo soy! ¿Quién lo dice? —protesta enfadada.

—Lo digo yo. Estoy cansado, Chelle. Llevo siendo tu hombre durante una década; ya es hora de que lo sea a todos los niveles. —Baja las manos para abarcarle las nalgas y la atrae hacia su pelvis.

—¿Qué haces? —exclama sorprendida, pero sin soltarse de su cuello. En vez de apartarse, como ha tratado de hacer con el doctor, se pega más a él.

—Metiéndole mano a mi mujer —responde él con honestidad.

Ella abre la boca y los ojos le brillan, pero antes de que pueda dedicarle una réplica atrevida, él funde sus labios en un beso.

Tengo ganas de aplaudir mientras se entregan al beso en la pista de baile, con las bocas unidas y las manos incansables.

—Mierda, y yo que pensaba que la había vuelto loca. Lo nuestro no fue nada, esto sí que es volverse loco.

Keehan la sujeta con fuerza. Una de sus manos se mantiene bien firme en el culo, levantándola hacia él. La otra la ha hundido en su pelo y la agarra por

ahí para tener su boca bien cerca y así poder devorarla. Y la devora con ganas.

—Eeehhh..., me pregunto si no deberíamos detenerlos antes de que se arranquen la ropa en medio del club.

Royce se echa a reír, pero asiente.

—Sí, no creo que vayan a ser capaces de parar solos.

—Son como el conejito de Duracell. Joder. Voy a hacer algo. —Me dirijo a la pareja, que sigue morreándose como si no hubiera un mañana, dando un espectáculo de los buenos, y le doy una palmadita a Keehan en el hombro.

Él se libra de mí, sacudiendo el hombro, y sigue concentrado en la mujer a la que está besando.

—Keehan, deberías soltarla ya, hombre. Llévate a tu chica a un lugar más tranquilo —les sugiero en un tono de voz lo bastante alto para que atraviese la barrera de lujuria que los separa del resto del mundo.

—¿Eh? —Se separa de Rochelle y tarda unos instantes en enfocar la vista. Primero me mira a mí y luego a su alrededor—. Mierda. Chelle, preciosa, tenemos que continuar con esto en otra parte. —La sujeta por la cintura y ella mira a su alrededor aturdida antes de echarse a reír.

Rochelle se está riendo como una adolescente, algo que no esperaba ver en una mujer tan fiera como ella.

—K, ¿en tu casa o en la mía?

—La mía está más cerca —responde él con la voz ronca.

Ella se echa a reír.

—Tú vives en el décimo piso y yo en el ático.

—Pues eso, la mía está más cerca. —Le mordisquea los labios y ella se funde con él—. Vamos, tenemos decisiones importantes que tomar.

—Ah, no. Te aseguro que no vamos a hablar. —A cualquiera que los vea le queda claro que van a hacer de todo menos conversar.

Keehan baja la vista hacia su enamorada y sonríe.

—De acuerdo. Vamos a hacer el amor hasta que te duermas exhausta entre

mis brazos y luego hablaremos mientras desayunamos.

Ella le acaricia el cuello con la nariz y gime de placer. La sonrisa de Keehan, cuando nuestras miradas se encuentran, es algo que nunca olvidaré.

Ver a un hombre que ha conseguido lo que más deseaba en la vida, algo que nunca soñó lograr, es impactante. Me siento privilegiado al ser testigo de su alivio y su felicidad al haber conseguido al amor de su vida.

Keehan la conduce hacia la puerta.

Royce los llama y la pareja se detiene y mira hacia atrás. Se nota que a Keehan no le hace ninguna gracia que retrasemos el momento en que al fin meterá a la mujer de sus sueños en su cama. Rochelle sigue estando en una especie de aturdimiento feliz.

—Mañana nos reuniremos para hablar de la plantilla y los fondos desviados y luego volveremos a Boston.

—Sí, cuando hayamos averiguado quién se lleva el dinero de la empresa, ya no nos necesitaréis para nada..., a menos que Rochelle quiera seguir adelante con su búsqueda... —añado para darle a ella la oportunidad de reclamar a su hombre del mismo modo que ha hecho él.

Keehan se tensa a su lado. Ella se pega más a él, fundiéndose a su lado.

—No, no necesitaré más vuestros servicios. He encontrado al hombre perfecto para mí; no quiero estar con nadie más.

Sonrío, a pesar de que noto cómo Royce se tensa a mi lado. Soy consciente de que esto no le está resultando fácil. Aunque ha levantado sus murallas y disimula, sé que el rechazo es muy doloroso. Lo sé porque lo he vivido en mis propias carnes. Me gustaría mostrarle mi solidaridad, pero no es buen momento; sé que a él no le haría gracia que dejara al descubierto su vulnerabilidad en público. Aceptaré que esa mujer no era para él y se tragará el dolor. Yo no puedo hacer nada por ayudarlo. No soy su madre y, ciertamente, no soy su padre. Sólo puedo estar a su lado y ofrecerle mi amistad. Ser su hermano en los momentos difíciles.

—Nos vemos mañana a las diez —añado, ya que es absurdo pensar que

van a llegar temprano a la oficina.

Rochelle le acaricia el pecho a Keehan.

—Llévame a casa.

—Que sean las doce, chicos. Creo que vamos a estar muy muy ocupados.

—Se humedece los labios y parece estar a punto de devorarla allí mismo.

Antes de que pueda agachar la cabeza, doy una fuerte palmada. Ellos se sobresaltan y se dan cuenta de que siguen en el club.

—A casa, pues. Id con cuidado.

Rochelle se despide con la mano y yo vuelvo a nuestro rincón de la zona Vip para comunicarles a los candidatos que ella ya ha hecho su elección, pero cuando llego los encuentro la mar de entretenidos con las modelos, así que los dejo en paz.

Royce, que venía detrás de mí, exclama:

—Joder, ¡somos buenos! Somos unos celestinos del copón. —Sacude la cabeza y se echa a reír.

Le doy una palmada en la espalda.

—Vamos, las copas corren de mi cuenta.

Él asiente y me sigue hasta la barra en silencio. Cuando llegamos, el barman le pone delante un whisky y a mí otro gin-tonic. Alzo la copa.

—Por el éxito de un nuevo caso.

Él hace chocar su vaso.

—Salud.

Los dos bebemos y observo a mi amigo. Las sombras del local le dan un aspecto un poco siniestro.

—¿Estás dolido porque haya elegido a Keehan? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—No, tenías razón; ella no era para mí.

—Pero te gustaba —le digo tratando de ser delicado.

—Sí, pero creo que la idea que me hice de ella me gustaba más.

Frunzo el ceño y dejo la copa en la servilleta, delante de mí.

—¿Qué quieres decir?

—Ha llegado la hora, tío —me responde muy solemne.

Alzo una ceja.

—¿La hora de qué?

—De sentar la cabeza. Lo noto en lo más hondo de los huesos. —Alza los hombros como si estuviera sintiendo algo raro en ese mismo momento.

—¿Mamá Sterling te está presionando? —Conozco a su madre y sé que es capaz de eso y más.

Se ríe y da otro trago.

—Siempre, pero no más de lo normal. Desea que sea feliz, así que de vez en cuando me recuerda las ventajas de estar con una buena mujer. —Suspira—. Quiero saber que alguien me espera en casa. Quiero tener un cuerpo caliente a mi lado por las noches; una mujer a la que querer y mimar. Quiero tener bebés con ella y verlos crecer a su lado. Ha llegado la hora —repite muy serio.

Asiento en silencio.

—¿Tú también sientes eso con Skyler?

Me encojo de hombros.

—Sé que la amo y me muero de ganas de decírselo. Tengo la sensación de que ella me ama y también tiene muchas ganas de decírmelo. Me habló de mudarse a Boston y me parece una idea genial. Estoy de acuerdo con muchas de las cosas que has dicho. Quiero encontrarla en casa cuando llegue. Quiero contarle todo lo que me ha pasado ese día y que ella me cuente lo que le ha pasado a ella. Quiero darles un puñetazo en la cara a todos sus coprotagonistas, pero no lo haré porque sé que con ellos finge y que conmigo es de verdad. Yo me llevo sus sonrisas adormiladas por la mañana y sus buenas noches. Y sólo yo adoro su precioso cuerpo. Si te referías a eso, sí, tío, yo también lo siento con Sky.

Royce se echa a reír y me da palmadas en la espalda.

—Me alegro por ti. Me imagino que no tiene que ser fácil salir con una

famosa, pero creo que vosotros dos lo estáis haciendo muy bien.

—Haría cualquier cosa para estar con Skyler. Ahora que la he conocido y sé lo que es tenerla en mi vida, no podría conformarme con otra mujer. Su fama es un inconveniente, pero nada más.

—Bien. Y ahora ponme al día con las amenazas de su ex. ¿Qué ha encontrado Wendy?

Hago una mueca y vacío el resto del gin-tonic de un trago.

—Jooo... deer. ¿Tan grave es? —Alza mucho las cejas.

Levanto la copa en dirección al barman.

—Otra ronda, por favor.

Él asiente y Royce se acaba su whisky.

—Sí, así de grave es. —Aprieto los dientes y los puños hasta que el barman nos trae las copas.

—Cuéntamelo todo, tío.

A la mañana siguiente, cuando Royce y yo recorremos los pasillos de Renner Financial Services, nos encontramos con que Helen ha vuelto de sus vacaciones y está preparando café. Aunque está demasiado delgada, cuando se vuelve me sorprende al notar lo mucho que se parece a Rochelle. Lleva el pelo peinado igual, se maquilla como ella y viste como ella, con falda de tubo, blusa de seda y zapatos de tacón. Todo lo que lleva podría haber salido directamente del armario de Rochelle.

Frunzo el ceño y miro a Roy.

—¿Ves lo mismo que yo?

Él recorre su cuerpo con la mirada antes de responder:

—No tiene culo, pero podría ser la hermana de Rochelle.

Asiento.

—Qué raro —susurro justo antes de que Helen nos salude con una sonrisa.

—Caballeros, he vuelto y me muero de ganas de escuchar sus noticias. ¿Le han encontrado ya pareja a Rochelle? —Sus ojos muestran un grado de emoción exagerado para una empleada, pero supongo que es porque lleva años trabajando aquí.

—La clienta llegó a sus propias conclusiones acerca del sexo opuesto y de la contribución de las personas a su vida —responde Royce sin entrar en detalles.

Ella sonríe y grita.

—¡Vale! Sé leer entre líneas. Ya tiene un hombre, pero no pueden decir nada porque son muy profesionales y esas cosas.

—Si no le importa, entraremos y esperaremos a Rochelle en su despacho.

Ella nos invita a pasar con una floritura. Se nota que está entusiasmada.

—Siéntense. ¿Les traigo un café?

Antes de que podamos aceptar, Rochelle y Keehan entran en el despacho, con los andares tan alegres como sus sonrisas. Ése es el efecto que causa una noche de sexo; así es como me siento yo después de pasar un fin de semana con Skyler.

Helen se vuelve hacia la puerta, pero no mira a su jefa para darle la bienvenida; sólo tiene ojos para Keehan.

—Hola, Keehan —saluda con la voz ronca.

—¡Hola, Helen! —Él le devuelve el saludo con calidez. Le rodea los hombros con un brazo y le da un cariñoso achuchón—. Cuánto tiempo. ¿Cómo han ido las vacaciones?

Ella se encoge de hombros y frunce los labios como si estuviera flirteando y quisiera que él se fijara en su boca.

—Habrían ido mejor si hubiera tenido a un hombre como tú a mi lado para compartirlas. —Los ojos le cambian de color, de marrón oscuro pasan a ser negros. Prácticamente veo los corazones de dibujos animados flotando alrededor de su cabeza.

Keehan asiente.

—Te entiendo. —Le acaricia el brazo y ella suspira. Sigue hablando, sin darse cuenta del efecto que sus palabras y su cercanía despiertan en Helen—. Si no tuviera a Rochelle, mis vacaciones también serían un muermo.

A Helen se le abren las ventanas de la nariz al oír la mención de Rochelle, pero tan rápido como viene, la expresión de irritación desaparece de su cara y la sustituye por una sonrisa falsa.

Esto me da mala espina.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Helen. Te hemos echado de menos —dice Rochelle por encima del hombro mientras se acerca a su silla y se sienta.

—Lo dudo —susurra Helen, pero yo la oigo.

—¿Cómo ha dicho?

—Que no lo dudo —dice ahora, pestañeando.

—¿Recuerdas al equipo de International Guy? —le pregunta Rochelle.

Ella hace una mueca despectiva, pero enseguida recupera la sonrisa falsa.

—Sí, nos presentamos antes de que me fuera de vacaciones. Me alegré mucho de que decidieras tirar adelante con el plan.

—Yo también me alegro de haberlo hecho. —La felicidad de Rochelle llena la oficina de energía positiva.

Helen se retuerce los dedos.

—¿Alguna novedad brillante, con muchos quilates? —Le tiembla la voz, como si su vida dependiera de la respuesta de Rochelle.

A su jefa se le ilumina la cara.

—Resultó que en realidad no necesitaba los servicios de International Guy para encontrar pareja. —Mira a Keehan y él se acerca y se coloca a su lado.

El rostro de Helen pierde la expresión por completo al darse cuenta de lo mucho que se acerca.

—¿Qué quieres decir?

Ladeo la cabeza para no perderme su lenguaje corporal y las microexpresiones que cruzan su cara mientras Rochelle rodea la cintura de Keehan con el brazo y le apoya la otra mano en el abdomen, justo por encima del cinturón, un lugar muy significativo. El lenguaje corporal de Rochelle está proclamando alto y claro la intimidad que hay entre ellos.

Helen inspira exageradamente y aprieta los puños a los lados.

—Creo que no lo entiendo bien.

—¿No es obvio? —Rochelle le acaricia el vientre a Keehan, sube hasta el pecho y se levanta para pegarse a su lado.

Helen permanece muy quieta, pero lanza llamas por los ojos.

—No, para mí no lo es —responde con los dientes muy apretados.

—Rochelle al final se dio cuenta de lo que había tenido delante durante todos estos años. —Intervengo sin apartar la vista de Helen. No me extrañaría nada que en cualquier momento empezara a salirle humo por las orejas.

—¿De qué habla?

—De que Keehan es el hombre que siempre he deseado, pero me daba demasiado miedo perder lo que teníamos, por supuesto. —Rochelle se echa a reír, levanta la cara y Keehan le planta un morreo delante de todos.

La expresión de Helen pasa por la sorpresa antes de convertirse en furia.

—¡¿Qué?! —grita con toda la fuerza de sus pulmones.

—Resulta que tenías razón, Helen. Al parecer, a Rochelle le gustaba yo —bromea Keehan, mordisqueándole los labios—. Ahora estamos juntos. ¿No es fantástico? —No aparta los ojos de los de Rochelle. Es un hombre que tiene el mundo entero entre sus brazos y lo sabe.

—¡No! ¿Y todas las conversaciones que mantuvimos? Dijiste... ¡dijiste que sólo erais amigos y que ella nunca te vería de otra manera! —La reacción de Helen es la de una amante despechada, no la de una empleada leal.

Keehan y Rochelle se vuelven hacia ella al mismo tiempo, pero él habla antes.

—Pensaba que te alegrarías por nosotros. Siempre me decías que tenía que salir y buscarme una mujer; alguien que me cuidara y a quien cuidar. —Coloca a su amada ante él—. Rochelle siempre ha sido esa mujer. Al fin nos hemos dado cuenta de que lo nuestro era algo más que amistad.

La secretaria se lleva las manos al pelo y tira con rabia.

—¡Esto no puede estar pasando! —Se le ha oscurecido la cara y no para de negar con la cabeza.

Es como ser testigo de una posesión demoníaca. Un demonio se ha apoderado de la diminuta Helen Humphrey.

—¡Dijiste que erais amigos, que lo tuyo con ella no era así! —sigue gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—Maldita sea, chica, cálmate. —Royce alza una mano, pero ella ni lo ve ni lo oye. Empieza a recorrer el despacho de punta a punta, tratando de librarse de la furia que se ha apoderado de ella.

—Helen, ¿qué te pasa? —le pregunta Rochelle en tono calmado—. Estás

actuando de un modo muy raro. ¿Te encuentras bien? —Se suelta de Keehan y se acerca a su secretaria.

Niego con la cabeza y Royce se adelanta para crear una barrera entre Helen y la pareja. Keehan agarra a Rochelle y la rodea con los brazos en un gesto protector.

Helen apunta a Rochelle con un dedo acusador.

—¡Tú siempre te lo llevas todo! ¡Todo lo que quieres es tuyo! El trabajo, el dinero, ¡el hombre! Estoy harta de ser tu felpudo. Estoy harta de ver cómo tratas a los hombres como si fueran juguetes. Estoy cansada de ver a Keehan sufrir por ti, año tras año, y de que nunca se fije en mí. —Su boca se tuerce en una sonrisa despectiva—. Soy tan buena como tú. ¡No! Soy mejor, porque no soy una zorra creída como tú. ¡Por Dios, Keehan! ¿Cómo es posible que quieras estar con esta guarra? —El cuerpo entero de Helen se convulsiona por el esfuerzo de expulsar todo el odio que tiene acumulado.

Keehan suelta a Rochelle y rodea el escritorio para acercarse a ella.

—Yo no lo haría —le advierte Royce—. Está muy alterada.

—¡¿Alterada?! —sigue gritando—. ¿Tú quieres verme alterada? —Agarra un jarrón de cristal y se lo lanza a Rochelle, con flores y todo.

No la alcanza, pero éste cae sobre el escritorio de cristal, que también se rompe, llenándolo todo de cortantes esquirlas.

Antes de que Royce pueda neutralizarla rodeando con los brazos a la espástica secretaria, ella se lanza hacia Rochelle con la fuerza y la velocidad de un puma. Su cuerpecillo se cuela entre Royce y Keehan y se abalanza sobre nuestra clienta. Rochelle cae al suelo y grita.

—¡Joder! —exclamo, y me lanzo hacia ellas esquivando trozos puntiagudos de escritorio mientras trato de agarrar a las mujeres, que dan vueltas por el suelo cubierto de cristales dándose puñetazos, patadas y tirándose del pelo.

En un momento dado, un mechón de pelo negro sale volando por el aire y me doy cuenta de que es una extensión de Helen.

—¡Zorra! ¡Eso cuesta una fortuna! —Helen le tira del pelo a Rochelle, pero no consigue nada. O las extensiones de Rochelle son de muy buena calidad o su pelo es auténtico. Voto por la segunda opción.

Ella se coloca sobre la secretaria, la agarra por el otro lado de la cabeza y tira, arrancándole otra extensión y sosteniéndola en alto con gesto triunfal.

Helen grita de dolor y le araña los brazos a su jefa, dejándole unas feas marcas rojas.

—¿Me has llamado «zorra»? ¡Oh, no, no te equivoques! Soy algo mucho peor, mala puta. ¡Soy tu peor pesadilla! ¡Estás despedida y pienso denunciarte por agresión! —Agarra a Helen por la cabeza y le da un golpe contra la moqueta. La mujer pone los ojos en blanco y deja de atacar momentáneamente.

Echo a un lado un trozo de escritorio y aparto de una patada la silla con ruedas.

—No, no, no... —Agarro los brazos de Helen antes de que ella pueda armarse para volver a atacar.

Al mismo tiempo, Royce coge a Rochelle por la cintura y la levanta del suelo. Ella sigue dando patadas al aire furiosa. La lleva junto a Keehan y la deposita ante él. Él la rodea con los brazos para tranquilizarla.

—¡Uau! No recuerdo la última vez que vi a dos mujeres pelearse por un hombre. —Royce sonríe mientras se sacude el traje.

Me echo a reír porque no sé qué otra cosa hacer en estas circunstancias.

Royce recupera el teléfono, que está en el suelo, y pulsa un botón.

—Necesito que envíen seguridad al despacho de Rochelle Renner. Hay que detener a una mujer. Y llame a la policía.

Asiente y cuelga el teléfono en el suelo, cerca del escritorio hecho añicos. Los grandes trozos de cristal que hay por todas partes convierten el despacho en un lugar muy peligroso para rodar luchando, pero ninguna de las dos parece tener más que rasguños.

Mientras Keehan habla con Rochelle en susurros, en una esquina, yo me

ocupo de Helen. Royce me trae una toalla mojada y le limpio la sangre de la nariz y la frente. Tiene la mirada perdida y no deja de murmurar palabras incoherentes. Es como si estuviera en otro lugar.

Agacho la cabeza tratando de entender lo que dice.

—Tenía que ser mío. Ahora que ya he conseguido el dinero, tenía que ser mío. Ahora que ya he conseguido el dinero...

Repito esas dos frases en bucle y pronto me doy cuenta de que se refiere al dinero que ha desaparecido de las cuentas.

—Roy, ¿puedes vigilarla? Tengo que hacer una llamada.

Miro a la mujer, que se ha abrazado las rodillas y se mece sin cesar mientras canturrea.

Salgo del despacho y camino por el pasillo. Me saco el móvil del pantalón y llamo a Wendy.

—Hola, jefe. ¿La has pillado?

—¿A quién? —Frunzo el ceño, pensando que se refiere a Skyler.

—A la ladrona de RFS. Te he enviado el informe hace diez minutos. Todo apunta a que ha sido Helen Humphrey. Es la única empleada que ha tenido ingresos irregulares de decenas de miles de dólares cada dos o tres semanas. Lo ha hecho usando el código de acceso de su jefa. Apparently es como si Rochelle se hubiera estado robando a sí misma.

—Uau.

—Sí. Por lo que he encontrado, ha robado más de seiscientos mil dólares en los últimos dos años. Esa mujer tiene que ir a la cárcel.

Miro por encima del hombro hacia la puerta abierta del despacho donde sigue estando la mujer que ha perdido el juicio esta mañana.

—O en un centro psiquiátrico.

—Vaya, algo me dice que detrás de esa afirmación hay una buena historia. Una que me apetece mucho escuchar. —Wendy se echa a reír.

—Dejaré que Roy te ponga al día. Tengo previsto pasar a ver a Sky a la vuelta.

—Me lo imaginaba. Por eso te he sacado un billete directo a la Gran Manzana en el último avión de hoy.

Sonrío.

—Eres la mejor.

—Lo sé. ¡No lo olvides!

—No podré. Ya te encargarás tú de recordármelo.

Se echa a reír a carcajadas.

—¡Es verdad! —Y, en un tono más calmado, añade—: ¿Has... has hablado con Sky sobre lo que te conté?

Yo también bajo la voz.

—Aún no. Sabe que tengo información importante y desagradable que compartir con ella. Como vuelvo esta misma noche, esperaré para contárselo cara a cara.

—Sí, buena idea. Si necesitas algo más, dímelo. Espero que vuelvas pronto. Estoy cansada de tener al señor Maestro del Flirteo Deluxe como única compañía. O, mejor aún, la próxima vez que Royce y tú salgáis de viaje, lleváoslo con vosotros.

Sacudo la cabeza y me echo a reír.

—Te ha hecho sudar para ganarte el sueldo, ¿eh? —Me imagino a Bo coqueteando con Wendy sin parar y las respuestas agudas por parte de ella.

—Bah, lo tengo dominado.

—¡Qué más quisiera yo! —oigo la voz de Bo de fondo y, poco después, oigo su voz al oído—: Tío, he leído lo que te envió Wendy. Estoy aquí para lo que necesites. Lo que sea. Si quieres que suba a un avión y me encuentre contigo en algún sitio para partirle la cara a ese tipo, ahí estaré. Lo que le está haciendo a Skyler no se puede consentir. Ni hablar. Eso no se le hace a uno de los nuestros —acaba diciendo con un gruñido.

Cierro los ojos y me apoyo el puño en la frente.

—Gracias, Bo. De momento, me voy a Nueva York, lo hablo con Sky y decidimos qué vamos a hacer.

—Puedo reunirme con vosotros allí. De hecho, llegaría antes que tú.
Sonrío.

—Te lo agradezco, tío, más de lo que te imaginas, pero de momento iré solo. Si necesitamos algo, te lo haré saber.

—Vale, ya sabes dónde me tienes.

—Sí.

—Pues vuelve al lío y dile a Roy que lo veré en la oficina. Sophie ha llamado, necesita que revise unos documentos de inmediato.

—Dile que se los pase por email.

—Ya lo ha hecho, pero al parecer este caso lo está absorbiendo tanto que lleva dos días sin responder al correo.

Suspiro.

—Sí, es verdad. Entre lo de Sky, el desvío de fondos y lo de encontrarle pareja a la clienta, hemos estado muy liados.

—Ya me lo imagino. Ah, le he pedido a Wendy que investigue al nuevo novio de Sophie. —El tono de Bo es estudiadamente neutro.

El corazón se me dispara. Tengo miedo de que esté a punto de darme más malas noticias. Tengo la cabeza ocupada con lo de Skyler. Lo último que necesito es añadir al novio de Sophie a la lista de problemas.

—Por favor, dime que está limpio.

Él se echa a reír.

—Comprobado. Wendy asegura que está limpio como una patena. Y ¿sabes qué? Al parecer, el tipo ha estado de compras hace poco..., en una joyería. Y compró algo muy caro.

—Vaya. ¿Crees que va a proponerle algo serio? ¿Tan pronto? ¿Cuánto hace que están juntos? Un mes como mucho.

—Tío, yo qué sé. Ya has visto a Sophie. De hecho, la has visto por todas partes. Está buenísima. Y encima es rica, inteligente y está llena de vida. ¿Para qué esperar a echarle el lazo si la tienes a tiro?

—... dijo el hombre a quien la polla se le encoge y muere al pensar en

compromiso. —Me froto la nuca para librarme de la tensión—. Joder, le va a pedir matrimonio.

Bo se echa a reír a carcajadas.

—Sí, eso parece.

—La llamaré a ver cómo está.

—Sí, buena idea. Asegúrate de que no hace ninguna tontería por despecho después de que la dejaras.

Sus palabras me hacen saltar.

—¡Yo no la dejé porque nunca salimos juntos, idiota! —Mi voz suena excesivamente hiriente, hasta a mis propios oídos.

—Si tú lo dices..., pero parecía muy colgada de ti cuando estuvimos en Francia —dice con una despreocupación que sé que no es sincera.

—En Francia pasaron muchas cosas, pero allí se quedaron. Luego mi vida cambió al llegar a Nueva York. Y esta vez es para siempre, tío.

—Sí, ya me lo había imaginado.

—Entonces ¿para qué me sacas el tema de Sophie? —Frunzo el ceño y tamborileo los dedos contra la pared del despacho de Rochelle, por la parte de fuera. Me vuelvo y apoyo la espalda en ella.

—Porque sé que Sophie te importa. Nos importa a todos. Y quería contarte que las cosas en su vida amorosa van a toda velocidad. El tren ha salido de la estación y no se detiene.

Me trago la preocupación por mi amiga. No puedo pasarme la vida desconfiando de todo el mundo. Skyler no es Kayla y el novio de Sophie, tampoco. No todo el mundo tiene como objetivo romperles el corazón a los demás.

—Si ella es feliz, yo soy feliz, pero a ese cabrón más le vale tratarla bien.

—Ya te digo.

Acabo de colgar cuando se abren las puertas del ascensor y aparecen dos guardias de seguridad guiando a un agente de policía.

—Por aquí. —Señalo la puerta del despacho de Rochelle.

Los tres hombres entran y yo los sigo de cerca.

Estoy despatarrado en uno de los cómodos sofás del despacho de Rochelle. Ella está tumbada en el otro, cubriéndose los ojos con el antebrazo. La policía se ha llevado a Helen para tomarle declaración y un equipo de mantenimiento ha venido a limpiar los vidrios rotos. La oficina se ve desangelada y vacía sin la gran mesa de cristal.

—La verdad es que hemos tenido mucha suerte —murmuro mientras Keehan y Royce acaban de preparar los informes que adjuntaremos a la denuncia.

Rochelle tiene previsto contratar un equipo de contables forenses para que hagan una auditoría de los libros de la empresa y así poder saber exactamente hasta dónde llega el daño causado por Helen. Supongo que algún día recuperará parte del dinero que sustrajo, pero cuando estas cosas llegan a los tribunales, van lentas.

—¿A qué te refieres?

—Helen quería a Keehan. Tú has tenido a Keehan durante todos estos años sin ser consciente de ello. Helen ha hecho todo lo que estaba en su mano para atraparlo. Usó tu código para apoderarse de tu dinero. Se vestía como tú. Se peinaba y se maquillaba igual que tú. Y luego te lanza un jarrón de cristal, te destroza el escritorio y os ponéis a pelear como dos gatas.

Rochelle suspira.

—Tienes razón, he tenido suerte. ¡Qué idiota he sido! ¿Cómo he podido tardar tanto en darme cuenta de que Keehan era el hombre de mi vida? Siempre ha sido mi mano derecha, siempre ha estado a mi lado. Siempre comparaba a los demás hombres con él, por eso ninguno me convencía.

Me río por la nariz.

—Supongo que a veces tenemos que gastarnos una pasta en una empresa para encontrar lo que teníamos delante de las narices.

Ella sonrío, se destapa los ojos y me guiña el ojo.

—No me arrepiento. Ha sido un dinero bien gastado.

—Me alegro de que lo pienses. ¿Puedo darte otro consejo?

—Si te digo que no, ¿servirá de algo? —Alza una ceja con ironía.

Sonrío porque me gusta el pique que tenemos. Entiendo que Royce se colgara de ella. Aparte de la apariencia física, que es muy agradable a la vista, es aguda y muy descarada. Y eso es atractivo para algunos hombres, entre ellos, Royce. En muchos aspectos, Rochelle Renner es la mujer perfecta para él, pero si algo está claro es que esta mujer nunca va a dejar de trabajar y no le va a apetecer tener constantes distracciones familiares. La madre y las hermanas de Royce están muy ligadas a su vida. La mujer que se una a él deberá compartir su corazón con las mujeres que ya lo ocupan; lo que nunca hará será reemplazarlas.

—Dispara. —Se pone de lado y apoya la cabeza en la mano para escucharme con atención.

—No siempre se trata de ver lo que tenemos delante de las narices, aunque en tu caso era necesario, sí. Esa parte puede solucionarse abriendo los ojos sin más.

—Entonces ¿de qué se trata? Habla, me tienes en ascuas. —Sonríe de medio lado.

Inspiro hondo. Espero no ofenderla con mis palabras. Hemos resuelto el caso de manera satisfactoria. Se ha enamorado del hombre de su vida y se ha quitado de encima a una malversadora; lo último que quiero hacer ahora es molestarla cuando tiene tantas cosas en la cabeza. Pero creo que se merece que alguien le diga la verdad para que pueda reflexionar sobre ello.

—Creo firmemente que la respuesta a tu problema no era encontrar al hombre ideal; la respuesta era dar la bienvenida y aceptar lo que ya tenías en tu vida. Keehan ya estaba ahí, pero el miedo os separaba. No permitas que el miedo controle tu vida. Y, por el amor de Dios, ¡vive un poco! —la riño en broma—. Si te pasas la vida trabajando, no te queda tiempo para vivir.

La puerta se abre. Keehan se dirige directo al sofá y se sienta a su lado.

Me levanto.

—Voy al lavabo antes de que nos vayamos.

Me dirijo a la puerta pero, antes de llegar, Rochelle me llama.

—Parker. —Señala una puerta cerrada al otro lado del despacho.

—Gracias.

Tras la puerta, encuentro el baño privado de Rochelle, que es blanco por completo. El suelo, las paredes, las toallas, los sanitarios, incluso la grifería.

—Qué mujer tan rara —murmuro, y hago lo que he venido a hacer.

Cuando acabo, me lavo las manos y me fijo en que el espejo da la vuelta al baño y llega hasta el váter. Sonrío recordando las cuatro veces que ya he dejado un mensaje en un espejo. En un impulso, tomo la decisión de que, si encuentro pintalabios en el cajón, le dejaré uno; si no, no.

Abro el cajón y lo encuentro lleno a rebosar de productos de belleza y maquillaje. Hay tres pintalabios en una esquina. Los abro y me fijo en uno de color carmesí intenso que me pide a gritos que lo use.

—Es el destino.

Veo mi expresión orgullosa en el espejo mientras llevo el pintalabios al extremo superior del mismo y le dejo a Rochelle un pequeño recuerdo de mi paso:

Desea lo que ya tienes.

Con cariño,

Yo

Tapo el pintalabios y lo lanzo de nuevo al cajón. Ha llegado el momento de subir a un avión e ir en busca de mi chica, porque yo soy un hombre que, definitivamente, deseo lo que ya tengo.

El vehículo alquilado por Rochelle se detiene frente a la puerta de la terminal de salidas del aeropuerto internacional de San Francisco. Royce y yo bajamos del coche y el conductor nos da el equipaje.

Cuando acabamos de hacer el *check-in* en nuestros respectivos vuelos, vamos en busca de un bar.

—¿Una copa antes de comer?

—Joder, sí.

Royce suspira exhausto y se acerca pesadamente hacia las luces de neón más cercanas. Resulta ser un bar de deportes, si es que se puede llamar así a un local situado en el medio de un aeropuerto. El caso es que tiene un estante lleno de brillantes botellas de licor, así que nos vale para lo que queremos.

—¿Qué vais a tomar? —nos pregunta un hombretón pelirrojo. Con su camisa de franela roja y la barba y el bigote rizados del color del óxido, tiene aspecto de leñador. Uno esperaría encontrárselo cortando árboles y gritando «¡árbol va!», y no tras la barra de un bar sirviendo copas a gente que corre para subirse a un avión.

—Whisky sin hielo. Tres dedos. Un Macallan de dieciocho años si tenéis.

—Royce cuelga la chaqueta del respaldo de la silla.

El barman mira por encima del hombro hacia la hilera de botellas.

—Sí, tenemos.

Mientras va a buscar la botella, yo añado:

—Lo mismo para mí.

Muevo el cuello a lado y lado para librarme de la tensión que me ha provocado el caso y la preocupación por Skyler. Si no se me pasa, voy a

necesitar un masaje completo para deshacerme del estrés. Visualizo a Skyler montada sobre mis nalgas con sus tonificados muslos mientras me masajea la espalda con sus suaves manos. Esa imagen hace que mi polla resucite y me recuerda lo que me espera al final del vuelo de cinco horas que tengo por delante. ¡Dios, qué ganas tengo de verla! ¡Qué ganas de recorrer su piel de arriba abajo!

Royce me mira con una ceja alzada y eso hace desaparecer la imagen de Skyler de mi mente.

—Necesito algo que me haga arder por dentro.

Tengo tanta información en la cabeza que es como si se hubiera formado un tornado dentro y fuera incapaz de pensar.

—Te entiendo. —Aprieta los labios, agacha la cabeza y se pasa una de sus manazas por la nuca.

El barman coloca dos vasos ante nosotros y los llena con algo más que tres dedos.

—¿Queréis algo de comer, chicos?

—Más tarde —responde Royce cansado, levantando el vaso para hacer un brindis.

Levanto el mío y lo hago chocar.

—¡Porque al fin hemos acabado, joder! —dice en el mismo tono.

Me río porque no me esperaba ese brindis. Este caso ha agotado al gran Royce, cosa que no es fácil.

—Me alegro de que hayamos acabado. —Dejo que el whisky se deslice por mi garganta, calentándome las entrañas.

Royce se succiona el labio inferior y se pasa los dientes por él. Sé que está dándole vueltas a algo en la cabeza y, como me imagino de qué se trata, me lanzo a un terreno arriesgado:

—¿Estás pensando en Rochelle?

Él me mira de reojo, pero no se vuelve hacia mí hasta después de dar un trago y soltar el aire entre los dientes al acabar.

—Soy lo bastante hombre para admitir que me equivoqué con ella. No era para mí, ya lo entendí. Tú y yo aclaramos las cosas; eso ya quedó atrás, pero cuando llegue a casa la encontraré vacía, y no tengo a nadie con quien formar una familia para llenarla.

Veo que la situación lo está afectando más de lo que pensaba. Su infelicidad flota entre los dos. Le doy una palmada en la espalda y me inclino hacia él. Él permanece inmóvil, mirando al frente mientras le hablo.

—¿Qué puedo hacer?

Él niega con la cabeza.

—Nada. A menos que tengas en la manga una preciosa hermana lista para sentar la cabeza y aguantar a mi madre dominante y a mis hermanas locas del coño —levanta un dedo, haciendo un paréntesis mental—, y que esté dispuesta a soportar a un hombre que viaja mucho, que tiene dos hermanos de madres distintas siempre pegados al culo y un trabajo que requiere atención constante..., no puedes hacer nada.

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente.

—Está ahí fuera.

Él asiente, pero tengo la sensación de que no se lo cree. Al parecer, lo de Rochelle ha sido un golpe más duro para su ego de lo que suponía.

—Piensa que Skyler llegó a mi vida cuando menos lo esperaba. Me abrió la puerta de su casa en una camisola corta y las braguitas más pequeñas que te puedas imaginar, pensando que yo era su amiga que se había dejado la llave.

Royce pestañea, sacude la cabeza y está a punto de interrumpirme, pero yo sigo hablando.

—Pasé demasiado tiempo luchando contra los sentimientos que me despertaba, pero al final me rendí a lo mejor que me ha pasado en la vida. Y, créeme, tío, no es fácil. Tengo que coger un avión para verla, es famosa y todo el mundo quiere un pedacito de ella. Hasta yo, lo que pasa es que yo quiero el trozo más grande; quiero el pastel completo. —Inspiro hondo y me

inclino hacia él—. Lo que tenemos es muy especial y, como suele decirse: si algo merece la pena, hay que trabajar para conseguirlo. Ahora te toca trabajar. Sal al mundo y encuentra a tu alma gemela.

Por fin Royce se vuelve hacia mí. Bajo la mano y la apoyo en mi rodilla, pero permanezco cerca de él para no compartir la conversación con nadie.

—¿Es tu alma gemela? —me pregunta con la voz teñida con una emoción que no esperaba oír, especialmente en un bar como éste en medio de un aeropuerto abarrotado.

Pienso en Skyler, en su pelo rubio que le cae sobre los hombros; en lo mona que está cuando arruga la nariz. En su modo de llamarme «cariño» y en cómo me enciendo por dentro cuando me llama así. Pienso en cómo pierde la cabeza cuando estoy dentro de ella, entregándose por completo a mí. Recuerdo su nerviosismo antes de que le presentara a mis padres y a mis colegas, lo importante que era para ella gustarles. Cómo se suelta del todo cuando se ríe. Hay mil facetas en Skyler, cada día que pasa descubro alguna nueva y sólo llevamos unos meses juntos. No puedo imaginarme a otra mujer ocupando su lugar. No me imagino amando a nadie más que a ella.

—Eso quiero creer. ¿Qué tal si te lo confirmo cuando esté seguro?

—Me parece bien. —Royce frunce los labios y levanta la copa—. Voy a empezar a buscar en serio cuando vuelva a casa, pero no se lo digas a mi madre o me encontraré a las hijas de sus amigas haciendo cola en el jardín con un número en la espalda, como si fuera una subasta.

No puedo aguantarme la risa ante la imagen.

—¡Lo veo! ¡Sería capaz!

—Oh, no lo dudes. —Seguimos bebiendo—. ¿Ansioso por llegar a Nueva York?

Paso el dedo por el borde de la copa.

—Más de lo que te puedas imaginar. Estoy preocupado por ella. Ese Johan es un mal bicho.

—¿Crees que sería capaz de hacerle daño? ¿Físicamente?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Pero sé que la está dañando en el plano mental y emocional; pienso echarle encima la ración de mierda que Wendy desenterró y eso no va a ser agradable. —Siento un escalofrío en la espalda y un nudo en el estómago.

—¿Estás en contacto con el equipo de seguridad de Skyler?

—Sí, le envié un mensaje a Nate para que mantuviera los ojos bien abiertos. Le dije que lo pondría al día cuando llegara a Nueva York.

Royce se ríe.

—Y ¿cómo reaccionó? No creo que a un hombre como Nate Van Dyken le haga mucha gracia que le digan cómo tiene que hacer su trabajo, ni a su mujer tampoco.

Me uno a sus risas.

—Tienes razón. Respondió con una sola palabra: «Hecho».

Royce sonríe y es la primera sonrisa genuina desde que salimos de Renner Financial Services.

—¿Irán a recogerte al aeropuerto?

Niego con la cabeza.

—No, no le he dicho a Skyler que iba a verla. Quiero darle una sorpresa. Sé que hoy trabaja hasta tarde y teníamos que hablar cuando acabara de trabajar, pero le he mandado un mensaje diciéndole que hablaríamos mañana.

—Dios, qué ganas tengo de dejarme caer en su cama, rodear su calor con los brazos y permitir que su aroma a melocotones y a nata inunde mis pulmones y me calme el alma—. Además, el avión llega tarde; no quiero molestar a Nate.

—Muy amable por tu parte.

—A estas horas, Skyler está en los estudios, así que los paparazzi me dejarán en paz. Cogeré un taxi discretamente y me plantaré en su casa sin que se entere nadie más que el conserje. A menos, claro, que estén montando guardia en su puerta, pero merece la pena intentarlo.

Royce da otro trago al whisky.

—Ah, recibí los documentos de Sophie y ya le he respondido. Está nerviosa por una reunión de la junta directiva y quería tenerlo todo a punto, pero todo estaba bien; no hacía falta que se preocupara.

—Vale. ¿Te contó Bo que le pidió a Wendy que investigara a su novio?

Royce sonríe.

—¿Encontró algo?

Niego con la cabeza.

—No, está limpio, pero Wendy descubrió que el tipo acaba de hacer una compra importante en una joyería. Una compra muy importante.

Royce frunce el ceño.

—Bo sospecha que quiere pedirle matrimonio.

Royce abre mucho los ojos.

—Pero ¿qué coño me estás contando? Que sí, que Sophie se lo merece, pero ¿cuánto llevan juntos? —Mueve los dedos como si estuviera calculando mentalmente—. ¿Semanas?

—Por ahí anda la cosa —murmuro, y me acabo el whisky.

El barman alza la barbilla, preguntándome en silencio si necesito otro.

—Una cerveza. Sierra Nevada. —Decido cambiar de bebida. A diferencia de Royce, yo no puedo beber whisky como si fuera agua porque me sube.

—Otro whisky para mí. —Royce levanta el vaso y el barman asiente.

Mi amigo se echa hacia atrás en la silla y se cruza de brazos.

—Y ¿cómo te ha sentado esa novedad en la vida de Sophie?

Yo también me echo hacia atrás y apoyo un brazo en la barra.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que eres muy protector con ella. Compartisteis algo en París y, aunque sé que eso terminó, ella sigue siendo importante para ti. Demonios, si es importante para Bo y para mí, me imagino que para ti más.

—Sí, lo es, pero lo importante es ella. Si ese tipo es el hombre que ella quiere en su vida, me alegro por ella. ¿Si me parece demasiado pronto? Pues

sí, joder, claro que me parece precipitado. Hablaré con ella. Quiero asegurarme de que está bien; de que no se está lanzando de cabeza a esa relación porque sigue de luto por su padre y se siente sola. Sophie tiene un montón de responsabilidad sobre los hombros. No le diré que no se case si está enamorada de ese tipo y quiere un futuro a su lado, pero sí le aconsejaré que se lo tome con calma.

Royce se pasa el pulgar por el labio inferior.

—Me parece bien. Sophie es joven y muy dulce. Sin nadie que cuide de ella, hemos de asegurarnos de que no dé un mal paso.

—Eso mismo pienso yo. —Tomo nota mental de ponerme en contacto con Sophie enseguida que pueda—. ¿Adónde iremos ahora? —le pregunto, ya que él fue quien se ocupó de organizar la agenda mientras yo estaba en Milán.

—A Montreal. La directora de una empresa tecnológica quiere que descubramos a un topo que está vendiendo secretos industriales y que detectemos errores en el sistema.

Menos mal que no se trata de nada relacionado con cuestiones del corazón. El espionaje corporativo me parece fácil al lado de la montaña rusa emocional de los últimos casos.

—Me tomaré unos días libres hasta resolver el problema de Sky con Johan.

Royce asiente.

—Ya me lo imaginaba. Hablaremos del caso en detalle cuando vuelvas a casa, ¿vale?

—Venga, vamos hablando. —Me levanto y me pongo la chaqueta. Royce hace lo mismo antes de darme una palmada en la espalda y de apretarme el hombro.

—Te veo en casa, tío —me dice.

Dejo tres billetes de veinte en la mesa para pagar las bebidas.

—Ahí nos vemos.

—Llámanos si nos necesitas para resolver el tema de Johan.

—Lo haré.

Royce se despide alzando dos dedos.

—Paz.

El silencio que me recibe en el ático de Skyler a las dos de la madrugada es sepulcral. No quiero despertarla, así que dejo la maleta silenciosamente cerca de la entrada. Tal como me imaginaba, a estas horas no había paparazzi en la puerta, como buitres esperando un trozo de carne. El portero me ha saludado al pasar como si me conociera de toda la vida.

Me quito los zapatos para no hacer ruido. Dejo la chaqueta sobre el respaldo del sofá y sobre ella coloco la rosa blanca que me esperaba en mi asiento de primera clase al subir al avión. Me ha recordado a Skyler, por eso le he pedido a la azafata que la guardara. La ha envuelto en una servilleta húmeda y la ha metido en una bolsa. Suelto un suspiro de cansancio y recorro los oscuros pasillos hasta llegar a la habitación de Skyler.

Al llegar, descubro sorprendido que no está allí y que la cama no está deshecha. Frunzo el ceño y miro la hora en el despertador que tiene en la mesilla. Son las dos y cuarto. La espalda se me encorva como si me hubiera caído una tonelada de cemento sobre cada hombro.

Agotado, voy al baño, me desnudo y me meto en la ducha. Su aroma me asalta en cuanto entro en el cubículo lleno de vapor de agua.

Gruño de frustración.

—¿Dónde coño estás? —Agacho la cabeza mientras el agua se desliza por mis músculos.

Necesito estar con ella; la siento a mi alrededor pero no está aquí, así que me echo un poco de su gel de baño en la mano y me rodeo la polla con una mano cansada. Estoy ya semierecto sólo por el hecho de estar en su casa, rodeado por su aroma a melocotones y a nata. Me la agarro con fuerza por la

base y tiro hacia arriba hasta la punta, imaginándome que es Skyler, con su pequeña mano, la que me acaricia y pasa el pulgar por la protuberante corona.

—Joder, nena. Cómo te echo de menos. —Apoyo la frente en las baldosas frías. Mi mente completa los espacios en blanco mientras me acaricio arriba y abajo.

La Skyler de mis sueños me apoya los pechos desnudos en la espalda, me abraza por la cintura con una mano y mantiene la otra alrededor de mi polla, meneándomela hasta que me olvido de todo lo demás.

Me besa el hombro y me lo recorre con los dientes hasta llegar al cuello. Una vez allí, me planta un beso con la boca abierta y luego succiona, volviéndome loco de deseo.

Me endurezco hasta que resulta doloroso. Las nalgas y los muslos se me contraen, tratando de sostener mi peso. Apoyo la otra mano en la pared dando una palmada y arqueo la espalda cada vez que tiro hacia arriba con la mano.

—Melocotones... —susurro, y siento las pelotas cada vez más pesadas, listas para estallar.

Cierro los ojos mientras la Skyler de mis sueños me agarra con las dos manos y me la menea impresionantemente con todas sus fuerzas. Sus suaves gemidos se pierden entre el sonido del agua que cae sobre nosotros y mis gruñidos.

—Dámelo, cariño. Dámelo todo —me pide, apoyando la cara en mi bíceps para poder contemplar el poder que tiene sobre mí.

—¡Joder! —exclamo, formando un puño con la mano que tengo apoyada en la pared. Con la otra, me aprieto la polla con fuerza al tiempo que la Skyler de mis sueños me dice cosas que me ponen a mil.

De pronto, no puedo más. Siento un cosquilleo en la base de la columna, me pongo de puntillas y arqueo la espalda; el placer me recorre de abajo arriba y mi esencia se derrama, chorro tras chorro, en el agua que se acumula a mis pies. El orgasmo se alarga mientras me imagino a Skyler

meneándomela con avidez, deseosa de obtener hasta la última gota de mi placer.

Dejo caer la cabeza pero me mantengo la polla bien sujeta y voy descendiendo del subidón que me he proporcionado yo solo, deseando que la responsable hubiera sido mi chica y no yo. Supongo que volverá pronto. Tiene que estar a punto de llegar. Sé que a veces acaban tarde y que hoy era el último día de rodaje, pero esto es ridículo.

Tal vez hayan tenido que volver a rodar algunas escenas.

Cojo mi gel de ducha —la última vez que estuve aquí, mi chica se había encargado de que en su casa hubiera todos mis productos favoritos—, me echo un poco en la mano y me lavo la suciedad y el cansancio del día junto con los restos de la paja que acabo de hacerme.

Más cansado que antes, me seco con una de sus esponjosas toallas y la dejo en la cesta cuando salgo. Recorro su casa desnudo en busca de mi teléfono, que he dejado en el bolsillo de la chaqueta. No me preocupa ir desnudo porque sé que a Skyler no le importa verme así. Vuelvo a su habitación, retiro el edredón y me tumbo de lado. Busco en «Favoritos» y la llamo. En vez de su voz cansada diciéndome «hola, cariño», la llamada salta al buzón de voz.

—Has llamado a Skyler. Deja un mensaje después de la señal y te llamaré cuando pueda —dice con su voz alegre y animada.

—Melocotones, soy yo. Quería darte una sorpresa pero no estás en casa. Estoy desnudo en tu cama, esperándote. Ven a por mí. —Pronuncio las últimas palabras en un tono de voz más grave y seductor y sonrío antes de colgar. Subo el volumen del teléfono por si me devuelve la llamada y lo dejo a mi lado en la cama.

Un segundo más tarde, me he quedado frito.

Mi alarma suena a las seis de la mañana y doy palmadas sobre la cama buscando el teléfono. ¡Mierda! Debería haber desactivado la alarma antes de

dormirme. Me incorporo y lo encuentro a mi lado. La cama sigue vacía; Skyler todavía no ha vuelto, ya debería estar aquí. Me froto los ojos pensando que he dormido menos de cuatro horas. Doy un golpecito en la pantalla y veo que no me ha devuelto la llamada. Tampoco tengo mensajes de texto ni de voz, nada. Y, como le dejé un mensaje de voz, ni siquiera puedo saber si lo ha escuchado o no.

«¿Qué coño está pasando aquí?»

La tensión se añade al cansancio y me froto las sienes luchando contra el dolor de cabeza.

Frunzo el ceño y vuelvo a llamarla. El tono suena varias veces antes de que me salte de nuevo el buzón de voz.

—Lláname cuanto antes. Estoy en tu casa y no estás aquí. Estoy preocupado.

Luego le escribo un mensaje.

De: Parker Ellis

Para: Melocotones

Te he dejado mensajes de voz. Anoche no viniste a casa. Estoy en el ático. Lláname cuando recibas el mensaje.

Suspiro y vuelvo a tumbarme en la cama. Busco el contacto de Nate Van Dicken y escribo:

De: Parker Ellis

Para: Nate Van Dicken

¿Sky sigue en los estudios? Estoy en su casa.

Me levanto, voy hasta la maleta, saco unos calzoncillos limpios y me los pongo. Luego me pongo unos vaqueros y una camiseta de los Red Sox. El teléfono suena mientras me dirijo a la cocina para encender la cafetera, pero no es Skyler, es Nate.

—Ellis, soy Nate —dice con la voz ronca—. Ayer dejamos a Skyler en casa a las cinco. Dijo que no iba a ir a ninguna parte y que no necesitaría

nuestros servicios.

El corazón empieza a latirme desbocado.

—¿A las cinco de ayer? Yo llegué a las dos de la madrugada y no estaba. La cama se encontraba sin deshacer y todo permanecía en silencio. Por aquí no ha pasado nadie.

—¡Joder! Voy a localizar su teléfono ahora mismo —dice en tono firme pero controlado.

Mi cerebro no es capaz de funcionar con normalidad. Estoy tan preocupado por ella que me apoyo en la encimera de la cocina y escucho la respiración de Nate mientras hace lo que sea que esté haciendo.

—Me sale que está en el hotel St. Regis, aquí, en Nueva York.

El martilleo de mis sienes aumenta de intensidad.

—¿Para qué coño iría a un hotel si tiene casa aquí?

—No lo sé. Voy para allá, a ver qué puedo averiguar.

—Voy contigo —replico con los dientes apretados mientras me acerco a la maleta buscando zapatos y calcetines.

—No, tú quédate en casa por si vuelve. Rachel y yo nos ocuparemos de todo. Te traeremos a tu chica. Tú espera ahí.

Aprieto las mandíbulas con tanta fuerza que no me extrañaría que las muelas se me convirtieran en serrín.

—No sabes lo que me estás pidiendo. No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

—No estarás sin hacer nada. Llámala cada diez minutos. Dentro de veinte nosotros llegaremos al hotel. Si pasa algo malo, llamaremos a la policía y te avisaré de inmediato.

Trago saliva, que me deja un regusto amargo en la boca, y cierro los ojos con fuerza.

—Bien. Id para allá. —Cuelgo el móvil y empiezo a andar de un lado a otro.

Cuando el teléfono me dice que han pasado siete minutos, no puedo más.

—¡A la mierda! —exclamo, y marco su número. Suena varias veces y estoy seguro de que va a saltar de nuevo el contestador, pero entonces oigo una voz de hombre.

—¿Hola? —dice con voz adormilada.

—¿Quién coño eres? —Mi tono de voz no admite tonterías.

—Johan. ¿Quién coño eres tú?

El corazón me da tal brinco que se me queda encallado en la garganta al oír ese nombre.

—¿Dónde está Skyler?

El hombre se echa a reír. Tal cual. Se ríe. En. Mi. Oreja.

—Se está dando una ducha rápida. Y ¿a ti qué te importa? ¿Eres el novio?

—Sí —respondo apretando los dientes, con el corazón desbocado y la frente sudorosa—. Que se ponga.

—Tío, se está duchando para quitarse de encima los restos de una noche... llena de diversión. Si fuera a molestarla a la ducha, no iría con el teléfono. Además, la chica necesita un descanso, ya sabes a lo que me refiero. —Sus palabras están tan cargadas de dobles sentidos sexuales que una furia atronadora me parte el pecho en dos.

Me ha engañado.

Con el hijo de la gran puta de su ex, que la estaba extorsionando.

Es una mentirosa y una traidora.

La quiero, pero ella nunca me ha querido.

El horror y la inseguridad me hacen trizas el corazón y la mente y me cuesta muchísimo concentrarme en el aquí y ahora. Entre el torbellino de confusión, sólo me queda una cosa clara: no puedo alejarme de ella sin asegurarme de que estará a salvo. No puedo apartarme de la mujer que amo sabiendo que puede correr peligro.

—Mira, Johan, sé lo que hiciste. Sé que una mujer murió en ese club por tu culpa. Sé que los prestamistas te persiguen para que les devuelvas cientos de miles de dólares. Incluso sé lo de las dos mujeres a las que asaltaste y por

las que tu familia tuvo que pagar. Sé que a la gente del club del que te echaron no le haría ninguna gracia que esa información saliera a la luz. Y me imagino que a tu agencia de modelos o a tu familia tampoco.

—¡Serás cabrón! —grita a través del teléfono—. Como digas una sola palabra...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? Yo ya no tengo nada que perder, hijo de mil putas. —Lo que le diría en realidad es que me ha arrebatado todo lo que quería, que me ha clavado un picahielo en el corazón, pero no pienso darle esa satisfacción.

Lo oigo respirar trabajosamente al otro lado de la línea y aprovecho la oportunidad para remachar mis amenazas.

—Así es como vamos a hacer las cosas. Vas a apartarte de Skyler y la vas a dejar en paz...

—No creo que a ella le haga mucha gracia, ahora que hemos recuperado nuestra conexión.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que podría romper rocas con ellos. Siento que el corazón quiere estallarme en pedazos. Deseo romper todo lo que tengo ante los ojos, pero inspiro hondo, sin dejarme vencer por el dolor y la rabia, para poder transmitir mi mensaje con claridad.

—Déjala en paz. Haz que salga de esa habitación. No vuelvas a ponerte en contacto con ella. Destruye esas imágenes o me aseguraré de que todos los medios de comunicación desde aquí hasta Tombuctú publiquen cómo dejaste morir a una mujer en un antro de tortura. Además, me encargaré de que todo el mundo sepa que eres un drogadicto y haré que tus padres paguen las consecuencias de haberte librado de la cárcel en dos ocasiones por dos asaltos sexuales. ¿Crees que a tu mami y a tu papi les gustará que se les eche encima la opinión pública después de haberte salvado el culo?

—Me acusas de ser un cabrón, pero tú no eres mejor que yo. —La voz de Johan tiene un acento más cerrado a medida que su rabia aumenta.

—No lo niego, pero da igual. No tienes elección. Suéltala y mantente lejos

de su vida. —Digo las palabras como si quisiera apuñalarlo con ellas, igual que saber que Skyler me ha engañado me está apuñalando el alma.

—Johan, ¿qué haces con mi teléfono? —Oigo la dulce voz de Skyler en la distancia; suena cautelosa, pero es ella.

—Tienes quince minutos para soltarla y que llegue al vestíbulo del hotel. Su equipo de seguridad la espera allí. Si en ese tiempo no ha llegado abajo, enviaré a *The New York Times* el email que tengo ya listo. Y ése será sólo el primero de muchos. —Cuelgo y golpeo el teléfono contra la encimera.

Vuelvo a levantarlo y llamo a Nate.

—Estará en el vestíbulo dentro de quince minutos.

—Enseguida la llevo a casa contigo, tío —me asegura.

—No hay prisa. Cuando llegue, yo ya no estaré aquí. Lo nuestro se ha terminado. —Con esas palabras, cuelgo y lanzo el teléfono contra la pared alicatada con tanta fuerza que se rompe en pedazos. Me acerco a la maleta, me calzo y la cierro.

Se ha acabado. Skyler y yo hemos roto. Nunca me habría imaginado que me rompería el corazón en dos de esta manera. Se suponía que era la mujer de mi vida, la mujer entre siete mil millones, joder. Y ¿ahora qué?

Una rabia muy intensa me recorre el cuerpo, expandiéndose como si fuera gas en un espacio reducido, buscando salir por cualquier rendija. Cojo la primera foto que encuentro en la mesa, cerca del sofá. Es una foto de Skyler y yo en la piscina. La enmarcó y la puso en la mesa con las de todas sus personas queridas.

Una mentira más.

Todo ha sido una puta mentira.

Con un grito de furia, tiro el marco al suelo y lo pisoteo hasta que el cristal y la madera quedan hechos añicos. Pero no es suficiente. Sin pensar, miro la mesa llena de fotos.

¡Todo es mentira! Es una mentirosa. Con otro grito animal, recorro la mesa con los brazos extendidos, tirando al suelo todas las fotos.

No es suficiente. Nunca nada será suficiente. Nunca me había sentido así. La traición de Kayla no me dolió tanto como esto. Tengo que salir de aquí. Miro a mi alrededor y veo el destrozo que he causado. ¡Que se joda! Me importa una mierda. Necesito un coche, pero recuerdo que he roto el móvil. Busco entre los restos, recupero la tarjeta SIM y me la meto en el bolsillo. Es la única idea lúcida que tengo antes de que la oscuridad de todo lo que ha pasado me invada la mente y el alma, tiñéndolas de negro.

Sin mirar atrás, dejo el ático de Skyler, su casa entre las nubes, para no volver jamás.

Skyler

Doce horas antes

Miro el teléfono por lo que me parece la millonésima vez y vuelvo a leer el mensaje de Parker. Dice que me llamará mañana. Puf. Estoy cansada de esperar para hablar con él. Dijo que tenía información sobre Johan, pero aún no sé nada. Tracey quiere que apruebe las notas de prensa que ha escrito sobre las fotos por si salen a la luz, pero yo no quiero hacer nada hasta después de haber hablado con él. Parecía estar convencido de que la información de Wendy solucionará el problema, que Johan destruirá las fotos y que nadie se enterará de que fui una idiota.

Pero es que Wendy y Parker no conocen a Johan. Él no haría algo así sin una razón. Tal vez fuera demasiado joven y estuviera demasiado enamorada cuando estuvimos juntos, pero ahora he cambiado. Soy más fuerte y más capaz de enfrentarme a los problemas. Y conozco a Johan. En contra de lo que Parker pueda pensar, Johan no es peligroso. Debe de estar pasándole algo muy grave para que me esté atacando de esta manera.

Quiere cincuenta millones de dólares.

Hace mucho tiempo que conozco a Johan y nunca ha sido tan cruel. Era frío y distante, me engañó muchas veces y se aprovechó de mi dinero, pero no era cruel. Y, cuando mis padres murieron, estuvo a mi lado. Me abrazaba con fuerza cada día durante los meses en que lloraba y lloraba hasta quedarme dormida. Me acompañó al funeral y se sentó a mi lado, dándome la mano. Fue el ancla que me mantuvo atada al mundo real, cuando todo a mi alrededor se convirtió en una pesadilla surrealista. Me ayudó en los momentos más difíciles. Si no hubiera estado a mi lado, es probable que

hubiera hecho algo peor que ahogar las penas en alcohol y pastillas. Cuando no podía seguir adelante en la vida y sólo veía oscuridad, Johan me dio la mano, me ayudó, me mostró la luz al final del túnel. Y esa luz fue mi carrera.

Por eso me cuesta tanto entender que ahora me esté chantajeando. Llevo días dándole vueltas. Aunque me da mucho miedo, creo que debo enfrentarme a él, cara a cara. Necesito averiguar por qué me está dañando de esta manera. Cuando lo dejé no pareció importarle en absoluto. Al revés, casi me animó a largarme. Aunque, por supuesto, eso fue después de que hubiera retirado hasta el último céntimo que teníamos en la cuenta conjunta. Menos mal que hacía ingresos mensuales y no ingresaba allí la totalidad de lo que ganaba, porque me temo que se lo habría llevado todo.

Y eso es lo que pretende hacer ahora. Supongo que no sabe que en realidad tengo mucho más, tengo cientos de millones, más dinero del que podré gastarme nunca. Lo único que yo quería era participar en buenas películas, contar bonitas historias, encontrar a un hombre al que amar y que me amara y construir una vida en común. Soñaba con tener un par de hijos y darles todo el amor que me dieron mis padres y un poco más.

Suspiro al imaginarme a Parker con un niño pequeño sobre los hombros mientras me acaricia el vientre con emoción. Algún día. Pero tengo miedo de que ese día no llegue si no logro apartar a Johan de mi vida definitivamente.

Estuve a punto de decirle a Parker que estoy enamorada de él. Sé que él siente lo mismo por mí. Me lo dice en cada aliento que me llega a través del teléfono; me lo confiesa cada vez que me susurra «Melocotones» al oído. Me lo confirma cada vez que adora mi cuerpo cuando hacemos el amor. Él es todo lo que quiero en el mundo y no voy a permitir que una cucaracha como Johan estropee lo que tenemos. No quiero que la encantadora madre de Parker y su alegre padre vean esas fotos y piensen mal de mí. No debería haberme sacado esas fotos. Johan me convenció para que hiciera esas cosas porque a él lo ponían y, en aquella época, yo quería complacerlo. No tengo nada en contra de ese tipo de prácticas sexuales, pero, después de un par de

intentonas, comprobé que no son lo mío. A mí lo que me gusta es lo que tengo con Parker cada vez que estamos juntos. No necesito nada más y no voy a permitir que nadie se interponga entre nosotros. Si tengo que pagar para conservarlo, pagaré.

Sintiéndome segura de mí misma, cojo el teléfono y llamo a Johan. Me sorprende que no haya cambiado de número, pero el caso es que responde al tercer tono.

—Hola, Skyler. Esperaba tu llamada. ¿Cómo estás? —Me habla como si estuviera charlando con un viejo amigo, no como a alguien a quien está chantajeando por una cantidad de dinero que mucha gente no verá en toda su vida.

Aprieto los dientes y respiro hondo.

—Quiero verte, ahora, sin abogados.

—¿Traes el dinero? Si lo traes, te daré las fotos —replica, como si se dedicara a chantajear a mujeres todos los días y fuera lo más normal del mundo.

—Quiero hablar contigo, Johan. ¿Dónde podemos vernos?

—En el hotel St. Regis. Habitación 242. —Cuelga el teléfono, como si nada.

En vez de llamar a los Van Dyken, telefono al conserje y le pido que llame a un taxi.

Johan abre la puerta vestido con vaqueros y una camisa azul con el cuello desabrochado. Tiene ojeras pronunciadas y su pelo oscuro, que siempre había sido fuerte y brillante, es una especie de nido de pájaros sucio en lo alto de su cabeza. Sus mejillas están muy hundidas, lo que le da un aspecto enfermizo, desnutrido.

—Tienes una pinta horrible —comento, entrando en la habitación con decisión y soltando la chaqueta y el bolso sobre el sofá.

—Tú, en cambio, no. Preciosa como siempre, dorada como el sol, con

unas tetas tan impresionantes como el culo y las piernas. Estoy seguro de que tu nuevo novio está disfrutando muchísimo de tus atributos. Yo los disfruté mucho.

—¿Estás seguro? —Resoplo—. Si hubieras disfrutado tanto, no te habrías tirado a la mitad de las modelos con las que trabajaste.

Él chasquea la lengua.

—Eso es agua pasada. Además, tú no has venido para hincharme el ego y yo no estoy aquí para disfrutar de tus atributos, aunque ya sabes que, si quisieras, me convencerías rápido.

Pongo los ojos en blanco y finjo tener arcadas.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me chantajeas?

En vez de responderme, comenta:

—*Chantaje* es una palabra muy fea, ¿no crees?

—Creo que es la que mejor describe lo que me estás haciendo. Me estás amenazando con hacer públicas unas fotografías que me sacaste sin permiso en un momento de vulnerabilidad. Confiaba en ti, Johan —añado con la voz rota. Tiene que saber que lo que está haciendo me duele y mucho. Si le importara algo, se daría cuenta.

—Y yo cuidé de ti muchas veces, si no recuerdo mal. Siempre estabas a punto en el dormitorio, fácil de satisfacer —comenta, como si esto fuera un juego para él y no se diera cuenta del daño que me está causando.

Furiosa, aprieto los puños y se lo suelto todo a la cara.

—¡Porque te amaba! —grito, tentada de patear el suelo y perderme en una rabieta épica. Logro controlarme, pero me cuesta mucho.

Él frunce el ceño.

—Qué mala suerte, porque yo soy incapaz de amar. Ya te diste cuenta.

—Sí, me costó, pero acabé dándome cuenta. Lo que no sabía era que fueras tan cruel. Cuando mis padres murieron, cuidaste de mí. Pensaba que te importaba.

—Y me importas, pero eso no soluciona el problema en el que estoy

metido. Necesito dinero, mucho dinero, o no lo contaré. He tomado malas decisiones en el pasado y ahora algunas personas horribles quieren hacérmelas pagar. Si no les doy lo que me piden, me matarán. No tengo elección —admite con los dientes apretados.

Empiezo a entender la situación. Aunque trata de disimularlo, no puede ocultar la preocupación en la mirada, el miedo en cada palabra. Está asustado, teme por su vida.

—Johan, siempre se puede elegir. —Me llevo las manos al pecho y dejo que vea el dolor que me está causando.

—Yo no puedo, si quiero seguir viviendo. Eres mi única opción. —Traga saliva y se aclara la garganta.

Sin pensarlo, tomo una decisión y hago lo mismo que habría hecho mi madre si se hubiera encontrado en mi situación. Ella no habría permitido que alguien conocido y querido viviera con miedo, ni siquiera personas que le hubieran hecho daño. Cuando amaba, lo hacía de manera incondicional, igual que yo. Con mi madre en mente, ofrezco algo que sé que no debería estar ofreciendo.

—Pues te ayudaré, porque tú estuviste a mi lado cuando mi mundo se vino abajo. Porque un día te amé más que a nada en el mundo, y porque no podría vivir tranquila sabiendo que tu vida corre peligro y no he hecho nada para evitarlo.

Johan me mira a los ojos y los hombros se le relajan, supongo que por el alivio.

—Skyler... —Le tiembla la voz. Corre hacia mí y me abraza.

Me asaltan recuerdos de cuando me abrazaba durante aquellos meses en que estaba como muerta en vida tras el fallecimiento de mis padres. Hundo la nariz en mi hombro y noto que la tiene fría. Un segundo más tarde me doy cuenta con gran sorpresa de que sus lágrimas me mojan la piel. Nunca antes había experimentado algo parecido con Johan.

—Lo siento. Siento haberte hecho daño. Gracias. Gracias, Skyler.

Por mucho que odie lo que me hizo cuando estábamos juntos y lo que pensaba hacerme ahora, percibo su agonía. Es un hombre perdido y asustado que trata de resolver sus problemas de un modo incorrecto. Pero en mi mano está regalarle un poco de amabilidad, la misma que él me mostró en el pasado.

—Lo arreglaremos. Te ayudaré. Para empezar, vas a contarme a quién le debes dinero y cuánto le debes a cada uno.

Cuando al fin llamamos al servicio de habitaciones, ya habíamos revisado la larguísima lista de individuos a los que les debía dinero y a los que él se refería como «unos tipos muy malos». Pasaba ya de la una de la madrugada y estaba agotada. La prensa se agolpaba en la puerta del hotel y Johan me sugirió que me quedara a dormir en la habitación, ofreciéndose a dormir él en el sofá.

Tras revisar la lista y hablar con mi agente de Bolsa para que se encargara de pagar todas las deudas —que ascendían a veinte millones de dólares, no cincuenta—, Johan me entregó el *pendrive* con las fotos, que me guardé con la idea de destrozarlo a martillazos cuando llegara a casa.

No me dijo qué había pensado hacer con los treinta millones de diferencia, pero me imaginé que quería un buen colchón para vivir cómodamente tras haber perdido el estatus en la industria de la moda. Acabó admitiendo que tenía un serio problema con las drogas y me brindé a pagarle el tratamiento en una clínica de desintoxicación que ofrecía servicios a los ricos y famosos para que su problema no saliera a la luz y no perdieran su reputación. Le costó un poco, pero acabó aceptando y deshaciéndose en agradecimientos. Más tarde se deshizo en disculpas por lo que había planeado hacer.

Al amanecer, estoy agotada y me siento sucia. No tuve ocasión de ducharme tras un día duro de trabajo en los estudios. Sé que a Johan no le importará que use su baño, así que, tras asegurarme de que la puerta está bien cerrada, me doy una larga ducha, dejando que el agua caliente se lleve la

preocupación que me ha tenido en tensión toda la semana. Al acabar, me seco y vuelvo a ponerme la misma ropa porque no quiero salir del hotel con la ropa de otro hombre. De hecho, cuando me vean salir con la misma ropa que llevaba ayer, la prensa se va a volver loca.

Con los zapatos en la mano, salgo del baño y oigo que Johan está hablando por teléfono. Me acerco sigilosamente para escuchar. Sé que no ha sido del todo sincero cuando me ha contado sus problemas; estoy segura de que me ha ocultado cosas, pero tener el *pendrive* me tranquiliza mucho. Sé que mi nombre está a salvo..., al menos por ahora.

También me tranquiliza saber que voy a ayudar a alguien que fue muy importante para mí. Mi madre estaría orgullosa de mí. ¡Qué demonios, yo también estoy orgullosa de mí! Este hombre me ayudó cuando más lo necesitaba y siento que le estoy devolviendo el favor multiplicado por cien. Ahora puedo lanzarme de cabeza a mi nueva vida con Parker sabiendo que me porté bien con Johan. Espero que algún día se cure y podamos recuperar nuestra amistad.

—¡Serás cabrón! —lo oigo gritar—. Como digas una sola palabra...

Me encojo, pensando que está hablando con uno de esos «tipos tan malos», que quiere recibir el dinero que ya le he dado.

—No creo que a ella le haga mucha gracia, ahora que hemos recuperado nuestra conexión —dice en un tono que trata de ser sugerente. No me causa ningún efecto, por supuesto, pero me resulta muy extraño que le diga algo así a un tipo al que le debe dinero.

Tanto me extraña que me acerco a él.

—Me acusas de ser un cabrón, pero tú no eres mejor que yo —dice con una mueca despectiva, y se da la vuelta. En ese momento me doy cuenta de que está hablando con mi teléfono y no con el suyo.

—Johan, ¿qué haces con mi teléfono?

Él me ignora, escucha con atención, cuelga y lanza el móvil dentro de mi bolso.

—¿Con quién hablabas? —exijo saber, aunque instintivamente ya lo sé, y mi corazón se ha puesto a latir de manera descontrolada en mi pecho.

—Con el que dice ser tu novio, aunque dudo que siga siéndolo. No hace falta que me des las gracias. —Se estremece y finge vomitar—. ¡Qué asco de tío! Tienes un gusto pésimo para los hombres, Skyler. Primero yo y luego, ese tipo. Te mereces algo mejor que él.

Me acerco a Johan a la carrera y le empujo el pecho con las dos manos, haciéndolo caer en el sofá que tiene a la espalda.

—¡¿Qué coño has hecho?! —Grito tan alto que me hago daño en mis propios oídos.

—Skyler, ese tío es un capullo. Me ha amenazado con sacar a la luz mierda de mi pasado que acabaría conmigo si se publicara.

Empiezo a temblar sin poder controlarme.

—Oh, Dios mío. ¡Oh, Dios mío! Él piensa que... ¡Dios!

Recupero el teléfono y veo que me ha enviado un montón de mensajes de texto y de voz. Escucho sus mensajes y caigo en el sofá sin fuerzas, con los ojos llenos de lágrimas. Cada uno de sus mensajes es como un golpe directo al corazón. Me duelen tanto que dudo que vaya a poder recuperarme nunca.

—Él piensa que... Oh, no.

El mundo se está desmoronando a mi alrededor. Se me forma un nudo en el estómago y la bilis me sube por la garganta. Casi no puedo respirar.

—Skyler, te he hecho un favor. Tómatelo como mi modo de darte las gracias por ayudarme. Ese tipo no es lo bastante bueno para ti. Pero ahora tienes que irte porque ha dicho que tu equipo de seguridad te está esperando en el vestíbulo.

Ahogo un sollozo, me levanto y cojo mis cosas.

—Johan, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo nunca más. Te deseo lo mejor, pero ésta es la última vez que me destrozas la vida. Espero que valores el regalo que acabo de hacerte y que recuperes la tuya.

—Skyler, no, seamos amigos. Nos hemos ayudado, como en los viejos

tiempos. —Me sigue hasta la puerta de la suite.

Niego con la cabeza y me vuelvo hacia él. Las lágrimas me caen con tanta rapidez por las mejillas que no me da tiempo a secármelas.

—No. Sigue adelante con tu vida. Yo ya lo he hecho, aunque no sé cómo voy a arreglar las cosas con Parker.

—Que se joda. No es digno de ti —dice con malicia.

—Te equivocas. —Mi voz está tan rota como si hubiera ingerido cuchillas—. Soy yo la que no soy digna de él. Lo amo, pero ahora él cree que he cometido el peor crimen posible: engañarlo. —Me trago el dolor que esa palabra me causa.

Me doy la vuelta y doy gracias porque las puertas del ascensor se abren en cuanto toco el botón.

He hecho daño al hombre al que quiero y no sé cómo arreglarlo.

Él piensa que le he sido infiel.

«Mamá, papá, si estáis en el cielo, ayudadme, por favor. Necesito hablar con Parker antes de que él rompa lo nuestro.

»Necesito decirle que lo amo y que nunca traicionaría nuestro amor.»

El ascensor avisa de que hemos llegado a la planta baja. Cuando las puertas se abren, salgo corriendo y me lanzo en los brazos de Rachel.

—Tranquila, te tengo.

—¡Debo volver a casa ahora mismo! —grito, a punto de perder la consciencia por el terror y la ansiedad que se han apoderado de mí.

—Vale, vale. Ahora mismo volveremos a casa, pero tienes que calmarte. Hay un montón de paparazzi en la puerta.

—¡Me da igual! ¡Tengo que hablar con Parker! —grito histérica.

Rachel asiente, le quita la gorra de béisbol a Nate de la cabeza y me la pone, ocultando mi rostro bañado en lágrimas. Se saca la chaqueta y me cubre con ella.

—Mantén la cabeza baja. No necesitan ver tus lágrimas. No se las regales.

Asiento y me abrazo a ella. La pareja se abre camino entre la multitud de

gente que grita mi nombre y me saca fotografías. Entro en el coche y apoyo la espalda en el respaldo.

—¿Has hablado con él? —Apoyo la mano en el hombro de Nate.

—Sí.

—¿Y...?

—Ha dicho que se habría marchado antes de que salieras del hotel.

Golpeo el asiento del conductor y grito de frustración.

—¡No! ¡No! ¡No! Esto no puede estar pasando. Yo... lo quiero, ¿no lo entendéis?

—Sí, Skyler, lo entendemos. Lo quieres. Nosotros lo sabemos y él también lo sabe. Todo se arreglará, pero ahora mismo tenemos que llevarte a casa, para que estés a salvo. —La voz de Rachel está controlada, está al mando de la situación.

Niego con la cabeza y me dejo caer sobre el respaldo.

—Nunca volveré a sentirme en casa allí. El único lugar donde me he sentido a salvo desde que murieron mis padres ha sido entre sus brazos. Y ahora se ha ido. No sé cómo voy a conseguir que vuelva, que me escuche.

Rachel me frota los brazos y me abraza con cariño, como lo haría una hermana.

—Todo se arreglará —me promete. Me temo que se trata de una promesa vacía, de simples palabras, de vanas promesas que se las llevará el viento, pero luego añade—: Si hay amor entre esas dos personas, siempre hay una solución.

Fin..., de momento.

Montreal

Hueco, por dentro y por fuera. Todo lo que soy, todo lo que pensaba ser, lo dejé en las manos de una mujer. Una mujer hermosa, efervescente y sexy que resultó ser también una mentirosa manipuladora. Debería haberme imaginado que era imposible que las cosas entre nosotros funcionaran. Ella es famosa, es una estrella; yo no soy nadie al lado de Skyler Paige.

La jodida chica de mis sueños.

¿Por qué iba a conformarse con un tipo como yo, un hombre de negocios aficionado al béisbol y a la cerveza que vive en Boston, la ciudad de las judías, pudiendo estar con cualquier otro hombre? No tiene sentido. Lo nuestro no tenía sentido aunque, durante un tiempo, lo creí. Creí que era mía y atesoré su belleza y su alma en mi corazón.

Pero ahora lo he perdido; lo he perdido todo.

No tengo ni idea de cómo voy a seguir adelante. No sé qué voy a hacer con mi vida. No me había sentido tan mal desde...

Nunca.

Nunca me había sentido tan mal. Ni siquiera cuando Kayla me traicionó me sentí así, como si me hubieran atravesado con una espada y destripado.

No quiero ni pensar en mis colegas. Cuando Bo y Royce se enteren, no me van a dejar en paz. Me van a obligar a hablar sobre ella para que lo supere y pueda seguir adelante con mi vida. Pero ¿cómo se supera o se aparta uno del amor de su vida? No es la primera vez que me hacen daño en el amor; sabía dónde me estaba metiendo cuando empecé a salir con Skyler. Lo hice, cegado por la dulzura de sus palabras cariñosas, por su inseguridad, por cómo parecía necesitarme.

Que Skyler me necesitara en su vida me hacía sentir como un gigante. Ser su hombre, oír su voz por teléfono cada noche, disfrutar de su cuerpo en mi cama en cada oportunidad que teníamos era como un sueño hecho realidad. Y, como a veces pasa con los sueños, el mío se convirtió en una pesadilla.

Supongo que lo nuestro no podía durar. A lo largo de la vida he descubierto que hay muchas cosas así; mi madre ya me lo advirtió cuando era niño: «A veces los momentos más bonitos son como granos de arena que se deslizan entre los dedos, uno a uno. Mientras los experimentas, son la sensación más grande y brillante del mundo. Pero, de pronto, tal como llegaron, desaparecen. Sólo nos queda el recuerdo de aquel momento, el recuerdo de haber tenido algo delicado, brillante y escurridizo entre los dedos. Y eso forma parte de su belleza. Saber que estuvo en tus manos durante ese breve tiempo es una bendición. Recuérдалo, hijo mío, no todo en la vida está destinado a durar».

Voy a la cocina a por otra cerveza, que pienso añadir a las otras cuatro botellas vacías que hay sobre la mesa. He subido al avión en Nueva York totalmente aturdido. Sólo recuerdo haber parado en la primera tienda de móviles que he encontrado, haber comprado un teléfono, haberme descargado la copia de seguridad más reciente desde la nube y haberlo apagado.

Cuando he llegado a casa, me he encerrado y aquí sigo. El teléfono fijo suena de vez en cuando. Por el número que aparece supongo que es Wendy, pero no respondo y dejo que salte el contestador.

Me muevo por la casa como un autómatas. Le he dicho a Royce que me tomaba unos días de descanso, que me pondría en contacto con ellos en algún momento del día. Es probable que piense que estoy clavado en lo más hondo de mi mujer, ¡que es donde debería estar!

Una furia muy intensa se abre camino desde la parte baja de mi espalda y asciende por mi cuerpo como si fuera un demonio.

—¡Me cago en todo! —bramo mientras las garras de la traición me arañan la piel y se clavan en cualquier trozo de carne que encuentran a su paso. Con

el vello de la nuca erizado, cojo la cerveza con fuerza y miro al techo.

Blanco. Plano. Vacío.

La mente se me inunda de imágenes de ella.

Skyler en los brazos de Johan...

Pasando la noche en su cama...

Sus delicadas manos posándose en su cuerpo...

Sus labios en los de ella...

Es como una monstruosa noria de agua que me lanza imágenes espantosas una tras otra, cada una más terrible que la anterior. Tiemblo de arriba abajo, como si me hubieran lanzado un cubo lleno de arañas sobre la cabeza.

—¿Por qué, Skyler?! ¿Por qué me has hecho esto?! ¿Por qué nos has hecho esto?! —grito a las paredes del piso vacío.

El fuego que me quema por dentro está adquiriendo unas proporciones épicas, me abrasa la carne y los huesos desde dentro. No puedo soportarlo. No soporto esta desesperación, y la fealdad de los sentimientos que me despierta la mujer a la que le entregué el corazón, ¡joder!

Otra imagen de ella, lanzándome un beso, penetra en mi mente. Aprieto los dientes, cierro los ojos y echo el brazo hacia atrás, golpeando la pared de la cocina sin soltar la botella. El vidrio se rompe y me hace un corte en la palma de la mano, pero es que, además, mi puño atraviesa la pared de yeso.

Un dolor cegador me sube por el brazo y llega hasta el hombro. Suelto un grito animal y me dejo caer al suelo de rodillas, sosteniéndome la mano ensangrentada. Apenas puedo apoyarme un poco en la encimera para frenar la caída. Choco de rodillas contra el suelo de cerámica y me convulsiono por el horrible dolor que siento en la mano y en las rodillas.

Oigo que la puerta del piso se abre de golpe, pero no levanto la vista y pronto un par de botas de motorista se cuelan en mi campo de visión.

—Tío..., ¡joder! —La voz torturada de Bo logra entrar en mi mente abotargada. Él se inclina y me sujeta por los hombros—. Pero ¿qué demonios te ha hecho?

Cierro los ojos y siento una intensa vergüenza.

Bo me coge el brazo y lo levanta.

—Mierda, Park, van a tener que ponerte puntos. Y puede que te hayas roto la mano. ¿Qué has hecho? —Alza la cara y ve el trozo de pared machacada—. ¿Le has dado un puñetazo a la pared? —Coge un trapo de la encimera y me envuelve la mano con él—. Tío, el corte es profundo y estás sangrando de mala manera. Tenemos que ir a urgencias.

Niego con la cabeza.

—Ni hablar. No pienso ir.

—Me da igual, vas a ir, a menos que quieras que llame a la señora Ellis para que te haga entrar en razón. Me parece que eso sería más doloroso que tragarte el orgullo y dejar que te lleve, ¿no crees? Venga, va, estás empapando el trapo, joder, y la sangre me da miedo.

A Bo le da miedo la sangre.

Se me escapa la risa, causada por las cervezas que me dan vueltas en el estómago. La mujer que quiero me ha engañado. Igual que Kayla. El pasado sale a la superficie aprovechando la herida reciente, para torturarme, retorciendo el puñal de la traición más profundamente en mi corazón.

Me llega un gusto amargo a la boca.

—Oh, no. —Me llevo la mano buena al estómago al notar una arcada.

Bo me ayuda a incorporarme y me acerca al fregadero justo cuando empiezo a vaciar el contenido del estómago. Cuando acabo, abro el grifo y me enjuago la boca. El ácido me quema la garganta como si me hubiera tragado cuchillas.

—Una botella de agua, por favor. —Señalo la nevera.

Bo saca la botella, me la deja delante y sale de la cocina sin decir nada. Sólo he tenido tiempo de respirar unas cuantas veces cuando ya lo tengo a mis pies con las Nike preparadas. Meto los pies dentro y él me abrocha los cordones en silencio, cuidando de mí cuando yo no puedo.

Coge la sudadera gris que dejé en la encimera y me ayuda a ponérmela.

Me mete la mano herida por la manga con mucha delicadeza para no causarme más sufrimiento de la cuenta.

Dios, tengo los mejores amigos del mundo.

Me acompaña hacia la salida y coge las llaves del Tesla. Bo va en moto, pero sabe que yo no me acerco a uno de esos cacharros de dos ruedas, ni herido ni sano. Ni hablar, no son para mí.

Permanecemos en silencio mientras vamos de camino al hospital hasta que me pregunta:

—¿Vas a contarme lo que ha pasado?

Suspiro y me froto la frente con la mano buena.

—No hay gran cosa que contar.

Él suelta una risa burlona y me mira de reojo.

—En mi experiencia, cuando un hombre atraviesa una pared de un puñetazo, la causa siempre suele ser la misma.

—¿Ah, sí? Por favor, ilumíname con tu sabiduría.

—Una mujer. —Aprieto los dientes y miro por la ventanilla. Al ver que no digo nada, sigue hablando—: Tu mujer es probable que sea la más sexy del mundo, y una belleza como la suya no es fácil de conservar. —Me dirige una mirada cargada de compasión—. He visto un reportaje en la revista más rastrera esta mañana. Decían que anoche la vieron entrar en el hotel St. Regis y que no ha vuelto a salir hasta esta mañana. Casualmente, es el hotel donde se alojaba el capullo de su ex. Dudo que fuera una coincidencia.

—No lo fue. —Suspiro y aprieto los dientes, tratando de controlar la enorme frustración que me genera admitirlo.

—¿Por qué fue allí? —me pregunta, más sorprendido que acusador.

Me encojo de hombros.

—Y yo qué coño sé.

—¿No has hablado con ella? —Echa la cabeza hacia atrás hasta golpearla con el reposacabezas, como si la situación fuera tan absurda que lo ofendiera.

Resoplo.

—La he llamado a primera hora de la mañana, después de haber dormido cuatro horas en una cama vacía, en su casa. Estaba preocupado por ella, y ¿sabes quién se ha puesto al teléfono y ha empezado a chulear sobre lo bien que se lo habían pasado?

La expresión de Bo se transforma en una de profundo asco.

—No me lo puedo creer.

Lo entiendo. Ojalá yo tampoco pudiera.

—Pues créetelo. Ella estaba allí. He oído su voz después de haberle soltado a Johan toda la mierda que Wendy encontró sobre él.

—¿La dejará en paz? —Bo adelanta a un par de coches y se queda en el carril rápido.

Yo mantengo el brazo formando un ángulo recto, con la mano señalando al cielo.

—Eso espero, aunque supongo que eso ya da igual, porque ha pasado toda la noche con él.

Me asaltan visiones de Skyler retozando en la cama con Johan, y la opresión en el pecho casi no me deja respirar. Cojo aire a grandes bocanadas y bajo la ventanilla para que el viento fresco alivie las náuseas.

—¿Ha tratado de ponerse en contacto contigo para explicarte qué ha pasado? —Su tono muestra enfado e incredulidad.

El fuego que se había calmado tras vomitar en el fregadero vuelve a apoderarse de mis entrañas como si fuera un incendio sin control.

—¿Qué más da? Me ha engañado, me ha sido infiel con el cabrón de su ex, que la estaba chantajeando.

Bo frunce el ceño y se tira de la perilla.

—No sé, tío. No me cuadra. La mujer que vi en el Lucky's estaba entusiasmada a tu lado. Y tú estabas igual que ella, así que no trates de negarlo porque todos lo vimos.

—No estoy negando nada, Bo. Estoy enamorado de ella, pero me ha engañado. Igual que Kayla. Haces bien en no buscar nada más que diversión

en tus chiquitas. ¡Que se joda el amor y que se joda ella! —exclamo con los dientes apretados. El dolor me está haciendo sudar. Empiezo a ver borroso, así que abro un poco más la ventanilla para que el aire frío se lleve la oscuridad.

Bo niega con la cabeza.

—Tío, sé que te duele y que esto te está comiendo por dentro, pero tiene que haber una explicación. Skyler no es la típica infiel.

Golpeo la cabeza contra el asiento de cuero.

—Y ¿quién sería para ti un típico infiel?

—¿Yo? —replica sonriendo.

Suelto el aire lentamente y trago saliva, tratando de deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Bobadas. Tus chiquitas saben dónde se meten cuando se van contigo. Lo único que sé, tío, es que ella ha pasado la noche con él, en su habitación. No respondió a mis llamadas ni a mis mensajes. Yo dormí en su casa, en una cama vacía, mientras ella se reconciliaba con su ex.

—¿Te lo ha dicho ella? ¿Te ha dicho que se ha reconciliado con su ex? —pregunta, como si la sola idea le resultara repugnante.

Hago una mueca.

—¡No! Me lo ha dicho él.

—Y ¿te crees lo que dice ese tipo? —me pregunta pasmado.

—Ella estaba en su habitación y pasó la noche en su cama. En la cama de un hombre que amenazó con hacer públicas fotos eróticas de ella, hechas sin su consentimiento. Un hombre que le exigió cincuenta millones a cambio de no enviarlas a la prensa. Y fue a su hotel..., dejando a su equipo de seguridad en casa.

Bo inspira hondo.

—Peligroso.

—Sí, mucho. Una multitud descontrolada podría ser letal. Pero se arriesgó para reunirse con su ex en un hotel y se quedó a pasar la noche. Cuando he

llamado esta mañana y lo he amenazado, a ese tipo le ha faltado tiempo para contarme lo que había estado haciendo con mi mujer. —Las palabras se me atragantan porque se me están helando las venas y, de paso, el alma—. ¡Joder! —Estoy tan hecho mierda que o le doy un puñetazo a algo o me arrancaré la piel. El salpicadero me hace ojitos.

—Relájate, todo se arreglará. Es que me cuesta entenderlo, eso es todo. —Bo trata de calmarme.

A veces me pregunto si mi amigo ha sentido alguna vez algo lo bastante fuerte por una mujer como para experimentar esta agonía por dentro. Desde que lo conozco ha estado con muchas mujeres, pero a ninguna de ellas le ha entregado ni un centímetro de sí mismo, aparte de los que le caben en los calzoncillos. No puede entender lo que estoy sintiendo.

—Pues yo lo entiendo perfectamente. Amaba a Kayla, pero ella me puso los cuernos con nuestro mejor amigo. Amo a Skyler, pero ella me traiciona abriéndose de piernas para su ex. ¿Reconoces un patrón?

Bo inspira hondo y toma la salida que nos llevará al hospital.

—Sé que esto es muy muy jodido, pero creo que deberías darle una oportunidad de que se explique, ¿no te parece?

La idea de volver a oír su voz levanta la losa que me aplasta el corazón, pero pronto el recuerdo de lo que ha hecho la vuelve a dejar caer.

—No prometo nada.

Bo asiente con decisión.

—Bueno, empecemos por los puntos. El resto puede esperar.

Tengo dos dedos rotos, ya entablillados, veinte puntos de sutura en la palma, la mano vendada, y ya vuelvo a estar en casa, con los pies apoyados en la mesita del salón, una cerveza en la otra mano y los analgésicos cerca. Bo está sentado a mi lado en el sofá, con un brazo extendido sobre el respaldo y los pies en la mesa, junto a los míos, y un botellín de cerveza colgando de los dedos.

Frente a él está Royce, sentado en una silla, con los pies descalzos apoyados en un puf. Roy nunca estropearía los muebles de un colega poniendo los zapatos encima, ni siquiera cuando sus zapatos cuestan más que el puf y la silla juntos. Wendy está sentada en el suelo, con un bol de palomitas en el regazo y los ojos fijos en la pantalla de la tele: estamos viendo un partido de béisbol. Lleva vaqueros ajustados, zapatillas Converse y una camiseta de los Red Sox que seguro que es de su hombre, porque le va cuatro tallas grande.

Mientras me atendían en el hospital, Bo ha llamado a IG y los ha puesto al día de dónde estábamos y por qué. Como resultado, el equipo al completo ha acabado en mi casa y las oficinas de IG están cerradas durante el resto del día.

Suena el timbre y Wendy se levanta como si tuviera muelles en vez de piernas.

—¡La pizza! Ya voy yo, pero paga la empresa, que lo sepáis.

Va a la puerta, firma el recibo y lleva las dos cajas grandes a la cocina, desde donde grita:

—¡Bo! Mueve el culo y ven a ayudarme a servir a nuestro jefe.

Royce disimula la sonrisa detrás del vaso de whisky.

Bo pone los ojos en blanco, baja los pies al suelo y se levanta.

—Campanilla, ya sabes que servir al hombre es trabajo de mujeres. Voy a tener que enseñarte un par de cosas —bromea, pero va a la cocina a ayudar.

—¿Cómo estás, tío? —Royce interrumpe mis reflexiones sobre la evolución de la amistad entre El Loco Número Uno y La Loca Número Dos.

Levanto la mano y la muevo a un lado y a otro.

—Entre la cerveza y los analgésicos, podría decirse que bien.

Royce se ríe, se echa hacia delante y separa las piernas para poner los pies en el suelo, a lado y lado del puf. Apoya los codos en las rodillas y me dirige una mirada acerada.

—No te estaba preguntando por la herida de guerra, aunque también me

preocupa eso. Bo nos ha puesto al corriente; por eso estamos aquí.

—Ya lo sé; os lo agradezco.

Él asiente y frunce los labios.

—Pero lo que más me preocupa es que tu chica te ha jodido. ¿Cómo lo llevas?

Cierro los ojos e inspiro hondo, lentamente, tratando de eliminar las visiones de ella con Johan antes de que se apoderen de nuevo de mi mente. Lo consigo, gracias a Dios o al demonio, no lo sé. Me encojo de hombros.

—No sé ni lo que siento; demasiadas cosas, pero el enfado va en primera posición.

Frunce mucho los labios.

—¿Has hablado con ella?

Niego con la cabeza.

—No tengo nada que decirle a esa mujer. Lo nuestro se acabó.

—Tío...

—Se ha acabado.

—Park, sé que te enamoraste de ella, igual que ella se enamoró de ti. Se notaba en cada uno de sus gestos cuando la vimos en el Lucky's. No puedes renunciar a un amor así, sin más.

—Ella lo hizo —replico con una sonrisa amarga.

Royce asiente despacio y se acaricia el muslo.

—Sé cómo te sentías en San Francisco, por eso creo que deberías dejar que se explicara.

Lo miro a los ojos.

—Y ¿crees que lo que diga va a cambiar las cosas? ¿Que puede justificar una infidelidad? Se estaba tirando a ese capullo mientras yo dormía solo en su cama.

Royce levanta la mano.

—Eh, un momento. No sabemos lo que pasó en esa habitación.

—¿Ah, no? Esa mujer se me echó encima la primera noche que estuve en

su casa, y te recuerdo que pasó más de un año con Johan, ¡joder!

—Pero eso no cambia el hecho de que la estaba chantajeando, que estaba asustada y que tú estabas lejos.

—Y ¿eso es excusa para traicionarme? —replico furioso.

Él echa la cabeza hacia atrás y gruñe.

—¡Mierda, no, claro que no! Pero debía de estar muy asustada. Tú no estabas con ella, y tal vez pensó que podría ocuparse de ese tío sola, hacerlo cambiar de opinión. Ya sé que no es una acción muy inteligente, pero, conociendo a Skyler, me cuesta menos creer eso que creer que fue a ese hotel a ofrecerse en bandeja de plata. —Resopla—. Tienes que buscar dentro de ti, dentro de ese corazón que se enamoró de ella. Busca ahí dentro y dime: ¿de verdad crees que pudo traicionarte? ¿De verdad?

Aprieto los dientes y dejo que sus palabras calen en mí.

—¿Qué crees tú? —le pregunto antes de que Bo y Wendy vuelvan con dos platos cada uno repletos de pizza.

—Creo que tiene que haber algo más que lo que ese asqueroso manipulador haya soltado por su sucia boca —responde absolutamente convencido.

—¿Estáis hablando de lo que ha pasado con Skyler? Estoy pendiente del tema. He investigado los movimientos de sus tarjetas de crédito, sus llamadas, todo. —Wendy se pone en modo operativo, deja la pizza y va a buscar la bandolera que ha dejado cerca del equipo de cine en casa. Saca su fino ordenador portátil, lo abre y lo deposita en la mesa.

—Campanilla, no estoy seguro de que a Parker le apetezca saber las idas y venidas de su mujer ahora mismo. —Bo le apoya una mano en el hombro.

Me siento y apoyo los pies en el suelo mientras me sostengo la mano herida con la otra. El corazón ha empezado a latirme desbocado ante la sola mención de Skyler.

—En realidad, sí. ¿Qué has encontrado?

Wendy mordisquea la pizza, la deja de cualquier manera en el plato, se

chupa los dedos, se los limpia en la servilleta y se pone a teclear. Cuando traga, responde:

—Ayer estuvo en los estudios. Instalé un dispositivo de seguimiento en su móvil la última vez que nos visitó. De hecho, lo tengo instalado en todos los vuestros —nos señala con el dedo—, por si algún día pasara algo.

—¿En serio, Wendy? ¿Qué coño crees que nos va a pasar, chiquilla? —protesta Royce, sacudiendo la cabeza—. Esta mujer es demasiado inteligente. Más nos vale tener cuidado con ella, tíos.

Ella no le hace ni caso.

—Al parecer, ayer llegó a su casa e hizo una llamada a un número que resultó ser el de Johan. La conversación fue corta, de unos dos minutos, y luego usó la tarjeta de crédito para pagar un taxi que la llevó al hotel St. Regis, donde pasó la noche, aunque no pagó por una habitación.

Aprieto los dientes y suelto el plato de pizza; ya no tengo hambre.

—Ya basta —empiezo a decir, pero Wendy sacude las manos y niega con la cabeza, frenética.

—¡No, no! Justo ahora es cuando sus finanzas se vuelven locas.

Frunzo el ceño mientras Royce se levanta y se acerca para echar un vistazo a la pantalla. Pronunciar la palabra *finanzas* delante de él es como enseñarle a un perro un jugoso bistec.

—¿Y eso, chiquilla?

A ella se le ilumina la mirada. Si Wendy fuera un personaje de dibujos animados, formaría parte del equipo de Scooby-Doo. Físicamente se parece más a Daphne, pero tiene el cerebro de Vilma.

—Mira esto... y esto. —Señala algo que no veo—. Transferencias bancarias de muchos ceros. Una de ellas ha ido a parar a un tal Miguel Fuentes, que en teoría es un pretencioso hombre de negocios, pero en realidad es un prestamista con ínfulas. Su apariencia pública es impecable, pero se dice por ahí que es despiadado con los que le deben dinero. Acaban desaparecidos y nadie vuelve a saber de ellos.

—Oh, vamos, que no estamos en *El padrino*. —Bo se echa hacia atrás en el sofá, pero tiene el ceño fruncido.

—Pues un poco, sí. Miguel Fuentes está relacionado con la mafia mexicana —rebate Royce—. En los mercados financieros se sabe que tiene negocios turbios. Por eso sólo se atreven a hacer negocios con él los muy ricos y poderosos. O los que están al margen de la ley. La policía lleva años detrás de él, pero nunca pueden acusarlo de nada.

—¡Me cago en la puta! —grito—. Y ¿ha metido a Skyler en esto?

Wendy teclea más rápido que antes.

—Su única relación es que ella ha hecho una transferencia de dinero que ha ido a parar a su cuenta corriente. De diez millones de dólares concretamente.

—La madre que... —Me paso la mano por la frente sudorosa. Las medicinas y la cerveza me están afectando. Me siento grogui y me cuesta pensar.

—Y luego hizo al menos quince pagos más. Saldó deudas de tarjetas de crédito, préstamos bancarios, hipotecas y préstamos personales a tipos poco fiables.

—¡Joder! —Royce se frota la boca y la barbilla.

—¡Mierda! —exclama Bo.

Yo no digo nada. Mi corazón, mi mente y mi cuerpo entero han perdido la capacidad de moverse. Estoy exhausto por completo.

—Y, a pesar de todo, el pago más raro es el último.

Frunzo el ceño.

—¿De qué *she* trata? —Me pesa hasta la lengua y no puedo vocalizar. Los tres me dirigen miradas preocupadas—. Acaba de una vez —la animo, moviendo la mano buena.

Wendy se pasa la lengua por los labios y se muerde el inferior.

—Según esto... —les muestra algo a Royce y a Bo, que pueden ver la pantalla.

Bo abre mucho los ojos y luego los cierra.

Royce sacude la cabeza.

—Pe... pero ¿a qué demonios está jugando? —murmura sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Qué pasa? —Pestañeo para librarme del sueño que trata de invadir mi mente.

—Skyler pagó una estancia de tres meses en un centro de rehabilitación a nombre de Johan Karr —responde ella, y sus ojos azules, muy abiertos, contrastan con su piel tan pálida.

Acabáramos. Le paga la clínica de desintoxicación para que puedan volver a estar juntos.

Me cago en mi vida.

—Pues creo que ha lle... llegado el momento de irme a la cama. —Me levanto, pero las rodillas no me sostienen. Me apoyo en el reposabrazos del sofá mientras Bo se levanta de un salto y me agarra por la cintura.

—Apóyate en mí, tío.

Sonrío y le lanzo un beso.

—Ay, Bogey, ¿quién iba a imaginarse que me querías?

Se me cierran los ojos y Bo me guía hasta la habitación. Retira las sábanas y me dejo caer de culo sobre la cama. Me pongo de lado y apoyo la mano herida en el pecho.

—Tío, duerme la mona. Estaré aquí cuando te despiertes.

—Ve... te... a *casha*. Estoy bien —murmuro mientras me duermo.

—Felices sueños, tío duro —me dice, y es lo último que oigo antes de que la oscuridad lo invada todo.

Cuando me despierto, más tarde, encuentro a Bo en la cocina, preparando pasta. Me sujeto la mano herida con la otra. Me duele como si me la estuviera pillando con la puerta de un coche una y otra vez. Me duele cada vez que respiro.

Respirar.

Respirar sin ella es impensable, pero tengo que hacerlo; por eso estoy aquí, sosteniéndome la mano, formando un ángulo de noventa grados con los dedos que apuntan al techo mientras me siento en un taburete.

Bo se vuelve, coge una botella de agua, la abre y me la pone delante.

—Tienes que hidratarte, colega —me informa señalando la botella—, por la medicación.

Me bebo media botella sin parar. El líquido fresco me calma la garganta y hace que mi cerebro abotargado se espabile.

—Te he encendido el móvil. Tienes una docena de llamadas y mensajes. Todos de la misma persona. —Bo señala el teléfono, que está conectado al cargador, cerca de donde estoy sentado.

Respiro hondo para controlar el ansia de lanzarme sobre el aparato. ¿Qué importa las mentiras que me cuente? No va a funcionar. Ya nada importa, lo nuestro está muerto.

—No creo que nada de lo que pueda decir vaya a arreglar esto.

Bo frunce el ceño mientras remueve la salsa que está preparando. Es rojiza, pero el rojo es tan pálido que bordea el blanco. La verdad es que me da igual lo que lleve la salsa, porque el olor de tomate y ajo me ha llegado a la nariz y he empezado a salivar. Casi no probé la pizza antes de que la

conversación se desviara hacia Skyler y sus finanzas, quitándome el hambre por completo. Pero a estas horas nada podría quitarme el hambre. Estoy famélico.

—¿No crees que lo que ocurrió con Kayla puede estar condicionando tu versión de lo que tal vez sucedió con Skyler o tal vez no? —me pregunta Bo, y estoy seguro de que Royce piensa lo mismo que él.

Me paso la mano por el pelo, que está hecho un desastre, y suspiro.

—Sinceramente, no lo sé. Lo único que sé es que estoy hecho mierda. Como si me hubieran abierto un boquete en las tripas que nunca se va a curar. Y la culpable es ella. No recuerdo haberme sentido nunca así, ni siquiera con Kayla.

Bo se ríe por la nariz.

—En aquella época estabas igual de mal, aunque tal vez fue porque perdiste a Greg al mismo tiempo que a tu prometida.

El teléfono vibra mientras se carga y no puedo soportar más la curiosidad. Y no sólo la curiosidad. Para ser sincero conmigo mismo, aún tengo una brizna de esperanza. Tal vez todo tenga una explicación, aunque mi subconsciente se niega a dejar que me lo crea.

Desenchufo el cable y abro los mensajes de texto. Bo se equivocaba, en realidad hay quince desde esta mañana. Y seis mensajes de voz. Cuatro son de Skyler, uno de Sophie y otro de mi madre. Ignorando los mensajes de voz, abro los de texto. Cierro los ojos y respiro hondo antes de empezar a leer.

De: Melocotones

Para: Parker Ellis

Cariño, por favor, coge el teléfono. Lo has entendido mal.

El siguiente dice:

Parker, por favor. Te lo suplico.

Responde al teléfono.

Otro mensaje:

Deja que te lo explique. No lo entiendes.

Y otro:

Lláname cuando bajes del avión.

Y otro:

¡No es lo que piensas! Te lo juro.

Y otro:

Nunca te haría daño así. Nunca. NUN-CA.

Los mensajes siguen en la misma línea:

Vale. No quieres responder
a mis mensajes. ¡Pues llámame!
¡Esto es una locura! Sé lo que piensas, pero no es
verdad.
Cariño, por favor. Confía en mí.
Confía en nosotros.

Cada mensaje se me clava más y más hondo en la herida que me ha hecho en el corazón. Quiere que confíe en ella, pero ¿cómo? Pasó la noche en la habitación de esa rata. Todo el mundo sabe que pasó la noche con él o, al menos, lo sospechan. No se llevó consigo al equipo de seguridad, poniéndose en peligro. Johan Karr es un tipo inestable, eso me quedó claro durante nuestra breve conversación. Y ella se puso voluntariamente en una situación de riesgo con él..., ¿para qué? ¿Qué pensaba conseguir?

Sigo leyendo el resto de los mensajes:

Parker, llámame. No puedo arreglar
las cosas si no me llamas.
¿Por qué ignoras mis llamadas?
¡Me estás haciendo mucho daño

y no sabes la verdad!
He intentado hablar con las oficinas
de IG y me sale el buzón de voz.
Wendy tampoco me responde. Por favor, por favor,
¡llámame!

Hago una mueca, luchando contra la necesidad que siento de llamarla cada vez que me lo pide.

Cariño, sé que estás muy enfadado.
Lo siento, fui una idiota, pero tenía
que intentar arreglar las cosas.

Me paso la mano buena por la barba incipiente mientras leo los dos últimos:

Parker, necesito que confíes en mí. Si
existe esperanza para lo nuestro, tienes que creer que
yo nunca te traicionaría.
No destruyas lo que tenemos.

Su último mensaje me destroza y tengo que morderme la parte interna de la mejilla para que las emociones que se agolpan dentro de mí no salgan disparadas como si fuera un nenaza y un calzonazos. Si hiciera lo que me pide el cuerpo en estos momentos, tendría que devolver mi carnet de macho. Con la nariz goteando y los ojos humedecidos, releo el último mensaje y dejo que las palabras me rompan el pecho, se metan en mi corazón y, de ahí, se cuelen hasta el alma.

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Parker.
Si no quieres creerte lo demás, al menos, créete esto.
Por favor, dame la oportunidad de explicarte lo que
pasó.

Te daré unos días para que lo pienses. Llámame
cuando estés listo para hablar.

Me froto la cara cansado y dejo el teléfono. Bo apaga la cocina y sirve los

fusilli con una salsa cremosa y unas hojas de albahaca recién cortada por encima.

—Tío, ¿dónde aprendiste a cocinar? —Me quedo mirando el plato como si se hubiera materializado gracias a los polvos mágicos de alguna hada y no gracias al esfuerzo de mi amigo en los fogones.

Él me dirige una sonrisa.

—Mamá Sterling me ha estado enseñando.

—¿Me tomas el pelo?

Él sonríe y saca una barra crujiente de pan de ajo del horno.

—*Nop*. Me dijo que, si no pensaba tener una mujer decente a mi lado, me enseñaría lo básico para mantenerme en forma y bien alimentado, para cuando no pudiera ir a su casa a comer. —Se ríe mientras coloca dos gruesas rebanadas de pan junto a la pasta.

Cuando ha acabado de emplatar la comida de los dos, rodea la barra, se sienta delante de mí y hunde el tenedor en su plato.

Lo pruebo y me llevo una agradable sorpresa al comprobar lo bueno que está.

—Bo, esto está de puta madre. —Mastico y, antes de acabar de tragar, ya estoy pinchando más fusilli con el tenedor.

—Amén. —Sonríe—. ¿Y bien? ¿Qué ponía en los mensajes? —Señala el teléfono—. ¿Algo interesante?

—¿Qué?, ¿a la caza de información? —Le dedico una sonrisa irónica.

—Pues claro. Quiero saber si esa mujer te ha tomado el pelo. Joder, quiero saber si nos ha tomado el pelo a todos. Porque no estamos hablando de una chiquita cualquiera. A esa mujer le saqué fotos en Nueva York y la vi sentada en el regazo de mi colega mientras compartíamos el pan y la sal en el Lucky's, un sitio que es sagrado para nosotros. Esa mujer se ganó el corazón de todos.

Sacudo la cabeza.

—Parece muy disgustada. Me suplica que la llame; quiere explicarse. Dice

que he interpretado mal la situación, pero eso no cambia los hechos. Se zafó de su equipo de seguridad y pasó la noche en un hotel con un hombre que la estaba chantajeando. Y no sólo eso: según las averiguaciones de Wendy, le ha pagado todas las deudas y la estancia en un centro de rehabilitación, ¡por el amor de Dios! ¿Qué se supone que tengo que pensar?

Bo mastica pensativo antes de responder:

—Tienes razón, pero nada de eso significa que pasara la noche en su cama o que se lo follara. ¿Crees que podrías perdonarle las otras cosas si no se hubiera acostado con él?

Paso al menos cinco minutos dándole vueltas al tema. Bo, que me conoce, no me atosiga. En vez de eso, permanecemos en silencio, comiendo juntos la cena tardía que ha preparado.

¿Podría perdonarla si no me hubiera traicionado sexualmente?

Sí, creo que sí. No cambia lo demás y, no puedo responder de forma definitiva sin conocer los detalles, pero el dolor auténtico, el de la traición, me lo provocan los cuernos. El cómo y el porqué me importan poco.

Suelto el tenedor y me agunto la barbilla con la mano, apoyando el codo en la barra.

—Sí, podría perdonarla por haber ido a verlo sin haberme esperado. En mi opinión, debería haberse mantenido alejada de ese cabrón a toda costa. Fueran cuales fuesen los motivos, lo que hizo fue una estupidez.

Bo asiente.

—Y ¿qué vas a hacer ahora?

Me encojo de hombros y me paso la mano buena por el brazo.

—Aún no lo sé.

—Tienes que hablar con ella. Es la única que puede darte las respuestas que necesitas; ya lo sabes.

—Sí, pero es que... Joder, sólo de imaginármela metiéndose en esa habitación, pasando la noche ahí, aunque ella estuviera en el sofá, o él, da igual. Es que... es que... me pongo enfermo. —Me doy una palmada en el

pecho porque necesito sentir algo que no sea este dolor en la mente y el corazón.

—No hace falta que lo jures; se nota. Tengo las pruebas delante de las narices: el hueco en la pared, los puntos en la mano, los huesos rotos. Estás sangrando por ella, por dentro y por fuera. Y la única manera de detener la hemorragia es descubriendo la verdad. No descansarás hasta que lo hagas.

Me froto la cabeza y la mano herida empieza a dolerme exageradamente. Me agarro la muñeca y la aprieto con fuerza.

—¿Te duele?

—Sí, joder. —Suelto un gruñido.

Bo se levanta del taburete, va al salón y vuelve con el bote de analgésicos. Lo abre y saca dos pastillas.

—El doctor dijo que podías tomarte dos por la noche, pero con el estómago lleno y mucha agua. Come, bebe, tómatelas y te vuelves a la cama. Yo dormiré en el sofá por si me necesitas.

Le doy una palmada en la espalda.

—No hace falta. Estás al otro lado del pasillo. Si necesito algo, te llamaré.

Él niega con la cabeza.

—No me quedaría tranquilo. Prefiero estar aquí, por si te da una reacción rara o algo.

Recupero el tenedor y ataco la pasta. Encogiéndome de hombros, me meto la deliciosa comida en la boca.

—Tú mismo.

Bebo hasta casi acabarme el agua y miro a Bo, que está rebañando el plato con un trozo de pan de ajo.

—Gracias —murmuro—. Haría lo mismo por ti. Lo sabes, ¿no?

Él asiente en silencio. Es nuestro modo de hacer las cosas. Siempre estamos cerca, vigilándonos, sobre todo cuando las cosas se ponen feas.

Ojalá las relaciones sentimentales fueran tan fáciles de gestionar, pero la situación en la que me encuentro es como un puñetero campo de minas. No

sé dónde ponerme ni hacia dónde ir. Mi instinto me ordena alejarme de todo este follón de Johan y Skyler. Necesito distancia para ver las cosas con perspectiva.

—Mañana iré a la oficina para informarme del caso de Montreal. Avisa a la directora para que venga y nos ponga al día en secreto. Por lo que entendí, estaba en la ciudad esperando a que volviéramos de San Francisco, ¿no? Creo que para este caso vamos a desplazarnos el equipo al completo; ¿qué te parece?

Bo sonrío.

—Qué ganas tenía de salir de la ciudad. Y creo que Canadá está precioso en esta época del año.

Y, sobre todo, lejos; muy lejos de mis problemas personales.

Cuando Wendy la hace entrar en mi despacho dos días más tarde, compruebo que Alexis Stanton no se parece en absoluto a la idea que me había formado de ella. Es alta, con un cuerpo de infarto y curvas de impresión. Es como una conejita de *Playboy* recién salida de las páginas de la revista. Sin embargo, según la ficha que me pasó Wendy, es un genio, una superdotada en lo suyo.

Trato de ignorar el dolor de la mano, que sigue vivo a pesar de los analgésicos, mientras me tomo mi tiempo en examinar a la mujer que se sienta delante de mí. El pelo rubio le llega por los hombros. Es un pelo fuerte, vigoroso, con ondas abiertas que parecen de hilo de oro. A diferencia del azul profundo de mis ojos, los suyos son tan claros como el mar del Caribe en un día soleado. Tiene una naricilla respingona y pómulos altos y redondeados. Tiene los labios gruesos y brillantes por el *gloss*, de un color rosado tan tentador que cualquier hombre con sangre en las venas mataría por probar.

Me aclaro la garganta y trato de no mirarle el cuerpo con demasiado descaro. Lleva un vestido blanco ajustado, con mangas largas que le llegan más abajo de las muñecas, pero es lo único largo de esa prenda. La falda le

llega por encima de las rodillas, pero cuando cruza una pierna sobre la otra, se le sube dejando al descubierto un muslo esbelto y tonificado. En los pies lleva zapatos de tacón de color *nude*, atados con tiras al tobillo. Son de ese tipo de zapatos que hacen que las piernas de una mujer se vean larguísimas. En esta mujer en concreto, el efecto es devastador, ya que sus piernas son inacabables incluso sin zapatos.

Me aprieto las sienes y me echo hacia atrás en la silla. Luego me ajusto la corbata como puedo con una sola mano, ya que la otra sigue vendada. Los dos dedos rotos y entablillados asoman por fuera del vendaje.

—Señor Ellis, gracias por recibirme. Me alegro de que haya vuelto antes de lo previsto. Las cosas en mi empresa se están complicando cada vez más; no hay tiempo que perder.

—¿Por qué no empieza por el principio y me pone al día del problema? Royce me contó que teme que alguien esté vendiendo secretos industriales de la empresa a la competencia, ¿es así?

Ella asiente.

—Sí, así es, pero es más complejo.

Frunciendo el ceño, me echo hacia delante y cruzo los antebrazos sobre la mesa de despacho.

—¿Y eso?

—Mi competidor directo nos ha robado los tres últimos productos y los ha lanzado dos o tres semanas antes que nosotros —hace una mueca de disgusto—, pero es que, encima, alguien sabotea nuestros productos durante ese tiempo.

—¿Cómo lo hacen?

—Corrompen el software con virus, hay archivos que se pierden o son destruidos..., aparentemente sin que nadie lo ordene. Es como si estuviéramos siendo atacados por un fantasma dentro del propio sistema.

Trato de recordar lo aprendido en Harvard durante mis años de universidad.

—He oído hablar del fantasma en el sistema o el fantasma en la máquina. ¿Tiene que ver con la inteligencia artificial o con virus que alteran el código, ¿no?

Ella asiente y se muerde el labio inferior.

—No creo que puedan ayudarme con eso. Tengo a los mejores expertos de la industria trabajando en los temas tecnológicos. El código original lo escribimos mi hermano y yo, a medias, pero necesito ayuda para descubrir quién nos está atacando desde dentro. Alguien está compartiendo información sobre nuestros productos, pero, tras investigar a todo el equipo, estoy igual que al principio. No tengo ni idea de quién es el responsable.

Me echo hacia atrás y me sujeto la barbilla entre los dedos.

—Lo más sencillo sería pensar que se trata de la misma persona, ¿no?

Ella suspira y hace una mueca antes de arquear la espalda. Sé que lo hace para aliviar tensiones, pero el efecto que el movimiento causa en su cuerpo es electrizante, sobre todo en la parte superior, ya que el pecho, generoso, se alza como si fuera una bandera blanca en señal de rendición.

Se echa hacia atrás en la silla y descruza las piernas, para volver a cruzarlas luego, poniendo la otra encima. Oigo el sonido que hace la tela del vestido al deslizarse sobre su piel. No puedo evitar estremecerme y me riño en silencio. Sólo hace tres días que rompí con Skyler, aunque hablar de ruptura es un poco discutible, ya que técnicamente ella sigue esperando a que la llame.

Mientras sigo dándole vueltas a mi problema personal, observo a la mujer que tengo delante. Mi polla regresa a la vida tras tres días de letargo. Me humedezco los labios y me centro en su cara. Sigo tentado de seguir mirando su precioso cuerpo, pero sé que no estaría bien. Y babear por otra mujer que no sea Skyler no entra en mis planes.

Sé que le dije a Nate que había roto con ella, pero esas cosas hay que hablarlas cara a cara. Es la única opción justa y honesta. No puedo pretender que Skyler sea honesta conmigo si yo no hago lo mismo. Lo que pasa es que

aún no me veo capaz de hacerlo. No me veo capaz de decir adiós, de dejarla ir, permitir que lo que construimos se aleje y desaparezca.

Se me forma un nudo en el estómago y se me tensan los abdominales. Suspiro para liberar tensiones mientras Alexis, que no se ha dado cuenta de nada, sigue respondiendo a mis preguntas.

—Supongo que sí, que tendría más sentido, pero es que me cuesta mucho creer que alguien de mi equipo de programadores pudiera hacerme algo así, tan descarado y dañino.

Resoplo y sacudo la cabeza.

—Bueno, la experiencia personal me ha enseñado que las personas rara vez son lo que parecen. —Y lo creo hoy más que nunca. Lo he creído desde que Kayla me rompió el corazón, pero con Skyler ha sido peor porque estaba convencido de que nuestra conexión era especial. Fui un idiota al creerlo, un jodido idiota.

—Tiene una visión muy hastiada de la gente que lo rodea, señor Ellis. —Alexis me mira con el ceño fruncido.

Ladeo la cabeza y la observo mientras ella me observa a mí. Es como si quisiera calarme por dentro, y no me gusta nada.

—Digamos que he tenido malas experiencias últimamente con gente que me ha decepcionado.

—¿Gente o la mujer que quería? —Frunce los labios y alza una ceja.

—¿Acaso importa?

Ella alza un hombro y lo deja caer.

—Supongo que no. He hecho investigar a mi equipo a fondo. Hasta he hecho que se sometieran a un detector de mentiras y todos pasaron la prueba. Ya no sé qué más hacer; por eso estoy aquí.

Apoyo los codos en los reposabrazos, formo una pirámide con los brazos y descanso la barbilla en los dedos. Es un movimiento que hago a menudo, sin darme cuenta, pero ahora me cuesta por culpa de la mano. Aprieto los dientes al recordar por qué tengo la mano así. Porque la mujer a la que amo me

traicionó y perdí el control. Nunca más. No permitiré que mis emociones controlen mis decisiones en lo que al sexo opuesto se refiere. Ese barco ya zarpó.

Los bonitos labios rosados de Alexis se curvan en un mohín sensual.

—¿Cree que podrá ayudarme?

Asiento.

—Sí, creo que podemos ayudarla, pero necesitaré que me acompañe mi equipo al completo.

—¿Para qué?

—Ha dicho que ha estado investigando a sus empleados, pero la persona que está detrás de todo esto es alguien muy astuto. La persona que filtra los secretos podría ser cualquiera, de cualquier departamento. Los que instalan los virus podrían ser sólo unos cuantos, pero tal vez sea un grupo, trabajando en equipo.

Ella hace una mueca y se pasa una mano por el pelo. Me encantaba pasar los dedos así por el pelo de Skyler, tan suave como la seda. Por un instante me pregunto si el pelo de Alexis será tan suave como el suyo, pero enseguida me doy una bofetada mental por estar pensando en ella.

«Céntrate en el trabajo, Parker, no en la mujer.»

—¿Qué ha pensado? —me pregunta, devolviendo mi atención al caso.

—Mi asistente es una gurú de la tecnología. La contratará y se hará pasar por una nueva empleada del Departamento de Análisis. Royce se presentará como un auditor del de Finanzas. Bo se hará pasar por un cliente nuevo, de esos que siempre están encima del producto, y pedirá que le desarrollen una aplicación. Tal vez algo relacionado con la fotografía. ¿Podría dar el pego?

—Claro. Hay un montón de aplicaciones para gestionar los filtros, la iluminación, el tamaño, el Photoshop... ¿Y usted? ¿Qué papel desempeñaría usted, señor Ellis? —pronuncia mi nombre como si fuera un postre y estuviera a punto de comérselo.

La ignoro. En otro momento la habría asaltado sin pensarlo dos veces, pero tal como están las cosas, no sé ni cómo reaccionar. Me debato entre las señales profesionales y las personales que me envía. Es una sensación incómoda, descorazonadora, que me tiene descolocado.

Inspiro hondo y me centro en el trabajo. Ahora mismo eso es lo importante, y no las miradas ni el flirteo de Alexis.

—Me presentaré como un consultor en productividad, lo que implicará que tenga que entrevistarme con cada uno de los empleados, hacerles preguntas sobre su trabajo y esas cosas. Soy experto en leer el lenguaje corporal de las personas y sus microexpresiones. Por lo general puedo detectar cuándo alguien miente o engaña. Además, si sus empleados saben que hay un consultor y un auditor entre ellos, tal vez se pongan nerviosos y cometan algún error.

—Me parece bien. ¿Cuándo empezamos? —Se echa hacia delante y la tela elástica de su ajustado vestido se expande sobre sus tetas.

«No le mires las tetas, Parker. No le mires las tetas...

»Mal, tío. Muy mal.»

Sin embargo, me imagino que, si no quisiera que la gente la mirara, no se pondría esa ropa. Por lo pequeño que es el vestido y lo cómoda que parece llevándolo, diría que no le importa llamar la atención. Todo lo contrario.

Me empiezan a latir las sienes, recordándome que no debería estar comiéndome a esta mujer con los ojos, ni siquiera aunque hubiera terminado mi relación con Skyler oficialmente. Y no lo he hecho.

Se me vuelve a formar un nudo en el estómago, pero respiro para deshacerlo y sigo adelante con el plan de trabajo.

—Creo que la primera en incorporarse debería ser Wendy; mañana mismo, si es posible. —Abre mucho los ojos sorprendida, pero no se queja, así que sigo hablando—. Necesitará ponerse al día de inmediato para no despertar sospechas. Enseguida podrá empezar a conectar con el resto de los compañeros mientras investiga los sistemas operativos desde dentro.

—Ningún problema.

—Después llegará Bo. Tendrá que convocar una reunión con los creativos y que él les exponga lo que quiere. Montará el numerito exigiendo estar encima del producto en todo momento y usted le facilitará un despacho para que pueda trabajar desde allí.

Alexis ladea la cabeza.

—Puede hacerse.

—Yo trabajaré con Wendy y le pediré que me pase los archivos de los empleados de la empresa. ¿Cuántos son?

—Veintidós, sin contarme a mí.

Aclarado el plan de acción, levanto el teléfono y pulso un botón para llamar a Wendy.

—Dímelo, jefe.

—¿Te pidió Royce que hicieras un informe sobre Stanton Cybertech mientras estábamos en San Francisco? —Miro por la ventana para no tener que mirar a la clienta.

—Sí, jefe. Tengo informes sobre los veintidós empleados y también sobre Alexis Stanton. Me imaginé que, si pasaba algo raro en su empresa, necesitaría toda la información disponible.

Sonrío y me doy la vuelta en la silla.

—Estupendo. Ah, vas a tener que reservar vuelo y hotel para los cuatro.

—¿Los cuatro? —No puede disimular la ilusión que le hace.

—Sí, señora. Vas a ser la nueva empleada de Stanton Cybertech. Empiezas mañana por la mañana. Tenemos que resolver este asunto cuanto antes.

—Claro que sí, jefe. A toda máquina. Ya verás cuando se lo cuente al señor Mick. Mi primera misión de incógnito. ¡Es la puta bomba! —exclama como si acabara de hacer realidad todos sus sueños.

—Me alegro de que lo pienses. Hablaremos luego, cuando acabe la reunión, pero ahora tráeme los informes, por favor.

—¡Marchando! —anuncia, y cuelga.

Me vuelvo hacia Alexis y la pillo devorándome con la mirada. Y no estoy exagerando. Me está mirando como un tigre miraría un filete crudo. Se pasa la lengua por los labios y se revuelve en la silla, haciendo que el pecho se le bamboleee. Tengo que morderme la mejilla por dentro para no caer en su trampa y decirle algo totalmente fuera de tono.

—Muy bien, ya lo tenemos en marcha. Ahora cuénteme más sobre los productos que le han robado.

La oficina de Alexis Stanton es todo lo contrario de la nuestra. Si el equipo de IG presume de muebles de líneas precisas y elegantes, las oficinas de Stanton Cybertech apuestan por el confort. Su despacho se parece más a un hogar que a un local de negocios. Si no fuera porque se encuentra en un antiguo almacén de varias plantas a las afueras de Montreal, habría pensado que nos había citado en su casa. Es desconcertante. Me levanto y paseo mientras Royce aguarda paciente en una de las mullidas butacas situadas delante de la chimenea. Sí, he dicho «la chimenea». Y justo enfrente de la misma hay un sofá y una mesita baja.

Miro a Royce, que me dirige una de sus sonrisas forzadas.

Me encojo de hombros.

—¿Soy yo o esto es raro de cojones? —Señalo con el pulgar hacia la otra mitad del despacho, que tiene una pantalla plana de ochenta pulgadas. Delante hay un viejo y destartado escritorio y, encima del mismo, un ordenador portátil muy fino, un teléfono y una lámpara estilo Tiffany, con su pantalla de cristal floreada y nada más. En la pared, a lado y lado de la pantalla plana, hay dos muebles librería.

—Para gustos, los colores, como diría mi madre. —Royce se acaricia la corbata y la vuelve a dejar en su sitio.

Me acerco a una de las librerías y examino los estantes. En todas las fotografías se ve a Alexis con un hombre mucho más joven, probablemente su hermano, ya que comparten rasgos faciales.

Ella hace entonces su entrada, cargada con dos tazas de café humeante y una sonrisa.

—Hola, chicos. He pensado que os apetecería un chute de cafeína.

—Gracias. —Me hago con una de las tazas. Ella aprovecha para rozarme el pulgar mientras retira la mano. Alzo la mirada y me dedica una sonrisa traviesa.

Me guiña el ojo y le lleva la otra taza a Royce. Su atuendo de hoy es muy parecido al del otro día, aunque el top negro es bastante más escotado. Sus pechos —gasta una copa D, eso está claro— sobresalen de la marcada uve del escote. El top no llega hasta la cintura de los pantalones, también negros. Luce un estrecho cinturón que atrae la atención hacia sus curvas pronunciadas. Y en los pies lleva mi kriptonita: un par de zapatos de tacón alto de color rojo oscuro. Está sexy como una diablesa.

Aprieto los dientes e inspiro despacio, deseando que la frustración me abandone pronto.

Royce me mira por encima de la taza y se aclara la garganta.

—Señora Stanton.

—Llamadme Alexis, por favor. Aquí todo es muy informal. De hecho, todo el mundo me llama Lexie.

Roy asiente.

—Vale, Lexie. ¿Qué sabe el equipo?

Ella se acerca al escritorio, conecta el portátil y la pantalla plana cobra vida, dividida en quince cuadrados. Cada uno de los cuadrados corresponde a una cámara, que muestra distintos puntos del almacén.

—Como podéis ver en la cámara dos, Wendy está con Kidd, aprendiéndolo todo sobre nuestros sistemas. Según él, aprende muy deprisa. Anoche me dijo que le extrañaba que quisiera trabajar aquí, haciendo labores de programación y análisis, cuando podría trabajar donde quisiera porque es un genio. Tal vez tengamos que contarle nuestro secreto.

Sonrío, orgulloso de mi decisión de haber contratado a Wendy.

—¿Quién es Kidd?

Esta vez es Alexis la que sonríe y su rostro se ilumina de un modo muy

atractivo.

—Mi hermano pequeño.

—¿Y el tipo se llama Kidd? —A Royce se le escapa la risa.

La expresión de Alexis se transforma rápidamente, pasando de la felicidad al enfado en segundos.

—Sí, nuestros padres eran muy graciosos —comenta con desdén.

Royce se levanta y alza las manos, disculpándose.

—No, no, señora Stanton..., Lexie, no quería molestarte. Yo me llamo Royce, que tampoco es un nombre muy habitual. Me ha hecho gracia y ya está. Siento no haberme comportado de un modo más profesional.

Ella sacude la cabeza y se pasa los dedos por el pelo antes de acercarse a la estantería y coger una de las fotos.

—No pasa nada. Es que... No es culpa tuya, ¿vale? Es que siempre lo protejo mucho. Él es todo lo que tengo en el mundo y no ha tenido una vida fácil. Nuestros padres lo odiaban, se sintieron atrapados cuando llegó al mundo porque no esperaban tener otro hijo tan tarde. Luego, en el colegio, tuvo que enfrentarse con abusos y volvía a casa destrozado por los golpes. Soy su única familia, igual que él es la mía. Hace mucho que renegamos de nuestros padres y ahora está bien. Sólo tiene veintitrés años.

—Royce no pretendía ofenderte. —Apoyo a mi amigo mientras me acerco a ella para echarle un vistazo a la foto que tiene en la mano. Son los hermanos, espalda contra espalda, frente al cartel de la puerta de la oficina.

Ella se ríe sin ganas.

—Lo sé. Lo siento, Royce. No pasa nada, en serio.

Él agacha la barbilla y se mete las manos en los bolsillos.

—¿Has avisado al resto del equipo de nuestra llegada? —Trato de llevar la conversación hacia derroteros profesionales.

Ella asiente.

—Convoqué una reunión ayer por la tarde y les presenté a Wendy, a quien todos acogieron encantados. Luego mencioné que teníamos un nuevo cliente

que vendría mañana y que vosotros dos llegaríais hoy a media mañana. Royce, voy a presentarte al director de Finanzas para que puedas empezar a trabajar. Parker, te he reservado una de las acogedoras salas de reuniones para que te pongas con las entrevistas.

Doy una palmada sin pensar y sorbo el aire entre los dientes cuando el dolor de la palma y los dedos rotos me sube por el brazo.

Alexis se acerca a toda prisa a agarrarme las muñecas y me sostiene la mano con cariño.

—Ay, pobrecito. ¿Cómo te lo hiciste? —Se inclina hacia mí y me besa el dorso de la mano como una madre haría con un niño pequeño. Con la diferencia de que, cuando acaba, alza los ojos y me dirige una mirada coqueta, que no tiene nada de maternal.

«¡Ay, Dios! ¿Qué voy a hacer con esta mujer?»

Royce hace sonar las monedas que lleva en el bolsillo y eso hace salir del trance a la clienta. Se incorpora poco a poco, asegurándose de sacar el máximo pecho posible para que no me pierda detalle de su escote. Me cuesta un gran esfuerzo resistirme. Al fin y al cabo, puedo mirar si me apetece. Skyler y yo hemos roto.

«R-o-t-o.»

Al menos, yo lo tengo claro. Y ella debería tenerlo claro después de haberme traicionado, pero no puedo empezar nada con Alexis sin haber roto oficialmente con Skyler. Aunque, para ser sincero, ni siquiera sé si me apetece. Por primera vez en mi vida, la perspectiva de llevarme a la cama a una rubia despampanante no me motiva demasiado.

Se me hace un nudo en el pecho y trago saliva, porque se me ha secado la garganta.

—¿Os acompaño?

Levanto la mano para abrir la puerta.

—Detrás de ti, Alexis.

—Oh, no, no. Insisto. —Con una sonrisa irónica, abre la puerta de la

oficina y nos invita a pasar delante.

Lo hacemos y, mientras camino, miro por encima del hombro. Tal como sospechaba, nos está mirando el culo a los dos. Me detengo de repente y ella se lleva una uña roja a la boca y se la muerde mientras se coloca delante de mí, rozándose con el pecho al pasar.

—Perdón —me dice en tono juguetón, pestañeando con exageración.

Me muerdo la mejilla por dentro hasta que el sabor de la sangre me recuerda que no debo entrar al trapo. No voy a empezar nada con Alexis. Joder, no pienso volver a liarme con una clienta nunca más. Jamás de los jamases. Ya lo he hecho, dos veces. La primera salió redonda y acabé ganando una buena amiga. La segunda me rompió el pecho, me arrancó el corazón, lo pisoteó y le clavó el tacón de aguja para rematarlo.

—Eres muy graciosa, Alexis, pero pasa delante porque nosotros no sabemos adónde vamos —le recuerdo, siguiéndole el juego sin animarla.

—Yo sé adónde me gustaría que fuéramos —me suelta a bocajarro, examinándose de arriba abajo y moviendo el cuerpo para hacer que las tetas se le bamboleen.

—¡Dios! —exclamo apartando la mirada.

Royce levanta mucho las cejas y se lleva una de sus manazas a la boca para disimular la sorpresa.

—Es broma. —Se echa a reír y se aleja por el pasillo—. Vamos, chicos. Haremos la ronda. Os presentaré oficialmente en cada departamento y así les recuerdo cuál es vuestra función aquí. Luego dejaré a Royce con el director de finanzas y a ti, Parker, te dejaré instalado en tu rinconcito privado. —Baja la voz y la carga de doble sentido una vez más.

La madre que me parió. No estoy yo para lidiar con una mujer que me tire los trastos de esta manera. Esta semana no, por favor. Si ni siquiera sé dónde tengo la mano derecha y dónde la izquierda.

Le doy una palmada a Royce en la espalda, animándolo a pasar delante de mí y así poner algo de distancia entre los dos.

—¿Ahora soy tu escudo humano? —me susurra mientras la seguimos hacia el centro del almacén.

—¿Algún problema?

Sus ojos, negros como el carbón, buscan los míos.

—No, tío. Te protegeré siempre que lo necesites. Ya sea de diosas tecnológicas o de estrellas de cine rubias, siempre te cubriré las espaldas.

Frunzo los labios con un ligero asentimiento, dando vueltas a la situación en mi mente. No estoy lo bastante fuerte como para poder gestionar nada con Alexis en estos momentos y, la verdad, tampoco me apetece. Nunca me había sentido tan débil como ahora. Si me aprovechara de su ofrecimiento, lo haría sólo para olvidarme de Skyler y, después de lo que pasó con Kayla, me juré que nunca trataría a nadie como si fuera un cuerpo caliente y nada más. He crecido, ya no soy el chico que era en la universidad. Quiero creer que soy más fuerte, más maduro, y que respeto el cuerpo y la mente de las mujeres como si fueran el mío. Acostarme con Alexis me haría sentir mejor durante un rato, pero, cuando me hubiera desahogado, la realidad volvería a atacar y me encontraría en el mismo sitio en el que estoy ahora. Con una muesca más en el cinturón, pero nada más.

En ese momento, el teléfono me vibra en el bolsillo. Lo saco y miro de qué se trata. Es un mensaje.

De: Melocotones

Para: Parker Ellis

Sólo con leer su apodo, una sensación intensa se apodera de mi cuerpo, cálida como una manta en una fría noche en Massachusetts. Aprieto los dientes y respiro hondo mientras sigo a Alexis y agarro el teléfono con tanta fuerza que, cuando lleguemos adondequiera que vayamos, seguro que le he dejado marcas. Me meto el puto teléfono en el bolsillo sin leer el mensaje. No es el momento.

Alexis nos presenta a un montón de empleados antes de dejar a Roy en el Departamento de Finanzas y de llevarme a un rincón apartado del edificio.

Tengo la sensación de que me está conduciendo a la guillotina, aunque parte de culpa de mi incomodidad la tiene el mensaje de mi ex, que me quema en el bolsillo como un trozo de carbón ardiendo.

—Ya hemos llegado. —Alexis abre la puerta de lo que parece una sala de lectura.

—¿Me tomas el pelo? ¿Esto es una sala de conferencias?

Ella sonríe y se encoge de hombros.

—Paso muchas horas en el trabajo y prefiero encontrarme cómoda. Necesito estar rodeada de objetos que me hagan sentir bien para que las musas estén contentas y no me abandonen.

—¿Las musas?

Alexis apoya la cadera en el reposabrazos del sofá y se cruza de brazos, con lo que las tetas casi se le salen por el escote. No puedo evitar mirar esos globos carnosos. Es que me están llamando a gritos. Tengo la sensación de que están agitando un capote rojo ante mis ojos.

—Ajá. Y ¿sabes qué otra cosa hace que mis musas estén felices? —Vuelve a atacar con su voz más sensual y provocadora.

Se me seca la boca y me sube la temperatura ante su despliegue de sexualidad; tanto que casi no me atrevo a responder.

—No tengo ni idea —digo con la voz ronca.

Ella me dirige una sonrisa burlona. Sabe muy bien el efecto que su voz, su cuerpo y su actitud atrevida tienen sobre los hombres. Alexis Stanton es el sueño de cualquier hombre hecho realidad. Físicamente podría ser una conejita de *Playboy*, viste como una escort de lujo y habla como lo haría un hombre. No puedo evitar preguntarme si todo es fachada, una máscara que se pone para descolocar al sexo opuesto.

Según la información que me proporcionó Wendy, no sólo está en lo más alto en su campo, sino que además ha anulado a todos sus competidores, que eran todos hombres. Se la ha visto en público con dos de ellos, en situaciones que podrían considerarse románticas, pero ninguno de esos hombres ha

manifestado mantener una relación con ella; nada público, al menos. Tal vez la causa de los robos de información y sabotajes tenga un carácter personal. Me parece un enfoque interesante; voy a investigarlo más a fondo por si me lleva a alguna parte.

—Siéntate, Parker, y, si tienes suerte, en vez de contártelo, te lo mostraré.
—Se lleva una mano a las costillas y se acaricia el costado hasta dejar la mano descansando en la cadera.

La rodeo para sentarme en el sofá, pero ella alarga la mano y me apoya un dedo en el centro del pecho. Luego lo hace descender y no se detiene hasta que llega a la hebilla del cinturón.

Me aparto dando un salto hacia atrás.

—¡Señora Stanton! Lexie... —Carraspeo y alargo la mano buena entre los dos—. Eres una mujer muy hermosa...

—Me alegro de que lo pienses. —Da un paso adelante mientras yo doy otro atrás.

—Creo que esto no es buena idea. —Señalo su pecho y luego el mío.

Cuando sus ojos se iluminan con un brillo travieso, el alma se me cae a los pies.

—Vaya, pues yo creo que sería una idea fantástica. ¿No lo ves? Yo soy la jefa, tú eres el jefe...

Niego con la cabeza.

—Es... es que acabo de salir de una relación —digo sin mucha convicción. Ella frunce el ceño.

—Oh, eso tiene que doler. Anda, ven y deja y que te cure, como lo he hecho con la mano. —Da otro paso adelante y yo sigo retrocediendo hasta que choco contra la mesa redonda que ocupa el centro de la sala.

—Alexis, como ya te he dicho, eres bonita...

Ella frunce los labios.

—¿Ahora soy sólo bonita? Creo que te estás autoconvenciendo para no tocarme, cuando es evidente que te apetece. He visto cómo me miras. Me

deseas tanto como yo a ti. Sé reconocer la química entre dos personas; rara vez me equivoco. Tu energía mezclada con la mía..., ¡sería algo explosivo! — Me echa los brazos al cuello, aplastando las tetas contra mi pecho.

Yo mantengo las manos inmóviles, a lado y lado.

—Mierda. —La temperatura de mi cuerpo asciende al mismo tiempo que mi polla, y siento que me da vueltas la cabeza, como si me hubiera tomado un par de cócteles—. En otro momento serías tú la que..., joder, te tendría clavada en la pared con la ropa alrededor de la cintura..., pero ahora no tengo la cabeza para eso. Te lo he dicho. Acabo de salir de una relación. Todo es..., eeehhh..., muy reciente —digo sin convicción.

—Mmm...

Me recorre la mejilla con la punta de la nariz y se dirige a mi cuello. Siento un estremecimiento en la columna que me anima a tomar lo que ella me ofrece mientras el calor de su aliento me hace cosquillas en el cuello. Mi polla se anima un poco más y se endurece dentro de los pantalones.

Alexis sonríe.

—Excusas. No paran de salir excusas de tu boca, pero tu cuerpo no miente.

Me humedezco los labios y ella me sigue la lengua con la mirada. ¡Joder! Es implacable.

Se pone de puntillas y queda del todo pegada a mí, desde el pecho hasta las rodillas. Cierro los ojos y respiro hondo, tratando de controlar las sensaciones, intentando por todos los medios no responder a su cercanía, al aroma de madre selva mezclada con melón que desprende su cuerpo, a su calor, a esos succulentos pechos que asoman tanto por su escote que, si agachara un poco la cabeza, podría recorrerlos con la lengua.

Gruño y acabo llevando las manos a sus caderas. Ella sonríe y se acerca a mis labios. Casi puedo probar el café en su aliento.

—¿Me vas a decir que no?

Creo que en el futuro recordaré este instante y me arrepentiré. Lamentaré

el momento en que me ofrecieron un festín carnal cuando necesitaba desesperadamente atención y contacto humano para olvidarme del dolor. Debería hacerlo; debería aprovechar la belleza y el olvido que Alexis me está ofreciendo, pero el puñal que Skyler me clavó en el corazón sigue ahí, chorreando sangre, haciendo que me cueste horrores respirar. La oscuridad que envuelve mi alma no tiene intención de marcharse y dejarme en paz, ni siquiera por un momento.

La aparto empujándola por las caderas. Ella me suelta el cuello.

—Te digo que, por ahora, no. —Trago saliva, porque es como si tuviera la garganta llena de polvo.

Ella alza la ceja y me dedica una sonrisa sexy.

—Eso no es un no. En mi experiencia, es un «quizá» oficial. De momento, me conformo con eso. Cuando estés listo para echar un polvo libre de culpa —se aparta de mí y se dirige a la puerta, donde se detiene y se queda dando golpecitos en el marco—, piensa en mí. Soy tu chica. —Me guiña el ojo y me deja con una semierección y el corazón ensangrentado.

Cierro los ojos, respiro hondo varias veces y me acerco a la puerta para cerrarla.

¿Dónde me he metido? Lo que tengo que hacer es decirle que me deje en paz.

He dejado que las cosas llegaran demasiado lejos.

¿Por qué lo he hecho?

Porque estoy muy débil. Me duele mucho, y peor que el dolor es esta sensación de vacío en mi interior. Mi yo de antes habría desnudado a Alexis y la habría inclinado sobre la mesa en menos de dos minutos. Pero el yo actual, el que sigue enamorado de su ex y que no puede superar la agonía de no tenerla en su vida, se apoya en la puerta derrotado, aturdido, hasta que me acuerdo de que no he leído el mensaje que me ha enviado hace media hora. Saco el teléfono y lo leo ahora.

Te echo de menos. Sin ti... ya no soy yo.

Te estaré esperando. Creo que
te esperaré siempre.

—¡Joder! —grito a la habitación vacía, y las ganas de destrozar el móvil contra la pared siguen tan vivas como cuando hice añicos el viejo contra la pared de su cocina en Nueva York.

Los hombros se me tensan y empiezo a andar de un lado a otro como un animal enjaulado.

«Fue ella la que me engañó. ¡No al revés!»

Pero ¿realmente me engañó?

Las preguntas se suceden unas a otras en mi mente sin parar, como si estuvieran corriendo un maratón. No se detienen a descansar ni a beber un vaso de agua. Sólo corren y corren, dejándome aturdido y agotado, incapaz de pensar.

Tengo que enfrentarme a esta situación. Hablar, como me sugirieron los chicos. Pero es que ya lo hice con Kayla y no sirvió de nada. Mintió por los codos para recuperarme. Y Greg hizo lo mismo. La mujer a la que amaba y el hombre en quien confiaba me traicionaron años atrás y luego trataron de hacer que los perdonara con excusas y racionalizaciones.

Pues no pienso volver a caer en esa trampa con Skyler.

¡Me traicionó!

Con la furia recorriéndome las venas a toda velocidad, le escribo la respuesta.

De: Parker Ellis
Para: Melocotones
Deja de enviarme mensajes. Se acabó.
Me pusiste los cuernos y ya no somos nada. Fin de la
historia.

Leo y releo el mensaje. El puñal clavado en mi corazón da un cuarto de vuelta, clavándose un centímetro más. Se me llena la boca de saliva y siento

ganas de vomitar. Respiro hondo varias veces hasta que logro controlar un poco la ira.

«Ya está. Eso es lo que tienes que hacer. Despedirte de una vez. Dale a “Enviar”. Puedes hacerlo. Ha llegado la hora. Suéltala. Déjala ir.»

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, le doy a «Enviar».

Se me humedecen los ojos y me los froto con el puño.

La amo, pero ¿qué más da? Nunca fue mía.

El móvil vibra y la idea de estamparlo contra la pared cada vez me resulta más atractiva, y que les den por saco a los contactos de negocios, al correo electrónico y a todo lo demás.

De: Melocotones

Para: Parker Ellis

Nuestra historia nunca tendrá final.

No te puse los cuernos. Veo que
necesitas más tiempo.

No me puso los cuernos.

Cuernos.

Cuernos.

La palabra *cuernos* me llena cada rincón de la mente y se apodera de mi cuerpo, hundiéndome el cuchillo más y más en el corazón, que no para de gotear sangre.

—¡Mentirosa! ¡Jodida mentirosa! —grito, y lanzo el teléfono con tanta fuerza contra la pared de acero que se rompe en mil trozos rojos, como si fuera sangre salpicada. La funda roja que compré en el aeropuerto no ha podido protegerlo de mi cólera.

Me acerco al teléfono y salto sobre él, haciéndolo añicos contra el suelo de hormigón.

—Eres una mentirosa, una maldita infiel. Igual que Kayla; igual que Greg. ¡Como todas las mujeres del mundo! —Me dejo caer en el sofá y apoyo la

cabeza en la mano—. Tiene que ser mentira. —Sacudo la cabeza y dejo que los pensamientos negativos me invadan la mente.

Sé que ella está tratando de salvarse el culo, pero ¿por qué? ¿Por qué no me deja en paz? ¿Para qué lucha? Skyler es una auténtica preciosidad; tan hermosa en la vida real como en la pantalla. Con ella no hay trampa ni cartón; lo que ves en la pantalla es lo que hay. Su cuerpo, su cara, que no necesita maquillaje... Y, sin embargo, ningún maquillaje sería capaz de cubrir lo negro que tiene el corazón.

Hago una mueca de dolor.

—¿Por qué? ¿Qué motivo tiene? —me pregunto hirviendo de furia, y me levanto para volver a caminar por la sala.

Kayla quería que alguien cuidara de ella. Yo era su gallina de los huevos de oro. No es que su familia no tuviera dinero, pero su padre la animaba a casarse para quitársela de encima. Y ahí estaba yo, con la mano en el aire, gritando: «¡Elígeme, elígeme!». Pero lo que quería era amor. Buscaba una mujer que estuviera a mi lado en todo momento, que me apoyara en la vida. Una mujer con la que formar una familia, una socia para todos los proyectos que soñáramos llevar a cabo juntos.

A Kayla lo único que le interesaba era el dinero y el estilo de vida que podía proporcionarle. El hombre que se lo diera le daba igual, por eso se acostaba al mismo tiempo con Greg y conmigo. Y por eso se resistió tanto a dejarme marchar, porque Roy y Bo se pusieron de mi lado y los tres echamos a Greg del grupo. Se quedó sin la posibilidad de formar parte de International Guy, así que sólo le quedó la opción de buscar trabajo en una empresa y empezar desde abajo. Eso le llevaría tiempo, y Kayla no era idiota. Con Royce al cargo de nuestras finanzas, estábamos a punto de convertirnos en millonarios. Kayla quería un trozo de ese pastel. Pero jugó y perdió.

Visto lo visto, yo salí ganando porque me libré de estar comprometido con una cazafortunas, pero en aquel momento de mi vida no lo viví como una victoria. Lo viví como una jodida derrota.

Lo que pasa es que Skyler tiene cien veces más dinero que yo. ¿Qué demonios quiere de mí? ¿Por qué está luchando tanto por lo nuestro?

Con la cabeza hecha un torbellino de emociones, no encuentro la respuesta. Harto de todo, me doy media hora para tranquilizarme y luego hago venir a la primera persona que voy a entrevistar.

Es hora de centrarme en el trabajo. Olvidarme de las emociones que me controlan y centrarme únicamente en el trabajo.

«Centrarme en el trabajo.

»Centrarme en el trabajo.»

Me repito ese mantra en mi mente hasta que la primera empleada entra en la sala. Es la asistente de Alexis. Es una mujer tímida y diminuta que se llama Molly. Tiene aspecto de bibliotecaria, es decir, de mujer que se pasa el día con la cabeza metida en las páginas de un libro en vez de en la realidad. Y lo primero que me dice su lenguaje corporal es que tiene miedo de perder el trabajo. Esta entrevista va a ser muy rápida.

Ella no es la espía que buscamos.

Tengo sueño y empiezo a ver borroso. Esta sala es demasiado cómoda, joder. Incluso las sillas que rodean la mesa redonda son de cuero acolchado, tan blandas que me hundo en ellas. Y se balancean, lo que no anima a trabajar, sino más bien a echar una siesta.

En el otro extremo de la habitación hay un televisor y un sofá de dos plazas. Me sorprende que no haya una chimenea. Es como estar en el salón comedor de una familia. Las paredes están pintadas de color beige suave, y en ellas cuelgan varios grabados y pinturas, elegantes y distribuidos de manera meticulosa. Alexis ha convertido un almacén en una oficina con veintidós empleados que disfrutan de espacios suntuosos. La empresa podría competir con Google en una batalla para establecer cuál ofrece el mejor ambiente de trabajo.

Mientras me levanto, pestañeando para no dormirme, veo por la puerta que he dejado abierta que un gato atigrado anaranjado se acerca caminando sobre una viga de madera. Se me queda mirando y me pregunto cómo una mujer tan ocupada como Alexis tiene tiempo de cuidar de un gato. Yo casi no tengo tiempo de cuidarme a mí mismo. ¿Cuidar de una mascota? Imposible. No paso en casa el tiempo suficiente. Hasta las plantas que me regalan de vez en cuando se me mueren tras unas semanas de abandono.

El gato baja al suelo de un salto y entra en la salita como si fuera el amo del lugar. Se planta en el reposabrazos del sofá y, de ahí, salta al respaldo. Se me acerca como quien no quiere la cosa; se detiene a unos treinta centímetros de distancia, fija la mirada en mí y maúlla.

Alargo la mano hacia él.

—¿Qué pasa, chico?

El gato frota la cabeza contra mi mano, exigiéndome que lo acaricie. Yo muerdo el anzuelo, porque ¿quién no lo haría? Es un ser adorable y peludo que frota su cabecita en mi mano. Cuando le acaricio la cabeza y le rasco la mejilla, él ronronea melódicamente.

Una voz nos interrumpe a mí y a mi nuevo amigo peludo.

—Veo que ya conoces a *Spartacus*.

Me vuelvo hacia el hombre que se ha detenido en la puerta.

—Eso parece. —Dejo de acariciar al gato para ofrecerle mi mano buena.

Él la estrecha.

—Kidd Stanton. Soy el siguiente de la lista —me aclara. Alexis ha organizado las cosas de tal manera que la persona entrevistada avisa a la siguiente de la lista.

—Muy bien, pasa, siéntate.

Cojo la carpeta con su expediente y también la tableta donde tengo la información que me pasó Wendy sobre los empleados. Lo leí todo en el avión, así que sé lo que encontraré en su expediente. Lo más sorprendente fue averiguar que Alexis había solicitado la custodia de su hermano cuando Kidd tenía quince años y que sus padres se la concedieron sin protestar. De hecho, ni siquiera se presentaron al juzgado.

Kidd se sienta frente a mí y parece sentirse muy cómodo; probablemente porque sabe que su hermana nunca lo despediría.

Se encoge de hombros y comienza a hablar antes de que le pregunte nada.

—¿Qué quieres saber, tío? Soy un libro abierto.

—Cuéntame a qué te dedicas en la empresa.

—Dirijo el equipo de programación y análisis. Bajo la atenta mirada de Alexis, por supuesto —añade riendo.

—Por supuesto. —Sonrío y me aseguro de que la conversación sea distendida y mi lenguaje corporal relajado.

—Llevo programando bajo la dirección de Alexis desde que tenía quince

años, es decir, unos ocho. Lo encontrarás en el expediente —Señala la carpeta con la barbilla—. Lex me contrató en cuanto salí del instituto. No tenía nota suficiente para ir a la universidad. Ni ganas, la verdad.

—Y ¿aceptaste el trabajo?

—Con el entusiasmo de un borracho al ver una botella de licor. —Se echa a reír con ganas.

Sonríe a menudo, parece estar tranquilo y tener un carácter feliz. Físicamente se parece mucho a su hermana. Los dos son rubios con los ojos azules, aunque su tono de pelo es más oscuro que el de Alexis. Lleva las mejillas cubiertas por una barba de uno o dos días y un aro de plata en la oreja izquierda. Los antebrazos están cubiertos por tatuajes, que muestran imágenes variadas. En un brazo hay un león; en el otro, una espada. En el lado interno del antebrazo me llama la atención un corazón rojo, con la palabra LEX en gruesas letras mayúsculas grabada en el centro.

Los señalo con la barbilla.

—Bonitos tatuajes.

Él se levanta las mangas un poco más, dejando al descubierto más imágenes.

—Sí, estoy orgulloso de ellos; los he diseñado todos yo mismo, es como un hobby.

Al fijarme más, me doy cuenta de que tiene cicatrices debajo de la tinta, en el antebrazo, justo antes de llegar al codo. No digo nada porque sería muy indiscreto por mi parte; todos tenemos derecho a guardar algún secreto. Las heridas parecen antiguas, tanto que la tinta que las cubre ha tenido tiempo de palidecer. Me imagino que se las hizo en la adolescencia, antes de tener edad para tatuarse.

—¿Lex? —Vuelvo a fijarme en el vibrante corazón, pintado de un rojo sangre intenso.

Si hasta ahora sus sonrisas eran felices y despreocupadas, la que me dirige ahora es sensacional, inspiradora.

—Por mi hermana; Alexis, la jefaza.

Sonrío.

—¿Te tatuaste el nombre de tu hermana en el brazo?

Él asiente con entusiasmo. Es innegable, este tipo es feliz como una lombriz.

—Claro. Sé que puede parecer raro, pero mi hermana es mi vida; mi corazón. Sin ella, tío, no sería la persona que soy ahora. Probablemente estaría en la cárcel o me habrían matado en alguna pelea.

«Sin ella, no sería la persona que soy ahora.»

«Sin ti..., ya no soy yo.» Cierro los ojos cuando las recientes palabras de Sky se cuelan en mi mente para martirizarme. Un escalofrío me recorre la espalda y tengo que apretar los dientes con fuerza para contrarrestar el dolor que me causan esas palabras. Me tensó tanto que el lápiz que tengo en la mano se rompe en dos.

—¡Uau! ¿Estás bien? —Kidd frunce el ceño.

Pestañeo varias veces.

—Dolor de cabeza, supongo que por el viaje. Perdón, no es nada. Sigamos. —Cojo la botella de agua que me han traído hace un rato y me bebo media de un trago.

—Vale, bueno. Lo que decía era que —se acaricia el corazón tatuado— mi hermana es como una figura materna y mi mejor amiga al mismo tiempo. Estamos muy unidos. Me hice el tatu cuando cumplí los dieciocho. Mira, si me llevo el brazo hacia el pecho —hace lo que dice, doblando el antebrazo—, me toca justo en el corazón, que es donde siempre estará.

—Potente —comento aún aturdido por sus palabras, tan parecidas a las de Skyler.

Kidd se echa hacia atrás, haciendo que la silla se balancee. Parece el tipo más feliz y despreocupado del mundo.

—Sí, lo es. Pero bueno, vayamos al grano. ¿Para qué has venido? La empresa no tiene ningún problema de productividad. Lex me lo habría

comentado. Nos lo contamos todo..., bueno, casi todo.

Decido contarle la verdad a medias, ya que no me llega ninguna emoción negativa de él. No parece estar asustado ni nervioso. La causa podría ser que es inocente, pero también podría ser un mentiroso profesional que se está aprovechando de su relación con su hermana.

—En ese caso sabrás que alguien ha filtrado información sobre los tres últimos productos de Stanton Cybertech y que han sido lanzados por la competencia antes que vosotros.

Él frunce el ceño.

—Sí, una panda de idiotas, eso es lo que son.

Frunzo los labios.

—Sea como sea, tenemos que descubrir qué está pasando. Tal vez la información se está haciendo pública sin que nadie se dé cuenta.

—Ya, o tal vez tengamos un topo en el equipo —sugiere.

Tomo nota de que es él quien apunta esta posibilidad. Interesante.

—¿Qué te lo hace pensar?

Kidd arruga la nariz. Su felicidad parece haberse evaporado en un instante.

—Lex y yo nos ocupamos del código y la seguridad en exclusiva. Somos las dos únicas personas que conocemos los entresijos porque lo creamos de la nada. El resto del equipo crea un código nuevo y desarrolla programas para trabajar, pero nadie podría atravesar el cortafuegos que instalé.

—¿Y si un topo hubiera accedido al sistema? ¿Alguna idea de quién podría ser? ¿Algún empleado nuevo? Cualquier información sería útil para averiguar quién está perjudicando a tu hermana, y también tu legado —añado para ver cómo reacciona. Él se limita a asentir con la mirada perdida en la distancia—. ¿Nadie te ha despertado sospechas? ¿Alguien que pueda estar descontento con la empresa?

Él sacude la cabeza.

—Hay una chica nueva, Wendy Pritchard, pero acaba de llegar, así que no hay motivo para sospechar de ella. Hay muy pocos cambios de personal; creo

que no hemos contratado a nadie aparte de Wendy durante los últimos dos años.

«Wendy Pritchard.»

Parece que el hada traviesa de mi secretaria se ha puesto el nombre de su prometido para este caso. Seguro que se lo está pasando en grande. Probablemente se ha inventado una vida nueva, a juego con el nuevo nombre.

Asiento y me levanto.

—Si se te ocurre algo, lo que sea, estaré aquí toda la semana examinando los procesos de trabajo y la productividad de cada empleado para tratar de averiguar cómo se filtra la información. Creo que no me equivoco si digo que no debes preocuparte por tu puesto de trabajo.

Él sonríe, recuperando la felicidad de hace un rato. Me ofrece la mano y me palmea el hombro.

—Eh, si te apetece salir con alguien al acabar el trabajo, ir a tomar unas cañas, ver un poco de Montreal, cuenta conmigo. Conozco un sitio llamado Brutopia. Tienen buena cerveza, comida casera y a veces hay actuaciones en directo. Mi chica y yo estaríamos encantados de que nos acompañaras.

—¿Tu chica?

—Sí, mi prometida. Le pedí matrimonio hace unos meses. La mejor decisión que he tomado en mi vida. Ella adora a mi hermana; cuando se juntan se pasan el rato riendo como dos colegialas. Pero también la admira tanto como yo. Qué ganas tengo de que nos casemos. La boda será el verano que viene, cuando llegue el buen tiempo, en el centro histórico de Quebec.

—¡Uau! Boda. —«Boda.» Él ya ha encontrado a la mujer con la que quiere pasar el resto de su vida. ¿Y yo? Yo estoy rozando ya la treintena y acabo de perder al amor de mi vida. Siento un enorme vacío por dentro que me retuerce las entrañas—. ¿Cuántos años me has dicho que tenías? —Mi voz suena ronca.

—Veintitrés. Pero soy lo bastante maduro para reconocer algo bueno cuando lo tengo delante. Pienso atarla a mí y no dejarla escapar. Mi chica y

yo tenemos prisa, somos almas gemelas.

«Almas gemelas.»

Yo también pensaba que Skyler y yo éramos almas gemelas. Noto una punzada de dolor en el estómago, como si me hubiera alcanzado un rayo, y me llevo los brazos al vientre para protegerme, respirando lentamente.

Kidd no parece darse cuenta.

—¿Tú tienes a alguien en tu vida? —Me sonrío de nuevo—. Seguro que sí. Un tipo guapo como tú...

Niego con la cabeza.

—De hecho... —trago saliva porque se me ha formado un nudo en la garganta—, hemos discutido.

Se inclina hacia mí y me aprieta el bíceps.

—Menuda mierda, pero seguro que lo arreglaréis. Si es la adecuada, todo se arreglará.

Sé que debería cortar la conversación aquí mismo y volver al terreno profesional, pero mi alma grita dentro de mí y no puedo contenerme.

—¿Qué te hace pensar que esa mujer es tu alma gemela?

Kidd frunce los labios y se frota la barbilla.

—Verás, una vez estuve enamorado en el pasado. Tuve que cortar la relación para centrarme en el trabajo. Era un chico rebelde y no prestaba atención a las responsabilidades que me confiaba Lex. El trabajo se resentía, mi vida estaba del revés y odiaba el camino que se abría ante mí. Así que la dejé y me concentré en el trabajo hasta que conocí a Victoria. Ella aporta muchas cosas a mi vida, y no me quita nada.

—¿Es eso? ¿Aporta cosas a tu vida y tu antigua novia no?

Él niega con la cabeza.

—No exactamente. Es que Eloise, mi ex, exigía todo mi tiempo y mi atención completa.

Asiento, bebiéndome sus palabras como si fueran el evangelio. No tengo ni idea de por qué me comporto así.

—Con Victoria, todo encaja. Es como si fuera la última pieza de mi puzle. Encaja y me completa. Cuando estoy triste, me anima. Cuando estamos separados, siento su ausencia aquí, justo aquí, tío —se señala el abdomen—, en las tripas. Sin embargo, sé que ella está pensando en mí, igual que yo pienso en ella. Y, cuando nos vemos, es explosivo.

Me paso la mano por la nuca, masajeando la tensión que no me ha abandonado desde que salí de San Francisco.

Kidd se dirige a la puerta.

—Pero, sobre todo, es que no puedo imaginarme el mundo sin Vic. Es como Lex, una parte importante de quien soy ahora. Y ella hace que me guste quien soy.

—Pues agárrala bien y no la sueltes porque, según mi experiencia, un amor así no se encuentra todos los días. —Por no decir «nunca», me gustaría añadir, pero no lo hago porque no quiero chafar su felicidad con mis mierdas.

—Lo sé, por eso voy a hacerla legalmente mía. —Menea las cejas.

Me río y él da unas palmaditas en el marco antes de irse, igual que ha hecho su hermana hace un rato en ese mismo sitio. Miro al gato, que se ha dormido en el respaldo del sofá de dos plazas.

—¿Qué opinas tú, *Spartacus*? ¿Crees en las almas gemelas o piensas que es una tontería?

El gato abre un ojo, me mira con atención y vuelve a cerrarlo.

—Ya, eso me parecía. Una tontería integral. Pero bueno, le deseo suerte. Parece un buen tipo.

Acabo de dejarme caer en la cama de cualquier manera cuando Wendy abre la puerta que conecta nuestras habitaciones de hotel y entra a toda prisa.

—¡¿Qué demonios...?! ¿Dos teléfonos en menos de una semana? —me reclama con un tono de voz tan agudo que me ataca los nervios.

—Se me ha caído al suelo, ¿vale?

Ella pone cara de no creerse nada.

—Se te ha caído, ya. Si se te hubiera caído, aún funcionaría, jefe. No estaría roto en los mil pedazos que el encargado de la limpieza tendrá que recoger con la aspiradora. Menos mal que he entrado en la sala cuando ya no estabas y he recuperado la tarjeta SIM. Y menos mal que la tarjeta ha debido de salir rebotada, porque la he encontrado enredada en la alfombra, lejos de los trozos pisoteados. Y menos mal también que siempre llevo un móvil de repuesto en el bolso.

Sus últimas palabras captan mi atención.

—¿Ah, sí?

Ella sonríe.

—Sí. —Me entrega una réplica exacta de mi último iPhone, pero protegido con una funda de goma extragruasa.

Recorro la accidentada superficie con los dedos. Parece que hayan empotrado el móvil en un centímetro de goma.

—¿Qué coño es esto?

Wendy se lleva la mano a la cadera.

—Es una funda Otterbox, como las que usan los trabajadores de la construcción. Supongo que si puede sobrevivir a una caída desde un segundo piso, resistirá a tus impulsos de catapultarlo contra la pared. Tu madre me contó que eras una estrella del béisbol, pero de verdad, Parker, éste ya es el tercer teléfono. Tranquilízate o vas a desestabilizar el presupuesto de la empresa.

Resoplo con fuerza, pero ella pestañea impertérrita.

—No pienso usarlo así. —Se lo devuelvo—. Quítale esa mierda; así no me cabe en el bolsillo de los pantalones.

Wendy inspira hondo y suspira aún con más énfasis mientras coge el teléfono.

—Vale. —Como ya se esperaba mi rechazo, saca una funda fina del bolsillo trasero de sus pantalones.

La observo mientras le quita la funda de goma a prueba de niños y le pone

la otra, sexy y elegante. Guarda la funda de goma y me devuelve el móvil.

—Ya he cargado tus contactos, mensajes de texto, de voz y los emails.

—¿Conoces mi contraseña de Google Cloud?

Ella se aguanta la risa.

—Cariño, conozco el código pin de tu tarjeta de crédito. Probablemente podría abrir la taquilla de tu gimnasio antes que tú. No subestimes lo que puedo y no puedo hacer. Hoy me has pegado un susto de muerte cuando has desaparecido de mi radar telefónico. He tenido que fingir que buscaba un lavabo para ir a ver si seguías en la sala de reuniones.

—Wendy, de verdad, tienes que dejar de preocuparte tanto por nosotros.

—La culpabilidad se cuela en mi mente, haciéndome sentir aún peor que antes.

Ella se ruboriza y entorna los ojos.

—Cada vez que te enfadas, pierdes el control y haces alguna tontería como destrozar el móvil o darle un puñetazo a la pared. ¿Qué será lo siguiente? ¿Darás un volantazo y saldrás volando en un puente? Tu comportamiento nos inquieta a los que nos preocupamos por ti. Tal vez para ti sólo sea tu asistente personal, pero yo también me considero tu amiga, para mí eres como de la familia. Y el camino que has tomado es peligroso y muy destructivo.

—Lo siento; no volverá a ocurrir. —Pero, a pesar de lo que digo, no puedo asegurar que no vaya a volver a pasar.

—Disculparte no es suficiente, Parker. Los tres estamos muy preocupados por ti. Tanto que leí los mensajes de Skyler. Si quieres despedirme por haber invadido tu intimidad, de acuerdo. Lo aceptaré. —El pecho le sube y le baja a toda prisa. Es probable que tenga miedo de que la despida de verdad, pero, francamente, me da igual.

Los hombros me pesan toneladas. Me tumbo en la cama y me quedo mirando al techo. Es un vacío blanco, igual que mi vida sin Skyler.

—No te voy a despedir.

Ella se sienta en la cama, levanta las rodillas y apoya la barbilla en ellas. Me recuerda a Sky porque es una postura que ella usa mucho. ¡Joder! ¡¿Por qué no puedo quitármela de la cabeza en todo el día?! Me conformaría con medio día..., ¡hasta con una hora!

Wendy sonríe.

—Genial. ¿Significa eso que podemos hablar sobre su mensaje?

—No. —Me niego en redondo.

—Parker, dice que no te puso los cuernos. Te está rogando, joder, RO-GAN-DO que hables con ella. Mierda, también me ruega a mí, y yo no respondo a sus mensajes porque creo que es algo que debes hacer tú. Pero no puedes imaginarte lo mucho que me cuesta. Llevo toda la vida deseando tener amigos y una gran familia. Primero encontré a Mick. Ahora os tengo a vosotros, chicos, y durante unas semanas pensé que tenía una amiga.

Fantástico. Ahora resulta que le estoy haciendo daño a Wendy al romper mi relación.

—Hacerme sentir culpable no te favorece, descarada —protesto, frotándome los ojos.

Ella echa las rodillas a un lado y me apoya la mano en el hombro.

—A ti tampoco te favorece rehuir los problemas.

—No estoy rehuendo nada. Ella me traicionó.

¿Por qué demonios tengo que estar recordándole a todo el mundo que yo soy la víctima en esto? Ella me machacó. Como Kayla. Como todas las mujeres de las que me enamoro.

—Ella dice que no. —Wendy se encoge de hombros con tranquilidad, como si no estuviéramos hablando de la mujer a la que le entregué mi corazón y mi alma.

Inspiro con brusquedad.

—Y tú la crees, aunque él dijo que habían retomado su relación y ella estaba con él en la habitación. Pasaron la noche juntos, Wendy. Eso es innegable.

—Creo que en realidad quieres creer que ella te traicionó. Me pregunto por qué.

—¡Porque lo hizo! —Me siento y la fulmino con la mirada—. Cuando estaba a punto de decirle que la amaba.

Wendy ahoga una exclamación y se le llenan los ojos de lágrimas. Alarga una mano en dirección a mi rodilla doblada, pero yo se la aparto, porque no quiero su compasión ni su consuelo.

—Déjame. Volé directamente a Nueva York para estar con el amor de mi vida. Para decirle a la cara que la quería y para asegurarle que mi equipo y yo íbamos a solucionar los problemas con su ex. Y ¿qué me encuentro? —Una lágrima cae por la mejilla nacarada de Wendy—. Un piso vacío, una cama vacía donde debería haber estado la mujer que amo. Y luego, cuando me despierto y la llamo, me responde su ex y la oigo a ella a lo lejos. ¿Qué opinas, Wendy? ¿Cuál es tu opinión como mujer? ¿Qué razón podría tener para estar en la habitación de hotel de su ex a las mierda en punto de la madrugada, eh? Te escucho.

Otra lágrima se une a la primera.

—No lo sé, pero sé reconocer cuándo una mujer está enamorada, y Skyler está enamorada de ti. Todos nos dimos cuenta en el Lucky's. Lo vi en tus ojos y en los de ella. Y una mujer enamorada no engaña a su hombre. Una buena mujer, al menos, no lo hace. Y Skyler es una buena mujer. Parker, si no lo fuera, no te habrías enamorado de ella.

Me levanto y recorro la habitación de lado a lado antes de dirigirme al mueble bar y servirme dos dedos de whisky.

—¿Quieres?

—Sí, joder. Nadie debería beber solo.

Le sirvo dos dedos y le paso el vaso. Ella lo vacía de un trago como una campeona.

—¡Joder! —Me devuelve el vaso—. Dos dedos más. Esta vez me los beberé despacio, pero es que me gusta pillar el puntillo enseguida.

Se me escapa la risa. Nunca habría pensado que sería capaz de reírme en una situación así, pero esta mujer menuda, que es como un hada diminuta con el pelo rojo y la sonrisa fácil, me hace reír.

Le sirvo la copa y se la doy. Ella brinda conmigo.

—Todo se va a arreglar —me dice con tanta sinceridad que quiero creerla.

—¿De verdad lo crees? —Doy un trago y dejo que el whisky deje un rastro de fuego en mis entrañas, que no quieren calmarse haga lo que haga.

Me mira a los ojos.

—Si te animas y hablas con ella, sí, lo creo.

Niego con la cabeza.

—No estoy listo.

Ella endereza la espalda.

—Bueno. Pues, cuando lo estés, estaré a tu lado para lo que haga falta.

Le dirijo una sonrisa para que sepa que valoro mucho su amistad aunque no se lo diga.

—Estoy seguro de ello. —Dejo que sus palabras me lleguen al corazón y noto que la daga que tengo clavada retrocede unos milímetros.

Wendy me devuelve una sonrisa amplia.

—Para eso están las hermanas. Para ayudarte con las mujeres; para avisarte cuando te pillas de una inadecuada, para llamarla «puta» a la cara, para hacerte notar cuándo te estás comportando como un idiota...

Una vez más, no puedo aguantarme la risa.

—Y ¿sabes qué, Park? —murmura antes de darle un sorbo al whisky.

—¿Sí, descarada?

—Ahora te estás comportando como un idiota.

—Alexis, no hay nada en las cuentas que haga pensar en juego sucio. Nadie se ha llevado dinero de la empresa. Además, nuestra chica investigó las cuentas de todos los empleados y no hay ningún movimiento sospechoso. — Royce suspira y deja la tableta sobre la mesita baja de su despacho.

Alexis la coge y examina todos los documentos. Tras dos días de revisar las finanzas de Stanton Cybertech y de entrevistar a dieciséis empleados, no tenemos nada.

La dueña de la empresa inspira hondo y suelta el aire con un gruñido entre sus labios pintados de color carmesí. Hoy está particularmente atractiva. Lleva el pelo recogido en un moño descuidado, y el rojo intenso de sus labios hace juego con el ceñido mono o como se llame la prenda de una sola pieza que deja poco a la imaginación. En los pies lleva los mismos zapatos de tacón *nude* que se puso cuando vino a vernos a la empresa en Boston. Me humedezco los labios mientras me fijo en que las uñas de los pies también están pintadas del mismo tono de rojo. Esta mujer es sexo andante.

Justo cuando estoy pensando en eso, ella se inclina hacia mí y me apoya la mano en el muslo.

—¿Qué opinas tú, Parker?

Me aclaro la garganta, le cojo la mano y, con toda la sutileza de la que soy capaz, la dejo en el cojín que hay entre los dos.

—Odio decir esto, pero o bien el culpable no está ganando ni un céntimo con esto... o no trabaja aquí.

Ella frunce el ceño.

—Pensé que, ya que la filtración está enriqueciendo a mis competidores,

el topo estaría aquí.

Me paso la mano por la pernera del pantalón, alisando cualquier arruga que pudiera haber en la tela.

—Es lo lógico, pero no parece ser el caso. Tendremos que volver a hablar con Wendy, por si encuentra algo que se nos escapa. Tal vez deberíamos centrarnos en el sistema operativo. Quizá alguien está creando virus o manipulando el código para que haya filtraciones. Puedo hacer que venga a la salita y entrevistarla como a los demás, a ver qué me cuenta.

Ella asiente.

—Sí, supongo que es necesario. Royce, ¿seguro que no has encontrado nada?

Él afirma con la cabeza, se echa hacia atrás en la silla y apoya el tobillo en la rodilla contraria.

—Lo siento. Lo he revisado del derecho y del revés; he repasado las cuentas corrientes de los empleados, las de ahorros y las de inversiones. Algunos están haciendo buenos negocios en la Bolsa, pero la mayoría viven de sus sueldos, que, por cierto, debo decir que me parecen generosos.

Ella sonríe y le guiña el ojo.

—Me gusta asegurarme de que mi gente es feliz.

Royce se aclara la garganta y se ajusta la corbata.

—Es obvio. Creo que lo haces muy bien.

Ella se vuelve para mirarme a los ojos.

—Eso me han dicho. —Se humedece los labios lentamente.

Tengo que reprimirme mucho para no apretar los dientes y decirle que pare ya con la tontería. Se está pasando. No quiero parecer un adolescente mojigato, pero estoy harto de su coqueteo y sus dobles sentidos. No se cansa, es como un perro con un hueso. Una vez que tiene claro su objetivo, no para hasta conseguirlo. Es como si acostarse conmigo fuera un desafío que se ha fijado y que debe conseguir a toda costa. Me imagino que una mujer como ella no está acostumbrada a que la rechacen. Tal vez ni siquiera se ha dado

cuenta de que está jugando a un duelo de voluntades. Pero es que me parece absurdo. Pongamos que consigue llevarse al hombre que desea a la cama. Y luego, ¿qué? No le van a dar ningún trofeo. ¿Cuál es el objetivo del juego?

—Muy bien. —Royce se levanta—. Me vuelvo al Departamento de Finanzas y voy a ver si se me ocurre algo más. Bo debe de estar a punto de llegar.

Justo acaba de decirlo cuando alguien llama a la puerta.

—Lexie, un tal Bogart Montgomery acaba de llegar para su cita de las tres —anuncia la recepcionista con discreción.

Royce se dirige a la puerta y pasa junto a Bo como si no lo conociera.

—Disculpe.

—Claro. —Bo se aparta para dejar pasar a Royce, que se aleja pasillo abajo.

Bo se vuelve hacia mí y luego hacia Alexis. Cuando la ve, se le abren mucho los ojos y se toma su tiempo para examinarla de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza.

Los hombros me pesan como si me los estuvieran aplastando las manos de un robot. Ay, madre, la que se nos viene encima. Me imagino lo que va a ser tener a Bo todo el rato encima de Alexis y la espalda se me tensa sin remedio.

—Vaya, hola, preciosa. —Bo cierra la puerta y camina con chulería hacia el lugar donde ella sigue sentada. Le ofrece la mano y ella la acepta mientras alza una ceja con desdén. Bo se inclina y le besa el dorso de la mano—. ¿Estoy despierto? Porque eres mi sueño hecho realidad.

—Tranquilo, tigre. Es nuestra clienta, Alexis Stanton —le advierto.

—Un nombre sexy para una sirena sexy —ronronea pasando de mi advertencia.

«Ay, Dios...» Me oprimo las sienes con el pulgar y el índice.

La expresión de Alexis se transforma en una de confianza.

—Vale, éste es el tipo de hombre con el que estoy acostumbrada a tratar. —Alexis se cruza de brazos y sus voluminosos pechos suben un poco más.

—Ignóralo. Es lo que hacemos nosotros. —Sacudo la mano vendada en el aire.

Bo se tira de la perilla y, al hacerlo, suenan las hebillas de su cazadora de cuero.

—Bo, para ponerte al día deprisa: Royce no ha encontrado nada relevante en las cuentas de ningún empleado que haga pensar que han recibido dinero a cambio de información. Yo no he encontrado nada que me llame la atención en las entrevistas que he realizado a dieciséis miembros de la plantilla. Me quedan siete por entrevistar, incluida Wendy. Nada de lo que me han dicho hasta ahora sugiere que estén descontentos con la empresa o con Alexis. De momento, todos parecen estar encantados de trabajar aquí y se los ve sinceramente perplejos por la filtración de información. Al parecer, eres una jefa excepcional —le digo a Alexis, inclinando la cabeza con respeto y asegurándome de que nada en mi actitud o mi tono de voz pueda ser malinterpretado.

Ella sonríe y se muerde el carnosos labio inferior.

—Soy excepcional en muchas otras cosas, cuando me dan la oportunidad.

Bo gruñe.

—¡Dios! Esta mujer es de las mías —exclama llevándose la mano al corazón.

Los ignoro a los dos y sigo poniendo a Bo al día.

—He revisado también todas las pruebas del detector de mentiras; todos los empleados la pasaron sin problemas.

Bo se ríe y se sienta frente a Alexis, sin perderla de vista.

—Pasar la prueba de un detector de mentiras es pan comido. Los tribunales rechazan su uso porque no son de fiar. Me fío mucho más de tu criterio que de ese trasto, pero bueno, es mi opinión.

—Gracias, pero eso nos deja en la casilla de salida. Es tu turno, colega. Cuando Alexis te presente a los miembros del equipo para llevar a cabo tu aplicación, sondéallos. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Él le dedica una sonrisa ladeada a Alexis.

—Claro, no tengo rival sondeando a las personas, ya sea mental o físicamente. Mi sonda es legendaria.

Suspirando, me levanto y me dirijo a la puerta.

—Pues creo que es un buen momento para volver a mi sala de conferencias y seguir con las entrevistas.

—Estupendo. Creí que nunca llegaría el momento de quedarme a solas con la mujer más hermosa del planeta —replica Bo con una sonrisa kilométrica.

Bueno, tal vez a Alexis le irá bien que le den un poco de su propia medicina. Además, si Bo la entretiene, no tendré que pasarme el día quitándome de encima a la seductora sexy que nos ha contratado. No es que tenga miedo de no ser capaz de resistirme a sus encantos. Bueno, no demasiado. Hasta ahora he logrado mantenerla a raya, lo que —según la lógica del juego al que ella juega— significa que voy ganando. Pero me imagino que no está acostumbrada a perder, lo que puede complicarme las cosas.

Alexis se ríe, se levanta y se acerca a la puerta para abrirmela.

Me vuelvo hacia Bo, que se ha cambiado de sitio. Se ha sentado en el sofá con las piernas separadas y ha apoyado los dos brazos en el respaldo. Cualquiera diría que está a punto de ver un partido en la tele.

—Es casi inofensivo. Atrevido pero inofensivo. Ponlo en su lugar si lo necesita.

Ella me coge la corbata y la recorre de arriba abajo, aprovechando para rozarme el pecho con los dedos. Unas cintas de calor salen de sus dedos y me recorren el cuerpo hasta anudarse entre mis muslos. Mi polla se da cuenta, claro, y se alza a media asta. Me quedo observando los labios de color cereza que tengo delante y me pregunto si sabrán tan jugosos como la fruta. Vale, no he dicho nada. Tal vez sea ella la que vaya ganando la partida.

—Oh, no me preocupan los hombres atrevidos. Lo que me preocupa es no

saber cuándo vas a estar cómodo tú con la idea de «tú y yo». —Me apoya una mano en la cintura y se inclina hacia mí.

«Tú y yo.»

Esas tres palabras me causan el mismo efecto que un cubo de agua helada por encima de la cabeza. La erección que empezaba a nacer se apaga como una vela.

El único «tú y yo» que soy capaz de imaginarme es con Skyler. Hablamos mucho de eso, igual que hablamos de ser un «nosotros», pero ahora ya no está en mi vida. Se acabó.

El nudo que nunca acaba de irse de mi estómago se retuerce un poco más, y aprieto los dientes para defenderme del dolor. Si este dolor y esta sensación de ahogo siguen como hasta ahora, voy a tener que ir al médico cuando vuelva a casa. Me va a dar algo.

Tan educadamente como puedo, la aparto de mí.

—No puedo; lo siento.

—Pero... —Ella vuelve a acercarse, pero de repente una manaza la agarra por el hombro.

—No puede, en serio, preciosa. En cambio, yo... —Bo sonrío y ella se libra de su agarre sacudiendo el hombro. Bo se aparta levantando las manos en señal de rendición—. Vale, vale. Ya veo que mi encanto no funciona contigo, pero, cielo, te aseguro que te equivocas entrándole a Parker.

Lo miro y hago una mueca.

—No te metas, tío. Lo tengo todo bajo control.

Él se encoge de hombros y regresa al sofá, donde se deja caer como un saco de patatas. Me encojo por dentro y vuelvo a centrarme en Alexis.

—¿Por qué? —me pregunta ella susurrando. Aunque su expresión es preocupada, por debajo detecto inseguridad.

Me muerdo el labio y frunzo el ceño.

—Es por un tema personal. Como ya te dije, estoy saliendo de una relación.

—Pues ya sabes lo que dicen —murmura, y su voz es como un ronroneo.

Cierro los ojos, preparándome para que me diga algo parecido a: «La mejor manera de quitarte de encima a alguien es poniéndote debajo de otra persona», pero lo que me llega a los oídos es:

—Una noche follando lo cura todo. —Esta vez no detecto ni rastro de inseguridad en su tono. Vuelve a ser la misma mujer segura de sí misma de siempre.

Bo chasquea los dedos y eleva la voz para que lo oigamos.

—¡Ese refrán lo he oído en alguna parte y estoy totalmente de acuerdo!

Echo la cabeza atrás y me río a carcajadas por lo absurdo que es todo.

Es absurdo tener que luchar para resistirme a la atracción entre los dos.

Y es absurdo sentirme culpable porque todavía no he hablado con Skyler.

Ojalá no me encontrara en esta situación. Si Skyler no me hubiera jodido la vida, ahora me libraría de Alexis diciéndole que tengo novia y que estoy comprometido, pero no puedo hacerlo por su culpa. Se merecería que le pusiera los cuernos con Alexis para que supiera lo que es.

Mierda, lo que debería hacer sería enviarle fotos. A ella le gustan mucho los mensajes. Podría enviarle uno que dijera: «Éste soy yo con otra rubia cañón. Espero que te lo pasaras tan bien con tu ex como yo con esta fiera en la cama». Sí, eso es lo que debería hacer: pagarle con la misma moneda.

Pero sólo de pensarlo me sube el ácido desde el estómago hasta la garganta y creo que voy a vomitar. No, yo no soy así de cabrón. Yo no me rebajo a tirarme a cualquier rubia que se me ponga por delante sólo para joder a mi ex, o a la que pronto será mi ex, según cómo se mire.

«¡Joder! ¡Tengo que salir de este bucle! Tengo trabajo que hacer.»

—Mira, Alexis. Es una oferta muy tentadora, y en otro momento la habría aceptado sin dudarlo y habría disfrutado de lo que seguro que habría sido una experiencia increíble. Pero ahora no puedo. No insistas porque no va a pasar. —Me vuelvo y me alejo pasillo abajo, dejándola junto a Bo para que mantengan su propia guerra de sexos.

Cuando regreso a la sala de conferencias, me encuentro a *Spartacus* enroscado en mi silla.

—Eh, colega, ¿qué haces aquí? —Lo levanto y me lo pongo en el regazo. Él no se inmuta y sigue tan a gusto con la cabeza apoyada en mi estómago. Le acaricio el pelaje suave como el terciopelo y le pregunto—: Tú me entiendes, ¿verdad? ¿Tú sabes lo que es querer tanto a alguien que no puedes soltarlo?

Spartacus bosteza abriendo mucho la boca y frota la cabeza contra mi abdomen. Su calor y su suave ronroneo me calman los nervios. Cada vez que recorro su cuerpo peludo, una oleada de energía negativa me abandona. Cierro los ojos, me echo hacia atrás en la silla y, por primera vez en toda la semana, logro respirar sin que me duela. El nudo del estómago ha desaparecido y me siento en paz conmigo mismo.

«Joder.»

Voy a tener que comprarme un gato.

Dos horas más tarde, tras entrevistar a otro individuo, la señora Wendy Pritchard entra en la sala.

—Pase y cierre la puerta, señora Pritchard.

Ella frunce los labios para aguantarse la risa. El collar de cuero que le rodea el cuello brilla a la luz de la lámpara. Lleva unos *leggings* de color azul Klein, botas de ante y un top de cuadros blancos y negros que le llega a medio muslo, recogido con un cinturón amarillo. Luce aros plateados en las orejas, los labios pintados de color rosa pálido y mitones de rejilla.

Un icono de la moda con personalidad propia. Cada vez que la veo con uno de sus modelos me pregunto si me gusta o no, pero lo importante es que a ella le gusta y se siente bien así.

—Hola, jefe. ¿Cómo va? —Se sienta, da una vuelta en redondo y se detiene agarrándose a la mesa.

Me echo a reír.

—Sabes que te he hecho llamar como si esto fuera una entrevista igual que las demás para que podamos hablar con calma sin que nadie sospeche, ¿no?

—Claro.

—Así pues, ¿qué me cuenta..., señora Pritchard? —Alzo una ceja.

Ella sonríe y su felicidad es como un rayo de sol que nace en el centro de su pecho e ilumina la habitación.

—¿A que mola? Además, el señor Mick me dio un montón de azotes cuando se lo conté.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué? ¿No le gustó que usaras su nombre?

Ella ladea la cabeza.

—Claro que le gustó; por eso me dio tantos azotes. ¡Como recompensa, que no te enteras!

Tardo unos segundos en procesar la información.

Wendy frunce los labios.

—Oh, déjalo. A veces se me olvida lo vainilla que sois, chicos. Al menos, tú y Royce; seguro que Bo habría pillado el chiste, pero no se te ocurra decirle esto o se pasará una semana gastándome bromas sobre azotes. —Gruñe—. Ese hombre no se calla ni en la ducha. A veces me vienen ganas de meterle una mordaza de bola en la boca y soldar las puntas para que no pueda volver a quitársela.

—Tomo nota.

Ella sonríe como si estuviéramos merendando tranquilamente y no hablando de azotes y de mordazas de bola. ¿En qué momento cambió tanto nuestra relación?

Sacudo la cabeza.

—Ya que tenemos poco tiempo, iré directo al grano.

—Claro, jefe. Estoy lista; dispara. —Se sienta en el borde de la silla, apoya manos y antebrazos en la mesa y aguarda a que hable.

—Royce no ha encontrado nada raro en las finanzas de la empresa y yo no

he detectado nada raro en las entrevistas, y ya casi no me quedan empleados que entrevistar.

—¿Ni siquiera en la de Kidd Stanton?

Me echo hacia atrás en la silla.

—¿Qué pasa con Kidd?

Ella inspira hondo y suelta el aire despacio, como si estuviera pensando cómo expresarlo.

—He estado revisando su código. Cada programador usa un método particular, es casi como una huella dactilar. Hay particularidades que distinguen el código creado por Alexis y el de Kidd. El de Kidd no es tan avanzado ni tan seguro como el de Alexis, pero es muy bueno.

—Vale. ¿Qué más?

—Basándome en lo poco que he podido investigar entre los proyectos que me habéis encargado y el ponerme al día en la empresa, he encontrado al menos tres lugares que tenían fallos. El primero parecía puesto allí expresamente y estaba hecho siguiendo el código de Kidd. El segundo era un código chungo. A ver, cualquiera puede equivocarse cuando está cansado o distraído, pero esto... —Sacude la cabeza.

—¿Qué pasa? Suéltalo.

Ella hace una mueca.

—Es que me parece intencionado. Es como si hubiera querido escribir algo que fuera a hacer que el sistema funcionara mal. Pero es que es algo tan descarado que cualquier técnico medio pasaría de largo. No sé si me explico. Es algo que haría un aficionado y pasa desapercibido, como si estuviera escondido a la vista de todos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Me echo hacia atrás en la silla y me doy golpecitos en los labios con el dedo.

«¿Por qué escribiría Kidd Stanton un código defectuoso que su hermana podría detectar con facilidad? ¿Por qué sabotearía el sistema?»

—No tiene sentido. Estuve hablando con él. Ese chico adora a su hermana.

Hasta tiene su nombre tatuado en el brazo.

—Sí, lo vi. Me gustaría hacerme un tatu como ése, pero con el nombre de Mick.

—¿Algo más? ¿Algún otro empleado ha hecho algo que te haya llamado la atención?

Ella se encoge de hombros.

—Hay una chica que es un poco estirada, al menos conmigo. Parece que le molesta que me hayan contratado. Incluso comentó que no sabía qué hacía yo allí, cuando ella podría haber asumido más trabajo.

—¿De quién se trata?

—De Eloise Gagnon. Lleva varios años trabajando aquí.

Reviso el montón de expedientes que tengo en la mesa y saco el suyo.

—Todavía no la he entrevistado.

—Parece distante y estirada, pero a lo mejor es que quería un ascenso o algo y le da rabia que me hayan contratado a mí en vez de ascenderla a ella.

Asiento.

—Podría ser. Lo averiguaré. Buen trabajo. Sigue investigando el código. Entra en los productos que se filtraron y estudia el código, ¿vale?

—Claro, ya tenía previsto hacerlo. —Se pasa las manos por las sienes.

—Muy bien, pues vuelta al lío. Dile a la tal Eloise que es la siguiente.

Wendy se empuja hacia atrás en la silla pero no se levanta.

—¿Cómo lo llevas?

Levanto la mirada y la fijo en sus ojos de color azul claro.

—Wendy, en el trabajo no.

Ella se ruboriza avergonzada.

—Lo siento. Es sólo que..., ¿la has llamado ya?

Suspiro.

—No.

Ella frunce los labios.

—No sé cómo hacer esto. —Tamborilea los dedos en el regazo.

—¿El qué?

Ella alza un hombro y lo deja caer.

—Aceptar tu actitud cuando sé que te equivocas. Estás sufriendo y no lo soporto. Es que sería tan fácil que arreglarais las cosas si la llamaras... —Lo dice todo seguido, muy deprisa, y, cuando para, veo el momento en que ella misma se da cuenta de que ha revelado demasiado—. Yo... Oh, Dios mío. Lo siento. No debería... No me corresponde a mí...

El cuchillo que llevo siempre clavado en el pecho se clava un poco más profundamente, haciendo que me cueste respirar. El pulso se me altera y se vuelve errático, y me sube la temperatura. Aprieto la mano buena y apoyo el puño en la pierna, tratando de dominarme y no perder el control.

—No, no te corresponde.

—Parker... —Se le quiebra la voz y me causa el efecto de un rayo que se me clava en el estómago, cauterizando tejidos a su paso.

—Wendy, sé que tu intención es buena, y reconozco que has sido un regalo del cielo para la empresa. Eres una de nosotros y eso no va a cambiar, pero tienes que parar. —«Dios, por favor, haz que pare. No puedo lidiar con su esperanza, no con el terror que me llena el alma.» Tras darle un par de vueltas, intento un enfoque distinto—: Mira, estoy enfrentándome a esta situación como mejor sé. No es la primera vez que una mujer me rompe el corazón, ¿sabes?

—¿Cómo? —Wendy ahoga una exclamación y se lleva la mano al pecho.

Mierda, lo último que quiero es volver a revivir la historia de Kayla. Qué ganas tengo de dejarla en el pasado, superar la decepción de Skyler y seguir adelante con mi vida. Pero Wendy permanece inmóvil, esperando a que siga hablando.

—A ver, te daré la versión resumida y abreviada. En la universidad estuve prometido a una chica, Kayla McCormick. Ella me utilizó y me puso los cuernos con mi mejor amigo, Greg; en nuestra cama, con el anillo de compromiso puesto.

Los ojos se le abren tanto que parecen posavasos.

—¡Será... puta! —gruñe entre dientes.

Sonrío.

—No lo dudes. Desde entonces, no había vuelto a entregarle mi corazón a ninguna mujer hasta...

—Skyler. —Wendy cierra los ojos como si la información le estuviera rompiendo el corazón en mil pedazos, igual que hizo con el mío.

—Sí. —Me paso la lengua por los labios y busco la manera de aligerar las emociones que se han apoderado de nosotros.

—No lo sabía.

—No podías saberlo. Los chicos y yo no solemos hablar del tema. Y no lo hacemos porque aquel período de mi vida fue una auténtica mierda. Y ahora estoy pasando por otro período de mierda.

Wendy alarga una mano temblorosa, la apoya sobre la mía y aprieta.

—Quiero ayudarte. ¿Qué puedo hacer?

Yo le devuelvo el apretón.

—Ser mi amiga, Wendy. Estar ahí tal como me prometiste. —Sacudo la cabeza—. Pero no trates de arreglar las cosas por mí. Eso es algo que tengo que hacer yo; tengo que encontrar la manera.

Le tiembla el labio.

—Pero... ¿Y si la manera de arreglarlo fuera dándole a Skyler una segunda oportunidad?

Leo en sus ojos tanta esperanza y amor que me cuesta sostenerle la mirada sin venirme abajo o darle otro puñetazo a la pared.

—¿Y si te prometo pensar en ello?

Sus ojos recuperan la luz que tenían cuando ha entrado en la sala.

—¿En serio?

—En serio. —Le aprieto la mano a modo de despedida—. Y ahora, largo de aquí. Tengo que acabar esta entrevista y luego necesito airearme un poco. Ahora que ha llegado Bo, podríamos salir los cuatro.

—¡Guay! Buscaré algún sitio.

—De hecho, me han recomendado un local llamado Brutopia. Y, como es miércoles, tal vez haya música en vivo.

Se le ilumina tanto la cara que da gusto verla.

—Me encanta la música en vivo —comenta maravillada.

Sonríó.

—Ya lo sé, descarada. —Le guiño el ojo—. Díselo a los chicos, ¿vale? Salimos dentro de una hora.

—Vale, jefe.

—Hasta luego, Wendy.

Ella sonríe y levanta mucho los hombros.

—Ya verás cuando le cuente al señor Mick que voy a salir por ahí con los chicos.

—Eeehhh, ¿te parece sensato comentárselo?

—Oh, sí —responde con una sonrisa traviesa—. Así me aseguro de que me castigue duramente cuando llegue a casa. No podré andar durante varios días. ¡Me muero de ganas! —Bailotea sobre los tacones, meneando el culito.

Y, como suele pasarme cuando estoy con ella, no puedo aguantarme la risa.

—¡Viciosa! —exclamo mientras abre la puerta.

—Por el amor de mi hombre, siempre. Soy insaciable, ya lo sabes. —Forma una pistola con los dedos—. ¡Bang, bang, me fui!

Me río por la nariz y me echo hacia atrás en la silla, pero, un instante después, una bola de pelo naranja aterriza en mi regazo, obligándome a enderezar la espalda. *Spartacus* me mira como si acabara de molestarlo y no al revés.

—Piensas que eres el dueño del universo, ¿no, gato?

Él me mira como si estuviéramos haciendo una competición, a ver quién aguanta más sin parpadear. Yo parpadeo primero y luego él me apoya la cabeza en el vientre y empieza a ronronear.

Antes de poder apartarlo, Wendy reaparece en la puerta.

—Eh, Eloise se ha marchado pronto hoy. Tenía cita con el médico. Estaba apuntado en su agenda. —Baja la voz—. Lo he comprobado.

—No esperaba menos. —Le diría que lo ha hecho muy bien, pero entonces se le subirá a la cabeza—. Pues yo ya estoy listo por hoy. Me voy..., si este gato me deja levantarme. —Señalo hacia mi regazo, el lugar que *Spartacus* ha decidido que es el rincón perfecto para echar una siesta.

—¡Ay, qué mono! ¿Sabes? Los gatos tienen un sentido innato y saben elegir a las mejores personas. Además, estudios recientes señalan que acariciar un gato o achuchar a un gatito reduce los niveles de estrés.

Levanto la mano y señalo hacia la puerta.

—Fuera.

—Vale, pero es verdad. Venga, adiós.

Cuando se marcha, bajo la vista hacia *Spartacus* y le paso la mano por el lomo varias veces.

—Eres un incordio y me estás dejando pelos en los pantalones, pero — agacho la cabeza y froto la barbilla contra su cabeza— me haces sentir mejor. Gracias por hacerme compañía.

Brutopia es un local hípster con un aire de western situado en el centro de Montreal. Tienes que subir una escalera de madera destartalada para llegar a la pesada puerta. Dentro hay un buen número de parroquianos comiendo y bebiendo cerveza y cócteles. Cuando entras, el local parece pequeño, pero, a medida que los cuatro avanzamos, vemos que hay un pequeño escenario donde unos músicos están preparando instrumentos, una pista de baile y sillas alrededor. Más lejos, detrás de una cortina, el local sigue. Desde donde estoy veo la esquina de una mesa de billar.

Wendy se abre camino como si fuera una mariposa batiendo las alas.

—¡Este sitio es la caña! —exclama maravillada.

Roy mira a su alrededor, con las manos en los bolsillos.

—Me alegro de haberme cambiado.

Sonrío y examino su atuendo. Sigue llevando los pantalones de vestir, pero los ha combinado con una camisa de algodón blanca, de manga larga. El blanco contrasta con el tono ébano de su piel y brilla bajo las luces tenues del bar. Le doy una palmada en el bíceps.

—Y que lo digas. ¿Bebemos algo antes de buscar sitio?

—Sí, joder. —Bo me palmea la espalda mientras recorre el local con la mirada, examinando a todas las mujeres. Cuando llega a la barra, pide—: Un chupito de tequila y una cerveza bien fresca que tengáis de barril. La que me recomiendes.

Wendy levanta la mano.

—¡Oh, oh! ¡Yo quiero lo mismo!

Miro a Royce, que me devuelve la mirada de reojo y sonrío.

—Lo mismo para nosotros.

Bo alza las cejas.

—¿Conque éstas tenemos? ¿Vamos a pillar una taja esta noche?

Me paso la mano por el pelo, despeinándome aún más de lo que ya estaba. Lo llevo larguísimo; debería habérmelo cortado hace siglos, pero me da igual. Ahora mismo hay pocas cosas que me importen.

—Sí.

Royce niega con la cabeza.

—No creo que me emborrache, pero la noche es joven y he visto una trompeta y un trombón por ahí.

Wendy se vuelve hacia el escenario.

—¡De puta madre! ¡Menuda noche vamos a pasar!

El barman nos deja los cuatro chupitos en la barra con un trozo de lima en el borde. Luego se va a servirnos las cuatro cervezas en jarras heladas.

Cuando deja las pintas junto a los chupitos, Bo nos los acerca.

—¿Por qué brindamos? —pregunta con su franca sonrisa enmarcada entre el bigote y la perilla, perfectamente cuidada.

No se me ocurre nada positivo ni inspirador que decir. Wendy levanta el vaso y todos la imitamos por inercia.

—Creo que deberíamos brindar por... confiar en nuestros corazones. Para que nos guíen en el camino hacia la felicidad.

Mi corazón se contrae como si lo hubieran atado con una cincha; la daga invisible que me clavó Skyler sigue ahí, bien clavada. Cierro los ojos y respiro hondo.

—Bien dicho. —Royce brinda con ella.

Bo hace lo mismo.

—¡Arriba los vasos, vaqueros!

Abro los ojos y me fijo en las tres personas que me rodean, orgulloso de estar aquí con ellos, de contar con el apoyo de tres amigos que quieren ayudarme.

—Por confiar en nuestros corazones. —Brindo, me bebo el tequila y dejo que el alcohol me queme la garganta y me caliente las entrañas por fin tras lo que me ha parecido una eternidad. La garra que me aprisionaba el corazón se afloja un poco más cuando hago bajar el tequila con un par de sorbos de cerveza fría.

—Vamos a buscar sitio cerca de la banda —propone Wendy entusiasmada. Esta mujer es la exuberancia hecha persona. Da gusto ver a alguien capaz de disfrutar y de sacar partido de cada día; a quien aprovecha cada segundo que Dios le ha dado para apreciar la bondad y la belleza de la vida.

—Cuéntanos tu historia, Wendy.

Me siento en un banco. Ella me sigue y se sienta en el centro; Bo se coloca a su otro lado. Royce se acomoda en una silla frente a Wendy. El banco sólo es de tres plazas y tiene una forma curva bastante rara.

—Si tengo que contaros mi historia, necesitaremos otra ronda de chupitos.

—¡Marchando! —Bo da una palmada en la mesa mientras se levanta. Se quita la cazadora de cuero y la cuelga junto a la mesa.

Royce mueve su silla a un lado para poder ver a los músicos, que siguen preparando la actuación.

—Parece que es una banda de siete. Va a molar. Hace tiempo que no oigo una banda de viento en vivo.

—Sí. —Doy un trago a la cerveza—. Menuda mezcla tan ecléctica. —Señalo al tipo negro que está probando el micro y que va vestido como el Michael Jackson de los noventa. Lleva pantalones de vestir tobilleros, una camiseta blanca ajustada y un guante brillante. Lleva incluso el mismo peinado, con los rizos cortos a los lados.

—No los conozco, pero si ese hermano se parece a Michael, aunque sea un poco, seré feliz.

Bo regresa con cuatro chupitos dobles de tequila en las manos.

—¿Dobles? —le pregunto riendo.

—Si nos ponemos, nos ponemos, ¿vale? —Se ríe con ganas.

—Vale, vale. —Cojo uno de los vasos.

—Para usted, mi dama. —Bo le pasa otro a Wendy.

—¿Cuándo vas a meterte en la cabeza que soy la dama de Mick? No soy tu dama ni lo seré nunca —lo reprende aceptando el vaso.

Royce rodea el vaso y lo hace desaparecer dentro de su manaza.

—¿Por qué brindamos ahora?

Antes de que alguno de ellos pueda volver a ponerse poético con frases sobre confiar en nuestro corazón o algo similar, me lanzo:

—Por la amistad... y la familia. La nueva y la vieja.

—Por la amistad y la familia, bien —murmura Royce, brindando.

—Sí, joder. —Bo se une al brindis a su manera.

—Por la familia. —La voz de Wendy se rompe mientras alza el vaso hacia el centro de la mesa, donde todos tenemos los brazos estirados—. Os quiero, chicos —susurra.

—¡Arg, Wendy! —gruño.

—¡Mujer!

—No se refería a ese tipo de familia..., espero. —Bo gesticula teatralmente.

—¡Lo siento! ¡Jolines! —Resopla.

—Campanilla, cuando salgas con nosotros no puedes ponerte en plan ñoño —le advierte Bo.

—Bo tiene razón, señorita. Si quieres salir con tus hermanos mayores, tienes que dejar la sacarina y la purpurina en casa, ¿está claro? —añade Royce.

Ella pone los ojos en blanco.

—Sólo he dicho que os quiero. No hace falta que os pongáis como si os hubiera escrito poemas de amor. Ni que os hubiera prometido ponerle vuestro nombre a mi primogénito...

—¡Bo es el nombre perfecto! —salta el susodicho de inmediato.

—¡Ni hablar! ¡Parker es mucho más molón! —No voy a ser menos.

Roy sacude la cabeza.

—Caballeros, lo siento, pero el nombre adecuado es Royce. Es clásico, elegante, no tiene rival.

—¿Qué os parece Michael? —Wendy pestañea y da un trago a la cerveza.

Los tres gruñimos a la vez.

—¡Bébetelo chupito! —le exijo riendo.

—¡Vale! ¡Por la familia! —Al final brinda con nosotros y los cuatro vaciamos los vasos.

El licor desciende hasta mi vientre y lo calienta dando vueltas como si fuera el agua de una bañera a la temperatura exacta para darse un buen baño. Me echo hacia atrás en el asiento y paso el dedo sobre el vaso de cerveza.

—Muy bien, descarada. Ya te hemos dado el chupito que querías. Háblanos sobre ti. ¿Dónde te criaste?

—En Sacramento.

—California. Tierra de nueces de cáscara dura como tu cabeza. Te pega —comenta Bo sonriendo.

Ella no le hace caso.

—Conocí al señor Mick mientras se hospedaba en un hotel al que había acudido por una conferencia. Yo hacía de camarera en el evento. Pasamos la noche juntos y, dos días más tarde, hizo que recogiera las cuatro cosas que tenía en mi apartamento de mierda y me subió a un avión con él con destino a Massachusetts, donde he vivido desde entonces.

—Jo... der, el tío no pierde el tiempo. Hizo que una mujer dejara atrás su vida y se mudara a vivir con él al otro lado del país en dos días. —Royce sacude la cabeza y se pasa la mano por la calva.

Wendy sonrío.

—Me enamoré de él a primera vista. Y, si añades a eso que los dos compartimos el mismo modo de vida, las cosas encajaron a la perfección. Antes de él, no tenía nada. Un par de amigos, un trabajo de mierda que

apenas me daba para vivir. Ni siquiera tenía la enseñanza media, pero él me animó a sacarme el GED a distancia, un título equivalente al bachillerato. ¡Y mírame ahora! Soy más feliz que nunca. —Lo celebra dando un largo trago a su pinta.

—Vaya, Campanilla, ¿qué le pasó a tu familia? —La expresión de Bo ha cambiado y ahora la mira con preocupación y compasión. Ése es el tipo cariñoso que se oculta detrás de su apariencia de motero mujeriego.

Ella se encoge de hombros.

—No tengo. Según lo que me contó la trabajadora social cuando era adolescente, mi madre fue una drogadicta, y de mi padre no se sabe nada. Cuando tenía unos cinco años, la guardería avisó al servicio de protección a la infancia porque iba y venía sola y estaba malnutrida. Los servicios sociales se me llevaron y no volví a ver a mi madre. Ni siquiera trató de recuperarme. Fui pasando de casa en casa, a cuál peor, hasta que cumplí los quince y me harté.

—¿Quince? —Le apoyo la mano en el hombro—. Wendy... —Se me hace un nudo en la garganta al imaginarme a una niña mudándose de casa en casa. ¿Cómo podían quitársela de encima? ¡Pero si es asombrosa!

Ella se muerde el labio.

—Sí, pero, gracias a mi elevado cociente intelectual y a mis habilidades como hacker y mentirosa redomada, me hice un documento de identidad falso donde ponía que tenía dieciocho. Dejé el colegio y me puse a trabajar. Empecé como camarera en un restaurante. Dormía en habitaciones de alquiler o en sofás de amigos y trataba de ahorrar. Y luego apareció mi caballero andante.

—¿A qué te refieres? —pregunta Royce apoyando los brazos en la mesa, tan absorto en la historia como yo.

A nuestro alrededor, el bar bulle de actividad, la gente ríe, comparte bebidas, y se oyen gritos desde la sala trasera, pero nosotros tres estamos

pegados al asiento, sin oídos para nada que no sea la historia de nuestra bonita hermana pelirroja.

La sonrisa radiante que es la marca personal de Wendy reaparece cuando acaba la parte oscura de su vida.

—Cuando tenía veinte años y trabajaba en el bar del hotel, Michael apareció, pidió un whisky, puso mala cara cuando le ofrecí marcas y años que no le convencían y empezó a hablarme de sus preferencias en la materia. Resultó que yo tenía un Macallan escondido que me reservaba para los momentos duros en el trabajo...

—Chica, tú sí que sabes. —Royce le dirige una sonrisa cómplice.

Ella menea las cejas.

—Ya te digo. —Alza la mano y él se la choca por encima de la mesa. Tras haber dejado atrás su triste infancia, hemos recuperado el ambiente festivo.

Bo hace un gesto con la mano animándola a seguir.

—Y ¿qué pasó luego? No me dejes colgando, cariño, que la tengo muy grande y pesa mucho, tú ya me entiendes —añade con su sonrisa más canalla.

Wendy se vuelve hacia él y le da un puñetazo en el hombro.

—¡Au! —Él se frota la zona—. Odio cuando me pegas con esos nudillos huesudos.

—Tienes suerte de que no me haya comprado unos de hierro. —Le muestra el puño como si fuera una abuelita italiana amenazando a sus nietos para que se porten bien.

Él se frota el hombro, poniendo morritos.

—Va, sigue con la historia, Campanilla.

Ella se humedece los labios y se echa hacia delante.

—Pues le dije a Mick que le daría whisky del bueno si no se lo contaba a mi jefe.

—Arriesgado. —Inspiro a través de los dientes apretados.

Ella asiente.

—Sí, pero era tan guapo y me miraba de una manera..., como si pudiera

ver dentro de mi alma..., y no pude resistirme. Sólo quería complacerlo. Serlo todo para él para que él pudiera ser mío.

Royce suelta un silbido.

—Mierda, ¿por qué yo no puedo encontrar una mujer así?

—Porque no buscas en los sitios adecuados, idiota. —Bo se ríe de él.

Royce frunce el ceño y resopla.

—Bobadas. Y mira quién fue a hablar, el rey de las chiquitas. Tu palabra no me sirve en este caso. En cambio, Park... Al menos él encontró a una buena.

Esta vez soy yo el que resopla.

—Y una mierda, te equivocas de hermano. Yo no soy capaz de conservar a ninguna mujer buena. Creo que llevo un mensaje escrito en la frente en tinta invisible que dice «Ponme los cuernos» o algo así.

—No es verdad. No me creo que Sky te los pusiera, y cuanto antes lo aceptes y le des a la pobre criatura la posibilidad de explicarse, mejor será para todos.

Aprieto los dientes y echo de menos tener otro chupito de tequila a mano para deshacer el nudo que se me ha vuelto a formar en la garganta.

Bo aparta la mirada y finge estar muy interesado en la camarera que está sirviendo comida en la mesa de al lado.

—¿Y tú, Bo? ¿Piensas lo mismo que él? Porque Wendy ya me ha dicho lo mismo hace un rato. Si tú estás de acuerdo, aprovecha el momento y no te lo calles.

Él se encoge de hombros.

—¿Seguro que estás preparado para oír lo que pienso?

—De lo único que estoy seguro es de que no tengo ganas de que me sorprendas diciéndomelo más tarde. Estamos todos reunidos y es un momento tan bueno como cualquier otro, así que suéltalo ya.

Me siento como un pavo real al que se le hubieran erizado todas las plumas. Estoy frustrado, irritado. La rabia se va abriendo paso por mis venas,

buscando un camino por donde salir.

Wendy apoya una mano en el antebrazo de Bo y lo mira a la cara. Él ladea la cabeza.

—De acuerdo. Pues lo que yo creo es que estás asustado.

«Vaya, ésa no me la esperaba.»

—¿Asustado? ¿De una rubia cañón? ¿En serio? —Suelto el aire con brusquedad y espero a que siga hablando.

Él se tira de la perilla y se golpea el labio inferior con el pulgar.

—Tienes miedo de lo que significa amar a alguien como la amas a ella. Tienes miedo de que haga exactamente lo que hizo Kayla...

Abro mucho los ojos y dejo caer la jarra sobre la mesa haciendo mucho ruido. Por suerte, ya casi me la había acabado y no salpica.

—Y eso fue lo que hizo: pasó la noche en la habitación de Johan...

Bo levanta las manos.

—Lo pillo, en serio, pero no puedes estar seguro de que te engañó sólo porque Johan te lo dijo. Mira, lo único que trato de decirte es que la chica que conocí en Nueva York estaba loca por mi amigo. Loca del todo. La chica de tus sueños. Y luego vino a Lucky's y pasó la tarde con todos nosotros. Se abrió y dejó que la conociéramos. Y después te habló de mudarse a Boston. ¿Qué razón podría tener para renunciar a todo eso?

—¿Que le gusta una buena polla? A las chicas les gusta follar, lo sé de primera mano. Y a ella se le da de miedo. Tal vez echaba de menos la polla de Johan. —La idea de Sky cerca del raquíptico pepinillo de Johan me hace apretar la jarra con tanta fuerza que me veo capaz de romperla.

Royce deja caer la cabeza.

—Oh, no, tío. ¿Por qué sacas ese tema?

Me enfado tanto que me sube la temperatura de todo el cuerpo. Cuando aprieto los dientes, temo romperme una muela.

«¡¿Es que no lo entienden?! ¡¿Es que no entienden lo que hizo, joder?!»

—Pues sí, tenía que sacar ese tema porque quería saber que mi equipo, mi

familia, está de mi lado. Yo debería ser su prioridad, no la mujer que me ha jodido la vida. —Tengo la voz ronca y la garganta seca, así que me acabo lo que queda de la cerveza—. Voy a por otra jodida birra. —Me levanto y voy a la barra porque necesito un minuto para calmarme o acabaré explotando por fuera igual que estoy explotando por dentro.

Es que no me lo puedo creer. Joder. ¡Todos se han puesto de su lado!

Se supone que son mis amigos, mi familia, no la suya. Entonces recuerdo que Sky no tiene familia.

Me vienen a la mente imágenes tuyas mientras espero a que el camarero venga a atenderme.

La veo nerviosa cuando estaba a punto de conocer a mis padres.

Luego, riendo al ver cómo mis padres discutían.

Mi chica intercambiando números de teléfono con los demás mientras tomábamos birras y bocadillos de cerdo asado en tiras.

Sky y Wendy hablando sobre planes de boda.

Mi chica prometiéndole a Wendy que iría a la boda... conmigo.

Sky diciéndome que estaba pensando en mudarse a Boston.

¿Y si me estuviera diciendo la verdad?

Johan es un manipulador de primer orden. Podría haberse inventado lo que estuvo haciendo con ella. ¿Y si me mintió? El corazón se me dispara y late desbocado; el estómago se me cierra. Me apoyo las manos en las costillas y respiro hondo un par de veces. Más cerveza. Necesito más cerveza. Y otro chupito de tequila.

—¿Cerveza o tequila? —pregunta el camarero.

—Las dos cosas. Otra ronda para todos. Y que venga una camarera, por favor. Queremos comer algo.

—Bien pensado, la banda está a punto de empezar. —Señala con la barbilla el grupo de siete músicos que han ocupado el escenario.

El guitarra está improvisando algo y el teclista está calentando los dedos. Mientras espero las bebidas, los instrumentos de viento hacen escalas y el

corazón se me calma un poco. Tal vez no sea gracias a la música, sino al licor que ha comenzado a viajar por mi torrente sanguíneo. Sea lo que sea, doy gracias.

Royce se acerca y se planta ante mí.

—Lo siento, tío. No es fácil pasar por lo que estás pasando. No debería haberte dicho...

Niego con la cabeza.

—No importa. Necesitaba saber lo que pensabais. Si no escucho la opinión de la gente que me quiere, ¿a quién voy a escuchar?

—¿Nos vas a hacer caso?

Me encojo de hombros.

—Ahora mismo no sé lo que voy a hacer, pero lo que me gustaría es disfrutar de una noche relajada con mi equipo. ¿Te parece bien?

Él sonríe, y el blanco de sus dientes hace juego con el de su camisa, contrastando con su piel oscura.

—Me parece muy bien. —Me agarra por la nuca y me inclina la cabeza hasta que nuestras frentes casi se tocan—. Pase lo que pase, puedes contar siempre conmigo, con Bo y con Wendy. Somos tu gente; te cubrimos las espaldas. Pero a veces nos toca patearte un poco el culo para que veas las cosas desde otra perspectiva cuando te quedas encallado en un ángulo ciego. Como cuando piensas que una buena mujer te ha engañado.

Me echo a reír porque, aunque sigue empujándome, entiendo por qué lo hace.

—Te gusta para mí. —Alzo la mirada.

Él se encoge de hombros.

—Sí, me gusta para ti. Creo que es la mujer adecuada. Además, me gusta ver a mi chico feliz, y nunca te había visto tan feliz como cuando estabas con ella.

Sus palabras son como un puñetazo que se clava en mi subconsciente y mezcla mensajes de mi pasado con otros sobre mi futuro.

—Era feliz. Más que eso: estaba enamorado.

Me aprieta el hombro con fuerza.

—Tío, aún estás enamorado, por eso te duele tanto.

Y tiene razón. Da igual lo que crea que Sky ha hecho con Johan; eso no cambia el hecho de que sigo enamorado de ella hasta las trancas. Y ni siquiera llegué a decírselo a la cara. Tal vez, si lo hubiera hecho, me habría esperado y no habría ido sola a tratar con su ex. Tal vez entonces no habría sentido que estaba sola.

—¡Dios! —Me paso la mano por el pelo—. Colega, estoy hecho un lío.

Royce me vuelve hacia la barra, donde el camarero ha dejado las bebidas.

—Sí, lo estás, pero no importa; nosotros cuidamos de ti.

Coge dos jarras con una mano y agarra las otras dos con los codos contra el cuerpo para así poder llevar también dos chupitos. Yo cojo los otros dos con la mano buena y los llevo a la mesa.

En cuanto nos sentamos, Wendy se lanza a mis brazos. Noto su cara pegada a la mejilla y su aliento en la oreja. Su aroma a coco me inunda la nariz, reemplazando el olor grasiento del bar por otro mucho más agradable y familiar.

—Lo siento, Park. No quiero que vuelvas a sentir nunca que no somos del equipo Parker. No importa lo mucho que me gusta Skyler, tú siempre serás mi prioridad. —Me abraza con tanta fuerza que me clava las uñas en la espalda.

Le froto la suya y disfruto de su abrazo un momento, dejando que el cariño y la preocupación de esta mujer penetren en mi cuerpo cansado y dolorido.

—Gracias, Wendy. Yo también lo siento. Os pido disculpas a todos. Me he portado como un capullo, pero ya lo veo todo un poco más claro.

—Bueno, yo no iba a decir nada, pero sí —murmura Bo, lo bastante alto como para que lo oigamos todos.

No le hago caso y sigo hablando.

—¿Qué tal si durante el resto de la noche sólo nos divertimos? Comer, beber y reír. ¿Cómo lo veis?

Wendy se echa hacia atrás y veo que tiene los ojos húmedos, pero logra aguantarse las lágrimas, por lo cual doy gracias.

—Chupitos arriba. —Royce levanta el vaso en el centro de la mesa.

Los otros tres lo imitamos.

—Por no dejar que nunca nada se interponga entre nosotros. ¡Somos el equipo IG, para siempre!

—¡Equipo IG! —corea Wendy, y Bo la imita.

—Brindo por eso. —Sonrío, soltando lastre y olvidándome por un rato de todas las preocupaciones con las que he entrado en el bar. La banda empieza a tocar uno de los mayores éxitos de Michael Jackson: *Billy Jean*.

Wendy expresa su entusiasmo con un grito:

—¡Yujuuuu!

Roy se echa todavía más hacia un lado para ver bien. El teclado entra en acción y, cuando llega el estribillo, los cuatro estamos cantando a todo pulmón.

Equipo IG para siempre.

La puerta de la sala de conferencias se abre con un crujido espantoso que me golpea la cabeza como si fuera un martillo. Aprieto los dientes y me trago la bilis que amenaza con subir desde el estómago.

—Creo que soy la siguiente para la entrevista —dice Eloise Gagnon en voz baja, abriendo la puerta un poco más.

Asiento.

—Sí, pase. Siéntese, señorita Gagnon.

—Puedes llamarme Eloise. —Sonríe, pero no me parece que su sonrisa sea sincera, sino eso que se hace por costumbre cuando se conoce a alguien.

La mujer es bajita y delgada, con pocas curvas debajo de los vaqueros y de la camiseta de manga larga con cuello de pico. Va calzada con unas sencillas bailarinas y lleva el pelo recogido en una coleta en la nuca. Lleva unas gafas de montura negra que, lo que resulta curioso, le aportan algo de atractivo en vez de quitárselo. Parece joven, acabada de salir de la universidad, pero en su expediente he visto que es casi de mi edad.

—Soy Parker Ellis. Supongo que sabes para qué estoy aquí... —Le hago la misma pregunta con la que he empezado todas las entrevistas hasta ahora.

—Sí, para hablar sobre productividad, aunque imagino que algo tendrán que ver las filtraciones que hemos tenido últimamente.

Entorno los ojos.

—Y ¿qué te hace pensar eso? —Mi sentido arácnido se ha puesto en funcionamiento.

Ella se encoge de hombros.

—Es lógico. La empresa pierde un montón de dinero porque la

competencia lanza un producto muy similar al nuestro antes que nosotros, creo que eso indica que tenemos un problema interno.

Me echo hacia atrás en la silla, recorriendo la superficie de un lápiz entre los dedos hasta que éste se cae sobre la mesa haciendo ruido. Lo recojo y repito el proceso. Es una técnica que aprendí en Harvard durante un curso de interrogatorios; en la clase de análisis empresarial no nos andábamos con tonterías. Es algo que suele poner nerviosa a la gente y, cuando pierden la concentración, pueden revelar algo que habrían querido ocultar.

Ella mira el lápiz mientras repito el proceso una y otra vez. Cuando el lápiz vuelve a golpear la mesa, se encoge, pero finjo no darme cuenta y me pongo a revisar su expediente.

—¿A qué te dedicas en la empresa?

—Soy una de las programadoras.

—Ah, entonces ¿conoces a la nueva empleada, Wendy?

Alzo la mirada para observar si cambia de cara. Y, en efecto, veo que una expresión de disgusto le cruza los rasgos antes de que pueda disimularla.

—Sí, supongo.

—No pareces muy entusiasmada por su fichaje. ¿Hay algo que quieras contarme?

Ella frunce los labios.

—No, es sólo que no entiendo para qué la han contratado; yo podría haberme encargado de lo que hace ella trabajando con Kidd directamente.

—¿Kidd?

—Sí, el director del departamento. Trabajábamos los dos solos muy bien.

Interesante. Hay algo en su modo de expresarse que enciende todas mis alarmas, pero el dolor de cabeza provocado por la resaca tras la salida de anoche no me deja procesar las ideas con claridad.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando con Kidd?

—Empezamos a la vez. Yo acababa de salir de la facultad y él del instituto. Es brillante. Ni siquiera tuvo que ir a la universidad. Tiene un

talento innato para la programación, igual que su hermana. Éramos el mejor equipo, perfecto en todo. —Frunce el ceño y aparta la vista—. Pero entonces Alexis nos separó y me relegó al lado aburrido del negocio: mantenimiento.

—Eso debió de sentarte muy mal. ¿Pasó algo?

Ella me dirige una mirada enfadada.

—No. Supongo que no estaba a su nivel. No me consideró lo bastante buena para estar con los mayores. Pero no me rendí, y volví a recuperar mi puesto en el equipo. Y ahora tengo que competir con Wendy, la nueva estrella.

Vale, ya veo de dónde sale su negatividad. Vive la entrada de Wendy en el equipo como un ataque personal. Una punzada de dolor me atraviesa la cabeza. Aprieto los dientes y respiro hondo hasta que se calma. ¡Dios, qué dolor de cabeza!

Anoche bebí demasiado.

La próxima vez que tengamos una reunión de equipo en plan cumbayá, esperaremos a acabar el caso. Las luces fluorescentes que cuelgan del techo se me clavan en las retinas.

Cojo la botella de agua porque tengo la garganta seca.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta—. Estás verduoso.

Me bebo casi toda el agua, dejando que el líquido me refresque el estómago vacío.

—Sólo un poco cansado.

Ella suelta una risita.

—Me parece a mí que anoche pillaste una buena. —Respiro entre los dientes, dejando que ella suponga que fui un chico malo, para ver cómo reacciona—. Pues ten cuidado: puede despedirte. Puede ser una auténtica zorra cuando se lo propone. —Se inclina sobre la mesa y frunce el ceño—. No dejes que te engañe con su cuerpo explosivo y su cara de estrella de cine. Esa mujer lleva el demonio debajo de toda esa moda y ese glamur.

«Uau, no se ha mordido la lengua.»

—No parece tener mucha simpatía por Alexis, pero entonces ¿por qué trabajas aquí?

Ella entorna los ojos.

—Porque Kidd es increíble y he aprendido más bajo su tutela de lo que aprendí en los cuatro años de universidad. Haría lo que fuera por mantener mi trabajo en la empresa.

Se ha puesto en plan poético por un hombre que, teóricamente, es su jefe. Hay algo más en todo esto, algo que a mi cerebro cansado y resacoso se le escapa.

Necesito dormir.

Durante un año.

—¿Es todo? La verdad es que tengo mucho trabajo que hacer. He estado revisando los errores en el código de Kidd.

—¿Errores? —Wendy me habló ayer de errores en el código que se correspondían con el estilo de Kidd.

Ella asiente y dibuja círculos con el dedo en la mesa.

—Creo que es por su nueva novia. —Se inclina hacia delante, como si fuera a contarme un secreto—. Desde que empezó a salir con ella, su trabajo se ha resentido. Yo lo reviso y elimino los errores para que nadie lo note. Un día u otro se librará de esa mujer y volverá a pensar con claridad.

¡Vaya! Ésta es una prueba acusatoria de primera.

—A ver si lo he entendido bien... —Me froto la nuca con los dedos y sigo frotándome el resto de la cabeza, tratando de librarme de la tensión provocada por una noche de alcohol—. ¿Has estado entrando en el trabajo de Kidd para corregir sus errores?

Ella asiente.

—Sí, está hecho un desastre. Está cometiendo errores obvios; cosas que podrían poner en peligro la seguridad y dejarnos vulnerables ante un ataque informático. —¡Ding! ¡Ding! ¡Ding! ¡Ding! La alarma se ha disparado en mi

cabeza—. No me importa hacer este trabajo extra hasta que él se olvide de su novia.

—¿Novia?

—Sí, Victoria —responde con una sonrisa despectiva—. No es buena para él, tiene que librarse de ella cuanto antes.

—Pues me temo que eso no va a suceder pronto, ya que me comentó que le había pedido matrimonio y que ella le había dicho que sí. Me dijo que pensaban casarse el verano que viene. Me extraña que no estés al corriente.

Eloise se levanta con tanta brusquedad que la silla se cae al suelo a su espalda. Su cuerpo está tenso como un arco y se ha puesto roja, desde el pecho hasta la nariz.

Me incorporo y levanto los brazos.

—Eh...

—¡Se va a casar con esa zorra! —Está tratando de no gritar, pero aun así su voz aguda se me clava en el cerebro.

Tengo la garganta más seca que el desierto del Sahara ahora mismo.

—¡Nunca se va a curar! Esa mujer está arruinando la carrera de un genio.

—Cálmate, Eloise.

«Eloise...

»Eloise...»

Ese nombre resuena en mi cabeza. Lo he oído antes, recientemente.

«Es que Eloise, mi ex, exigía todo mi tiempo y mi atención completa.»

Fue Kidd quien la pronunció.

¿Podría ser esta Eloise su ex?

—Tengo que irme. —Sacude las manos como si estuviera salpicando agua.

Antes de poder detenerla, ya ha desaparecido pasillo abajo.

Vuelvo a sentarme y *Spartacus* salta sobre mi regazo, presionándome con las patas en el estómago revuelto.

—Por Dios, colega. Estoy a punto de potar, no me lo pongas más difícil.

—Lo acaricio detrás de las orejas.

Spartacus maúlla y se recoloca en mi regazo, disponiéndose a echar la siesta.

—Me alegro de que alguien pueda dormir por aquí —le digo con tono seco.

Cojo la botella de agua y me la bebo de un trago. Cuando acabo, la lanzo a la papelera de reciclaje haciendo un triple. Me pellizco el puente de la nariz echando la silla hacia atrás y cierro los ojos para tratar de organizar la nueva información.

Eloise está corrigiendo los errores que Kidd ha cometido en el sistema. ¿Por qué?

Porque está enamorada de él. Podría ser.

Kidd mencionó que su ex se llamaba Eloise. No es un nombre demasiado corriente. Y trabajan juntos. Kidd se va a casar y Eloise se ha puesto como loca al enterarse.

Tal vez Kidd esté filtrando la información sin querer y por eso nadie tiene sobresueldos en sus cuentas corrientes, porque ha sido una filtración no intencionada.

Saco el nuevo teléfono del bolsillo y busco el contacto de Wendy.

De: Parker Ellis
Para: La Mejor Asistente del Mundo
Necesito que compruebes
una cosa. Llámame.

Le doy a «Enviar», me echo hacia atrás en la silla y cierro los ojos durante un par de minutos hasta que suena el teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunta Wendy, que respira con dificultad.

—¿Dónde estás? —Oigo ruido de tráfico.

—Le he dicho a Kidd que necesitaba un café de Starbucks. No te imaginas lo que acabo de ver. ¡Una iglesia gótica alucinante! Parece gótica, por lo

menos. ¡Es la caña! Bajo a por un café y me encuentro con este edificio alucinante que parece tener un millón de años.

Me río al oírla tan entusiasmada. Al menos, alguien tiene energía positiva esta mañana.

—Es la basílica de Notre-Dame.

—Y yo pensando que Notre-Dame estaba en Francia..., o en Indiana, si te refieres al equipo de hockey —añade, y se ríe de su propia broma.

—Y lo está. La que tú estás viendo es una basílica; la de París es una catedral. Una basílica es una iglesia católica a la que el papa ha concedido privilegios especiales. La arquitectura es neogótica, como la de muchos edificios de su época. Las vidrieras son impresionantes. Si puedes, entra un momento y échales un vistazo. Las escenas que describe no son bíblicas, sino que muestran la historia de Montreal. Son fascinantes.

—Uau, sí que sabes cosas.

—Es que lo estudié en la universidad y, además, la visité con mi familia. ¡Ah! Y oí no hace mucho que hacen un espectáculo de luces. Los técnicos que se ocupan de la iluminación de los conciertos de Madonna fueron los encargados de crearlo. Se ve que aprovechan las curvas, las agujas, las vidrieras y los cuadros para crear una experiencia inolvidable. Tal vez podríamos ir a verlo cuando resolvamos el caso. —Estaría bien que Wendy aprendiera un poco de la rica historia de Montreal.

Siempre me ha gustado esta ciudad, aunque en realidad lo que me gustaría sería que fuéramos al centro para enseñarle el viejo Quebec, alojarnos en uno de los hoteles históricos y montar en el ferri para ver las maravillosas vistas de la ciudad que parece una isla.

—¡Claro, me apunto! Pero ¿qué querías comentarme del caso? Ya estoy en Starbucks.

Un café me vendría de muerte ahora mismo, pero no puedo hacer que me traiga uno sin despertar sospechas. Suspiro.

—Acabo de reunirme con Eloise.

—¿A que es encantadora? —pregunta con la voz cargada de sarcasmo.

—Tanto como mi dolor de estómago.

—Oh, pobrecito. Es que no aguantas el alcohol, jefe. —Se burla de mí.
Frunzo el ceño.

—Y ¿puede saberse qué haces tú tan fresca y animada? Bebiste lo mismo que nosotros.

A ella se le escapa la risa por la nariz.

—Ya, pero con algunas diferencias. Yo bebí agua entre copa y copa y luego la sudé toda en la pista de baile. Además, comí mi peso en fritos. Tú, en cambio, sólo bebiste.

«Ah, comida, agua... Sí, habría sido buena idea. Joder, y ahora también.»

—Pero fue la caña —sigue diciendo—. Aún tengo *Man in the Mirror* sonando en la cabeza. La clavarón anoche. —Su voz se oye más lejana mientras hace su pedido en Starbucks.

Cuando oigo que acaba, le respondo:

—La banda era muy buena, sí, pero volvamos al trabajo. Eloise me ha contado que ha estado corrigiendo errores en el código de Kidd. Tal como lo ha dicho, parece que lleva tiempo haciéndolo.

—Vaya.

—Sí, y además, creo que salieron juntos. Cuando le mencioné que Kidd iba a casarse, salió disparada de la sala como si se hubiera declarado un incendio. Una mujer sólo hace eso si...

—Si está enamorada y no es correspondida. Mierda. —Da las gracias a alguien y luego vuelvo a oír los ruidos de la calle. Respira entrecortadamente, como si caminara a toda prisa. Wendy siempre va deprisa y me pregunto si será porque no quiere perderse ni un segundo de su vida.

—Exacto.

—Pero eso no soluciona las cosas. En todo caso, se las complica a Kidd.
Me froto un nudo que se me está formando en el hombro.

—Eso creo yo también.

—Tienes que hablar con Alexis. Tal vez debería comprobar el código ella misma..., o hablar con su hermano.

—Es que tal vez Kidd lo hiciera sin darse cuenta. Eso explicaría que nadie se haya enriquecido con las filtraciones. Tal vez alguien se haya introducido en el sistema desde el exterior aprovechándose de esos fallos de código.

—Podría ser. Revisaré los cortafuegos y veré si encuentro algo.

—Gracias.

—No hay de qué, jefe. Me encanta este trabajo. ¡Me siento como un ángel de Charlie!

Me echo a reír.

—Corto y cierro, ángel.

—¡Adiós, Charlie!

Algo me recorre el cuero cabelludo, frotando y acariciándome el pelo, excesivamente largo. A Skyler le encanta pasarme así los dedos por el pelo. Suspiro y disfruto de la sensación. Aún estoy dormido, pero alargo el brazo y hago que se siente sobre mi regazo.

—¡Oooh! —Ella se ríe, pero el sonido me llega amortiguado, aumentando de volumen cuando su cuerpo se pega al mío—. Parker...

Suspira y yo le ladeo la cabeza y me apodero de su boca sin abrir los ojos. Un muro de calor se pega a mi pecho. Sonrío sin despegar la boca de sus labios y le acaricio la espalda. Adormilado, disfruto de la sensación del cuerpo generoso de Sky mientras el mío se despierta poco a poco. La Bestia es la primera en despertar, por supuesto. Echo las caderas hacia arriba y noto una sensación de vaivén. Me doy cuenta de que estoy apoyado en una silla de oficina. La boca de Skyler vuelve a unirse a la mía, húmeda y suave. La beso con todo mi ser.

Dios, cómo lo echaba de menos.

Su succulenta boca pegada a la mía, invadiéndola con la lengua de un modo delicioso. Alzo las caderas buscando su calor y ella gime. Es como si el

sonido viniera de muy lejos. Suena distinto, más grave de lo normal en mi chica. Le acaricio la espalda y noto que es más grande de lo normal.

«¿Qué?»

Trato de abrir los ojos, pero la brillante luz del techo me ciega. Cuando al fin lo logro, me quedo totalmente traspuesto por lo que veo.

Alexis.

En mi regazo.

Con la lengua en mi boca.

«¡Mierda!» He sido yo. La he hecho sentarse en mi regazo y la he besado. La agarro por la caja torácica y la empujo, apartándola de mí hasta que me suelta la boca con un escandaloso «plop».

—Pero ¡¿qué coño...?! —Sacudo la cabeza para librarme del sueño que me embota el cerebro. Mi polla se da cuenta enseguida de que le han dado gato por liebre y se encoge, quedando a media asta.

Alexis me rodea el cuello con las manos.

—Tus labios son tan suaves como me los imaginaba.

Trago saliva y noto el sabor de su pintalabios y de café. La cercanía de su cuerpo me excita. Noto un martilleo en el pecho, que se desplaza hacia el sur.

«¡Ay, Dios! ¿En qué lío me he metido?»

—Alexis. Eres preciosa, sexy, cualquier hombre te desearía...

Ella me sonríe.

—¡Fantástico, porque yo te deseo a ti!

Pega sus labios a los míos y, durante unos instantes de debilidad, le devuelvo el beso, hundiendo la lengua en su boca y haciéndola rodar junto a la suya hasta que tengo su sabor grabado en las papilas gustativas. Ella gime y presiona sus grandes pechos contra mi torso. Deslizo la mano hasta su culo y me clavo en su calor. La Bestia vuelve a la vida, alzándose orgullosa, lista para un poco de acción libre de culpa.

Durante varios minutos beso a Alexis hasta dejarla atontada, volcando en los besos el enfado, el odio y el asco que las acciones de Skyler me

provocaron. Tomando el control de mis actos, decidiendo mi destino. Besando al fin a la preciosa rubia con la que llevo tonteando toda la semana.

Hasta que la realidad me golpea con la fuerza de un rayo cuando ella me agarra el cinturón, lo desabrocha, hace lo mismo con el botón y me baja la cremallera. Gruño y alzo las caderas, pero, cuando me agarra la erección con la mano, una flecha envenenada se me clava en el estómago. Grito y la aparto de mí de un empujón. Me levanto y me abrocho los pantalones a toda prisa.

Ella se sienta en la mesa como si no hubiera pasado nada y me dirige una sonrisa sensual con los labios hinchados por mis besos.

Me limpio la boca con el dorso de la mano, tratando de borrar su sabor, pero voy a necesitar algo más.

Sin darme cuenta de lo que hago, empiezo a andar de un lado a otro, tirándome del pelo.

—¡Que me jodan!

—Justamente eso estaba tratando de hacer cuando me has interrumpido con tan mala educación. —Se ríe de mí.

Suspiro y me vuelvo hacia la bomba sexual.

—Alexis...

—Si vas a decir que no soy yo, que eres tú, me temo que vomitaré. Los hombres nunca me rechazan. Nunca. Y la barra de acero que tienes en los pantalones demuestra mi teoría.

Noto como si llevara una gran bola de demolición atada a la pierna, tirando de mí hacia abajo. Necesito meterme en la cama y dormir..., al menos un año. Mi cuerpo agoniza, pero mucho peor es el vacío que siento en mi corazón. Esta necesidad de recuperar a Skyler es peor que cualquier cosa que hubiera podido imaginar. Me debilita, me roba las energías.

Me aclaro la garganta.

—Alexis, lo siento. Cuando te dije que acababa de salir de una relación me refería a algo muy reciente, hace sólo una semana. Y estaba enamorado de esa mujer, comprometido de verdad. Y ahora, joder, ahora no sé ni qué

somos. Sería muy injusto seguir esto contigo antes de haber aclarado las cosas con ella. ¿Lo entiendes?

Ella cierra los ojos. Se cruza de brazos y después de piernas, aún sentada en la mesa.

—Supongo, aunque lo que te estoy ofreciendo es un desahogo físico. Dos cuerpos unidos durante una noche de pasión. Nadie tendría por qué enterarse...

Gruño desesperado, pasándome la mano por el estómago.

—Yo lo sabría.

Ella resopla.

—Me equivoqué contigo. Por alguna razón pensaba que eras sexo andante. Exudas sexualidad, noto las oleadas que desprendes. Qué lástima que toda esa energía se malgaste en esa persona que te hace sufrir.

—Pero las cosas son como son y mi corazón aún le pertenece.

—Sí, pero tu cuerpo está aquí, y hace un momento estaba duro, excitado... por mí.

Inspiro despacio, tratando de calmar la ansiedad que me tiene los nervios de punta.

—Como te he dicho, eres una mujer muy hermosa...

—Una que podría hacer que te olvidaras de tu amor perdido..., al menos hasta que vuelvas a Estados Unidos. —Alza una ceja.

Niego con la cabeza.

—Me temo que no.

Ella suspira y chasquea los labios.

—Lástima. La verdad es que me apetecía mucho un polvo salvaje con el estadounidense buenorro.

Me río y fijo la mirada en ella.

—Siento si te di una idea equivocada...

Ella se echa a reír y su risa es realmente musical.

—Oh, cariño, no me has provocado, tranquilo.

La palabra *cariño* en sus labios me hace encogerme por dentro. No quiero oírla si no es en boca de Skyler, y empiezo a temer que no volveré a oírla nunca más.

El estómago se me retuerce. Trago saliva despacio, inspirando y espirando de manera controlada para que mi cuerpo no se colapse. Necesito dormir, agua y comida, no necesariamente en ese orden.

—Supongo que no estoy acostumbrada a que un hombre me rechace. Siento haber insistido tanto. —Me dirige una sonrisa sexy.

—No, no lo sientes.

Su sonrisa coqueta me da la razón mientras se levanta de la mesa.

—Es verdad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Empieza por «Bueno, va, he cambiado de idea, ¿me llevas a tu casa?»?

—Menea las cejas.

Niego con la cabeza.

—Alexis, ¿por qué haces esto? ¿Por qué juegas a este juego?

Ella se queda inmóvil durante un instante antes de responder:

—¿A qué juego? —Sonríe. Sabe muy bien de lo que le estoy hablando, pero no quiere reconocerlo.

—No necesitas jugar a esto. —La señalo a ella y luego a la habitación—. No necesitas echar mano de tu *sex-appeal* y perseguir a los hombres con tanta insistencia.

Ella ladea la cabeza.

—Y ¿por qué demonios no voy a hacerlo? Me ayuda a conseguir las cosas de un modo mucho más rápido que si uso sólo el intelecto. Además, si soy yo la que pone las normas, soy yo la que decide cuál es el premio. A veces es un revolcón con un estadounidense sexy; otras veces consigo que los hombres me vean como a un objeto. Y, así, mientras ellos me miran las tetas y el culo, yo me apodero de sus acciones o compro sus productos estrella, creando de ese modo un futuro prometedor para mí.

—Alexis, jugar no es la respuesta. —Frunzo el ceño al darme cuenta de que, no hace mucho tiempo, yo también había jugado a un par de juegos en la vida.

—¿Ah, no? ¿Por qué no? Si siempre gano. No es culpa mía si los hombres me ven como a una fantasía andante, con tetas pero sin cerebro. La culpa es suya por pensar con la polla y no con la cabeza durante las negociaciones. Francamente, esto —se señala arriba y abajo— funciona siempre. Nunca sigo con el juego hasta el final a menos que me apetezca. Yo elijo con quién juego y siempre gano.

La señalo a ella y luego a mí.

—Esta vez no, preciosa.

—Tal vez tenga que revisar las jugadas y averiguar en qué momento perdí la partida... ¿O tal vez aún puedo remontar? —Alza una ceja.

—No, no hay nada que hacer. —Me río—. ¡Largo de aquí! Ve a buscar otra alma inocente a la que pervertir.

Ella también se ríe.

—No me costará mucho. Tu socio no está nada mal.

Sacudo la cabeza y cojo el *blazer* que he dejado sobre el sofá.

—No, y le encantaría jugar contigo. Él entiende las reglas porque usa las mismas.

Se da golpecitos en los labios, y al ver el pintalabios corrido se me hace un nudo en el corazón al recordar que he sido yo el culpable de que esté así. Le he metido la lengua en la boca para adueñarme de su sabor.

—Eso hace que el juego no sea tan divertido.

—Ya, pero lo hace más honesto. Piensa en ello antes de elegir a tu próximo objetivo. Todos deberían saber dónde se están metiendo.

Su expresión jovial desaparece y frunce los labios.

Aflojo el paso para no arrollarla mientras camino frente a ella buscando la salida.

—Piensa en ello.

—Lo haré —replica, y por su tono de voz, me lo creo.

Me dirijo a la parte trasera del edificio, bajo la escalera hasta la calle y paro un taxi. Me apoyo en el reposacabezas y descanso hasta el hotel, observando la arquitectura mientras avanzamos. No me extraña que Wendy estuviera tan entusiasmada por la mezcla de construcciones nuevas y antiguas tan propia de Montreal. Hay edificios metálicos de colores brillantes al lado de otros de piedra que parecen tener varios siglos de antigüedad. La combinación le da una personalidad propia a la ciudad, y es muy agradable a la vista. Poco después, los ojos se me cierran, la ciudad se desvanece y recuerdos de Skyler ocupan su lugar; hay tantos que parecen estar corriendo un maratón en mi mente.

¿Qué estará haciendo ahora mismo?

¿Estará triste?

¿Me echará de menos?

Han pasado días desde que me envió el último mensaje.

¿Cómo seguir adelante sin ella?

Entro en la habitación, dejo la chaqueta en la silla, dejo caer los pantalones al suelo y me quito los zapatos sin moverme del sitio. Me desabrocho la camisa, aparto la colcha y me meto en la cama en calzoncillos. Cojo el mando a distancia que hay en la mesilla y enciendo el televisor. Lo primero que me sale es un programa de noticias sobre el mundo del espectáculo.

La cara de Skyler aparece en pantalla. Tracey está a su lado y le rodea los hombros con un brazo. Alguien le coloca un micrófono delante de la cara. Se la ve cansada, tiene ojeras, pero pone su mejor sonrisa de «la vida es maravillosa» para hablar con los paparazzi chupasangres.

—Y ¿qué tal van las cosas para SkyPark? —pregunta un tipo entrometido.

Me siento de golpe en la cama y contengo el aliento, esperando la respuesta.

—De maravilla. Parker está de viaje de negocios, pero espero con muchas ganas su regreso.

La multitud la agobia con un montón de preguntas. Ella se pasa las manos por el pelo y mira a su alrededor.

—Y ¿qué es lo primero que vas a decirle a Parker cuando lo veas?

Skyler cierra los ojos. Siento un gran dolor, como si me hubieran dado un puñetazo en el plexo solar, y espero su respuesta frotándome el esternón.

Vuelve a abrirlos y quedo preso del brillante tono de azul, el único color que quiero ver por las mañanas al despertar. Fija la mirada en la cámara y, si no supiera que es imposible, pensaría que me está hablando directamente a mí.

—Cuando vea a Parker, voy a decirle lo mucho que lo he echado de menos y que lo amo más que a nada en este planeta.

«Lo he echado de menos.»

Ha dicho que me echa de menos.

«Lo amo.»

Ha dicho que me ama.

«Más.»

«Lo amo más que a nada en este planeta.»

Me ama. Skyler me ama. Me ama y lo ha admitido en un programa de televisión de alcance nacional para que todo el mundo lo vea y lo oiga.

La madre que me parió.

Estoy hecho un desastre. Anoche no pegué ojo. Di vueltas y más vueltas tratando de decidir qué hacer.

¿Cómo responder a eso?

Skyler me ama.

Me ama.

Su admisión hace que la sangre me bombee entusiasmada por las venas, y me calienta el cuerpo con una sensación de calor líquido que se cuela por mis tejidos y llega hasta los huesos y más allá, derritiendo el hielo de mi alma. Es como si hubiera pasado una semana revestido de hielo, perdido en el frío del odio y la traición.

Skyler me ama.

Cierro los ojos y dejo que la verdad cale en mi mente. Mi mujer ha admitido en la televisión nacional que está enamorada de mí. La energía me hace cosquillas en los talones. Me levanto de un salto y me pongo a recorrer la habitación de un lado a otro, porque no sé qué hacer con el exceso de energía que se ha apoderado de mí. Me siento como un cable pelado. Todas mis sinapsis van disparadas a cien por hora y no encuentran adónde ir, así que sigo andando y andando como si quisiera agujerear la moqueta.

La puerta que conecta las habitaciones se abre.

—¡Dios mío! ¡Tienes que ver esto! —exclama Wendy, entrando a toda prisa con el portátil abierto en las manos y el programa de noticias del espectáculo a punto para ver.

Niego con la cabeza y levanto la mano. No quiero que se acerque más.

—Ya lo he visto. Lo vi anoche en la tele.

Ella abre mucho los ojos, que parecen más claros de lo normal, como el azul del cielo después de una fuerte tormenta.

—Entonces ya lo sabes. —Su tono de voz pierde volumen y excitación.

—¿Que me quiere? —digo con la voz ronca, y cada palabra llena un pedacito de mi corazón hueco. La daga afloja su ataque y me da un respiro. La tensión y el dolor sordo que me han acosado toda la semana no son tan intensos.

Wendy asiente, cierra el portátil y mueve la mano en el aire. Abre mucho los ojos y desprende energía por todos los poros cuando exclama:

—¡Sí! ¡Oh, Dios mío, Park! ¡Esto es genial! ¿Lo ves?, te dije que te ama. —La sonrisa que me dirige es amplia y radiante.

Alguien llama a la puerta. Sé que sólo puede ser una de dos personas, así que la abro de golpe y sigo caminando sin mirar de quién se trata, porque tengo la mente llena de ideas que dan vueltas como gallinas sin cabeza.

¿Por qué admitió que me ama ante una cámara?

¿Cambia eso las cosas entre los dos?

—Mierda —dice Royce, que entra impecablemente vestido y con una expresión amable que no me apetece ver, porque significa que ha visto las imágenes y que espera que me vuelva loco.

Y me estoy volviendo loco, pero no necesito que los chicos lo sepan. Sin embargo, con lo alterado que estoy por las palabras de Skyler y con la culpabilidad que siento por lo que pasó ayer tarde con Alexis, no voy a poder mantener la calma. Es una batalla perdida.

—Tío, la cosa va en serio. —Bo entra riendo detrás de Royce y cierra la puerta.

El trío se queda parado ante mí como si fueran Los Tres Amigos.

—Chicos..., yo... —Dejo la frase a medias cuando me asalta la pregunta más importante, la que no me deja en paz ni un segundo—. ¿Creéis que es posible que no me pusiera los cuernos? Decidme la verdad; ya conocéis mi historia. —Vuelvo a recorrer la habitación, aunque ahora el espacio del que

dispongo se ha reducido mucho con la incorporación de tres cuerpos adicionales.

—Eh, yo debo confesar algo. —Wendy levanta la mano. La miro y ella aparta la vista, ruborizándose.

—Eeehhh, sí, tío. Yo también. —Royce se aclara la garganta, se echa hacia atrás sobre los talones y luego hacia delante. Repite el movimiento varias veces tal como lo he visto hacer siempre que estaba incómodo. Me oculta algo.

—Ah, no. Ni se os ocurra colaros —los interrumpe Bo con la voz ronca, en la que no puede disimular la ansiedad y la irritación.

Los tres intercambian miradas y empiezan a discutir como si yo no estuviera en la habitación.

—¡Tengo que contárselo yo primero! —exige Wendy, dando una patada al suelo como si fuera una niña pequeña.

Royce niega con la cabeza.

—Ah, no. Ni hablar, ni lo pienses. Mi chico se merece oírlo de mí primero.

Bo ahoga una exclamación.

—Ni de puta broma. Yo lo conozco desde hace más tiempo.

—¡Por una hora de diferencia! Tuvisteis una clase juntos antes de conocernos los tres —contraataca Royce, cruzándose de brazos.

Wendy gruñe.

—Por eso mismo. Yo soy la más nueva: ¡podría despedirme! —Y su voz alcanza niveles de histeria.

—No dejaremos que te despida —replica Royce.

—No te preocupes, Campanilla, si te quedas sin trabajo, yo me ocuparé de ti. O, mejor, tú puedes ocuparte de mí, ya sabes a lo que me refiero. —Bo meneas las cejas.

La cara de Wendy se contrae en una mueca de indignación.

—¡Qué asco! No es momento para bromas. —Señala a Bo, colorada como

un tomate.

Me interpongo entre ellos.

—¿Queréis hacer el favor de callaros los tres?! Os necesito. La mujer que amo (quien creo que me engañó con su ex, pasó la noche con él, se puso en una situación de riesgo y pagó las deudas del capullo) acaba de decir en la televisión nacional que me ama y... y yo besé a Alexis ayer por la tarde. — Dejo que las palabras salgan como si estuviera purgando una verdad muy fea de mi alma destrozada.

Los tres se vuelven hacia mí con expresiones de:

Conmoción... Ésa es Wendy.

Sorpresa... Ése es Royce.

Irritación... Ése es Bo.

—¿Qué?!

Qué alta puede sonar esa palabrita cuando la gritan tres personas a la vez.

—¿Cómo has podido? —me recrimina Wendy, con el mismo sentimiento que si le hubiera puesto los cuernos a ella.

—Oh, tío... La has cagado —añade Royce.

—La has cagado hasta el fondo. —Bo asiente—. Y yo quería a Alexis para mí, ¡maldita sea! —Frunce el ceño.

Me dejo caer en la cama y apoyo la cabeza entre las manos. La culpabilidad, la vergüenza y el miedo son las emociones principales que me recorren el cuerpo. Pero, de manera inesperada, se cuelan entre ellas punzadas de felicidad, de excitación y de nerviosismo al recordar las palabras de Skyler. La mujer que quiero también me quiere a mí.

Debería estar en éxtasis.

Debería estar gritando de alegría desde el tejado del edificio más alto.

Debería ponerme de rodillas y darle gracias a Dios por haberme enviado a la mujer de mi vida.

Pero no puedo. El puñal que me clavó se adentra un poco más y vuelve a salir sangre, lo que me llena de miedo.

¿Cómo puede amarme y engañarme al mismo tiempo?

Wendy se deja caer de rodillas en el suelo ante mí y me apoya las manos en los brazos.

—Me he estado escribiendo con Skyler —admite con la voz temblorosa—. Yo, eeh..., le pregunté directamente si te había puesto los cuernos. —Los ojos se le llenan de lágrimas.

Yo pestañeo despacio y me centro en su mirada.

—Y ¿qué te dijo? —Me odio por necesitar saber la respuesta, pero es así. Lo necesito como un moribundo necesita la extremaunción. Deseo y espero contra todo pronóstico que mi impresión inicial fuera errónea. A estas alturas, estoy tan hundido en el pozo que prefiero mil veces estar toda la vida pidiéndole perdón a Skyler y compensándole mi falta de confianza que vivir una vida en la que no tenga su amor.

Wendy se pasa la lengua por los labios y me mira. Parece tan pequeña, tan delicada, tan sincera...

—Me juró que no lo hizo. —Le caen dos lágrimas a la vez por las mejillas. Le seco primero una y luego la otra.

Roy se aclara la garganta.

—A mí me dijo lo mismo. Pero yo no le escribí; yo la llamé.

Levanto la cabeza como movido por un resorte.

—¿Hablaste con ella? —Se me rompe la voz.

Él asiente.

—Ayer. Tras nuestra salida nocturna. No pude evitarlo. Lo estás pasando tan mal, colega... Demasiado. Verte así día tras día me mata. Estaba muy enfadado. Me indignaba que tuviera tanto control sobre mi chico. Me enfurecía que te hubiera roto el corazón. Quería que sufriera ella también, que supiera lo mucho que la había cagado.

Trago el nudo del tamaño de una pelota de playa que se me ha alojado en la garganta.

—¿Y...?

Él sacude la cabeza.

—Admite que fue al hotel de Johan con la esperanza de resolver el problema ella sola. Me prometió que no te había sido infiel. —Roy se muerde el carnoso labio inferior y lo frota con el pulgar—. Tío, yo creo lo que dijo, pero no voy a decirte nada más. Tienes que oírlo directamente de la fuente.

Cierro los ojos. El dolor de no estar con ella y la posibilidad de que no me traicionara me sacuden las entrañas. Cuando vuelvo a abrirlos, busco a Bo con la mirada.

—¿Tú también?

Él ladea la cabeza, suelta el aire poco a poco y se mete las manos en los bolsillos.

—Bueno, pensé que, ya que estaba disponible, la invitaría a cenar.

Me río a carcajadas. El humor de Bo es absurdo, pero lo conozco bien; es su manera de tratar que los demás se sientan mejor.

Royce le da una colleja con todas sus ganas.

—¡Ay! —Bo protesta—. Odio que hagas eso. Me estropeas el peinado.

—¡Vas a ver por dónde te meto yo el peinado con tupé y todo! Dile la verdad y déjate de tonterías. ¿No ves que está sufriendo?

Bo se frota la cabeza y me mira a los ojos.

—Me llamó para saber cómo estabas.

Siento una opresión en el pecho.

—Y ¿qué le dijiste? —Quedo pendiente de sus palabras.

Él hace rodar el labio inferior entre los dientes.

—Le dije que estabas de puta madre, mejor que nunca —dice con suficiencia.

—¿En serio?

Él resopla.

—¡No, claro que no! Le dije que estabas jodido, cabreado, furioso, y que, si me enteraba de que te había puesto los cuernos, encontraría una manera de

hacerle pagar que te hubiera engañado; que nos hubiera engañado a todos. — Hace girar un brazo en el aire.

Entorno la mirada y aprieto el puño, enderezando la espalda, disponiéndome a atacar. Se me abren las ventanas de la nariz y la agresividad me recorre todas las terminaciones nerviosas. Me sube la temperatura y se me contrae el vientre.

—¡No te atreviste a decirle eso a mi mujer! —Lo fulmino con la mirada, porque el instinto protector que me despierta Skyler no ha desaparecido.

Pero él asiente.

—Pues sí, lo hice. Porque cuando te hace daño a ti, Park, nos hace daño a todos. La recibimos con los brazos abiertos, le abrimos las puertas del equipo. Si nos había jodido, quería que ella también sintiera parte de dolor —admite con rabia.

—¡Dios! —Me paso la mano por el pelo y dejo caer la cabeza hacia atrás, apretando los dientes con tanta fuerza que podría romper diamantes—. ¡Esto es un puto desastre!

—Lo es. Y ahora cuéntanos por qué besaste a Alexis Stanton —me exige Royce cruzándose de brazos—. ¿En qué estabas pensando? ¿Pensaste en algo? —añade decepcionado.

A Bo, en cambio, parece hacerle mucha gracia.

—Oh, sí, sí que pensó, pero con la cabeza pequeña, no con la grande.

Señalo a Bo.

—A la Bestia no la metas en esto.

—Puaj, la Bestia... —Wendy palidece y hace un ruido como si tuviera ganas de vomitar. Renegando entre dientes, se echa hacia atrás y, sentada sobre los talones, me acaricia el muslo para darme ánimos.

Paso unos momentos buscando la razón por la que al final me rendí a Alexis, pero no la encuentro.

—No sé por qué la besé. Ella me ha estado provocando desde que llegamos. Durante todo este tiempo me he sentido tremendamente vulnerable.

Echaba de menos a Skyler, estaba resacoso, perdido, cansado..., todo eso y más. Joder, no lo sé. El viejo yo se habría ido a la cama con ella desde el minuto uno; esa mujer es sexo con patas.

—La verdad es que sí. —Wendy asiente con entusiasmo—. Yo mataría por tener un cuerpo como el suyo. Esas tetas, esas caderas y las piernas tan largas. Y encima rubia. Y, por si fuera poco, es extraordinariamente lista. Sabe lo que se trae entre manos.

Royce suspira.

—Reconozco que es un bombón, pero eso no es excusa para rendirte, sobre todo mientras estás tratando de arreglar las cosas con Skyler. Mal hecho, tío. Muy. Mal. Hecho. Porque si aclaras las cosas con Skyler, y no dudo de que las vais a aclarar, tendrás que contárselo.

Suelto un gruñido. Tener que admitir mi momento de debilidad con Alexis me da una pereza espantosa. Pero, bien pensado, si ella no me hubiera traicionado, ¡nunca habría pasado!

—Sí, lo entiendo, pero ya me ocuparé de resolver esto cuando llegue el momento. Primero tengo que decidir cómo abordo el tema con Skyler.

Bo inspira hondo y se tira de la perilla.

—Sorpréndela otra vez. Vuela a Nueva York cuando acabes el caso. Poned las cosas sobre la mesa de una vez por todas. Y, si después de hablar con ella y oír su versión sigues pensando que te engañó, corta con ella, no lo dudes. Nosotros te cubriremos las espaldas en todo momento. —Bo levanta el puño.

Hago chocar mi puño contra el suyo y él repite el gesto.

—Sí, decidas lo que decidas, cuenta con nosotros. —Royce alza el puño ladeado y lo hago chocar contra el mío.

Wendy se levanta sobre las rodillas, me toma la mano y me la aprieta fuerte.

—Estamos aquí para ti. —Se echa hacia delante y me da un beso en la mejilla.

La abrazo, disfrutando del consuelo de un cuerpo femenino. Le doy palmadas en la espalda y dejo que me ayude a ponerme de pie.

Me invade una oleada de solidaridad y de amor puro que me llena el pecho al ver a mis tres amigos, dos viejos y una nueva, pero no menos importante. Abro los brazos. Wendy me rodea la cintura con los suyos y se pega a mi costado. Bo se coloca en el otro lado.

—Ya sabes que yo nunca dejo pasar la oportunidad de meter mano, a quien sea —bromea palmeándome la espalda y apretando el lugar donde se juntan el cuello y la clavícula.

Royce suspira y pone los ojos en blanco.

—Me vais a obligar a hacer esto, ¿no? —Mira la punta de sus zapatos relucientes.

Lo invito moviendo los dedos.

—Venga, tío, un abrazo de grupo. Hazlo por el equipo.

—Maldito equipo, no paro de hacer cosas por el equipo —refunfuña, pero se acerca a mí y agacha la cabeza hasta que su frente choca contra la mía. El pecho, no; eso sería demasiado para él.

Wendy lo abraza por la cintura y llena el espacio entre los dos con su aroma a coco. Bo se echa hacia delante y cuela la cabeza entre las nuestras.

—Siempre quise estar en el equipo de fútbol americano. Supongo que esto es como hacer un corrillo, pero un poco menos apestoso. —Bo se echa a reír.

—¡Calla! Estás estropeando el momento —protesto con los dientes apretados—. Sólo quiero daros las gracias. Desde lo más hondo de mi corazón. Gracias.

—¡Lo que estás sugiriendo es ridículo! Mi colega nunca cometería errores que pudieran costarnos millones.

Me llevo las manos a la cintura y le dirijo una mirada compasiva.

—Yo me limito a darte la información que mi equipo ha recopilado para que tú la descifres. No hemos acabado, pero te informo de por dónde van los

tiros. De momento, las pruebas que hemos encontrado señalan un culpable.

—¡Sí, mi hermano! —Alexis recorre su gran oficina. Los tacones resuenan en el suelo de hormigón, pero dejan de oírse cuando pisa alguna de las numerosas alfombras distribuidas por la habitación. Apoya los brazos en el sofá donde está sentado Bo. Royce está en una silla, delante de mí.

—Alexis, no estamos diciendo que tu hermano esté tratando de perjudicarte de manera intencionada. Como te he comentado antes, no hemos encontrado nada llamativo en las cuentas de los empleados que sugieran un pago extra, tampoco en las de tu hermano. Pero no podemos pasar por alto los fallos del sistema y el código defectuoso que encontró Wendy y que llevan el sello de tu hermano.

—Como experta en programación, y teniendo en cuenta que fui yo quien le enseñó todo lo que sabe, voy a tener que verlo con mis propios ojos. Necesito las localizaciones exactas.

Por primera vez desde que la conozco, la mirada de Alexis es penetrante, tiene la voz agitada y la mandíbula tirante como la superficie de un tambor. No le ha gustado nada que sugiramos que su hermano puede estar detrás de las filtraciones de información.

Me levanto y dejo una tableta sobre su escritorio.

—Sí, ya nos lo imaginamos. Wendy ha seleccionado algunas de las localizaciones para que puedas revisarlas. Y hay otro tema preocupante —añado con todo el tacto profesional que puedo.

—¿Qué tema? —Alexis pone en marcha su portátil para entrar en el sistema. Mira la tableta y selecciona una sección de código de la copia de seguridad que marcó Wendy.

—Al parecer, Eloise Gagnon ha encontrado un montón de errores en el sistema y los ha estado arreglando.

Alexis entorna mucho los ojos.

—Y ¿por qué demonios iba a hacer eso? —Vuelve a mirar la pantalla y selecciona una parte que tiene un montón de números y letras sobre fondo

negro. La imagen me recuerda a algo salido de la película *Matrix*.

—Tengo la impresión de que fueron pareja en el pasado y de que ella sigue sintiendo algo por él. No pareció muy contenta cuando se enteró de que iba a casarse.

Alexis resopla.

—No me extraña. Yo misma me encargué de que rompieran hace dos años.

—¿Qué quieres decir?

—Empezaron a salir cuando Kidd entró a trabajar aquí, pero mi hermano era joven y atontado. Pensaba con la polla, no con la cabeza.

Bo se echa a reír.

—Cosas de chiquillos.

Royce no deja pasar la ocasión para lanzarle una pulla.

—¿De chiquillos? Mira quién fue a hablar.

Bo le devuelve una sonrisa canalla.

—Ya, pero yo he ido aprendiendo por el camino.

Royce inspira entre los dientes.

—Bueno, me lo creeré cuando lo vea.

—¿Habéis acabado? —Les llamo la atención.

Los dos me miran abriendo los ojos. Royce frunce el ceño. Sé que le fastidia mucho que le llamen la atención por temas profesionales. Se siente muy orgulloso de su profesionalidad, así que cualquier desliz le duele y, después de la debacle de Rochelle, todavía ha de ser peor.

Lo que pasa es que Alexis mantiene siempre un ambiente muy relajado donde casi todo vale, y se han contagiado. Por suerte, después de la charla de ayer, parece haber entendido que, aunque me resulta atractiva, no pienso ir más allá con ella.

Lo que me recuerda que todavía tengo que decidir qué hacer con Skyler. Me muero de ganas de cerrar este caso para poder hacer lo que Bo me ha sugerido. Ir a Nueva York, plantarme en su puerta y exigirle respuestas. Y a

Dios pongo por testigo de que me va a escuchar. Y me va a contar todo lo que pasó con Johan, hasta el más sórdido detalle, si espera que podamos tener un futuro en común.

«Un futuro en común.»

Mi corazón sangra sólo de imaginármelo. Estoy tan cerca de conseguir las respuestas que necesito y de llenar este vacío que se ha apoderado de mí... Sólo falta terminar este caso. Una parte de mí se siente tentada de subir en el primer avión y dejar que el resto del equipo se ocupe de rematar los detalles, pero no estaría bien. No puedo dejar al equipo colgado cuando estamos a punto de resolver el caso y de marcharnos de Montreal dejando atrás a otra clienta feliz. Bueno, al menos satisfecha.

—Y, cuando hiciste que la pareja se separara, ¿cómo se lo tomó Kidd?

Alexis se encoge de hombros.

—Bien. Pasaba demasiado tiempo siguiendo a Eloise. Ella es un poco mayor que él y, francamente, lo controlaba demasiado. Tuve que tomar medidas. Los separé trasladando a Eloise a otro departamento. A Kidd le sugerí que, si estaba comprometido en serio con su labor en Stanton Cybertech, debería cortar con ella y centrarse en el trabajo. Y él tomó una decisión. Para ser sincera, me sentí muy orgullosa de él. Cambió de actitud y nunca se arrepintió de su decisión.

—Mmm, interesante. —Muevo el cuello de lado a lado para eliminar la tensión de día.

—¿El qué? —pregunta ella, sin apartar la vista del monitor y sin dejar de teclear.

Me cruzo de brazos y sostengo la mano herida en el bíceps. Está mucho mejor, pero aún me duele y todavía deberé llevar los dos dedos entablillados una temporada.

—Eloise dijo que estaba arreglando sus errores porque lo veía distraído por culpa de su nueva novia.

—¿Ah, sí? —Alexis se ríe sin ganas—. Lo dudo bastante. Kidd ha estado

muy centrado desde que conoció a Victoria; no le apetece que se repita la historia. Vamos, que lo veo centradísimo en el trabajo para asegurar el futuro de la familia que quiere crear con ella.

—Supongo que Victoria te gusta para él...

Alexis asiente.

—Mucho. Esa chica ha sido una bendición. Desde que está con ella, Kidd está mucho más animado, siempre tiene ganas de ir a casa al salir de trabajar y está más inspirado en general. Además, esa chica me encanta; es como mi hermana pequeña. Me alegro muchísimo de que la conociera.

—Y a ti, ¿qué es lo que te inspira? —le pregunto, sabiendo que me estoy metiendo en terreno pantanoso.

Ella sonríe y mira por encima del hombro, buscándome la mirada.

—El sexo apasionado y sin compromiso.

Ya veo que nuestra charla no le sirvió de mucho. Antes de poder decir nada, Bo se levanta y separa los brazos en forma de «T».

—¡Me ofrezco voluntario como tributo!

Royce y yo nos partimos de risa. Es Royce quien le ordena entre carcajadas:

—Siéntate, hombre. ¿No ves que no te quiere para nada?

Alexis se da la vuelta y mira a Bo de abajo arriba, desde las botas de motorista y los vaqueros ajustados y desteñidos hasta la omnipresente cazadora de cuero.

—Oh, yo no he dicho eso. —Coge un mechón de pelo y se lo retuerce en el dedo—. Soy más aficionada a la caza, no me gusta que la presa se me ofrezca en bandeja de plata. —Se humedece los labios y alza una ceja—. Pero como este tiarrón no quiere jugar, tal vez me conforme con alguien mejor predispuesto.

Bo le lanza un beso desde la otra punta del despacho.

—Cuenta conmigo, pastelito. Esta noche bailaremos.

—Que el Señor nos asista. —Me froto las sienes al notar un nuevo dolor

de cabeza acechándome. Si algo aprendí de meterme en medio de Royce y de Rochelle fue a no repetir ese error, por lo que no pienso decir ni mu. Si Bo y Alexis quieren pasarse el resto del caso follando como conejos, allá ellos. Al menos, ella se ha dado cuenta de que yo no estoy por la labor.

Alexis vuelve a examinar el código y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —Apoyo la cadera en un rincón de su escritorio.

Ella niega con la cabeza.

—El código parece de Kidd, pero hay algo que se me escapa. Voy a necesitar más tiempo para revisarlo.

—Vale, te dejamos con ello. Me quedan dos personas por entrevistar. Wendy está tratando de averiguar si hay algo que conecte las filtraciones y los virus. Royce, si quieres volver al hotel y avanzar en alguno de los otros casos...

—Sí, sí que lo haré. Tenemos una posible clienta en Londres; por no hablar de la revisión trimestral de las cuentas de Sophie.

«Sophie.»

Mierda. Con todo el lío entre Skyler y yo, no la he llamado para ver cómo le iban las cosas con Gabriel. ¿Le habrá hecho ya la gran pregunta? Es posible, pero me gustaría pensar que me habría llamado para compartir la noticia conmigo.

Aparto a mi amiga a otro rincón de mi mente y señalo a Bo.

—Bo, es tu turno. Vamos a la sala de reuniones, a ver si conseguimos volverlos locos y que suelten algo interesante.

—Claro. —Bo sonríe con ironía y se sacude la chaqueta—. *Loco* es mi segundo nombre.

—Explícame qué es lo que encontraste que tiene a Alexis pegada a la pantalla. —Me pellizco el puente de la nariz y me echo hacia atrás en la silla de oficina.

Cuando todo el mundo se fue a casa al final de la jornada, bajé al área de programación y me encontré a Wendy y a Bo hablando sobre el caso, o sería más exacto decir «discutiendo sobre el caso».

Han pasado dos días más y hemos avanzado muy poco. Royce vuelve a casa mañana porque ya no tiene nada que hacer aquí. Bo ha hecho que los programadores y el equipo técnico se vuelvan locos encargándoles la aplicación más imposible del universo. Todo lo que no debe pedírsele a una aplicación él lo ha pedido. En resumen, todo el mundo lo odia; todo el mundo, menos Alexis.

Al parecer, las cosas entre ellos cuajaron. En cuanto Bo se metió en su cama, se olvidó de su obsesión por mí. Ahora se pasa el día persiguiéndolo a él y me ha dejado en paz. Supongo que le gusta lo loco que es también en la cama.

—No nos ponemos de acuerdo. —Wendy fulmina a Bo con la mirada.

Él suspira y apoya la barbilla en el respaldo de la silla de oficina. Está sentado con la silla al revés, que se ve diminuta entre sus piernas.

—¿Cuál es el problema? —Apoyo los pies en la mesa que tengo delante y siento un gran descanso en las piernas.

—Yo creo que el culpable de las filtraciones es Kidd —responde Wendy con convicción—. Y lo pienso por el código nuevo que ha escrito hoy. Ha dejado varios huecos importantes; algunos son tan grandes que cualquier

hacker podría aprovecharlos para entrar en el sistema y apoderarse de lo que le diera la gana.

Frunzo el ceño.

—¿Y eso?

Wendy señala el ordenador. Me levanto y observo los números y las letras como si yo pudiera ver en ellos lo que ella está viendo, pero por desgracia yo estudié Empresariales, no Ingeniería informática.

—Vas a tener que ofrecerme algo más que una pantalla llena con todas las letras del alfabeto.

—Ya te lo he dicho, Wendy. No ha sido Kidd. Cuanto antes empieces a fiarte de mi instinto y a buscar en otra parte, antes solucionaremos el caso. —Bo golpea el respaldo de la silla—. ¿Cómo dijiste que se llamaba la chica rara esa, la programadora?

—Eloise —respondo yo.

Bo chasquea los dedos y me señala.

—Sí, ésa.

Wendy gruñe.

—Su código es totalmente distinto.

—Escúchame de una vez. Ya sé que su código es distinto, pero ¿no había salido con Kidd en el pasado?

Wendy suspira, se vuelve hacia el ordenador y se pone a teclear.

—Sí. Te escucho.

—Pero no me miras —replica Bo molesto.

Ella también se enciende.

—Puedo hacer más de una cosa a la vez, aunque no te lo creas. ¡Sigue hablando!

Bo hace una mueca con los labios mientras tamborilea con los dedos en el respaldo de la silla.

—No puedo quitarme esto de la cabeza. Alexis dijo que le había pedido a Kidd que rompiera su relación con Eloise. Y él lo hizo. Tal vez Eloise no ha

podido olvidarlo en este tiempo. Cuando le contaste que Kidd iba a casarse, Park, ella salió corriendo de la entrevista.

Frunzo el ceño.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con el caso?

Él se tira de la perilla.

—Ya sabes lo que se dice, que no hay furia mayor que la de una mujer despechada. ¿Y si Eloise aún no ha superado lo suyo con Kidd?

—Pero, si tienes razón en lo que dices, ¿por qué iba a contarnos lo que ha hecho para cubrir los errores de Kidd? —Le devuelvo la pelota.

—No creo que tuviera intención de hacerlo, pero cuando empezaste a hacer preguntas, se vio forzada a cubrirse las espaldas. A Alexis no le contó nada sobre esos supuestos errores como éstos?

Wendy se da la vuelta.

—No, no lo creo. Lo veo un chico centrado y muy entregado a la empresa. Y a su hermana. Creo que se entrega al cien por cien, pero eso no cambia el hecho de que el código defectuoso lleve su marca.

Mi mente hierve de posibilidades, pero no logro apuntar con el dedo la solución correcta. Siento que está muy cerca, delante de mí, pero se me escapa entre los dedos. Sólo puedo pensar en lo que pasará cuando llegue a Nueva York y le pregunte a Skyler lo que sucedió entre ella y Johan.

Mientras estoy dándole vueltas al asunto, suena el teléfono de Wendy. Ella lo pone en función altavoz.

—Parker, Bo y yo al habla. ¿Alguna novedad? —pregunta.

La voz de Alexis nos llega por el altavoz:

—Sí. Es verdad que el código es como el de Kidd, pero no del todo. Hay una sutil diferencia, pequeña pero innegable. Creo que otra persona está tratando de que parezca que él comete los errores.

—Campanilla, envíale un trozo del código de Eloise para que pueda compararlo —dice Bo.

—¡Voy! —Wendy vuelve a teclear con entusiasmo.

—¡Ni se te ocurra, idiota! —Una voz profunda y amenazadora nos llega desde la puerta.

Los tres nos volvemos a la vez y vemos que Eloise acaba de entrar. Tiene los brazos estirados al frente y una gran pistola negra en las manos, con el dedo en el gatillo. Dispara a la torre del ordenador, que se hace pedazos.

—¡De pie, los tres! —grita.

Obedecemos a toda prisa y yo me dirijo hacia Wendy para ponerme ante ella.

—¡No te atrevas a moverte, joder!

Me quedo inmóvil. El corazón me bombea a toda velocidad, llenando de adrenalina mi sistema nervioso.

—Perdona, Eloise. No quería molestarte.

—¡Tú! —Me apunta con la pistola.

—¡No! —grita Wendy.

Eloise la apunta a ella.

—¡Cállate!

—Vamos, vamos, cariño, no hace falta que nos apuntes con esa pistola —dice Bo, tratando de amansarla con la voz.

Eloise abre mucho los ojos y se ruboriza, supongo que de rabia. Sin pensarlo, apunta a Wendy y dispara.

—¡No! —Noto el grito dentro de mi cuerpo; cuando me sale por la boca, lo hace con tanta furia como si fuera un tornado tocando tierra.

Bo salta hacia ella para interceptar la bala, pero es demasiado tarde: la ha alcanzado en el lado derecho del torso. Le sale sangre por encima de los pechos, pintando de color carmesí su blusa amarilla. Su fuerza vital sale por el agujero ennegrecido de la blusa y se extiende hacia abajo. Wendy abre mucho los ojos al darse cuenta de lo que ha pasado y luego se cae sobre la mesa y de ahí al suelo. Permanece tumbada, con la mano sobre la herida y la sangre formando un charco gigante alrededor de su pecho. Bo se arrodilla a

su lado y aprieta con fuerza su mano con la suya para detener el flujo de sangre.

—¡Wendy, nena, no! —grita inclinándose sobre ella.

Yo también trato de ayudarla, pero el ruido de otro disparo hace que me detenga en seco. Noto una punzada de dolor en el hombro que me baja por el brazo.

—¡Dios! —Me agarro el brazo y miro la marca horizontal que me ha dejado la bala en el hombro. Me ha pasado rozando y se ha llevado un trozo de la americana y de la camisa, junto con la carne. Me agarro la herida con la mano y doy gracias porque no me haya alcanzado más abajo.

—¡He dicho que no os mováis, joder! ¿Por qué no me hacéis caso? Nadie me escucha nunca. Primero Kidd, luego Alexis y ahora vosotros. —Mueve la pistola a su alrededor como una loca. Bueno, supongo que está literalmente loca. Voy a tener que andarme con mucho cuidado si quiero convencerla con palabras.

Alzo las manos como prueba de rendición y bajo la voz, resistiendo las ganas de ayudar a Wendy.

—Vamos, Campanilla, quédate conmigo. —La voz de Bo es un murmullo agónico—. ¡Necesita una ambulancia! Está perdiendo mucha sangre; le cuesta respirar.

Bajo la vista hacia ellos, que están a unos cinco metros de distancia, y veo que a Wendy le sale espuma rosa de la boca, con lo que me pego un susto de muerte.

—Te escucho, Eloise.

Ella se echa a reír, pero el sonido carece de emoción.

—Parece que al final me habéis descubierto, ¿eh?

Niego con la cabeza.

—Pues no, no del todo. Sólo pensamos que puedes estar involucrada de alguna manera.

Vuelve a estirar el brazo, apuntándome directamente con la pistola.

—Y ¿quiénes sois vosotros? ¿De qué os conocéis?

Me trago el miedo por la vida de Wendy y trato de responder lo más rápido posible.

—Trabajamos juntos en Boston. Nos contrataron para investigar las filtraciones de los productos a la competencia.

—Vaya, el putón en jefe contrató a un equipo entero para averiguar lo que la insignificante empleadita estaba haciéndole a su sistema. Fíjate tú. Pues me lo tomo como un halago. —Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

Doy un par de pasos adelante. Tengo que encontrar la manera de quitarle la pistola y conseguir ayuda para Wendy.

—Park, Wendy no está bien. ¡Necesita ayuda! —La voz de Bo rompe el silencio.

—¡He dicho «silencio»! —Eloise grita como una *banshee* y dispara alcanzando el escritorio, muy cerca de la cabeza de Bo. Él se agacha, cubriendo el cuerpo de Wendy con el suyo.

—Eh, eh, estoy aquí, dispuesto a escuchar todo lo que tengas que decirme. Cuéntame cómo lo hiciste. Y por qué.

Ella me dirige una mirada que da mucho miedo.

—¿Por qué? Te diré por qué. Por venganza.

—¿Venganza? —susurro.

Ella resopla.

—Kidd me dejó tirada hace cuatro años. Alexis le ordenó que me dejara y me trasladó a otro departamento para ponerle las cosas más fáciles a su hermanito. Puaj. —Finge vomitar y apoya la mano que sostiene la pistola en el escritorio que tiene más cerca.

—Pero no vendiste los secretos —comento, para que siga hablando.

Ella se ríe por la nariz y mira hacia el techo.

—¿Por qué iba a hacer eso? No quiero su dinero. Quiero que lo pierda todo a manos de la competencia. Y quería demostrarle a Kidd lo que había

perdido dejándome escapar. Lo que todavía podría tener si se disculpaba y hacía las paces conmigo.

Doy otro paso hacia ella aprovechando su distracción. Wendy hace un sonido como si estuviera haciendo gárgaras. Me vuelvo hacia ella y veo que le sale espuma y sangre de la boca. Bo la ha puesto de lado para que no se ahogue. Noto un martilleo en la cabeza y empiezo a sudar. Respiro como si estuviera acabando de correr un maratón, rápido y por instinto.

Eloise sigue hablando:

—Y luego vas tú y me dices que se va a casar con esa mujer en vez de conmigo. Podríamos haber sido tan felices juntos... Éramos perfectos el uno para el otro. Llevo todo este tiempo esperando a que él se dé cuenta de lo felices que podríamos ser trabajando juntos y viviendo juntos. ¡Victoria no lo merece!

Niego con la cabeza.

—Tienes razón, no lo merece. Pero creo que tú te mereces algo mejor que él. Me dedico de forma profesional a encontrar pareja. Lo hice en San Francisco justo antes de venir aquí, ¿verdad, Bo?

La voz de mi amigo es un susurro ronco.

—Sí, es el mejor. —Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Miro a Wendy, que está inconsciente.

—¿Respira? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Sí, apenas. —Pronuncia cada palabra como si hacerlo lo estuviera matando.

—¿Qué me dices? ¿Quieres que te busque pareja? —le ofrezco a Eloise.

Ella ladea la cabeza y golpea la mesa con la pistola.

—Podría ser divertido. Tienes razón. Kidd no es digno de mí ni de mi talento. —Eloise alza la cabeza en un gesto coqueto mientras mi amiga yace desangrándose a mis pies.

Al tiempo que me asalta una nueva oleada de pánico y de odio, me doy cuenta de que acaba de llegar la caballería. Detrás de Eloise hay dos ventanas

que separan la sala de programación del pasillo. A través de ellas veo que se acercan dos policías con las armas a punto para disparar.

¿Cómo demonios han sabido cómo encontrarnos? Tal vez Alexis oyera los disparos...

Me vuelvo hacia el teléfono y me doy cuenta de que Wendy no ha cortado la llamada. Alexis debe de haberlo oído todo.

Conteniendo el aliento, trato de mantener la atención de Eloise.

—Entonces ¿quedamos así? —Trago saliva cuando la puerta se abre lentamente a sus espaldas—. Me encantaría buscarte pareja. Sería muy fácil...

Los dos policías se detienen detrás de ella, apuntándola con las pistolas.

—¡Las manos arriba! —grita uno de ellos.

Los ojos de Eloise lanzan rayos furiosos mientras se vuelve hacia ellos empuñando el arma.

—¡No! —grita. Su dedo empieza a doblarse en el gatillo, pero los dos policías impiden que dispare derribándola con dos balas cada uno.

Me dejo caer al suelo y avanzo a gatas hasta donde Bo tiene a Wendy abrazada en su regazo. Con los labios pegados a su frente, le ruega:

—Vamos, Campanilla. No nos abandones.

Ella no se mueve.

Cuando nos hicieron pasar a la sala de urgencias, el hospital parecía un manicomio con tanta actividad. Wendy iba en una camilla, inconsciente pero con pulso.

Los paramédicos habían dicho algo sobre colapso de un pulmón y pérdida de mucha sangre. Llamé a Royce, le dije que se reuniera con nosotros en el hospital y que llamara a Michael.

Ahora estoy sentado en una cama mientras el residente me cose la herida y me dice que estoy en shock. No siento nada, ni siquiera dolor.

Bo está al lado de la cama, como un centinela montando guardia. Ha pasado una hora desde que se han llevado a Wendy para operarla.

Royce entra en urgencias con la americana ondeando al viento como si fuera un miembro de los Men in Black que hubiera venido a salvar al mundo.

—Tío. —Me apoya la mano en el otro hombro. Tiene la voz mucho más grave de lo habitual—. ¿Estás bien?

Asiento, incapaz de hablar.

—Una herida superficial. La bala sólo le ha rozado el hombro —responde Bo por mí.

Roy asiente y en ese momento se da cuenta de que la camiseta blanca de Bo está llena de sangre, desde el pecho hasta la cintura.

—¡Dios mío! ¿Tú también estás herido? ¿Qué demonios ha pasado? ¿Se sabe algo más de Wendy? —Lanza las preguntas a tanta velocidad que soy incapaz de asimilarlas.

Bo niega con la cabeza.

—No, la sangre no es mía. Wendy está en el quirófano. Se le ha colapsado un pulmón por culpa de un disparo de bala. ¿Has avisado a Mick? —Su tono es ronco y apagado; nada que ver con su habitual tono jovial y entusiasta.

Roy asiente.

Llegará dentro de un par de horas más o menos. —Se pasa la mano por la calva—. ¿Cómo ha podido pasar algo así?

Me encojo de hombros.

—No me di cuenta de lo perturbada que estaba. No estaba lo bastante concentrado en el trabajo. Debería haberme dado cuenta. —La vergüenza y la culpabilidad me asaltan con fuerza, gritándome todas las cosas que debería haber hecho mejor.

Bo me apoya la mano en la espalda.

—Ah, no. Ni se te ocurra ir por ahí. Los cuatro estábamos juntos en este caso y estábamos a punto de resolverlo cuando a esa mujer se le ha ido la chaveta. La culpa es sólo de esa loca, no tuya.

—Si Wendy muere... —Estoy temblando con tanta fuerza que me tiembla hasta la voz. Se me llenan los ojos de lágrimas. No puedo contenerlas y me

caen por las mejillas—. No puede morir —susurro.

Bo presiona la frente contra mi espalda y Royce me aprieta el hombro con fuerza.

—Tío, debes tener fe. Ten fe en nuestra chica. Es fuerte. Volverá con nosotros y, cuando lo haga, tendrá una historia increíble que contar.

Me río sin dejar de llorar y me seco la nariz y los ojos con el antebrazo. A Wendy le encanta contar historias.

—Sí, Dios lo quiera.

—Exacto. Dios lo quiera. Hay que tener fe para recibir sus bendiciones —murmura Royce, y dejo que sus palabras calen en mi corazón.

—¿Dónde está, joder? —Michael Pritchard entra en la sala de espera del hospital como un soldado desesperado por cumplir su misión. La chaqueta de su traje de rayas azul marino vuela a su espalda.

Viene directo hasta donde yo estoy, con una mezcla de furia y angustia en la expresión. No es mucho mayor que nosotros tres, pero exuda un poder apenas contenido que no hemos experimentado nunca antes.

—¿Dónde-está-mi-mujer? —pregunta con los dientes apretados, desprendiendo vibraciones tormentosas. Trago saliva y lo miro a los ojos, que se le oscurecen mientras espera una respuesta—. Si muere, te haré responsable —me advierte, enseñándome los dientes.

Asiento antes de tranquilizarlo.

—No morirá. Wendy es fuerte...

—¿Te crees que no lo sé? —me interrumpe—. Fui yo quien la sacó de aquel horrible apartamento infestado de ratas y del trabajo de mierda donde no valoraban sus capacidades. La ayudé para que pudiera estudiar y ella, a cambio, me dio la vida. Su vida es mi vida. —Se golpea el pecho—. Tal vez sea vuestra asistente, incluso vuestra amiga, pero para mí lo es todo. Todo mi mundo gira alrededor de sus deseos, de su amor. Así que sí, ya sé que Wendy es fuerte. Mi Wendy, cada centímetro de su perfecto cuerpo, es pura fuerza.

Royce le apoya una mano en el hombro y Michael gruñe al notar el contacto.

—La doctora está aquí —dice Royce, señalando la puerta de la sala de espera.

—¿Son la familia?

—Sí —respondemos los cuatro, para enfado de Michael.

—Soy su prometido. Por favor, dígame, ¿cómo está? —pregunta con la garganta cerrada por la emoción.

La doctora, alta y morena, junta las manos ante el pecho.

—Está bien. La bala le ha atravesado el pecho, ha penetrado en el pulmón y ha rebotado en la escápula. Cuando ha llegado al hospital, el pulmón se había colapsado y había perdido mucha sangre. Hemos reparado el pulmón, extirpado la bala, y ahora está en coma inducido hasta que sus constantes vitales recuperen los niveles deseados. Las próximas veinticuatro horas son de pronóstico impredecible, pero tengo motivos para creer que se recuperará.

—¿Podemos verla? —pide Michael.

—Cuando salga de recuperación y la trasladen a la uci, los avisaremos.

—Gracias, doctora —replica él con la voz rota. Traga saliva y hunde los hombros.

Por detrás de la doctora sale una enfermera con una bolsa transparente que entrega a Michael. Dentro van el anillo de compromiso de Wendy y el collar de cuero con el candado.

—Yo, eeehh..., he pensado que esto debería tenerlo la familia.

Michael coge la bolsa y la acuna en sus manazas. Sus lágrimas caen sobre el plástico cuando se deja caer de rodillas en el suelo.

—Le han cortado el collar. —Apoya una mano en el suelo. Royce y yo nos agachamos para ayudarlo a levantarse y lo llevamos hasta una de las sillas de plástico azul—. Se lo han cortado —susurra, sin dejar de llorar.

La banda de cuero tiene un corte limpio cerca de la argolla y el candado. Debió de encargarlo a medida, con las argollas en los extremos que se unen

por el candado. Alargo la mano hacia la bolsa de plástico, pero Michael se la pega al pecho y me fulmina con la mirada.

—Perdona, no quería molestarte. —Aparto la mano como si me hubiera quemado.

Michael saca el collar de la bolsa. Se afloja la corbata y se desabrocha el primer botón de la camisa. Luego saca una cadena larga, hecha de bolitas de metal, de la que cuelga una llave que tiene grabado el nombre de Wendy. Coge la llave, abre el candado, lo retira del collar destrozado, se coloca el candado en la cadera y lo cierra antes de volver a guardarlo todo bajo la camisa.

—Se pondrá bien —le digo, apretándole el antebrazo en señal de apoyo.

Él traga saliva lentamente y fija la mirada en la pared blanca que tenemos enfrente, aunque no parece que vea nada. Con un gruñido ronco, replica:

—Más os vale, o alguien lo va a pagar.

—¿Por qué no se despierta? —Michael apenas es capaz de contener la rabia. No soporta ver a Wendy en coma. El cirujano permanece inmóvil, en tensión, esperando a que Michael respire hondo y se calme—. Ya lleva dos días en coma.

—Hemos tratado de despertarla esta mañana —responde el doctor—. Ya no le estamos poniendo sedantes. Suponemos que se dio un golpe al caer al suelo. Su cuerpo y su cerebro se están recuperando. Su actividad cerebral es normal, por lo que no tememos que haya daño en el cerebro, pero es un órgano muy delicado y engañoso. Su prometida se despertará cuando su cuerpo y su cerebro se lo ordenen. Lo único que podemos hacer es cuidarla y esperar.

El médico apoya una mano en el antebrazo de Michael.

—Entiendo su impaciencia, todos estamos impacientes por verla abrir los ojos, pero, por desgracia, no está lista. Hable con ella, hágale saber que está aquí aguardando a que despierte.

Michael se tensa aún más ante las instrucciones del médico. Aprieta los dientes y dice:

—De acuerdo.

Da media vuelta y regresa junto a Wendy; lleva dos días, sin marcharse ni siquiera para ducharse o cambiarse de ropa. Lleva el mismo traje que cuando llegó, a pesar de que su asistente vino ayer con su equipaje y lo dejó en una habitación de hotel, justo al lado del hospital.

—Michael, ¿por qué no vas a comer algo, te duchas y te cambias de ropa? —le propongo.

Él sacude la cabeza secamente y se lleva la mano de Wendy a los labios, mirándola con expresión de súplica.

Le apoyo una mano en el hombro.

—Tío, ella te necesita, más que nunca.

Me esfuerzo en controlar la emoción que quiere desbordarse una vez más. Wendy lleva la parte superior del cuerpo vendada, un tubo de oxígeno en la nariz y su piel, ya de por sí pálida, se ve casi transparente. La paz que desprende contrasta con nuestra tensión. Somos cuatro hombres al borde de un ataque de nervios esperando a que nuestra chica abra sus bonitos ojos azules y nos haga caer de culo con uno de sus agudos comentarios.

—Por eso no pienso irme de aquí —replica él con un gruñido.

—Mick...

Se vuelve hacia mí y me advierte furioso:

—No me llames así.

Trago saliva porque se me seca la garganta.

—Lo siento, pero es que estás demasiado agotado para poder ayudarla. Tienes que pasar por el hotel, comer algo, ducharte y cambiarte. Y, si pudieras dormir una siesta, mejor que mejor. Si no descansas, no le servirás de nada. Por favor, tío, hazlo por ella.

Él se lleva la mano a la mejilla.

—No puedo dejarla sola.

—No estará sola. Yo no me moveré de aquí. Los chicos llegarán pronto para relevarme, así que yo también podré descansar dentro de un rato. Te guste o no, ahora formamos parte de su familia, y nosotros también cuidamos de los nuestros.

Cierra los ojos.

—¿Por qué no se despierta? —pregunta con la voz rota—. Necesito verle los ojos y oír su voz para poder creer que va a ponerse bien.

—El doctor dijo que se pondría bien, pero tú te vas a poner enfermo si no descansas un poco. Vete. Come. Dúchate. Apesta, tío.

—No apesto. —Entorna los ojos.

Yo me río ligeramente, para que sepa que estoy bromeando.

—No, aún no, pero apearás si pasas un día más con esa ropa.

Él suspira hondo y se inclina sobre Wendy. Se me acelera el corazón y se me cierra el estómago, porque siento que estoy viendo algo que no debería. Es casi obsceno ser testigo del sufrimiento de este hombre, pero, al mismo tiempo, hay belleza en la devoción que siente por ella. Es como un náufrago perdido en medio del mar, y Wendy es el trozo de tierra que podría salvarlo. Sin ella, la corriente lo arrastrará y él no hará nada por evitarlo.

Siento los pies pesados por la carga de mi propio amor perdido.

Michael se levanta de golpe.

—Tienes razón. ¿Te quedarás con ella?

Asiento con la cabeza.

—Volveré pronto, Cherry. Voy a echar gasolina y a cambiarme. Enseguida estaré aquí de nuevo, mi amor. —La besa en la frente y luego en los labios antes de mirarme—. Si hay cualquier cambio, quiero saberlo. Cualquier cosa, aunque sólo sea que ha movido los dedos. Tienes mi número.

—Te doy mi palabra.

Él asiente con brusquedad y me deja a solas con ella.

Me siento a su lado y le doy la mano.

—Hola, descarada. —La aprieto y espero alguna reacción, pero no hay ninguna. Está perdida en la tierra de los sueños—. Ojalá despertaras. Tu hombre está al borde del infarto esperando a que abras tus bonitos ojos azules. —La miro conteniendo el aliento. Nada, ni un movimiento. Le tomo la mano entre las dos mías y aprieto de nuevo—. Lo siento tanto, Wendy... Siento tanto que estés herida... Es tan injusto... —Sacudo la cabeza y dejo que la vergüenza y la culpabilidad vuelvan a apoderarse de mí, ahora que me he quedado a solas con ella—. Oh, Wendy. ¿Por qué no te despiertas? Necesito saber que estás bien. Necesito oírte decir que estarás bien porque, ahora mismo, me estoy ahogando, cariño. Me ahogo en un mar de incertezas. Tú

estás herida. Bo y Royce están locos de preocupación. Tu hombre está a punto de estrangular al primero que se le ponga por delante. Y yo estoy desquiciado, como una puta cabra. No he hablado con Sky, aunque sé que quieres que lo haga. Le envié un mensaje. Le dije que te habían disparado y que estabas hospitalizada aquí, en Montreal. No me ha respondido, no sé por qué. Tal vez me odie por no llamarla antes para resolver nuestras mierdas. —Agacho la cabeza—. Necesito que te despiertes, hermanita. Despierta y pégame un par de gritos. Dime qué tengo que hacer para que todo se arregle.

—No te odio, Parker. —Un susurro llega a mis oídos y me vuelvo, muy despacio.

Es como un halo de luz dorada. Su pelo rubio le cae formando ondas sobre la cara. Sus ojos de color caramelo penetran en mi pecho y se apoderan de mi corazón.

—Skyler —digo con la garganta cerrada, y me levanto.

Las lágrimas caen por sus mejillas como dos ríos atormentados. Se humedece los labios antes de añadir:

—Nunca podré odiarte. Te quiero.

—Dios, ven aquí.

Abro los brazos y recorre a toda prisa los tres metros que nos separan antes de estamparse contra mi cuerpo. Me abraza con fuerza y siento que su calor me envuelve.

El aroma a melocotones y a nata impregna el aire de la habitación, reemplazando el olor a lejía y a desinfectante del hospital con mi olor favorito en el mundo. Entierro la cara en su cuello y su pelo e inspiro hondo. Su cuerpo tiembla pegado al mío. Me clava las uñas en la espalda rozándome la herida del hombro al pasar. Duele, pero me da igual. Nada podría separarme de esta mujer ahora mismo.

—Cariño, lo siento. Siento... lo que pasó. —Su voz se convierte en sollozos; sus lágrimas me mojan la camisa.

Deslizo los dedos de la mano buena entre su pelo y la sujeto por la nuca

manteniéndola totalmente pegada a mí. Está aquí, conmigo, en vivo y en directo.

«¿Cómo he podido vivir sin esto?

»Sin ella.»

La abrazo con más fuerza y cierro los ojos, dejando que nuestros cuerpos conecten durante un minuto, dos, diez. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero de pronto la realidad se cuele entre nosotros.

Dolor.

Falsedad.

Traición.

Aprieto los dientes y la aparto, tragándome la bilis que me asalta al obligarme a poner distancia entre ambos. Mi mente empieza a girar como un torbellino. Necesito llevármela a un lugar privado donde poder interrogarla..., o cargármela a la espalda, tirarla en la cama y follarla hasta que no me quede nada que perdonarle.

—Park...

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me aclaro la garganta mientras doy un paso atrás.

Ella se abraza y se frota los bíceps, como si tuviera frío, aunque creo que su reacción tiene más que ver con la distancia que he puesto entre los dos que con la temperatura.

Skyler frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir? Me dijiste que Wendy estaba herida. —Señala con la mano a la Bella Durmiente—. Wendy es mi amiga; es como la hermana de mi novio. Si me dices eso, lo dejo todo para estar a su lado... y al tuyo.

—No pensaba que fueras a venir hasta aquí.

—Parker, tenemos que hablar. No soy el enemigo, soy la mujer que te ama.

«Te ama.»

Sus palabras hacen añicos mi determinación y la tensión de los últimos

diez días cae sobre mí como una cascada de ácido que me quema la carne y los huesos.

El enfado de descubrir que estaba con Johan.

Mi amor por ella luchando contra lo que hizo.

Alexis acosándome.

Wendy, herida de bala.

Es demasiado. Me siento como un volcán al borde de la erupción.

Bo elige justo ese momento para entrar.

—¡Uau, hola! —Me mira a mí, luego a Skyler y a Wendy y vuelve a mirarme a mí—. Eehh..., ¿vuelvo más tarde?

Aprieto los dientes sin dejar de mirar a Skyler. Lleva un vestido con vuelo, un jersey sencillo y botas de ante que le llegan hasta la rodilla. Es la mujer de mis sueños convertida en realidad y, al mismo tiempo, mi pesadilla andante.

—Tienes que quedarte con Wendy hasta que vuelva Michael. Ponte en contacto con él si hay cualquier cambio. Se lo he prometido. Yo tengo que encargarme de ella. —Estas últimas palabras me saben a veneno, pero me dirijo a Skyler, la agarro de la mano y salgo con ella de la habitación de Wendy.

—¿Adónde vamos? ¿Adónde me llevas? —Tira de mi mano buena y me duelen los puntos del hombro. Hago una mueca, pero la sujeto con más fuerza y sigo andando. No pienso soltarla.

A este tren no hay quien lo pare. Estoy enloquecido. Necesito paz y tranquilidad para poder gestionar las emociones que dan vueltas como un tornado dentro de mi mente.

—Al hotel que hay pegado al hospital. ¿No querías hablar? Pues vamos a hablar.

Ella me sigue el ritmo, aunque voy casi corriendo.

En cuanto llegamos a la habitación, meto la tarjeta en la ranura, la empujo para que entre y cierro la puerta con el pie.

Skyler se vuelve hacia mí. Su pecho sube y baja por la respiración

alborotada. Sus ojos son una mezcla de marrón y color caramelo y tiene las mejillas sonrosadas. Nunca la había visto tan hermosa.

«¡Joder!»

—Parker —Se humedece los labios y pierdo el control.

Por completo.

La agarro por la cintura y la empotro contra la puerta del hotel, pegándome a ella, que ahoga una exclamación al notar el contacto. Me aprovecho de que ha abierto la boca y la beso. Sabe a menta y a locura. Aunque eso último tal vez sea por mi culpa. Sea como sea, penetro profundamente en ella, le succiono la lengua y me trago hasta el último de sus gemidos. Su lengua danza con la mía siguiendo un ritmo prohibido que hace que mis terminaciones nerviosas se calienten y estallen como palomitas.

Me froto contra ella y la agarro por las nalgas para obtener más fricción. Ella separa la boca de la mía para respirar.

—¡Dios!

Echa la cabeza hacia atrás y le recorro el cuello con los labios, mordisqueándolo, sin importarme si le dejo marcas en su preciosa piel. Se lo merece, se merece compartir el dolor que me ha hecho sentir.

—Te gusta, ¿verdad, Melocotones? Te gusta que pierda la cabeza por ti.

Sigo con la nariz la línea del escote y le levanto los pechos con las manos, sin importarme el dolor de las heridas. Muerdo uno de los globos carnosos y ella grita al notar la punzada de mis dientes.

—¡Sí, me vuelves loca! —Skyler lucha, tirando de mi camisa para sacarla de los pantalones, y cuela las manos por debajo de la tela.

Me recorre cada uno de los abdominales con los dedos y mi polla nota sus caricias como si la estuviera tocando a ella. La Bestia se alza, hinchándose y endureciéndose con cada suspiro que sale de sus labios, cada roce de sus dedos sobre mi piel desnuda.

Me separo lo justo para poder quitarme la camisa por encima de la cabeza y sacarle el jersey. Quitarle el vestido me llevaría demasiado tiempo. Ella,

mientras tanto, me ha desabrochado los pantalones y ha colado las dos manos por dentro para agarrarme y acariciarme.

Éxtasis.

Estoy en el cielo.

Cuando echo las caderas hacia delante, el roce de sus palmas es como lava ardiendo contra mi piel.

—Por favor —me ruega con una desesperación que comparto.

Deslizo la mano bajo su vestido y encuentro un tanga de encaje.

—¿Te has puesto este diminuto trozo de encaje pensando en mí? —gruño, y me apodero de su boca en un beso apasionado. La tela es tan fina que la rompo de un solo tirón.

Ella grita al notar el golpe en su piel más sensible y yo tiro del tanga roto y me lo guardo en el bolsillo. Presiono con la polla en su vientre mientras le recorro el muslo con la mano.

—¿Estás húmeda, preparada para mí? —Le lamo el cuello.

Ella gime.

—Siempre.

—Mmm, creo que voy a tener que asegurarme. —Llevo la mano a su sexo de manera posesiva y su deseo me cubre la palma—. ¿Estabas así de cachonda con Johan? —pregunto con los dientes apretados, y le clavo dos dedos en su interior.

Ella abre la boca como si gritara, pero no sale ningún ruido de su garganta. Niega con la cabeza.

—No, nunca.

La follo con los dedos, frotando su húmedo clítoris con la palma.

—¿Te tocó así cuando fuiste a su hotel? ¿Te metió los dedos, te hizo gritar su nombre? —Hago entrar y salir los dedos rápidamente, en un movimiento que sé que la mantendrá excitada pero que no alcanza los lugares adecuados para que salga disparada.

—¡No! —Me pega en el pecho—. Nunca te haría eso. Nunca nos haría

eso. —Tiene los ojos brillantes de enfado y repugnancia, y eso me consuela más de lo que sabría expresar.

Me da esperanza.

Retiro los dedos de su calor y ella protesta gritando:

—¡No!

—Agárrate a mis hombros y salta —le ordeno.

Ella me obedece de inmediato. La cojo con la mano buena y la empotro más contra la pared. Ella se sostiene mientras le levanto el vestido y apunto con la polla, buscando la entrada entre sus piernas.

Cuando he metido la punta, me detengo. Me mata no poder clavarme hasta el fondo, pero necesito estar seguro. Ella trata de estrujarme con las piernas para obligarme a entrar del todo, pero no puedo. No hasta haber despejado las dudas.

La miro a los ojos y le sostengo la mirada.

—¿Te acostaste con él?

Ella frunce los labios.

—No. —Los ojos le brillan, está a punto de llorar.

—¿Me engañaste, Skyler? ¿Me pusiste los cuernos? Dime la verdad.

Su mirada se enciende, enfadada, pero luego se calma.

—Te juro que no. Te quiero.

—¡Joder! —Me clavo en ella, dejando que casi dos semanas de enfado, odio e inseguridad salgan de mi cuerpo a cada embestida—. Eres mía.

La penetro con fuerza, presionando su pelvis con la mía, necesitando penetrar más, más fuerte, más hondo, hasta estar totalmente envuelto en la mujer que quiero.

—Oh, Dios. Cariño..., cómo te he echado de menos. Echaba de menos esto... ¡Estar los dos juntos! —exclama entre jadeos.

Es demasiado. Cuando Skyler y yo estamos juntos, todo es demasiado. Estoy a punto de estallar. Pendo de un hilo.

—Yo también. —Gruño sin dejar de clavarme en ella mientras las paredes

de su sexo me abrazan formando un hogar sagrado del que nunca quiero salir.

Noto chispas y pinchazos por todo el cuerpo mientras soy consciente de lo que significamos los dos juntos.

El refugio entre sus piernas, que siempre me da la bienvenida.

Sus brazos rodeándome, como si no quisiera soltarme nunca.

La serenidad que me da tener sus labios en los míos y su aliento en mi boca.

Su alma al fin junto a la mía.

—Nunca volveré a ser el de antes —susurro con la boca pegada a sus labios, acercándonos al éxtasis con cada embestida. Los cuerpos se unen, las mentes se funden, los corazones se curan cada vez que respiramos.

—Cariño —gime, y se humedece los labios, humedeciendo los míos al mismo tiempo.

El roce de su lengua lanza una cinta de éxtasis entre mis piernas, que se enrosca en mi sexo hasta que empiezo a ver borroso. Con los muslos en tensión y las nalgas apretadas al máximo, comienzo a sudar, y una sensación de euforia se apodera de mi espalda, haciendo que las pelotas se me levanten y golpeen contra su nalgas a cada poderosa embestida. Le sujeto la cara con la mano rota, usando el pulgar y el índice.

—Has destruido mi mundo. Ya no puedo vivir sin ti. Sin esto. Te quiero, Skyler. Te quiero tanto que el amor me quema por dentro, joder.

Mientras le caen lágrimas por las mejillas, su cuerpo se tensa, abrazándome los hombros y clavándome los talones en las nalgas. Me aplasta los labios en un beso apasionado.

En su beso hay amor y sinceridad. Me cura desde dentro mientras mi cuerpo sale disparado hacia las estrellas.

Le acaricio el pelo, tan suave. Tras el polvo contra la puerta, hemos logrado llegar a la cama, donde nos hemos tumbado a medio desnudar; yo,

sin camisa y con los pantalones abiertos; ella, con el vestido vaporoso. Y, por desgracia para mí, se ha quitado las botas.

Miro el reloj y veo que han pasado dos horas en las que, aparte de aliviar el dolor físico de nuestros cuerpos, no hemos avanzado gran cosa.

—Tenemos que irnos. Wendy podría despertar. —Deslizo su pelo entre mis dedos una última vez antes de sentarme en la cama.

—Cariño, tenemos que hablar; hablar de verdad. —Cuando me apoya la mano en el centro de la espalda, siento que me quema la piel.

Asintiendo, me levanto, porque no puedo hablar si me toca. Sería tan fácil olvidarme de todo y perderme en su luz y su calor...

—Como quieras.

Se pone de rodillas en la cama.

—¿Me crees? —Sentada sobre los talones, con la voz rota, parece un cachorro que espera que le den un premio.

La miro. Su expresión es triste y su mirada, honesta.

—Sí, te creo, pero eso no significa que no esté enfadado o dolido por lo que hiciste. Me duele mucho que fueras a verlo.

Ella replica a toda prisa:

—Tenía que arreglar las cosas...

La interrumpo.

—Ahora no es un buen momento, Sky. Tengo que volver con Wendy. Nos necesita, ¿lo entiendes?

Ella se muerde el labio y afirma con la cabeza. Se sienta en la cama y se pone las botas.

—Necesito la maleta. —Señala la parte inferior de su cuerpo, donde, bajo el vestido, sé que va sin bragas.

—Sí, vale.

Se fija en el vendaje que llevo en el hombro, como si no lo hubiera visto antes.

—¿Qué es eso?

—Una herida de bala. Me rozó una bala el mismo día que alcanzaron a Wendy.

Abre mucho los ojos y se le llenan de lágrimas. Me agarra la muñeca por encima del vendaje nuevo que me pusieron en urgencias. Los dedos anular y meñique siguen aún entablillados.

Con la voz ronca y tan baja que me cuesta oírla, susurra:

—¿Y esto?

Trato de retirar la mano, porque no me apetece contarle lo que pasó.

—Déjalo estar, Skyler.

Ella se lleva la mano herida a la boca y me besa la palma.

—¿Y esto? —insiste.

Cierro los ojos y reúno valor para admitir mi dolor.

—Me di de puñetazos con una pared y una botella de cerveza. Deberías ver cómo quedó la pared.

—¿Cuándo?

Una lágrima le cae por la mejilla.

—Sky... —le advierto, pero ella eleva el tono de voz.

—He preguntado cuándo.

—El día en que despertaste en la cama de otro hombre.

Cierra los ojos, pero no dejan de caerle lágrimas.

—Parker, no me acosté con él —me asegura, y sus palabras suenan más convencidas que antes, ya que no estoy dentro de ella.

Enderezo los hombros y tomo una decisión.

—Te creo.

Skyler

El calor de la mano de Parker mientras me guía por los pasillos del hospital de Montreal es reconfortante. Me vuelvo hacia él y lo observo con deseo. Su mandíbula, dura y masculina, está cubierta por barba de varios días. Los pómulos altos y la nariz recta son un regalo para la vista, pero son sus ojos los que me preocupan o, para ser más exactos, las ojeras que tiene debajo. Le aprieto la mano para recordarle que estoy aquí y doy las gracias a todas las deidades conocidas porque me haya permitido estar a su lado.

Juntos.

Es lo que llevo pidiendo durante casi dos semanas. Lo de hace un rato ha sido un polvo furioso, un choque de cuerpos, miembros y bocas. Una fiebre que ha subido y ha alcanzado un precioso crescendo, pero que ha acabado con dudas e inseguridad. Espero que sea suficiente de momento, hasta que podamos hablar con calma y resolver esto de verdad.

Cuando llegamos a la habitación de Wendy, Michael está hablando con una mujer rubia y un joven, también rubio. La mujer es tan espectacular que podría salir en la portada de la web de Victoria's Secret. O en la revista *Playboy*. El pelo le cae sobre los hombros en grandes ondas. Lleva un vestido de color azul Klein que parece pegado a su piel, todo lo contrario de mi vestido largo, que me he puesto debajo del discreto jersey. Lleva unos tacones de infarto y los labios pintados de rosa brillante. Tal como va vestida, podría venir directamente de pasar la noche en la discoteca, pero son las doce del mediodía. El hombre que está sentado a su lado comparte con ella los rasgos faciales, el pelo rubio y los ojos. Va vestido con vaqueros y camiseta. Diría que no son pareja, pero es muy probable que sean parientes.

—¡Parker! —La mujer se pone en pie de un salto y pega su voluptuoso cuerpo al de mi hombre.

Él me suelta la mano y le da palmaditas en la espalda en señal de apoyo y preocupación. Gracias a Dios, la cosa no pasa de ahí, pero aun así me encojo por dentro y aprieto los dientes.

—Alexis, ¿qué haces aquí? —Y, volviéndose hacia el chico rubio, añade —: Kidd. —Él saluda con una inclinación de cabeza.

—Bueno, vinimos el primer día y volvimos ayer, pero no debimos de coincidir. Estamos destrozados por lo que le ha pasado a Wendy a manos de una empleada de la empresa. —Solloza y esconde la cara en el pecho de Parker, donde deja escapar unas cuantas lágrimas.

Él traga saliva mientras sigue dándole palmaditas en la espalda. Veo cómo la nuez le sube y le baja despacio en la garganta. Parker me mira y frunce el ceño, y no sé por qué lo hace. No sé si es porque lo incomoda tener a una extraña llorando en su pecho o porque no le gusta que lo vea consolándola.

—Vamos, vamos, Wendy se pondrá bien —murmura con la boca en su pelo, y le hace una señal con la cabeza al hombre que está a su lado, que parece bastante incómodo y fuera de lugar.

Parker conduce a la mujer hasta los brazos tatuados del joven, que toma el relevo consolando a la rubia.

Ella solloza, levanta la cabeza y acepta el pañuelo que le ofrece Michael. El prometido de Wendy es un caballero, en cualquier circunstancia.

—¿Quién es ella? —La rubia me señala mientras se seca los ojos y la nariz. No se le corre ni una pizca del maquillaje, lo que me hace odiarla por ser tan perfecta, incluso cuando llora.

Antes de que Parker o yo podamos contestar, Michael se nos adelanta.

—Es la novia de Parker.

Ella abre mucho los ojos y nos dedica una sonrisa traviesa.

—Muy guapa; ahora entiendo por qué rechazaste mi ofrecimiento —le dice a Parker mientras me examina de arriba abajo.

«¿Ofrecimiento? ¿De qué demonios está hablando?»

Una ola de celos rompe sobre mí. Le devuelvo la mirada con los ojos entornados y los puños apretados. El corazón empieza a latirme con tanta fuerza que me cuesta respirar. Un montón de mariposas usan mi estómago como pista de despegue y alzan el vuelo, dejándome mareada. Estoy a punto de soltar la pota en una papelería de hospital.

—Uau, los puñales que me estás lanzando son letales. —Se pasa una mano por el pelo, con una indiferencia en sus gestos que yo no soy capaz de igualar—. No te preocupes, no aceptó mi ofrecimiento. Bueno, no del todo. —Me guiña el ojo, y me tomo el gesto como lo que es: Alexis anotándose un punto en una pizarra.

—¿Qué coño significa esto, Parker? ¿Quién es esta mujer? —Pierdo el filtro mientras lo fulmino con la mirada—. ¿Hay algo que quieras contarme sobre la tetona esa?

Parker se pasa una mano por la nuca.

—Ella es Alexis Stanton y él su hermano, Kidd. Son nuestros clientes. El tiroteo tuvo lugar en sus oficinas. Han venido a ver a Wendy y, no, no tengo nada más que decir. Del resto hablaremos más tarde. —Hace tanto hincapié en las dos últimas palabras que no protesto, aunque tengo los nervios de punta. Me suda la frente y he de apretar los dientes con fuerza para no replicar.

—Me resultas familiar. Te pareces mucho a la actriz, Skyler Paige —comenta la rubia.

Parker suspira hondo.

—Porque es Skyler Paige. —Se mira los pies, claramente incómodo.

—Vaya. —Alexis pestañea deprisa, como si no creyera lo que ven sus ojos.

Siento el impulso de alzar un puño al aire y gritar: «¡Chúpate ésa, muñeca Barbie!». Punto para mí.

Michael se acerca y yo le tomo la mano entre las mías.

—Gracias por venir, Skyler. Wendy estaría muy contenta de saber que estás aquí. Habla con ella. Creo que puede oírte. —Aprieta los labios mientras me lleva hacia la cama donde yace Wendy. Luego añade, mirando por encima del hombro—: Creo que puede oíros a todos.

Está tan quieta que se me cae el estómago a los pies al verla. Va vendada y tiene sombras en las mejillas y alrededor de los ojos. Me siento a su lado y le cojo la mano.

—Wendy, soy yo, Sky. Tu nueva mejor amiga, ¿recuerdas? —Trago saliva para librarme del nudo que se me ha formado en la garganta—. Tienes que despertarte, chica. Tienes que preparar la boda y hemos de elegir los vestidos para las damas de honor. Íbamos a pasar un fin de semana de chicas en la ciudad, ¿recuerdas? —Apoyo la barbilla en su brazo y la miro fijamente, pidiéndole con los ojos que se despierte—. Por favor, despierta.

Tengo la voz ronca, como si me hubiera tragado cuchillas, y la garganta me duele al hablar.

Unas manos, las de Parker, se posan en mis hombros.

—No sabía que te había pedido que la ayudaras con la boda.

Me empieza a gotear la nariz y sorbo con fuerza, sin importarme si la tetona presencia cómo me rompo. Lo único importante es que mi amiga está postrada en una cama, luchando por despertar y regresar junto a la gente que la quiere.

Me aclaro la garganta.

—Sí, cuando te fuiste a San Francisco. Me llamó, me lo propuso y le dije que sí. —No aparto la mirada de Wendy—. Le dije que sería un honor para mí. —Alzo el tono de voz, esperando que se dé cuenta de mi compromiso con ella desde la tierra de los sueños o dondequiera que su mente esté flotando.

Pasan los minutos, pero yo sigo sentada junto a mi amiga, deseando que abra los ojos.

«Abre los ojos. Abre los ojos.»

Lo repito en bucle una y otra vez durante horas, pero ella no los abre y no mueve ni un músculo.

Más tarde, el calor de las manos de Parker se cuela en mis tensos hombros, donde apoya las suyas, igual que ha hecho antes. Se inclina y me besa la coronilla. Por un instante deseo alargar el momento para permanecer en este lugar de cariño un poco más. Este lugar donde somos una pareja que se ama y se preocupa el uno del otro, sin mentiras ni medias verdades entre nosotros.

—Es hora de volver al hotel. Las horas de visita han acabado —murmura con la boca pegada a mi frente.

Pestaño como si acabara de despertar de un trance hipnótico. Delante de mí veo a Michael, sentado al otro lado de Wendy, apretándole la mano y observando desesperado su rostro, que parece el de un hada. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo se ha cambiado de lado. No sé cuánto tiempo llevo aquí sentada; sólo sé que me duele la espalda y que tengo las rodillas y las caderas tiesas como tablas. Parker me da la mano.

—Vamos. —Me ayuda a levantarme de la silla de plástico.

Aprieto la mano de Wendy por última vez.

—Por favor, despierta —susurro, y me vuelvo para marcharme.

Bo y Royce están en la puerta, como dos centinelas montando guardia. El estómago se me vuelve a caer a los pies al ver a los amigos de Parker. La expresión de Bo es severa, sombría, y la de Royce no es mucho más alentadora. Lo que no sé es si sus expresiones se deben a mi presencia o al estado de salud de Wendy.

—Hola, chicos —saludo mientras camino de la mano de Parker.

Los dos se fijan en nuestras manos unidas.

—Skyler —replica Bo, sin mostrar ni rastro de alegría por volver a verme.

Royce inclina la cabeza y murmura:

—Hola, chica.

Cierro los ojos y agacho la cabeza, siguiendo los cuadrados blancos de linóleo del suelo cuando recorremos los pasillos, y el frío que desprendían Bo

y Royce me cala en los huesos. Me pregunto si nuestra relación volverá algún día a ser como antes.

Parker no dice nada mientras recupero mi equipaje en Información antes de volver al hotel.

Aturdida, dejo la maleta en el sofá y rebusco en su interior hasta que encuentro una camiseta y unos shorts que me servirán de pijama y el neceser. Con ellos, me dirijo al baño. Al cerrar la puerta, oigo que Parker está llamando al servicio de habitaciones. Ya sabe lo que me gusta, así que no me molesto en pedirle nada. Tampoco creo que coma. No tengo hambre; tengo un nudo en el estómago. Es como si acabara de bajar de una montaña rusa. El mareo y la náusea me dificultan los movimientos.

Entre los nervios por lo de Wendy y la inseguridad que me genera no saber qué pasó exactamente entre Parker y Alexis, mis nervios están destrozados. Siento una opresión en el pecho mientras dejo el pijama en el mármol, junto al lavamanos, y me miro al espejo.

El pelo me cae en ondas despeinadas sobre los hombros. El poco maquillaje que llevaba ha desaparecido a lo largo del día. Sin embargo, me lavo la cara y me hidrato, porque necesito unos momentos lejos del hombre que está en la habitación de al lado.

No sé qué decirle; no sé cómo hacer que confíe en mí y que crea que nunca lo voy a traicionar. Él dice que me cree, pero, si eso es verdad, ¿por qué no me habla? ¿Por qué rehúye la charla que hemos de mantener antes o después? Y ¿qué demonios pasó entre él y la tetona?

Un recuerdo me viene a la mente. No sé si es aplicable a este caso, pero de pronto siento como si estuviera en lo alto de un rascacielos, asomada al borde. Mucho más abajo está la calle, con los coches que van de un lado a otro sin parar, la gente, ocupada en sus cosas, y luego estoy yo, en lo alto de una repisa, sin saber si salvarme o dejarme caer.

Me viene el recuerdo de los ojos de mi madre, y con ellos vuelvo a un

tiempo muy lejano.

Tenía dieciséis años, y un chico que me gustaba, y con el que estaba rodando una película, había herido mis sentimientos. Yo estaba como ahora, mirándome al espejo. Mi preciosa madre estaba a mi espalda, acariciándome el pelo, mirándome con sus ojos de color chocolate y enviándome amor y compasión a través de nuestro vínculo madre-hija.

—Tú sabes lo que tienes que hacer, mi preciosa niña. —Me sonrió, apoyando la barbilla en mi hombro.

Yo negué con la cabeza y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No, no lo sé, mamá. Me ha hecho daño y no sé si podemos ser algo más que amigos.

—Vaya, ¿así que no ha servido de nada que te haya enseñado a perdonar? —Yo fruncí los labios y el ceño—. ¿Se ha disculpado?

—Sí, pero no sé si creerlo —admití con la voz temblorosa.

—Bueno, mi preciosa niña, parece que vas a tener que echar mano del mejor consejo que me dio mi madre cuando tenía más o menos tu edad. Es un consejo muy útil, sobre todo en temas de chicos.

—¿Qué te dijo la abuela? —le pregunté, ansiosa por oír la respuesta.

Mi madre era la mujer más sabia y cariñosa del mundo. Yo quería ser como ella cuando fuera mayor.

—Sólo tienes que confiar en tu corazón. Él siempre te guiará.

Con las palabras de mi madre en la cabeza y el corazón en un puño, rebusco en el neceser y encuentro un pintalabios de color rosa oscuro. Lo abro y me pongo de puntillas para dejarle un mensaje a Parker. Espero que lo entienda y que lo recuerde siempre.

Confía en tu corazón.

Te quiero,

Melocotones

Cuando acabo, me pongo el pijama y abro la puerta del baño. El aroma a

hamburguesa y patatas fritas me asalta la nariz y empiezo a salivar. El estómago me gruñe.

Parker se echa a reír y señala la comida que nos espera en la mesa.

—¡Qué rápido lo han subido!

—Melocotones, llevas media vida ahí dentro. Pensaba que te estabas dando un baño.

—Vaya, no me he dado cuenta —murmuro.

—Bueno, ven a comer. —Aparta una silla para que me siente.

Yo me acerco, descalza, y me siento. Él empuja la silla antes de acomodarse frente a mí. Cuando lo hace, suelta un suspiro tan hondo que lo siento en todo el cuerpo. Lo que daría por poder aliviar sus tensiones, aunque me temo que, más que el remedio, soy parte de la causa.

—¿Vamos a hablar? —le suelto a bocajarro, uniendo las manos, sin tocar la comida.

Él deja la hamburguesa en el plato, también sin empezar.

—Sí, nena. Hablaremos. Después de cenar, en la cama, cuando pueda tenerte entre mis brazos. Entonces hablaremos.

—¿Me lo prometes?

—¿Te he engañado yo alguna vez? —Sus palabras parecen ir con segundas. Es como si me estuviera echando en cara que yo sí lo he hecho, y no es verdad. Tiene que entender que yo nunca lo engañaría.

—No, no lo has hecho. —Al menos, eso espero. Lo de Alexis no se me va de la cabeza, pero sé que antes hemos de aclarar lo de Johan. Sé que es una prioridad, pero no se me quita el miedo del estómago.

Parker ladea la cabeza.

—Pues no pienso empezar ahora.

—¿Te acostaste con Alexis? —insisto, incapaz de aguardar hasta después de comer.

Él suspira y se presiona las sienes con el pulgar y el índice.

—Pensaba que íbamos a esperar hasta después de cenar y hablar en la

cama.

Se me seca la garganta, pero insisto suplicante.

—Necesito saberlo.

Él niega con la cabeza.

—No, no me acosté con ella. Y ahora cómete la hamburguesa; me temo que la noche va a ser larga.

—Me da igual todo mientras sepa que, al final, seguiremos juntos. ¿Puedes prometérmelo? —El corazón se me dispara y una nueva lágrima me cae por la mejilla. Siento un escalofrío y desearía estar ya en la cama, para que pudiera abrazarme—. Parker... —La palabra suena como un grito ahogado.

Él levanta la cara y fija la mirada en mí.

—No sé lo que traerá el futuro, Sky, pero sé que quiero que estés en él.

Fin..., de momento.

Audrey Carlan ha alcanzado el número 1 en las listas de libros más vendidos de *The New York Times*, *USA Today* y *The Wall Street Journal*, convirtiéndose en pocos meses en la autora revelación de la novela romántica. Entre sus obras se encuentra las series *Calendar Girl*, *Falling* y la trilogía *Trinity*.

Vive en el valle de California, donde disfruta de sus dos hijos y del amor de su vida. Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla enseñando yoga, tomándose unos vinos con sus «amigas del alma» o con la nariz enterrada en una novela romántica calentita calentita.

Todo es posible 2
Audrey Carlan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *International Guy. Volume 2 (Milan, San Francisco, Montreal)*

Diseño de la portada, Sophie Guët
© de la fotografía de la portada, Shutterstock

© Audrey Carlan, 2018

© de la traducción, Lara Agnelli, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21298-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

